

DIVIDE

Y VOTARÁS



Ronald Alfaro-Redondo

DIVIDE Y VOTARÁS

Ronald Alfaro-Redondo

2019

342.972.6

AL-385-d

Alfaro Redondo, Ronald

Divide y votarás / Ronald Alfaro Redondo. – San José C.R. : Servicios Gráficos AC. 2019

245 páginas. : ilustraciones. ; 28 cm.

ISBN: 9789930-540-17- digital PDF

9789930-540-16-9- impreso

1 DEMOCRACIA. 2. ELECCIONES. 3. PARTICIPACION ELECTORAL. 4. FORTALECIMIENTO DE LA DEMOCRACIA. 5. COSTA RICA. 6. SUFRAGIO. 7. VOTO. I. Título.

CAT-MMR

Diseño de portada y diagramación

Karen Pérez

Revisión filológica

Martha Lucía Gómez

Traducción

Rebeca Carvajal



CONSEJO NACIONAL
DE RECTORES



Primera edición: Agosto, 2019.

Litografía e imprenta: Servicios Gráficos AC.

CONTENIDO

5	Prólogo
13	Agradecimientos
	<i>Capítulo 1</i>
19	INTRODUCCIÓN
	<i>Capítulo 2</i>
40	PARTICIPACIÓN ELECTORAL Y SUS MICRODETERMINANTES
	<i>Capítulo 3</i>
53	¿EL HÁBITO HACE AL MONJE?
	<i>Capítulo 4</i>
92	DE TAL PALO, TAL ASTILLA: LA HERENCIA DE LOS PADRES EN EL VOTO
	<i>Capítulo 5</i>
132	DOS SE VUELVEN UNO... LA INFLUENCIA DE LOS CÓNYUGES AL VOTAR
	<i>Capítulo 6</i>
161	PARTICIPACIÓN ELECTORAL EN AMBIENTES (DES)POLARIZADOS
	<i>Capítulo 7</i>
201	DIVIDE Y VOTARÁS: TENSOS EQUILIBRIOS EN DEMOCRACIA
213	Anexos
216	Bibliografía

PRÓLOGO

El libro “Divide y votarás”, escrito por Ronald Alfaro, aborda una cuestión clave para las democracias contemporáneas y sus perspectivas futuras: ¿qué explica la disminución de la participación electoral en la mayoría de las democracias? Si bien la pregunta no es, por supuesto, nueva, pues el tema ha dado lugar a una amplísima literatura de política comparada, lo novedoso es, y deseo subrayarlo, la respuesta que el autor elabora a partir de una fuente de investigación inédita e innovadora en las ciencias políticas: el estudio de la participación electoral por medio del voto a lo largo de varias décadas, de todas las personas habilitadas como ciudadanos en Costa Rica, la democracia más estable de América Latina.

Se dice fácil, pero el trabajo es excepcionalmente complejo y laborioso. Ronald Alfaro no solo tiene el micro-dato para millones de personas a lo largo de más de dos décadas, sino que posee múltiples observaciones para cada una de ellas. En total, más de veinticinco millones de registros. Para decirlo en palabras sencillas: el autor sabe de mí cuando voté, o dejé de hacerlo. De mí, y de todos los millones de ciudadanos costarricenses, aunque me apresuro en decir que afortunadamente no tuvo manera ni oportunidad de saber por quién voté, o votamos todos, gracias a la puntillosa y robusta protección del voto secreto que hay en Costa Rica.

El tema, sin embargo, no se queda allí. Gracias a su acuciosidad académica, el autor sabe bastante más de mí que mi comportamiento electoral. Resulta que conoce información demográfica básica, mía y de todos los demás ciudadanos, como la edad, estado civil y sexo y reconstruyó las vinculaciones familiares inmediatas de millones de personas. En otras palabras, no solo sabe si yo voté o no, sino si mis padres y hermanos lo hicieron, cuando y adonde votaron.

Toda esta información constituye una veta de estudio original en las ciencias políticas y sitúa la especulación científica sobre la participación electoral por medio del voto en un plano de análisis muy superior. Permite, ahora sí, la reconstrucción precisa de los patrones de comportamiento para toda la ciudadanía de un país, y entender el perfil de los votantes habituales, si pertenecen o no a una cohorte demográfica, si pertenecen o no a cierto tipo de hogares, y comprender si sus perfiles son muy distintos o no de los abstencionistas habituales. No hablamos aquí de inferencias a partir de muestras de electores, sujetas a márgenes de error y niveles de confianza, sino de conclusiones que emergen robustas a partir del examen longitudinal de todo el universo durante un período histórico.

¿Y qué encuentra el autor de la exploración por ese universo de los votantes individualmente considerados? En parte, los hallazgos son confirmatorios de las conclusiones que la literatura especializada ha logrado ir estableciendo sobre los micro-fundamentos de la participación electoral.¹ En efecto, nuevamente se constata que la participación

¹ La literatura sobre los microfundamentos de la participación electoral es muy amplia y diversa, como para intentar efectuar un recorrido, siquiera somero. Baste señalar que el libro clásico sobre el tema es: Campbell, A; P. Converse; W. Miller y D. Stoke. 1960. *The American Voter*. Nueva York: John Wiley & Sons. También: Verba, S. and Nie, N. 1972. *Participation in America*. New York: Harper and Row. Ambos procuran plantear teorías empíricamente verificables a partir del estudio del caso de los EE.UU. En la década de los noventa e inicios del presente siglo, entre muchos otros, pueden destacarse: Milner, H. 2002. *Civic Literacy: How Informed Citizens Make Democracy Work*. Hanover NH: Tufts University Press; Brady, H. E., S. Verba y K. L. Schlozman. 1995. "Beyond SES: A Resource Model of Political Participation." *American Political Science Review*, 89(2): 271-294; Clark, D., D. Sanders; M. Stewart; P. Whiteley. 2004. *Political Choice in Britain*. Oxford: Oxford University Press. Dalton, 2008. "Citizenship Norms and the Expansion of Political Participation". *Political Studies*, 56: 76-98. En América Latina, los dos estudios más completos sobre el comportamiento de los votantes son: Carlin, R., M. Singer y E. Zechmeister (eds). 2015. *The Latin American Voter*. Michigan: University of Michigan Press; y, Nadeau, R., É. Bélanger, M. Lewis-Beck, M. Turgeon, y F. Gélinau. *Latin American Elections: Choice and Change*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 2017.

electoral es una función curvilínea con respecto a la edad; que hay diferencias entre hombres y mujeres y, sobre todo, que votar es un hábito que se inculca en los procesos de socialización en los hogares, aunque, y esto es especialmente importante, también está afectado por el clima general de la participación electoral imperante cuando la persona votó por primera vez. Desde un punto de vista científico, este resultado es de gran valor, pues ayuda a cimentar el conocimiento de la participación electoral ahora sobre bases más sólidas.

Sin embargo, aún en el plano de los micro-datos, la fuente de información que el autor construyó permite arribar a nuevos hallazgos, que abren nuevas avenidas para la investigación política. Sabíamos que la socialización política es importante,² pero no teníamos tan claro que la persona decisiva para la participación electoral es la madre de familia, más que el padre, una constatación llamativa en una sociedad patriarcal en la que hasta mediados del siglo pasado, las mujeres estaban excluidas del ejercicio del voto y, aún hoy, hay asimetrías importantes entre los géneros. La investigación también permite constatar que la influencia de la socialización se debilita a lo largo del tiempo, abriendo nuevas perspectivas para revisar las teorías del voto como hábito: sí, lo es, pero es un hábito que no está “escrito en piedra” y puede modificarse a lo largo del tiempo.³

Precisamente en este punto, Ronald Alfaro rompe los límites del “estudio de caso” y aborda un tema crucial en las ciencias sociales: ¿cómo se explica el cambio si lo que lo precede es la *stasis* o la estabilidad? O, en la jerga más técnica: ¿qué explica el abandono de un punto de equilibrio?

2 Por ejemplo: Buton, F., C. Lemerrier y N. Mariot. 2012. “The household effect on electoral participation. A contextual analysis of voter signatures from a French polling station (1982–2007).” *Electoral Studies*, 31(2): 434–447; Bengtson, V. L., T. J. Biblarz y R. E. Roberts. 2002. *How Families Still Matter: A Longitudinal Study of Youth in Two Generations*. Cambridge: Cambridge University Press.

3 Sobre el voto como hábito, cfr: Coppock, A. y D. Green. 2015 “Is Voting Habit Forming? New Evidence from Experiments and Regression Discontinuities.” *American Journal of Political Science*, Vol. 60 (4), October, pp: 1044–1062, Para un estudio que, en el plano del análisis espacial de la participación electoral, va más allá del análisis de los correlatos sociodemográficos del voto e incursiona en la importancia de las relaciones sociales para explicar la participación electoral, cfr: Rolfe, M. (2012). *Voter Turnout: A Social Theory of Political Participation*. London: Cambridge University Press.

Los politólogos (aunque esto es extensivo a otras disciplinas sociales) se han enfrentado por décadas sobre esta cuestión: quienes enfatizan en la estabilidad de los sistemas políticos tienen importantes dificultades para esclarecer los disparadores de un cambio. A su vez, quienes se enfocan en la dinámica de los cambios políticos batallan para explicar las razones por las cuales el cambio da paso a la estabilización de ciertas tendencias sociales.

En el caso que nos ocupa, el dilema plantea dos preguntas que parecen imposibles de resolver de manera simultánea: primero, ¿por qué, y bajo qué circunstancias, los individuos deciden variar su comportamiento político?; y segundo, ¿por qué muchos individuos que no tienen mayor relación entre sí, acompañan ese cambio y producen un resultado político general?

Antes de proseguir sobre esta línea de reflexión, es menester reconocer los notables esfuerzos en las ciencias sociales por articular los términos de estabilidad y cambio como partes inseparables de una sola teoría social, como por ejemplo, con el concepto de la “coyuntura crítica” dentro del análisis histórico comparado⁴ o el de “equilibrio puntuado” (*punctuated equilibria*) adaptado de la biología evolutiva.⁵ Nótese que estos intentos se desarrollan para entender el cambio en plano de una sociedad o un sistema político, aunque no logran resolver el mecanismo causal que va de las decisiones individuales a los comportamientos sociales agregados.

⁴ Mahoney plantea dos conceptos para explicar la relación entre estabilidad y cambio: el sendero de la dependencia permitiría entender las razones por las que una sociedad muestra ciertas tendencias estables a lo largo de un período de tiempo; el concepto de coyuntura crítica refiere, por el contrario, a momentos de fluidez en el comportamiento de los actores que cambia los patrones previamente observados. Cfr: Mahoney, J. 2000. “Path Dependence in Historical Sociology.” *Theory and Society*, 29 (4): 507–48. Una buena revisión de literatura, junto con un intento de ligar el concepto de coyuntura crítica con el comportamiento de los actores a nivel micro puede encontrarse en: Cappocia, G. (2015). “Critical Junctures and Institutional Change.” En: Mahoney, J. y K. Thelen. *Advances in Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 147-179.

⁵ No es una literatura con la que esté particularmente familiarizado, pero que, en términos generales, procura entender las razones por las que períodos extensos de estabilidad de patrones son seguidos por períodos cortos de cambio radical. Una referencia obligada es el texto de: Baumgartner, F. R., Breunig, C., Green-Pedersen, C., Jones, B. D., Mortensen, P. B., Nuytemans, M., & Walgrave, S. (2009). “Punctuated Equilibrium in Comparative Perspective”. *American Journal of Political Science*, 53(3), 603-620.

¿Cómo propone el autor, en el tema que analizamos, compaginar la constatación de que, en efecto, el voto es un hábito que los individuos adquieren, con el reconocimiento de que la participación electoral en un sistema político puede variar a lo largo del tiempo? ¿Cómo conjugar estabilidad y cambio tanto en el plano del individuo como en el de la sociedad en su conjunto? Nuevamente, el trabajo paciente con la fuente de información, ese panel universal de votantes que Ronald Alfaro construyó, ofrece pistas importantes que alimentarán ciertamente futuras investigaciones.

A este punto debemos recordar un dato clave: si el autor tiene información para cada persona, tiene, por tanto, información para el conjunto de la comunidad política que es la comunidad de ciudadanos. Ello le permite el tránsito del análisis micro al análisis macro, el paso del individuo al de la sociedad, sin riesgo de falacias ecológicas para buscar los factores que, en el plano de la dinámica del sistema político, pudieran variar “la estructura de incentivos” con la que muchos individuos se enfrentan a la hora de ir a votar.

Ronald Alfaro encuentra que el factor clave que explica el nivel de participación electoral es el nivel de polarización del sistema de partidos políticos, el grado en que los partidos logran crear identidades políticas contrapuestas que movilizan a las personas a los puestos de votación. Para decirlo en simple: entre más robustas sean las lealtades partidarias y más enconada la competencia política, más incentivos tendrán los individuos para ir a votar y el acto del sufragio se torna más significativo para ellos. Por el contrario, cuando la polarización cede y se resquebrajan las lealtades partidarias, votar pierde relevancia para muchos y se convierte en un acto cuya utilidad, para emplear un concepto propio de la teoría de la elección racional, es baja en relación con el costo de sufragar.

Desde este punto de vista, los atributos personales -la cohorte a la que una persona pertenece, su socialización política familiar, entre otros- lo que hacen es modificar el grado de exposición de las personas (su nivel de riesgo a ser afectadas) por este factor contextual. Sin embargo, no constituyen los factores explicativos de la caída en la participación electoral en Costa Rica durante el siglo XXI.

La proposición es, por supuesto, controversial. La polarización política ha sido tradicionalmente vista como un elemento hostil a la democracia, como una especie de ácido que corroe la convivencia ciudadana y, en especial, la gobernabilidad.⁶ En el plano micro porque, al acumular individuos en los puntos extremos de la distribución de preferencias, erosiona la importancia del votante mediano. En el plano macro, porque dificulta las posibilidades de acuerdos políticos entre actores que se entienden como enemigos. En contraste con esta sabiduría convencional, este libro argumenta que, por el contrario, la polarización puede tener efectos benéficos sobre el corazón mismo de la democracia: el voto ciudadano.

No es peccata minuta esta controversia, pero: ¿cuál es exactamente el debate normativo aquí? La proposición de Ronald Alfaro, a saber, que la polarización puede vigorizar la participación electoral, es una hipótesis que debiera ser comprobada empíricamente en otros contextos. Sin embargo, nótese que, aún cuando uno la acepte como principio explicativo, ella nada dice sobre si la polarización tiene efectos benéficos sobre la democracia *tout-court*. Una mayor participación electoral puede estar asociada, por ejemplo, a la movilización del voto por parte de opciones populistas que, una vez en el poder, atenten contra el gobierno democrático de la sociedad.

En todo caso, la discusión sobre la polarización política y la participación electoral nos lleva a un terreno fascinante y poco explorado en la literatura: la importancia de la identidad política en el comportamiento electoral. Mi impresión aquí es que en este libro Ronald Alfaro abre la puerta al tema (propone incluso un proceso mediante el cual las identidades se van difuminando desde una perspectiva intergeneracional) y que, al hacerlo, plantea la posibilidad de un rico diálogo interdisciplinario con la antropología y la psicología. Sin embargo, ésta es, quizá, el área más tentativa del trabajo y que requeriría de métodos complementarios de investigación pues ni la minería de datos ni, en el otro extremo, las entrevistas en profundidad, son especialmente robustas para trabajar el tema de las identidades.

⁶ Véase recientemente: McCoy, J.; T. Rahman y M. Somer. 2018 “Polarization and the Global Crisis of Democracy: Common Patterns, Dynamics, and Pernicious Consequences for Democratic Polities”. *American Behavioral Scientist*, Vol. 62(1) 16–42.

Concluyo señalando que este libro es una provocación intelectual de alto calibre sobre un tema clave para el funcionamiento actual y las perspectivas de la democracia como lo es el comportamiento electoral de los ciudadanos. Esa provocación viene, como hemos visto, con un enorme valor agregado: el respaldo de una sólida e innovadora investigación, que reúne y procesa la más completa evidencia que un esfuerzo de este tipo haya hecho en Costa Rica y, para el caso, en muchos otros países. Emplea esa fuente de información de enorme riqueza, única en el mundo, y un robusto y variado arsenal metodológico, para sacarle el jugo y entrar, con una voz original, en la conversación con la amplia literatura sobre el comportamiento electoral en los estudios políticos comparados.

Este libro es, pues, un excelente libro, un testimonio de que la ciencia política en Costa Rica finalmente llega a la madurez y puede hacer contribuciones de peso excepcional a la teoría política y a la investigación comparada.

Jorge Vargas Cullell
Agosto 2019

AGRADECIMIENTOS

Primero que nada, debo decir que no podría haber culminado exitosamente esta aspiración personal y profesional sin la ayuda y el apoyo de muchas personas, con quienes estoy profundamente agradecido.

En primer lugar se encuentran los miembros de mi familia. Mi mayor deuda de gratitud es con mi maravillosa esposa, Anne Letendre Morales. Ella siempre ha sido una fuente constante de inspiración, confianza, amor, motivación y paciencia. Sin ella, sencillamente este largo viaje no hubiera sido posible. Su apoyo me ayudó a navegar por todos los momentos difíciles durante mis estudios de posgrado. Por otra parte, mis dos hijos me motivaron a cumplir mis metas. Maríaceste nació durante las primeras semanas del doctorado y Benjamín a la mitad del camino. Ellos me han enseñado, de una manera fascinante que, aunque terminar un libro es un gran logro, hay cosas mucho más importantes, interesantes y enriquecedoras. Por ello, les dedico este libro y sus aportes a todos ellos por igual.

Mis asesores, Aníbal Pérez-Liñán y Scott Morgenstern, me enseñaron de primera mano el significado real de lo que es, lo que hace y lo que significa un mentor. Ellos dos hicieron un trabajo extraordinario con una valiosa orientación intelectual, con sus sugerencias y ánimo. Estoy particularmente agradecido por la gran cantidad de tiempo que dedicaron a revisar, criticar y comentar mis capítulos y brindarme ideas extremada-

mente útiles en momentos clave del proceso. Ambos son grandes mentores y modelos. También agradezco a las otras integrantes de mi comité de tesis, Jennifer Bricks y Victoria Shineman, por las largas conversaciones, la motivación y los consejos prácticos.

Asimismo, hay otras personas que me brindaron un apoyo invaluable, ya sea a través de comentarios sobre este libro, o a raíz de interacciones y conversaciones que contribuyeron a enriquecer este texto. En este sentido, tengo una deuda especial con Jorge Vargas Cullell, mi colega y actual director del Programa Estado de la Nación (PEN), uno de los primeros que me sugirió estudiar en el extranjero. Sus comentarios críticos sobre este y otros proyectos me han enseñado a pensar como un politólogo. Miguel Gutiérrez, el exdirector del PEN, también apoyó decididamente mis aspiraciones profesionales. Quiero agradecer a Rebeca Carvajal, quien tradujo este texto; Martha Lucía Gómez, quien se encargó de la revisión filológica; Susan Rodríguez, por el apoyo logístico; Jeanette Marín, por el apoyo administrativo y Karen Pérez, quien diagramó los capítulos y diseñó la portada del libro.

Por su parte, personas como Fernando Zeledón, Steffan Gómez, Constantino Urcuyo y Ciska Raventós leyeron y comentaron los primeros borradores de los capítulos de este libro y me brindaron recomendaciones que me orientaron en momentos de duda. Al igual que ellos, otras personas también se tomaron el tiempo para discutir, criticar mis ideas o compartir datos. Agradezco especialmente a Luis Diego Brenes, Mitchell Seligson y Fabrice Lehoucq.

Este libro también se benefició de los comentarios recibidos durante las presentaciones que realicé en conferencias como *Midwest Political Science Association* y en la conferencia de *LASA (Latin American Studies Association)* así como en seminarios, cursos, incluido el *Comparative Politics Reading Group* en Pittsburgh, en el que personas como yo comparten sus ideas y conclusiones preliminares para obtener comentarios valiosos que orientan los capítulos. También recibí comentarios y sugerencias en presentaciones realizadas en la Universidad de Costa Rica y el Tribunal Supremo de Elecciones.

Por otro lado, reconozco con gratitud el apoyo financiero del Departamento de Ciencias Políticas, la Escuela Dietrich de Artes y Ciencias y del Centro de Estudios Latinoa-

americanos de la Universidad de Pittsburgh. Del mismo modo, agradezco a la Escuela de Ciencias Políticas y la Oficina de Asuntos Internacionales de la Universidad de Costa Rica. Recibí becas de todas estas instituciones que me permitieron concentrarme a tiempo completo en mi investigación y en proyectos de investigación relacionados. También agradezco a Felipe Alpízar cuyo impulso y apoyo como director del Centro de Investigación y Estudios Políticos (CIEP-UCR) hicieron de este libro una realidad.

Durante el curso de mi trabajo de campo acumulé muchas deudas. Agradezco especialmente a todas las personas que contacté para las entrevistas y aceptaron compartir conmigo sus fabulosas experiencias e historias de vida. Estas entrevistas fueron indispensables para los argumentos y hallazgos de estos capítulos. Sin el conocimiento que compilé en estas conversaciones, no podría haber desarrollado el argumento teórico del capítulo final y sus contribuciones.

En Pitt, también tuve la suerte de compartir con grandes amistades. En particular, le agradezco a Yu Xiao, Bruno Hoepers, Eric Leop, Hakan Gunaydin, Néstor Castañeda-Angarita, Hirokazu Kikuchi, Yen-Pin Su, Alejandro Trelles, Natalia Zacipa, Nicolás Restrepo, Soledad Díaz, Lulú Barajas, Beatriz Maizeiro y Javier Santiesteban.

Finalmente, agradezco a mi familia, especialmente a mis padres Dionisio y Cecilia y a mis hermanos César, Daniel y María Angélica por su amor y apoyo. Agradezco tanto a mi padre como a mi madre por dejar una huella tan grande en mi vida y enseñarme disciplina, esfuerzo y valor. También agradezco a mis abuelas Rosmery y María y la memoria de mis abuelos Abraham y José Francisco con quienes hablé acerca de este proyecto en algún momento de sus vidas.

Dedicatoria

Para Anne, Mariaceleste (“mana”) y Benjamín (“jamín”)

Capítulo 1

INTRODUCCIÓN

Las dos incógnitas principales que abordo en este libro buscan responder dos preguntas centrales: 1) ¿por qué se observa, con el paso del tiempo, una disminución en la participación electoral en las democracias consolidadas? Y, 2) ¿cuáles factores, micro y macro, contribuyen a explicar esta tendencia descendente a largo plazo?

En los últimos cincuenta años el número de votantes ha disminuido en 23 de las 36 democracias maduras alrededor del mundo, incluyendo un descenso de diez puntos porcentuales en Costa Rica, el caso de estudio de este trabajo. El comportamiento político de los individuos y sus cambios a largo plazo ha intrigado a los académicos por décadas. Analizar por qué votan los electores no es un tema de investigación nuevo. Una revisión exhaustiva de la enorme cantidad de literatura demuestra que, explicar los cambios en la participación electoral, continúa siendo uno de los retos clásicos de la Ciencia Política.

La disminución en la concurrencia a las urnas no es un asunto trivial en los regímenes democráticos. Este tema tiene profundas implicaciones para la supervivencia y la consolidación de cualquier democracia. Tal y como se menciona recientemente en *The Latin American Voter*, participar en las elecciones puede inculcar buenos hábitos en los ciudadanos y cómo, las elecciones, pueden difundir y reforzar valores democráticos (Carlin et al. 2015). Si bajo circunstancias normales, grandes segmentos del electorado

no se presentan a las urnas, podría cuestionar la legitimidad de las autoridades electas en ellas. Además, los casos en los que el número de votantes que acude a las urnas es más bajo, puede interpretarse como una demostración del débil compromiso de los votantes con las normas, las instituciones y los valores democráticos.

Asimismo, las circunstancias relacionadas con la caída en el número de votantes pueden causar un efecto duradero en el comportamiento político de los individuos difícil de revertir, alejando a los ciudadanos desilusionados del sistema político. En general, el descenso en la participación electoral a menudo se considera una señal de la insatisfacción o la desvinculación de las personas con la política. En el caso de los votantes más jóvenes, esta situación podría tener un impacto dramático y duradero sobre el apoyo y la viabilidad del sistema político. Finalmente, no hay que perder de vista que, en las democracias, las elecciones se consideran como el único mecanismo formal para competir por el poder, como alternativa a la rebelión o a la lucha armada (Carlin et al. 2015).

El peor escenario posible sería uno en el que la menor concurrencia a las urnas extienda la apatía de los individuos hacia la política durante toda su vida, causando así un “congelamiento” de la participación por décadas. Es por esto que, si queremos comprender las implicaciones del descenso en el número de votantes en las democracias consolidadas, primero es necesario conocer las condiciones bajo las cuales estos cambios ocurren. Este libro busca explicar por qué en Costa Rica, la democracia más antigua y estable de América Latina, ha disminuido la asistencia a las urnas de sus ciudadanos y, aún más importante, cuáles factores dieron lugar a estos cambios a largo plazo.

Para ello, el libro aporta un marco teórico que combina: i) el estudio de los microfundamentos del comportamiento político, ii) la influencia de los agentes de socialización política, como padres o parejas, iii) cambios en el ciclo de participación política de los votantes y, iv) el rol de las macrofuerzas que determinan las probabilidades de que un individuo vaya a votar, para ofrecer nuevas y mejores explicaciones sobre las dinámicas de la participación de los votantes.

Si los niveles de participación electoral fueron más altos en el pasado, la pregunta clave es ¿qué está causando esta disminución? Tras analizar un conjunto de datos único de

concurrancia a las urnas, que incluye la totalidad de votantes del país, los capítulos de este libro identifican un conjunto de mecanismos causales capaces de explicar el descenso observado. La reducción en la participación electoral a largo plazo, puede explicarse simplemente con los cambios en los patrones de comportamiento político de la población elegible. La magnitud y las implicaciones de estos cambios varían según el segmento del electorado que se está observando. Antes de describir en detalle estos mecanismos, no se puede ignorar el hecho de que el electorado es un grupo dinámico que consiste en al menos tres tipos distintos de individuos: i) los que permanecen elegibles durante varios ciclos electorales, ii) los que salen de esa población por causas naturales y iii) los que ingresan al electorado en cualquier punto del tiempo. El primero de estos grupos es más grande y los otros dos son considerablemente más pequeños.

A lo largo de este texto, se identifican dos mecanismos distintos que explican el aumento del ausentismo en las urnas. El primero de estos mecanismos hace referencia al proceso experimentado por los que se conocen como *votantes habituales*. Entre una porción significativa del electorado, que permaneció elegible durante varios ciclos electorales, la experiencia de socialización política durante un momento crítico o un punto de inflexión política, ocasiona que los votantes sean más propensos a votar cada vez que puedan, dejando así un fuerte legado por un largo periodo de tiempo. Como resultado, el tipo de contexto político bajo el cual alcanzaron la edad de votar, facilitó las condiciones para que adoptaran identidades partidistas sólidas de forma fácil y temprana. Durante varias elecciones estos votantes participaron y se involucraron en la política de manera muy activa. La mayor parte del tiempo estas personas sí votaron, aun cuando las elecciones no fueron muy competitivas.

En este sentido, es posible anticipar que ocurran dos cosas con los *votantes habituales*. Por un lado, a medida que envejecen algunos de ellos salen del electorado de forma natural porque se enferman o encuentran mayores dificultades para acudir a las urnas. Por otro lado, algunos de estos individuos se desmovilizan gradualmente y votan con menor frecuencia que en el pasado. Cuando llega la hora de transferir los valores y comportamientos políticos a los votantes más jóvenes –es decir, el momento de prepararlos para su entrada al mundo político– en lugar de transferir modelos de participación electoral sólida transmiten identidades políticas débiles y una menor disposición de votar.

Este cambio no necesariamente tiene un impacto inmediato en la concurrencia a las urnas, pero sí incuba un efecto rezagado que más adelante provocará una disminución en las tasas de participación electoral.

El segundo mecanismo está relacionado con la incorporación de nuevos votantes a la población elegible. Las generaciones más jóvenes de votantes, los nuevos electores que reemplazarán a los más viejos años después, ingresan al mundo de la política durante tiempos de menor participación. Por esta razón se están incorporando al electorado como ciudadanos con menor disposición a votar. Obtener el derecho a votar en esas circunstancias determina su umbral de entrada, así como sus comportamientos futuros en subsiguientes oportunidades de sufragar. Esto podría causar que se “congelen” las tasas de participación electoral a largo plazo. Los nuevos electores tendrán una mayor propensión a convertirse en *abstencionistas habituales*, debido a que ingresaron al electorado cuando la participación ya había empezado a disminuir.

Debido a que, en promedio, las tasas de participación electoral son más bajas que en el pasado, los *abstencionistas habituales* carecen de los estímulos que movilizan e impulsan a los individuos a ir a las urnas. Además, las identidades partidarias no son tan sólidas para ellos como lo eran para los votantes de mayor edad. No conocen muy bien los puntos que defienden los partidos rivales, ni lo que estos harían si fueran elegidos (Carlin et al. 2015). Por esta razón, estos votantes no se movilizan tan fácilmente con las maquinarias partidarias y están menos comprometidos a participar en la política. Dado que la primera exposición a una elección deja una “huella” en el comportamiento futuro de los individuos, se puede esperar que las tasas de votación bajas no varíen por varias décadas.

En resumen, el descenso en la participación electoral a lo largo del tiempo se puede explicar por el hecho de que los *votantes habituales* salen de la población por un proceso de reemplazo generacional o porque algunos de ellos votan con menos frecuencia que antes, y esto se combina con una tendencia en el aumento de votantes jóvenes que ingresan a la población elegible con menor disposición de votar. La combinación de estos dos factores puede tener efectos perjudiciales y de larga duración en las tendencias de participación de los votantes. Ambos están relacionados con la falta de episodios de alta polarización política y social o la ausencia de hechos reforzadores de dichos even-

tos. Tradicionalmente, los estudios de comportamiento político dedicaban un mayor esfuerzo a explicar por qué algunas personas eran más propensas a votar que otras. En este sentido, se le ha prestado menos atención a tratar de elucidar por qué las personas cambian sus patrones de votación con el paso del tiempo.

Identificar y comprender estos mecanismos entre grupos de votantes y a lo largo del tiempo es una misión difícil de lograr. Para ello fue necesario desarrollar la investigación con base en una estrategia de pasos secuenciales. En concreto, en los primeros capítulos del libro se presentan suposiciones teóricas y métodos muy básicos para construir una base de conocimiento primario e ir más allá en los capítulos posteriores, refinando las explicaciones clave mediante la incorporación de teorías más complejas y enfoques mucho más sofisticados. En otras palabras, el libro aporta una narrativa explicativa basada en las limitaciones de los modelos en cada capítulo para ir progresivamente construyendo una explicación más robusta conforme avanza el texto.

Por esta razón este estudio busca aislar estos efectos y ofrecer un enfoque innovador para estudiar el comportamiento político de los votantes desde una perspectiva dinámica. Al observar cohortes de votantes a lo largo del tiempo permite enfatizar en el nivel de polarización durante el periodo en el que los votantes ingresaron en el mundo de la política. Esta estrategia permitió determinar las circunstancias bajo las cuales los individuos desarrollan un conducta de voto habitual; el papel que juegan los padres políticamente activos al principio de la exposición de los votantes; los efectos recíprocos de los cónyuges que refuerzan la participación política; y la influencia trascendental de una competencia electoral en un contexto polarizado para movilizar a los votantes a las urnas.

La arquitectura de este libro que refleja esta lógica de investigación está compuesta por dos secciones. La primera se extiende desde el capítulo 2 hasta el 5, y se basa fuertemente en las teorías tradicionalmente propuestas para explicar la participación política. Los principales resultados de estos cuatro capítulos mencionados sugieren fundamentalmente dos cosas: primero que los hallazgos de los microfundamentos de la participación de los votantes son bastante consistentes con lo que la literatura especializada ha demostrado. Segundo, que factores como la edad, la socialización y la influencia de los padres, también demostraron la expansión de nuestro conocimiento sobre la persistencia del comportamiento político de los individuos.

A pesar de esto, las variables micro –incluyendo tanto su versión original como la transformada que he implementado– tienen una gran desventaja. Indudablemente son útiles para ofrecer explicaciones estáticas de la participación de los votantes, es decir, nos ayudan a comprender la participación política de los votantes en un determinado momento temporal. Desafortunadamente, estas aproximaciones no logran capturar el universo de factores que contribuyen a explicar las reducciones en el número de votantes a lo largo del tiempo. La implicación práctica de esto es que los cambios en la participación electoral se explican de forma parcial por atributos a nivel de los individuos y por los procesos de socialización política. Por esta razón debe haber algo más allá que los microfundamentos de la participación en elecciones que afecta las probabilidades de que los individuos acudan a las urnas.

En la segunda sección del libro se argumenta que un factor macro es el disparador clave en la disposición de los individuos a salir a votar. La historia causal en el capítulo 6 explica que, la ocurrencia de episodios de deliberación política polarizada, estructuran la competencia entre los partidos al establecer fuertes incentivos para movilizar a los votantes a las urnas y la emergencia de fuertes identidades políticas. Cuando estos incentivos se debilitan a largo plazo, las motivaciones para ir a las urnas disminuyen.

El libro plantea que la identidad partidaria (grupal) que hace que las personas salgan a votar porque son leales a su partido en un contexto de conflicto, constituye el principal movilizador del sufragio. No obstante, dicho factor se activa de forma selectiva y solo funciona en un contexto de “amenaza” o de deliberación polarizada. Estos incentivos pueden cambiar con el tiempo, es decir aumentan o disminuyen bajo ciertas circunstancias impactando en la participación electoral. Básicamente, entre más polarizada sea la competencia electoral, más se sentirán los ciudadanos motivados a votar. Esto hará que los individuos tengan una mayor probabilidad de involucrarse en la política. Por esta razón las identidades politizadas en contextos polarizados determinan el comportamiento político de los votantes incrementando la disposición a votar.

La deliberación polarizada, el factor clave en este argumento, crea las condiciones para activar, de manera selectiva, fuertes identidades partidarias que energizan políticamente a los individuos y estimulan la movilización de los votantes a las urnas. Por esta razón

las personas votan más en un contexto de polarización. Al mismo tiempo, si la polarización disminuye, las personas votan menos. A pesar del hecho de que una extrema polarización puede desestabilizar la democracia (Mainwaring y Pérez-Liñán 2005), bajo ciertas circunstancias puede ser beneficioso para la movilización de los votantes. Una competencia polarizada hace que las diferencias entre los partidos sean más claras y motiva a los votantes a fundamentar sus preferencias electorales en identidades, temas relevantes o resultados de políticas públicas (Carlin et al. 2015). Bajo circunstancias de reducción sustancial en el número de votantes, como los que se experimentaron en Costa Rica desde 1998, este tipo de enfoque puede elucidar y ofrecer mejores explicaciones de los factores asociados a estos cambios.

Costa Rica es un laboratorio ideal para estudiar los cambios en el número de votantes por varias razones. Primero, hay una larga tradición de elecciones libres desde la década de 1950. También, Costa Rica es una nación estable y la democracia más antigua de América Latina. Segundo, el registro de votantes en el país es automático y existe un registro de la participación total de los votantes. Es de esperar que, si la participación de los votantes está condicionada por la activación del hábito de votar, así como por factores individuales y políticos, deberíamos encontrar dicha evidencia en la democracia más estable de la región.

En términos más amplios, la expectativa es que este estudio de Costa Rica aporte hallazgos relevantes para otras sociedades que han experimentado cambios significativos en la participación electoral. De hecho, dos tercios de las democracias consolidadas alrededor del mundo, aquellas con al menos 20 años consecutivos de estabilidad política, han experimentado grandes reducciones en la participación política. Encontrar una explicación para las tendencias actuales en el número de votantes contribuirá a elucidar cuáles factores impulsan este fenómeno y por qué vemos patrones similares en otros lugares. Es por esto que este es el momento perfecto para estudiar el impacto que los cambios en el número de votantes pueden tener, así como sus implicaciones a largo plazo.

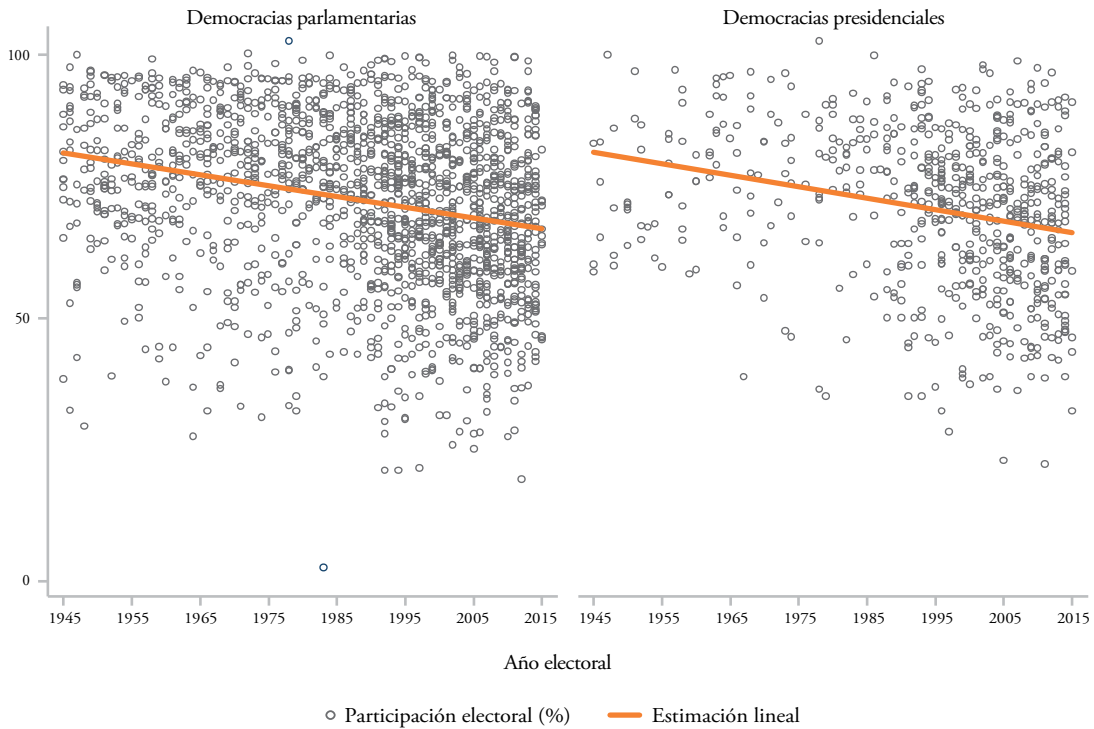
Además, la teoría y los métodos de este libro también serán pertinentes para académicos de otras disciplinas o campos en al menos tres temas diferentes. Primero, esta investigación contribuirá a los enfoques de la psicología política que conceptualizan

hábitos como acciones repetitivas y sugiere que estos se pueden romper por cambios en los contextos en los cuales esas acciones generalmente se realizan. Luego, la suposición de que votar es una acción social afectada por la tendencia de las redes de individuos a participar, postulado por teorías de socialización política, también se beneficiará de estos hallazgos. Y finalmente, este libro ampliará la literatura y el conocimiento sobre los efectos de la deliberación y la polarización, al examinar cómo los cambios macropolíticos tienen un impacto en la concurrencia a las urnas a largo plazo.

Cambios en el número de votantes en democracias consolidadas

¿Cómo ha cambiado el número de votantes a lo largo del tiempo alrededor del mundo? Antes de analizar cuáles factores explican las probabilidades de que un individuo se presente a las urnas, esta sección ofrece una perspectiva integral, geográfica e histórica, de las tendencias agregadas y observadas en el número de votantes alrededor del mundo, en los últimos setenta años. Para ello se utiliza la *Base de Datos de Participación Electoral (Voter Turnout Dataset)* del Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA; por sus siglas en inglés) con 2.608 observaciones en total en diferentes países (IDEA, disponible aquí: <http://www.idea.int/vt/viewdata.cfm>) para realizar gráficos con las tasas del número de votantes de los 199 países incluidos en el grupo de datos, separado por elecciones presidenciales y parlamentarias, entre los años 1945 y 2015. Las tendencias en la figura 1.1 son bastante claras: el número de votantes disminuyó con el tiempo, y la reducción pareciera ser más alta en las elecciones parlamentarias que en las presidenciales.

Figura 1.1: Tasas de participación electoral alrededor del mundo 1945-2015



La interpretación anterior puede ser engañosa y problemática porque la figura 1.1 ignora, por propósitos de ilustración, el estado democrático de los países en distintos momentos de la historia. Debido a que también se realizan elecciones en algunos países no democráticos, es mejor refinar la descripción al realizar gráficos de las tasas participación en las naciones democráticas. Al estudiar la conocida clasificación de *Freedom House* de regímenes políticos, las figuras 1.2 y 1.3 muestran el número de votantes entre los casos “libres” y democráticos. Como se evidencia, los cambios en la participación son prominentes en los comicios presidenciales.

Figura 1.2: Participación electoral (%) entre países libres democráticos en elecciones parlamentarias

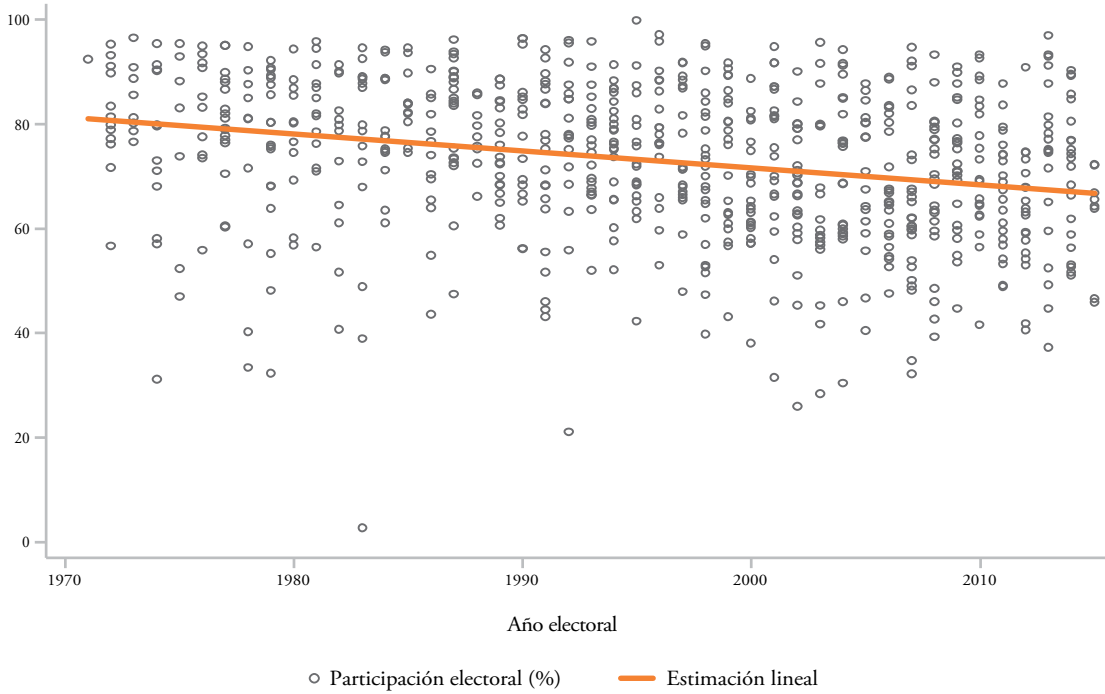
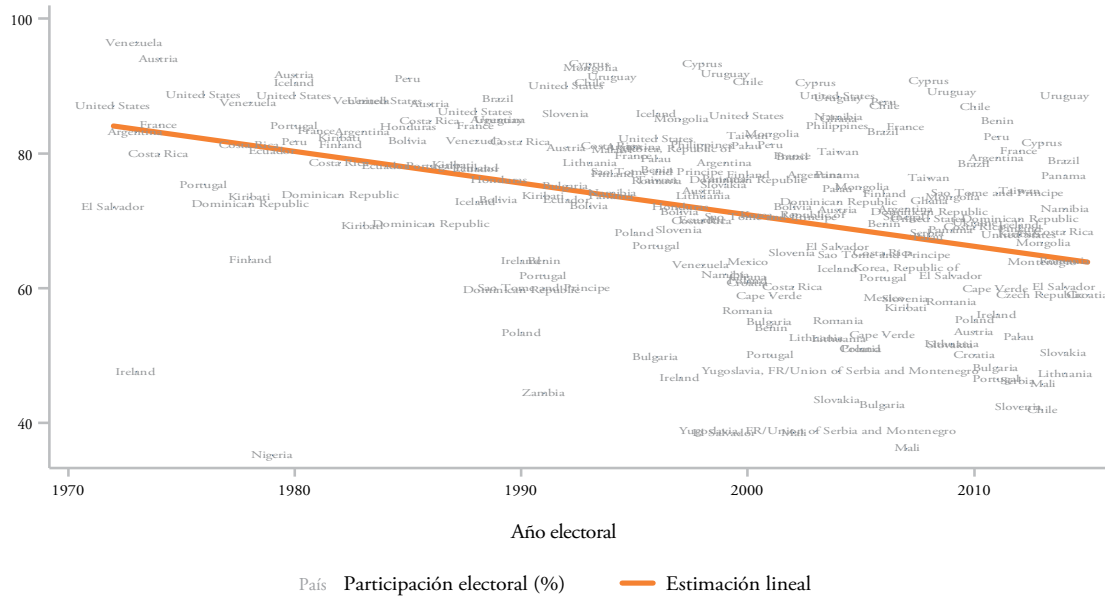
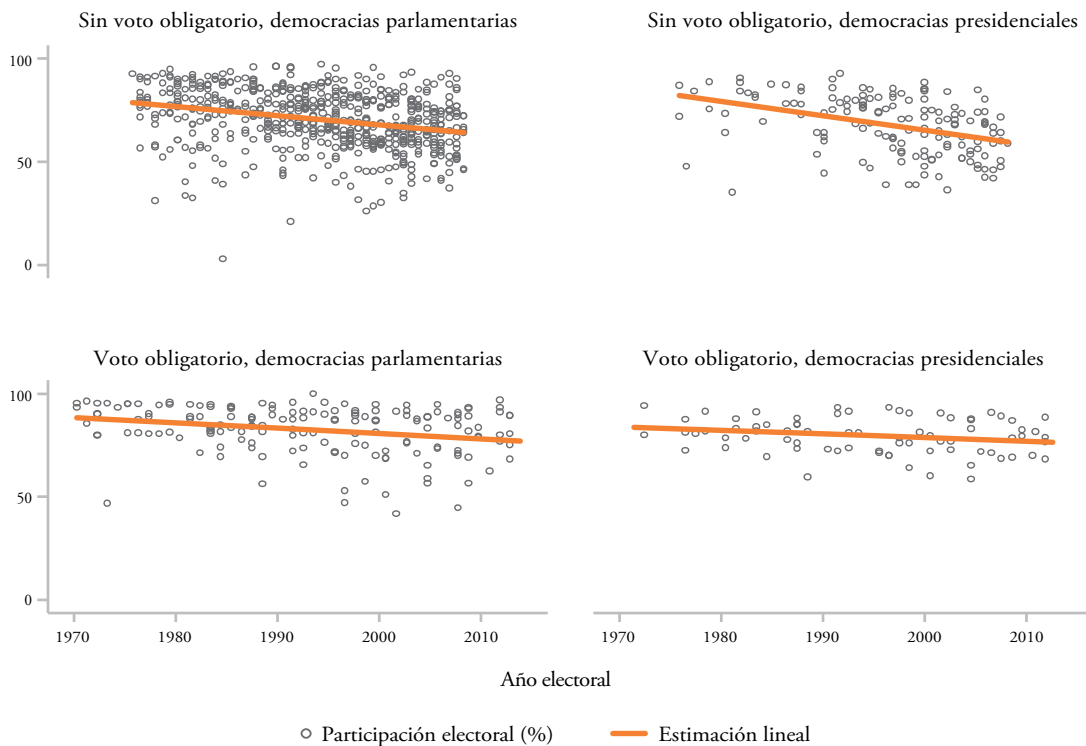


Figura 1.3: Participación electoral (%) entre países libres democráticos en elecciones presidenciales



Sin embargo, esto nos lleva a cuestionarnos si algún otro factor, como el voto obligatorio, está causando estos resultados. La literatura ha demostrado que los individuos que viven en países donde el sufragio es obligatorio tienden a presentar tasas más altas que en los casos en los que no existe dicha obligatoriedad (Hirczy 1994, Franklin 1999, Blais 2006, Hill 2006, Carreras 2016). Los datos disponibles sugieren que la disminución en la participación política es mayor en los países sin voto obligatorio que en aquellas con una participación política obligatoria, particularmente en las elecciones presidenciales.

Figura 1.4: Participación electoral (%) entre países libres democráticos y voto obligatorio



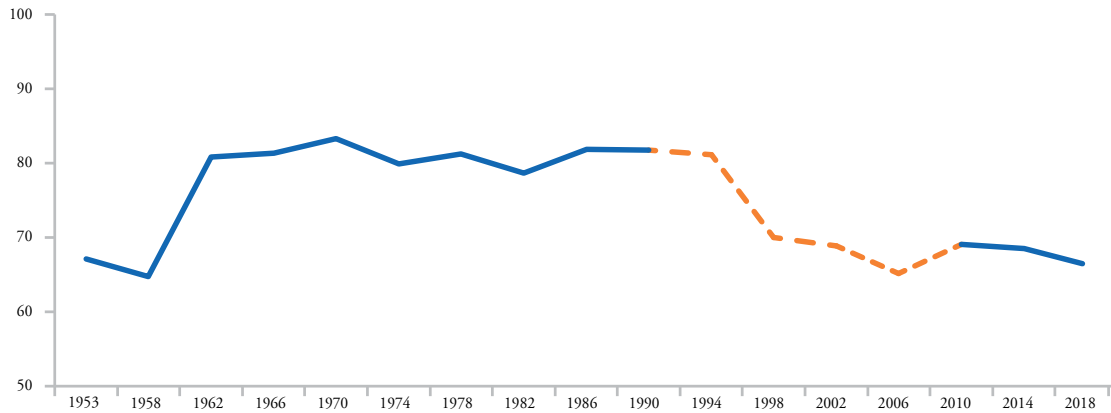
Cuando se delimita el análisis a las democracias maduras, es decir a aquellos países clasificados como democracias en 2010 y que han sido democracias por más de 20 años consecutivos, la evidencia empírica confirma dos hallazgos anteriores. Primero, que las democracias maduras han experimentado una reducción drástica en la participación electoral a largo plazo. Segundo, la tendencia es muy similar cuando se comparan las elecciones presidenciales y parlamentarias. A la larga, la descripción mostrada revela el declive a largo plazo de la participación electoral alrededor del mundo en los últimos setenta años. Las implicaciones de la supervivencia y la consolidación de una democracia en este patrón tan extendido puede variar entre casos si se toman en consideración los antecedentes políticos de los países, y esto puede dejar una gran “huella” en aquellos nuevos votantes que ingresan a la política en una etapa en la que las tasas de participación electoral están entre las más bajas de la historia. En la próxima sección se describe la evolución histórica de la asistencia a las urnas en Costa Rica.

Cambios en la participación electoral en Costa Rica

En general, Costa Rica ha seguido un camino muy similar en cuanto a las reducciones en la participación electoral. Tras una larga tradición de alta participación electoral, con tasas de concurrencia a las urnas generalmente por encima del 75% entre 1962 y 1998,⁷ el número de votantes ha disminuido significativamente en las últimas siete elecciones (1998-2018), como se puede observar en la figura 1.5 En efecto, en 2006 el número de votantes de las elecciones nacionales llegó a su punto más bajo históricamente: 65% del electorado salió a votar. En 2010 hubo un pequeño aumento que no cambió la tendencia observada desde 1994.

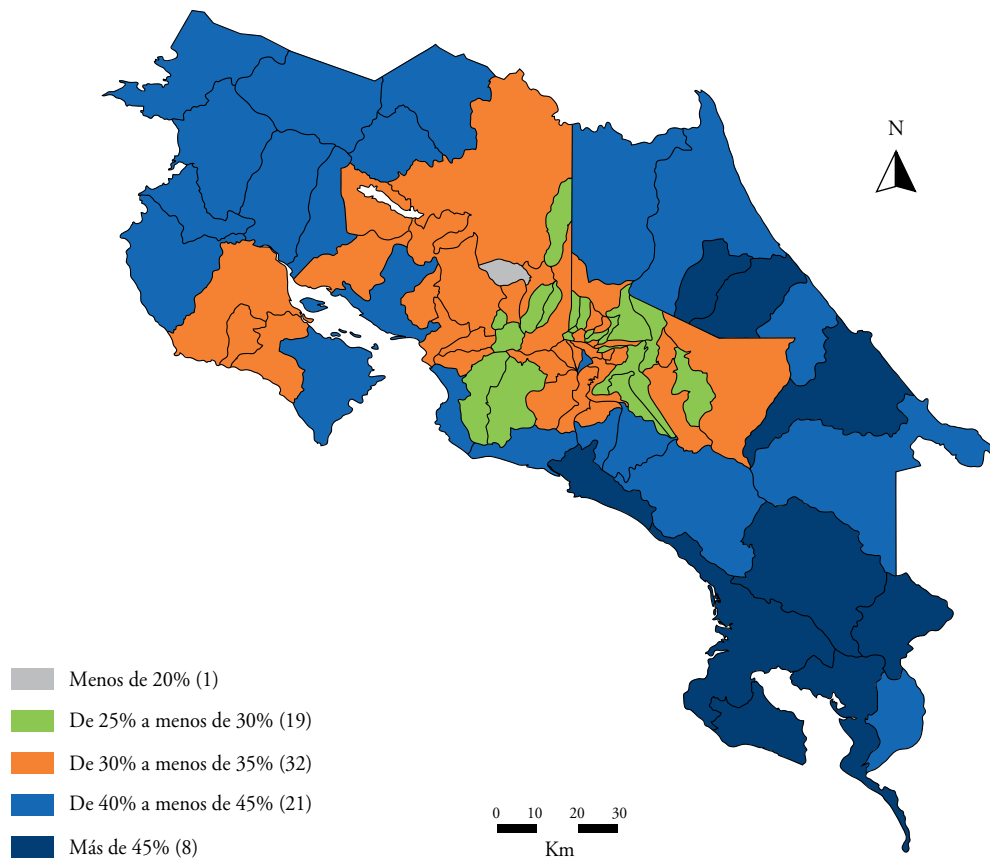
⁷ Los porcentajes más bajos durante la década de 1950 se atribuyen a los efectos posteriores al conflicto, como el exilio forzado de parte de la élite política y algunos votantes. El incremento en 1962 se ha atribuido a la reincorporación de votantes exiliados después del episodio de la guerra civil.

Figura 1.5: Porcentaje de participación electoral en Costa Rica 1953-2018



Nota: La línea punteada roja corresponde al periodo que analizo a profundidad en este libro.

Figura 1.6: Porcentaje de abstencionismo en 2006 en la elección presidencial por municipalidad



Entre todos los casos alrededor del mundo, Costa Rica es un país en el cual los porcentajes más bajos de participación son una incógnita interesante de estudiar. Por más de tres décadas, entre 1958 y 1994, las tasas de participación política permanecieron virtualmente sin cambios en un alto nivel: más del 80% del electorado salía a votar el día de las elecciones. Por ende, se podría decir que los individuos que socializaron durante ese periodo de tiempo debieron haber aprendido y más tarde reproducido, de una manera prácticamente mecánica, el alto nivel de activismo político de sus padres y abuelos. Sin embargo, los porcentajes de participación electoral en el país en las últimas cinco elecciones nacionales no encajan muy bien con esa historia, ya que las tasas bajaron a aproximadamente un 65%. En este documento el lector podrá encontrar un marco teórico y un enfoque empírico que une micro y macro explicaciones sobre el comportamiento político de los individuos a largo plazo.

Enfoque metodológico del libro

Ahora que conocemos las tendencias históricas y espaciales de la participación electoral en Costa Rica, el objetivo de esta sección es describir en detalle las características principales del enfoque metodológico utilizado para explicar los cambios en la concurrencia a las urnas a lo largo del tiempo. Para lograr este objetivo, esta investigación recurre a métodos cuantitativos y cualitativos (un enfoque de métodos mixtos). El análisis cuantitativo involucra dos etapas. La primera implica estimar varios modelos estadísticos longitudinales. Cada capítulo aporta una descripción completa de esos modelos. En los seis capítulos se utilizan modelos con una variable dicotómica que incluye además el rezago de la participación electoral. Este método es una manera común de modelar una dependencia temporal en análisis longitudinales. Se le ha llamado *State Dependence Model*, ya que el valor actual de Y depende de su estado anterior, y los estados futuros de Y dependen de los estados actuales. En este tipo de análisis también incluye interacciones de variables por medio de la incorporación de varios términos multiplicativos entre, por ejemplo, la participación electoral anterior ($t-1$) y la influencia de los padres y los cónyuges. En este caso en particular, los efectos de la interacción me permiten revisar no solo si existe alguna relación entre la participación electoral y la socialización política, sino también las condiciones bajo las cuales y la manera en la que dichas relaciones existen.

En la segunda fase se aprovecha el hecho de que los individuos en el grupo de datos están anidados en varios ciclos electorales, por lo que se utilizan modelos jerárquicos. En estos modelos es posible estimar efectos cruzados en la participación electoral mediante indicadores micro y macro en distintos niveles de agregación.

También se complementan las preguntas de investigación cuantitativa de “qué, dónde y cuándo” con un enfoque cualitativo que, por contraste, investiga los “porqués y cómo” del comportamiento de los individuos de una manera que un enfoque cuantitativo no puede. El objetivo de las entrevistas realizadas es comprender el comportamiento de los votantes en su contexto habitual e interpretar cómo los individuos dan significado a sus experiencias y ayudan a los investigadores a comprender mejor el papel del individuo como un actor social. Se utilizó una muestra de conveniencia, lo que quiere decir que se eligieron personas con experiencias políticas diversas en sus vidas. Los entrevistados pertenecen a distintos grupos de edad, género, educación, ingresos y preferencias políticas. Dado que en dos de los capítulos se discute el papel de los miembros familiares y de los cónyuges en la socialización política, algunas de las personas incluidas en la muestra fueron padres e hijos y parejas. Entre los entrevistados hay personas que conocí en distintos momentos de mi vida, que por alguna razón en particular consideré que podría ser interesante hablar con ellos sobre campañas, elecciones y política. Otro grupo de personas entrevistadas fueron contactadas por métodos alternativos como publicaciones en Facebook y sugerencias de amigos. En el Apéndice se incluye una lista detallada de las personas que compartieron sus experiencias y opiniones con el autor.

Se estructuraron las conversaciones como entrevistas de historia de vida, haciendo énfasis en su experiencia política (socialización, familia y otros factores personales). Se exploraron aspectos como: qué tan importante es votar para ellos, qué los motiva a involucrarse y participar, qué tan poderosa es la historia de votación de los ciudadanos para predecir comportamientos futuros, qué tanta influencia tienen las tendencias de los otros miembros de la familia en el comportamiento de votación de los individuos, qué tan fuertes (o débiles) son los vínculos de los votantes con los partidos y otras instituciones políticas, y qué otros factores contextuales pueden influenciarlos para tomar decisiones electorales. Se les solicitó a los individuos que narraran sus preferencias políticas y revelaran sus experiencias. Para cada capítulo se eligieron individuos con base en perfiles de comportamiento político específicos, se entrevistaron y se utilizó la informa-

ción recopilada para contextualizar el análisis. La aplicación de entrevistas permitió examinar con mayor detalle sus propias experiencias sobre sus decisiones políticas, hablar de quién influye en sus procesos de toma de decisión e identificar los aspectos de un fenómeno que se captura mejor al hablar directamente con los sujetos. Las entrevistas fueron cruciales por dos razones; primero para unir los factores micro y macro que inciden en la participación política, tradicionalmente tratados por separado; y segundo, para comprender, desarrollar y evaluar la tesis central de este libro con respecto al papel de la polarización en las conductas electorales que se explica en detalle en el capítulo 6.

Recopilación y descripción de los datos utilizados

Estimar la relación causal entre las decisiones consecutivas de participación electoral ha demostrado ser intrínsecamente difícil para los científicos sociales y politólogos. Uno de los métodos más comunes utilizados para comprender los cambios en las tendencias de la participación electoral es a través de estudios longitudinales que dan un seguimiento de cómo se comportan los individuos con el paso del tiempo. Las encuestas son otro método comúnmente usado para examinar el comportamiento político de los individuos. Cada uno de estos métodos tiene desventajas importantes. La principal desventaja es que ambos se basan completamente en medidas auto-reportadas de participación que informan erróneamente o inflan las tasas de votación. Un desafío importante para los estudios de panel y las encuestas es que requieren datos sobre el comportamiento electoral validado, que a menudo no se encuentra disponible. Los datos de un panel a nivel individual, que incluyen el comportamiento de votación real para el universo de votantes, superan estas limitaciones y proporcionan una perspectiva causal apropiada para explicar la dinámica de la participación electoral.

Los datos del panel a nivel individual en este libro incluyen el *comportamiento real de votación* para el *universo de votantes* en cinco de las elecciones presidenciales más recientes en Costa Rica (1994-2010). Estos datos se diseñaron de manera única para establecer la relación causal entre los factores individuales y los factores macro sobre la participación electoral.

Los datos para el análisis se basan en la información oficial de la participación electoral recopilada por el Tribunal Supremo de Elecciones después de cada elección nacional. Tan pronto como los votantes cumplen 18 años, aparecen en la lista de elegibles. Debido a que el registro de votantes es una condición necesaria para la participación electoral, el registro automático, como el existente en Costa Rica, elimina del análisis el problema de combinar dos tipos diferentes de comportamiento: la decisión de registrarse y la decisión de votar. Además, el uso de registros oficiales de participación de votantes a nivel individual me permite estudiar a toda la población con edad de votar, incluidos aquellos votantes que nunca han participado en ninguna elección. El registro automático también significa que elimino el sesgo relacionado con el registro voluntario porque examino el universo de votantes potenciales.⁸

Además, los datos permiten un mejor seguimiento de los cambios en el comportamiento de los individuos cada vez que hay un evento significativo en su vida.

Asimismo, todos los votantes en el conjunto de datos, excepto quizás aquellos con edad muy avanzada, nacieron y crecieron en democracia. Esto significa que han vivido bajo un régimen democrático todo el tiempo. Esta condición está claramente ausente en cualquier otro lugar en América Latina debido al patrón de democratización “rebote” que ha prevalecido en la región. Por lo tanto, todos los votantes en este estudio han estado expuestos a los mismos estímulos (una democracia), una condición peculiar que me permite descartar, en este estudio, el efecto a corto plazo del cambio de régimen en la participación.

Este conjunto de datos es una fuente excepcionalmente rica que demuestra el comportamiento de votación. Incluye aproximadamente 2 millones de observaciones por cada elección y 10 millones de observaciones en total.⁹ No hay datos faltantes en las variables dependientes en ninguno de los casos. Algunas de las variables a nivel individual (sexo,

⁸ Según Wolfinger y Rosenstone (1980), el registro aumenta el costo de la votación. Los ciudadanos deben primero registrarse, lo cual carece de la gratificación inmediata que caracteriza otras formas de expresión política (como la votación).

⁹ La votación en ausencia no se encuentra disponible en Costa Rica y los votantes que viven en el extranjero no pudieron emitir su voto hasta la elección presidencial de 2014.

edad y residencia) se incluyen en el conjunto de datos. La unidad de análisis son los votantes en cinco diferentes contiendas electorales, a lo largo de veinte años en total. Complemento los datos electorales longitudinales de los votantes con la información para identificar a sus familiares y cónyuges y su comportamiento en las mismas elecciones mencionadas. En lugar de confiar en los autoreportes de las redes de individuos que les preguntan si saben si sus familiares votaron o no, primero propongo identificar las redes familiares de votantes y su comportamiento y; en segundo lugar, incorporar sus patrones de voto en los modelos.

Este estudio requirió reunir varias piezas de información. Primero, recopilé el comportamiento de los votantes y la información sociodemográfica adicional para cada elección. En segundo lugar, reuní un conjunto de datos que identificó a los padres y cónyuges de los votantes que incluye el comportamiento de todos ellos entre 1994 y 2010. Este paso implicó varias validaciones en el campo para evitar problemas o errores en la confiabilidad de los datos. Se prestó especial atención a los votantes mayores con información clave faltante. En tercer lugar, reuní los resultados electorales para las elecciones nacionales a nivel de distrito en los últimos veinte años.

El uso de la participación electoral real evita los problemas de inflación en la tasa de participación reportada, que caracteriza a todos los datos de las encuesta poselectorales (Monroe, 1977). Los datos del panel a nivel individual en esta contribución incluyen el comportamiento de las votaciones reales (participación o no) para el universo de los votantes en las elecciones presidenciales más recientes en Costa Rica (1994-2010). Según mi conocimiento, solo Costa Rica pone a su disposición una base de datos única para todo el electorado. Esto me permite explorar completamente los determinantes de la participación de los usuarios y las condiciones en las que se producen cambios en el comportamiento político.

Este es un panel del universo de individuos con derecho a votar en Costa Rica en cinco de las elecciones presidenciales más recientes: 1994, 1998, 2002, 2006 y 2010. Este conjunto de datos es una fuente excepcionalmente rica para el estudio del comportamiento electoral.

Según el conjunto de datos mencionado, entre las personas elegibles para votar en 1998 y 1994, el 83% votó en 1994, mientras que solo el 66% de los inscritos para votar en 2010 y 2006 emitieron su voto en 2006. Este es un cambio notable (17 puntos porcentuales menos) en dieciséis años. El mayor cambio se produce entre quienes votaron en 1994 y 1998, con una reducción de 12 puntos porcentuales. Si vemos esto desde una perspectiva dinámica, de los que votaron en elecciones anteriores, el 55% de ellos votaron en las cuatro elecciones (utilizando el rezago de la participación) y, entre los que no votaron en el momento $t-1$, el 25% nunca ha votado en ninguna contienda electoral. Los cambios en las tasas de participación a finales de la década de 1990 y principios de la década de 2000 facilitaron las condiciones para la erosión del apoyo entre los partidos políticos tradicionales y el surgimiento de nuevos partidos competidores, transformando el sistema bipartidista en uno multipartidista. Si analizamos estas tendencias por género, el 47% y el 53% de los votantes masculinos y femeninos emitieron su voto en elecciones anteriores. Finalmente, no hay diferencias significativas por edad entre los que votaron en el pasado y los que no.

Tabla 1.1: Comportamiento de voto de los individuos en la elección anterior (en el momento $t-1$)

Rezago en la participación electoral	Elección				
	1998	2002	2006	2010	Total
No	368.703	706.589	822.513	1.047.362	2.945.167
Porcentaje	16,92	28,93	29,84	33,78	28,11
Sí	1.809.763	1.735.796	1.934.076	2.053.373	7.533.008
Porcentaje	83,08	71,07	70,16	66,22	71,89
Total	2.178.466	2.442.385	2.756.589	3.100.735	10.478.175

Por último, debido a que tengo una cantidad de observaciones muy grande, la estimación de los modelos y resultados solo fue posible por el servicio de *PittGrid* en la Universidad de Pittsburgh. Más específicamente, *PittGrid* es una serie de nodos de *hardware* o CPU, controlados por un único servidor maestro. El servidor maestro se

comunica con todos los nodos en *PittGrid*, para consultar el estado y enviar los comandos. El poder agregado de varios cientos de máquinas proporciona un alto poder computacional para las personas que tienen trabajos intensivos en computación.

Resumen de los capítulos

Los capítulos de este libro son cinco, además de la introducción y las conclusiones. El capítulo 2 tiene dos objetivos principales. El primero es examinar si los resultados ampliamente conocidos con respecto a los determinantes de la participación política, que se ofrecen por los enfoques de comportamiento político, se mantienen en un entorno que tiene una medida objetiva de los registros de participación para el universo de votantes elegibles. El segundo será establecer una estimación de referencia de la participación y sus determinantes con el fin de contrastar estos modelos con otros más elaborados. Por lo tanto, construyo varios modelos replicando aquellos disponibles en la literatura.

El principal propósito teórico y empírico del capítulo 3 es mostrar que la probabilidad de votar en el futuro aumenta gradualmente si alguien comenzó a votar a una edad temprana y votó en la elección anterior. Además, argumenta que la reubicación afecta a los votantes de manera diferente. En consecuencia, encontré que, incluso en condiciones favorables, es decir, los países pequeños donde las distancias en general no son tan determinantes, la participación previa no conduce a la habituación si los individuos se reubican.

La misión del capítulo 4 es explicar cómo el comportamiento político de los padres y los cónyuges afecta los patrones electorales de los votantes. Sostengo que votar es una acción conjunta afectada por la tendencia de otras personas políticamente significativas a participar. Los académicos han dicho que los votantes se ven afectados por las personas con quienes comparten el tiempo y las discusiones políticas. Diferentes estudios han demostrado que cuando las personas toman decisiones, toman en cuenta las señales de quienes son importantes en sus vidas. En este capítulo analizo los efectos de las redes familiares en la participación de una manera metodológica que no se había hecho antes. En lugar de utilizar medidas autoreportadas del comportamiento político de los familiares, se construyeron las redes de padres y cónyuges y se estudia cómo el

comportamiento de los votantes interactúa con la forma en que sus padres y parejas se comportan utilizando las medidas validadas de participación. La principal hipótesis de este capítulo dice que el efecto de la participación de los padres en la probabilidad de votar de los individuos disminuye con el tiempo.

En el capítulo 5, propongo una manera metodológica de abordar la relación endógena entre el comportamiento de los cónyuges y la participación de los votantes. De manera breve, diferentes estudios han demostrado que cuando las personas toman decisiones políticas, toman en cuenta las claves, el conocimiento, los valores y las expectativas de su cónyuge, padres, hijos, amigos, compañeros de trabajo y otras personas que los rodean, es decir, aquellos que son importantes en sus vidas. La misma lógica se aplica a la política electoral. La evidencia compilada muestra que entre más grande la tasa de participación de los cónyuges, mayor es el nivel de participación de los votantes que se sostiene después de controlar el problema de endogeneidad.

Los hallazgos de los capítulos 2 al 5 brindan a los lectores una forma de entender los micro fundamentos de la participación antes de llegar al enigma principal de esta contribución. De esa manera son hallazgos complementarios.

En el capítulo 6, sobre la base de un conjunto de factores sólidos a nivel individual, voy más allá al examinar el impacto de un macrofactor clave en esta historia. Aquí pruebo como los cambios en la polarización impactan los patrones de participación de los individuos. Sostengo que la identidad partidista que hace que las personas participen en las urnas porque son leales al partido en un contexto de conflicto produce una motivación más fuerte, pero se activa de forma selectiva: solo funciona en un contexto de “amenaza” o polarización. Sin embargo, estos incentivos pueden cambiar con el tiempo. En resumen, las identidades politizadas que se destacan en contextos polarizados para dar forma al comportamiento político de los votantes generan mayores niveles de participación.

Capítulo 2

PARTICIPACIÓN ELECTORAL Y SUS MICRODETERMINANTES

La participación electoral es uno de los temas más estudiados del comportamiento político alrededor del mundo. La literatura sobre este tema es muy extensa. Se han dedicado grandes esfuerzos a estudiar los patrones, los factores determinantes y las implicaciones de dicho fenómeno. Hay múltiples y diversas teorías disponibles para explicar por qué los individuos votan. La lista es larga y cubre una gran gama de tradiciones teóricas, entre ellas se encuentran explicaciones económicas, institucionales, de comportamiento, biológicas, sociológicas, antropológicas, históricas y psicológicas. Al mismo tiempo, las metodologías aplicadas al estudio de la participación incluyen encuestas, estudios longitudinales y, más recientemente, experimentos sociales. Los temas analizados son amplios, incluyen a todas las regiones del mundo y los grupos estudiados también son abundantes: jóvenes, adultos mayores, mujeres, minorías y el votante promedio. Además, el número de votantes se ha analizado en una gran cantidad de regímenes políticos que incluye tanto democracias consolidadas como nuevas.

Saber por qué unas personas votan y otras no ha sido el tema principal de un gran número de investigaciones y de literatura (Matsusaka y Palda 1999). Del mismo modo, los expertos debaten si hay evidencia de una disminución en la asistencia a las urnas en democracias industrializadas y otras naciones en desarrollo (Nie et al. 1976, Powell 1986, Teixeira 1987, Flickinger y Studlar 1992, Wattenberg 1998, Blais et al. 2004, Franklin 2004, Lewis-Beck 2008). Dos contribuciones importantes en las últimas dos

décadas también han ofrecido explicaciones sobre este tema en particular en Costa Rica (Raventos-Vorst et al. 2005, Ramírez et al. 2010). En conjunto, todas estas contribuciones han reunido evidencia consistente sobre los principales factores determinantes que influyen el comportamiento político de las personas.

En la literatura de los microfundamentos sobre la participación electoral, algunos académicos han argumentado que la participación en elecciones aumenta con la edad y difiere por cohortes, el género y el estado civil. En general en esta literatura se ha aceptado que un grupo de características sociodemográficas hacen que un individuo sea más propenso a votar. Este capítulo no hace nada más que replicar, corroborar y reforzar ese conocimiento. De hecho, como el lector podrá comprobar, las hipótesis propuestas en este capítulo inicial de “referencia” refieren más a hechos empíricos y no necesariamente a suposiciones teóricas más elaboradas. A pesar de eso, estas hipótesis tienen un papel muy importante como supuestos iniciales y preliminares. Los factores como la edad, género, cohorte y estado civil explican la dimensión estática de la participación electoral, aunque lo hacen de una manera incompleta. Es de particular relevancia para las secciones subsiguientes el análisis detallado que aporta este capítulo sobre las cohortes de votantes, dado que se incorporan a la política bajo circunstancias que determinan su nivel de participación de entrada, su “piso”, como votantes. En capítulos posteriores, que integran la dimensión dinámica, se estudia en profundidad los principales disparadores de la participación electoral y de sus cambios a largo plazo.

En el presente capítulo, el lector podrá encontrar un breve resumen de la literatura sobre el comportamiento de los votantes combinado con un modelo estadístico similar a los que se encuentran disponibles en la literatura clásica sobre esta materia. Esta primera aproximación considera, por ahora, única y exclusivamente, el componente sociodemográfico de la participación electoral. La escogencia de este capítulo de resumen general se justifica porque es necesario considerar primero, cómo los factores sociodemográficos determinan si los votantes se movilizan el día de las elecciones, antes de analizar las fuerzas detrás de las disminuciones agregadas en la concurrencia a las urnas a lo largo del tiempo. En capítulos posteriores complemento este análisis de referencia inicial con explicaciones más sofisticadas. La presentación de las teorías está organizada en cuatro temas diferentes del ciclo de la vida: la edad, las cohortes, el género y el

matrimonio. Este capítulo junto con otros tres (capítulos 3, 4 y 5) pertenecen a una sección de este documento en la cual propongo una teoría sobre las fuerzas clave, a un micronivel, que influyen el comportamiento político de los individuos.

¿Qué explica el comportamiento de los votantes?, explicaciones sociodemográficas

Una relación particular que ha intrigado a los expertos en comportamiento electoral desde inicios de la década de 1960 es la conexión entre la edad y la participación electoral. En un artículo publicado en 1974 Nie et al. sugieren que la evidencia general encontrada en muchos estudios ha llevado a los académicos a concluir que hay un gran porcentaje de regularidad en la relación entre la edad y el activismo político (Nie et al. 1974). El enfoque del ciclo de vida explica que el bajo número de votantes jóvenes es un fenómeno basado en el tiempo y que este se desvanecerá a medida que los jóvenes adopten varios “roles adultos” y se integren más en la sociedad (Wass 2007: 648). Esta suposición afirma que, a medida que una persona envejece, adquiere una mayor experiencia con el sistema político y sus procesos. Entonces, a medida que la experiencia aumenta, las probabilidades de votar aumentan (Niemi et al. 1984, Lyons y Alexander 2000, Highton y Wolfinger 2001). En este capítulo se analiza la relación entre la edad y la participación electoral con la siguiente hipótesis:

Hipótesis 1

La participación electoral aumenta con la edad.

En contraste con el argumento de que la participación electoral aumenta a medida que una persona envejece, la *explicación generacional* considera la participación política como una característica relativamente permanente y común entre una generación entera a lo largo de su ciclo de vida. El reemplazo generacional está relacionado con la edad, pero es distinto en concepto. Independientemente de cuándo nace una persona, tanto ese individuo como sus cohortes envejecen y votan en elecciones sucesivas. Hay un “efecto generacional” en el tanto aquellos que pertenecen a distintas cohortes aportan distintas

experiencias de vida a su participación política” (Lyons y Alexander 2000: 1017). Una *generación* tradicionalmente se considera un grupo de personas que vive simultáneamente ciertas experiencias clave durante sus años formativos. La suposición básica detrás de este punto de vista es que “esas experiencias tienen un impacto fuerte y duradero en la orientación política de una generación” (Wass 2007: 648). Cuando las generaciones tienen distintos patrones de votación, la participación electoral en las elecciones podría verse potencialmente afectada por la composición de edad de los grupos en el electorado (Bhatti et al. 2012). Como explicaron Konzelmann, Wagner et al. (2012: 252) “no es el proceso de envejecimiento individual de las personas, sino la socialización lo que determina la decisión de votar, se espera que las personas que nacen en la misma época tengan una probabilidad similar de concurrir a la urnas”.

En pocas palabras, distintas generaciones han experimentado distintos contextos históricos. Aunque compartan experiencias, estas ocurrieron en distintas etapas de sus ciclos de vida, con resultados distintos (Nie et al. 1974). De acuerdo con este enfoque, las experiencias de los primeros años en la política moldea la orientación de esa generación. Varios estudios recientes han identificado un efecto generacional en las elecciones (Lyons y Alexander 2000, Blais et al. 2004, Franklin 2004) en el que aquellos que son jóvenes en un periodo en particular están expuestos a las mismas influencias políticas y, estas influencias se conservan a medida que el grupo envejece, dando lugar al fenómeno de generaciones políticas (Butler y Stokes 1969; Miller 1992). Una generación se forma por ciertas experiencias que ocurren durante sus años formativos (17-25 años) (Delli 1986). El punto clave es que ciertas experiencias tienen un impacto permanente en esa generación en particular, a lo largo de su vida (Wass 2007).

Además, los cambios en la participación a menudo se dan a partir de que una nueva cohorte de votantes aparece con un comportamiento diferente al de las cohortes anteriores cuando estas eran las primerizas. Los académicos han documentado “la tendencia de una nueva cohorte de retener el hábito de participación electoral más alto o más bajo que se obtuvo en sus primeras elecciones, lo que deja una “huella” en el electorado que registra y transmite hacia el futuro la experiencia formativa de esa cohorte” (Franklin 2004: 60). En el caso particular de los Estados Unidos, Miller (1992) argumenta que gran parte del declive en el número de votantes de las elecciones nacionales se puede

explicar por el cambio en la composición generacional del electorado. Cuando se utiliza el reemplazo generacional como explicación de la disminución en el nivel agregado de la participación, la búsqueda de las razones de esta reducción se transforma en una búsqueda para explicar las diferencias intergeneracionales. De acuerdo con estudios anteriores, los expertos señalan que no debemos preguntarnos por la edad del votante, sino por las condiciones políticas cuando esta persona fue joven (Butler y Stokes 1969, Miller 1992). El punto de la siguiente hipótesis es determinar si la generación importa más allá de los efectos de la edad:

Hipótesis 2

El efecto generacional en la participación electoral es independiente de la edad.

Los índices de participación política varían no solo con la edad. Los estudios sobre el tema han documentado gran cantidad de brechas de género. Históricamente a las mujeres se les excluyó de forma deliberada del poder y de la intervención política en las democracias, y las diferencias persistieron aun cuando se eliminaron las barreras formales para votar y ejercer cargos (Desposato y Norrander 2009). Los primeros estudios sobre el comportamiento de los votantes en democracias de occidente descubrieron que el género era una de las características demográficas y sociales que se utilizaban para predecir los niveles de participación electoral. A finales de la década de 1970 la evidencia empírica confirmó que el género estaba relacionado con la actividad política: los hombres son más activos que las mujeres (Verba et al. 1978). Los académicos atribuyeron esa brecha al nivel de religiosidad (Blais et al. 2004), al reemplazo generacional (Norris 1999), a la socialización política y a las responsabilidades familiares (Welch 1977); y por último, al aumento en el número de mujeres trabajadoras (Andersen 1975). Sin embargo, los estudios más recientes encontraron que las mujeres redujeron la brecha de género que se observaba en la participación política en las décadas de 1980 y 1990, o incluso la revirtieron en varios países industrializados (Christy 1987, Norris 1991, Vaus y McAllister 1989, Schlozman et al. 1995, Stuckey et al. 1998, Norris 2002).

En América Latina, la concesión del derecho al voto femenino tuvo lugar en distintos periodos. Los primeros en adoptarlo fueron Uruguay (1927), Ecuador (1929) y Chile (1934). En general, los países latinoamericanos reflejan distintos niveles de participa-

ción para los hombres y las mujeres (Chaney, 1979), estudios recientes han demostrado que las mujeres votan más que los hombres (Carreras et al. 2013).

En Costa Rica las mujeres obtuvieron el derecho al voto en 1949 y este se implementó de manera universal por primera vez en las elecciones nacionales de 1953. Eliminar esa barrera no produjo cambios inmediatos, sino que originó una transformación gradual. Debido a su exclusión histórica del electorado, algunas mujeres no empezaron a votar inmediatamente y no lo hicieron incluso hasta años después de haber adquirido el derecho. Bajo estas circunstancias, la generación más adulta de mujeres votantes socializó a sus hijos e hijas transmitiéndoles valores débiles de participación electoral. A pesar de eso, las votantes más jóvenes, a diferencia de sus pares mayores, empezaron a votar de forma gradual y a transferir esos valores de participación electoral a las generaciones nuevas de votantes. Por esta razón, mi argumento es que el aumento progresivo de participación política femenina revirtió la brecha entre hombres y mujeres. De igual manera que la privación de derechos tuvo un efecto duradero en la participación política de las mujeres en el pasado, es factible suponer que la reversión esperada en esa brecha continúe influenciando los patrones de las mujeres en el futuro. Así que apunto a encontrar lo siguiente:

Hipótesis 3

La participación electoral de las mujeres es mayor que la de los hombres.

Hasta el momento se ha hecho hincapié en el impacto de los atributos sociodemográficos sobre la participación electoral de las personas. El último argumento teórico que se discute en este capítulo es la influencia de una interacción social que ha comprobado ser relevante para la participación política: el estado civil. De acuerdo con Nickerson (2008), en promedio, los miembros del mismo hogar comparten comportamientos de votación similares. Los comportamientos y las creencias entre marido y mujer son extremadamente similares. Kingston y Finkel (1987) analizan si el estado civil per se tiene un efecto independiente sobre los comportamientos y las actitudes políticas de las personas. Para Glaser (1959) los cónyuges generalmente participan juntos en las actividades electorales (Straits 1990, Kern 2010). Un cónyuge con un mayor interés político también puede motivar a su pareja a presentarse en las urnas (Stoker y Jennings

1995). Además, la participación electoral de ciudadanos casados aumenta más rápido que la participación electoral de ciudadanos solteros a medida que las personas envejecen (Wolfinger y Rosenstone 1980, Harder y Krosnick 2008).

Zuckerman et al. (1998) identificaron que el hogar es el centro de las discusiones políticas. De hecho, una proporción significativa de encuestados en su estudio reportó que su primera discusión la tuvo con un miembro de su familia con quien vivía, casi siempre su pareja. Además, Zuckerman et al. (2005) encontraron que, así como las personas que viven juntas intercambian ideas y opiniones, estos declaran, ponen a prueba, refuerzan y reformulan sus preferencias políticas. Kenny (1993) investiga el argumento de que la participación política individual se ve afectada por la tendencia de la participación política de sus parejas, particularmente si esa otra persona es un cónyuge. La motivación de un cónyuge puede ser suficiente para que la pareja asista a las urnas (Wolfinger y Rosenstone 1980). En resumen, estar casado también puede afectar los hábitos de los votantes, por el efecto de sus pares, si la pareja muestra un patrón de votación estable, esto podría hacer que el otro miembro de la pareja también lo haga (Denny y Doyle 2009).

Stocker y Jennings (1995) observaron que una vez que la persona contrae matrimonio, su nivel de participación política puede cambiar, particularmente si la pareja tenía una vida política activa antes del matrimonio. Glaser (1959) también observa que entre mayor edad tenga la pareja, más probabilidades tienen de votar juntos que de no votar juntos. Este fenómeno sugiere que el matrimonio tiene algo que cambia el contexto en el cual las personas se comportan en la política, particularmente en que las votaciones habituales son condicionales al estado civil (Osborn y Morehouse 2011). Específicamente, las votaciones habituales de los individuos casados pueden diferir de los no casados, y así lo demuestra un gran número de investigaciones que exponen que en un matrimonio la participación política varía a lo largo del ciclo de la vida (Kingston y Finkel 1987). Adicionalmente a estos datos, se estudia la influencia del estado civil de acuerdo con la siguiente hipótesis:

Hipótesis 4

Los niveles de participación electoral son más altas entre los votantes casados.

En general, se ha dedicado una cantidad sorprendente de literatura a analizar el comportamiento de la participación electoral de las personas. Entre estos esfuerzos, los académicos han ofrecido explicaciones a la participación electoral con base en los atributos sociodemográficos de las personas. Este capítulo no cubre de forma integral la literatura en el campo, sino que ofrece un breve resumen de los hallazgos disponibles sobre cuatro temas: la edad, la cohorte, el género y el estado civil, resaltando sus hallazgos más relevantes para explicar el comportamiento de los votantes. En la próxima sección describo un grupo de modelos de votación empíricos de base y sus resultados para poner a prueba las hipótesis mencionadas anteriormente.

Descripción de datos y modelos de base

En este capítulo se utilizan varios modelos estadísticos de base que replican aquellos disponibles en la literatura con dos objetivos principales. El primero es investigar si los resultados conocidos que se ofrecen en el campo sobre los atributos de las personas y su impacto sobre la participación política se mantienen vigentes cuando se utiliza una medición objetiva de la participación electoral en el universo de votantes elegibles. El segundo es establecer una estimación de referencia de la participación electoral y sus determinantes para contrastar estos modelos con unos más sofisticados en capítulos posteriores, tomando en consideración las múltiples y evidentes limitaciones de estos modelos.

Para los modelos de referencia se utiliza la versión completa del panel de individuos con derecho al voto en Costa Rica, en cinco de las elecciones presidenciales más recientes: 1994, 1998, 2002, 2006 y 2010 (para ver una descripción completa de los datos, refiérase al capítulo 1). Los datos provienen de la base de datos del número de votantes oficial recolectada por el Tribunal Supremo de Elecciones, posterior a cada elección nacional.

Se utiliza un análisis jerárquico longitudinal como el principal método empírico del capítulo, los dos modelos aplicados son modelos logísticos. El número de votantes es la variable dependiente, un indicador dicotómico codificado como 1 si los individuos votan y 0 si no se presentaron a las urnas. En el modelo *logit* el *log odds* del número de

votantes se modela como una combinación lineal de los indicadores sociodemográficos. La regresión logística es una de las herramientas utilizadas con más frecuencia para estadísticas aplicadas y el análisis discreto de datos.

Se modela la probabilidad condicionada de la participación electoral como una función del género, el estado civil, la edad, la edad al cuadrado y la cohorte. La estructura jerárquica del modelo que utilicé, con observaciones repetidas de votantes (nivel 1), anidados en varias elecciones (nivel 2) con un coeficiente aleatorio por individuo, permitió aprovechar los enfoques metodológicos con el fin de controlar los factores no observados que pueden tener un impacto en la participación, como la educación y los ingresos.

Especificación del modelo

Modelo:

$$\Pr(\text{participación electoral}_{it}=1 \mid x_{it}) = \beta_1 + \beta_2 \text{mujer}_{it} + \beta_3 \text{casado}_{it} + \beta_4 \text{edad}_{it} + \beta_5 \text{edad al cuadrado}_{it} + \beta_6 \text{cohorte-joven}_{it} + u_i + \varepsilon_{it}$$

Principales hallazgos

La tabla 2.2 muestra los resultados del modelo de regresión de la participación electoral donde se utilizan distintas variables explicativas. Los hallazgos no son sorprendentes del todo, son bastante consistentes con lo que se encontró en la literatura especializada. En general, de acuerdo con el modelo 1, la participación política aumenta a medida que los votantes envejecen. Cada año de aumento en la edad de los votantes está asociado a un aumento de 1.27 unidades en la probabilidad de votar. También, los resultados corroboran que el efecto de la edad en la participación electoral no es lineal, esta aumenta hasta llegar a un tope y luego disminuye entre los votantes mayores. Además, la evidencia confirma la hipótesis 3 que postula que las tasas de votantes mujeres son más altas que las tasas de hombres. Por otro lado, estar casado está asociado de forma positiva y

significativa a una participación política más alta. Finalmente, el modelo 2 corrobora que los miembros de la cohorte más joven de votantes se presentan a votar en tasas más bajas que los miembros de las cohortes más viejas.

Tabla 2.1: Modelos de referencia para explicar el número de votantes

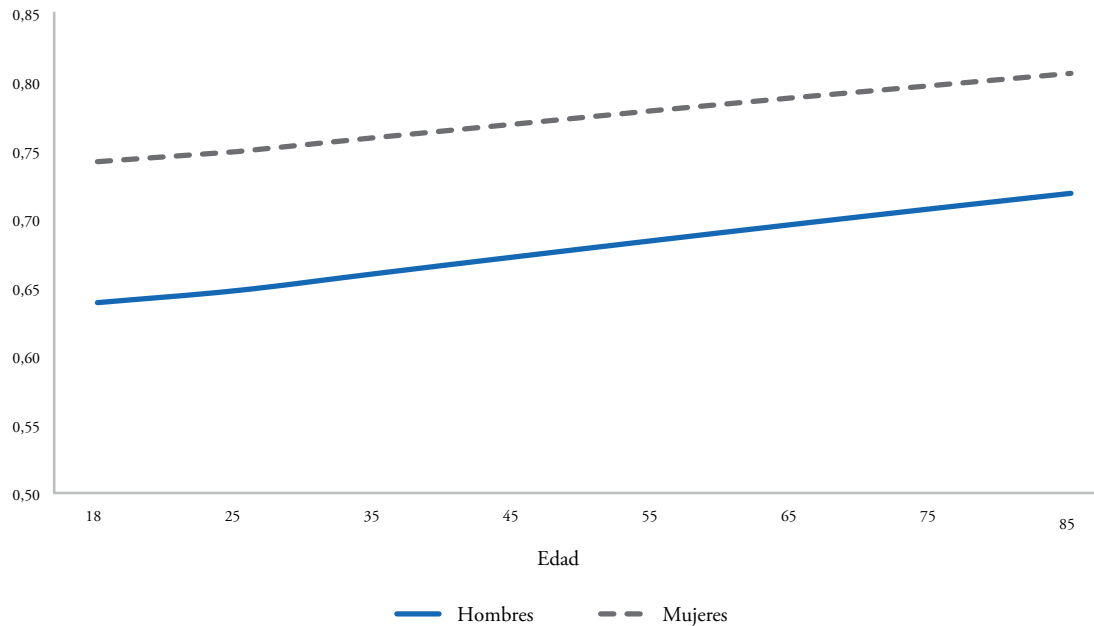
	Modelo 1	Modelo 2
	b/se	b/se
Mujer	0.753* (0.003)	0.717* (0.003)
Edad votantes	0.018* (0.000)	
Edad^2	-0.000* (0.000)	
Casado	0.715* (0.004)	0.658* (0.003)
Cohorte joven		-0.387* (0.003)
Constante	0.562* (0.007)	0.928* (0.003)
Constante	1.234* (0.002)	1.204* (0.002)
Wald Chi-squared	80321	87729
Prob > chi2	0.000	0.000
Número de casos	14.586.547	14.586.547

* p<0.001

Para poder hacer una interpretación más sustancial de estos hallazgos se estimaron las probabilidades de votación en distintas combinaciones de género y edad. Las otras variables se mantuvieron en sus niveles promedio. De acuerdo con la figura 2.1, la probabilidad de votar de una mujer de 18 años es 0.74, mientras que la de un hombre de la misma edad es de 0.64. A los 35 años, la probabilidad de votar de una mujer aumenta a 0.76 y para los hombres aumenta a 0.66. A los 65 años, la probabilidad de que las mujeres se presenten en las urnas es de un 79% y la de los hombres de un 69%. En los

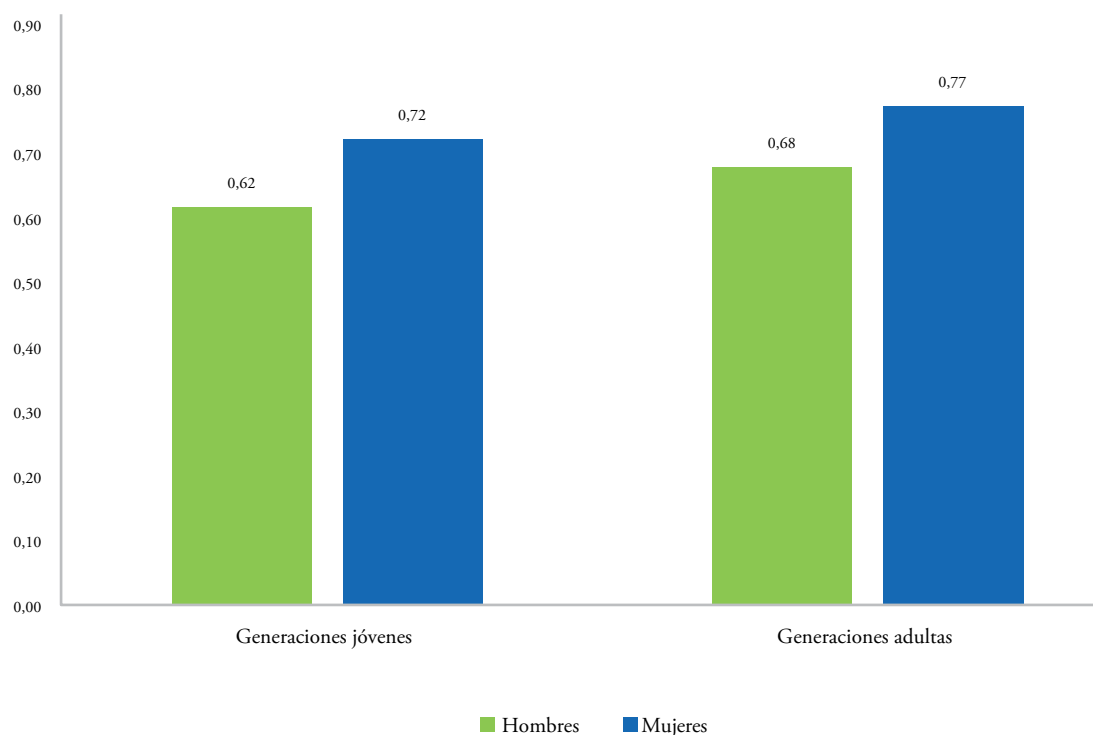
capítulos posteriores mostraré cómo estas curvas difieren en distintos momentos, con base en el rol de la polarización política.

Figura 2.1: Probabilidades pronosticadas de votar en distintas combinaciones de edad y género



Finalmente, como se indica en la hipótesis 2, las probabilidades de votar son menores para la generación más joven de votantes, aquellos que fueron elegibles a partir de 1994 y después, con relación a aquellas cohortes de mayor edad de votantes. Por ejemplo, las probabilidades de votar de un hombre joven son de 0.62, mientras que las probabilidades de un hombre de una cohorte de mayor edad son de 0.72. Al mismo tiempo, las probabilidades de presentarse a las urnas de una mujer votante son de un 68% si ella es parte de la cohorte joven, y un 77% si es parte de las cohortes de mayor edad.

Figura 2.2: Probabilidades pronosticadas de voto en distintas combinaciones de género y cohorte



Conclusiones

En la literatura especializada sobre comportamiento político se ha planteado que las características sociodemográficas de un individuo pueden explicar los patrones de participación de los votantes. Al respecto, los expertos han teorizado que el número de votantes difiere por género y aumenta a medida que la persona envejece y contrae matrimonio. El punto de vista convencional argumenta que la participación política se ve afectada por los cambios en el ciclo de la vida. Este capítulo cumple una misión importante: resumir brevemente los argumentos teóricos del campo, ofrecer un conjunto pequeño de hipótesis a probar y discutir los hallazgos, sin perder de vista lo que ha sido ampliamente demostrado por la literatura.

Un lector familiarizado no necesariamente encontrará evidencia nueva en este capítulo. No obstante, las páginas anteriores confirman los hallazgos conocidos sobre la participación electoral: la edad aumenta las tasas de votación; cohortes de personas de mayor edad se presentan a las urnas con mayor frecuencia que las generaciones más jóvenes, los votantes casados muestran índices de participación más altos que los solteros. También, los datos comprueban la ocurrencia de una reversión de la brecha de género en el número de votantes en Costa Rica, como otras democracias consolidadas, debido al hecho de que los votantes hombres no se presentan a las urnas con tanta frecuencia como las mujeres.

Los hallazgos que muestran que ser mayor, mujer (en el caso de Costa Rica) y casada se asocian con niveles de votación más altas, no son nuevos en la literatura especializada. A pesar de la falta de novedad en estos hallazgos, nos pueden ayudar a construir y establecer fundamentos teóricos y empíricos para realizar un análisis más sofisticado e innovador de los microfundamentos del número de votantes en los capítulos 3, 4 y 5.

Los atributos como la edad, el género, el estado civil y otras características sociodemográficas son sin duda útiles para explicar la participación electoral en ciertos puntos de la historia, pero eso no quiere decir que estos sean aptos para todo tipo de análisis. No tienen la misma utilidad cuando se busca explicar tendencias de participación política en una forma dinámica, por una simple razón: muchos de estos atributos individuales son fijos o permanecen relativamente estáticos a lo largo del tiempo. Por esa razón clave las características individuales, aunque siempre son relevantes en las teorías estáticas sobre los determinantes de la participación electoral, han demostrado ser insuficientes para comprender por qué el comportamiento de los votantes varía con el tiempo. Con base en lo anterior, en capítulos posteriores se utilizan varios de estos atributos de una manera transformada, así como la incorporación de otros macrofactores que ofrecen explicaciones novedosas y mejoradas para comprender el dilema del cambio en la participación electoral.

Capítulo 3

¿EL HÁBITO HACE AL MONJE?

María nació en 1926 y, como muchos otros votantes de esa época, fue criada en una familia grande. María tiene recuerdos vívidos de los episodios de la guerra civil de 1948. Ella habla del partido de preferencia de sus padres con un fuerte apego: “A menudo las personas trataban de persuadirlos de votar por otro partido, incluso les ofrecían dinero, pero nadie lo logró. Entre más lo intentaban más fallaban”. Ella recuerda que los jefes locales del partido los organizaban y los llevaban a mítines políticos en la capital en buses pagados por los partidos. La noche del día de las elecciones ella se reunía con sus familiares a escuchar el avance del conteo de votos en la radio y hacían sus propios cálculos matemáticos con nerviosismo.

En nuestra conversación María recalcó que su padre y otros familiares siempre salieron a votar. Sin embargo, ella pasó muchos años, incluso décadas, sin una cédula de identidad, lo que en términos prácticos quiere decir que ella no era parte de la población elegible. Ahora, en cada elección sus familiares cercanos tratan de convencerla y le ofrecen llevarla a las urnas, pero ella siempre ha preferido no hacerlo. Cuando María llegó a la edad elegible para votar, las mujeres no tenían derecho al voto. La primera cédula de identidad que sacó fue en 1994. María nunca ha votado...

La primera vez que Juan votó (2010) apoyaba al mismo candidato que sus padres. No sabía con certeza a quién darle su voto, estaba emocionado por ejercer su derecho,

pero admite que no estaba bien informado, por lo que preguntó a sus padres cuál era el mejor candidato. En las siguientes elecciones (2014) Juan se informó más sobre los partidos y los candidatos, fue a los debates en la universidad y habló con sus amigos y compañeros. Esta vez estaba rodeado de personas bien informadas. También buscó entrevistas de los candidatos en línea. En la familia de Juan todos discuten y debaten, sin fuertes divisiones, sobre política cuando comen juntos en la mesa. Nadie en su familia ha decidido abstenerse de votar. Cuando algunos de los amigos de Juan dijeron que no iban a votar, él hizo lo posible por persuadirlos de lo contrario. Logró influenciar a algunas personas. Dijo con orgullo que siempre va a presentarse a votar.

¿Será que los hábitos dictan si un ciudadano saldrá a votar? ¿Hasta qué punto salir a votar a temprana edad aumenta las posibilidades de que una persona salga a votar en su futuro? Aunque es posible que las historias de María y Juan no representen la relación que muchos votantes tienen con la política, ilustran la gran influencia que tienen las primeras experiencias en el comportamiento de las personas, a largo plazo. Como muestra este capítulo, lo que sucede, o pudo haber sucedido en esas primeras oportunidades de votar, determina fuertemente lo que los votantes harán en el futuro. Este capítulo defiende la naturaleza dinámica intrínseca del comportamiento político al analizar cómo se forman los hábitos de los votantes a lo largo de las elecciones entre 1994 y 2010.

En la primera sección del capítulo se discuten los principales marcos teóricos relacionados con la persistencia del comportamiento político y sus implicaciones en la participación política. La sección dos introduce la contribución empírica y teórica de este capítulo. En las siguientes secciones describo en detalle los datos y el diseño de los modelos estadísticos que apliqué. En las últimas secciones analizo el significado de los resultados empíricos desde una perspectiva más amplia y discuto sus repercusiones.

El hallazgo principal sugiere que el hábito de votar se crea en la tercera elección en la que una persona puede votar, asumiendo que esa persona empezó a sufragar desde sus primeras elecciones. Al mismo tiempo, la evidencia revela que un cambio de domicilio afecta el comportamiento electoral de las personas, pero su impacto es mayor entre los votantes habituales.

Votar como un hábito

Bajo circunstancias en las que se dan reducciones sustanciales en la participación, tales como las que se vivieron en dos tercios de las democracias maduras alrededor del mundo (ver capítulo 1 para más detalles), el desarrollo de los hábitos electorales puede constituir un factor clave para atenuar, o incluso, revertir dicha tendencia a largo plazo. Un número más alto o más bajo de votantes no es un tema trivial en los sistemas democráticos. Tienen implicaciones tanto teóricas como empíricas para la supervivencia y la consolidación de una democracia. Más concretamente, los episodios con reducciones en el número de participantes dificultan la representación política, lo que revela menos apoyo público al régimen, dos principios democráticos clave. Asimismo, las circunstancias relacionadas con este fenómeno pueden causar un efecto duradero en el comportamiento político de los individuos, lo que los aleja desilusionados del sistema político. Esto afecta especialmente a los jóvenes electores, ya que podría tener un impacto dramático y duradero en el apoyo que dan al sistema político y a su viabilidad.

En contraste con los dos enfoques dominantes sobre el comportamiento de los votantes que dan hincapié a las características individuales que hacen que los votantes tengan más probabilidades de votar (Downs 1957, Finkel 1985, Rosenstone 1993, Brady et al. 1995, Bratton 1999, Gerber et al. 2008), o aquellos que enfatizan las características institucionales que influyen las decisiones de votación de los ciudadanos (Powell 1986, Pérez-Liñán 2001, Fornos et al. 2004, Panagopoulos 2008, Steiner 2010), algunos académicos argumentan que la participación electoral se explica mejor con la persistencia del comportamiento de una elección a la siguiente, lo que se denomina “voto habitual”.¹⁰ La lógica detrás de este supuesto es que las razones que explican por qué una persona vota no se pueden comprender por completo con factores racionales (Downs 1957) ni se trata de que los votantes solo responden a estímulos electorales (campaña, movilización o efecto de la campaña electoral), más bien se trata de que votar se vuelve un hábito, producto de las repeticiones.

10 Una teoría alternativa propone que las personas obtienen beneficios psicológicos después de votar. Los académicos argumentan que votar altera ciertas orientaciones políticas generales que se sabe influyen la acción de votar, como por ejemplo, el sentimiento de deber cívico. Aunque es importante identificar las diferencias entre un hábito y un deber cívico, va más allá de los objetivos de este capítulo. Véase Green y Shachar (2000) y Nickerson (2008).

La primera participación de una persona en las elecciones deja una “huella” en su comportamiento político (Denny y Doyle 2009). Es decir, la decisión de votar una o más veces, influencia la decisión de votar en el futuro. En otras palabras, votar en una elección aumenta las probabilidades de que esa misma persona se presente a las urnas en el futuro. Un número significativo de fuentes bibliográficas sobre psicología política caracteriza los “hábitos” como el resultado de procesos repetitivos. En específico, la participación electoral se convierte en un hábito por medio de la repetición y ésta es guiada por un proceso cognitivo automático y no por un proceso sofisticado de toma de decisión. Los críticos han cuestionado que un comportamiento repetido no necesariamente quiere decir que esto ya es un hábito. Una explicación alternativa sugiere que se deben cumplir dos condiciones para que se desarrolle un hábito: respuestas repetidas y características estables del contexto. Por ende, la repetición es necesaria, pero es una condición insuficiente para desarrollar un hábito fuerte. Además, los cambios contextuales pueden alterar el desempeño de un hábito. A diferencia de la mayoría de los comportamientos, la acción de votar no se realiza en contextos fijos (Aldrich et al. 2011).

En el caso de Costa Rica, una democracia consolidada, este capítulo estudia las condiciones bajo las cuales se dan estas tendencias y nos ayuda a comprender las dinámicas de la participación electoral al enmarcar los comportamientos de los votantes como un proceso dinámico en lugar de uno estático. Este capítulo tiene dos objetivos principales: el primero, dilucidar la conexión entre la edad y la participación, al investigar los efectos de un hábito en el comportamiento de los votantes. El segundo es analizar las condiciones bajo las cuales se crea este hábito, al estudiar los efectos de la interacción entre las conductas de votación pasadas, la edad, el primer voto, y el cambio de domicilio.¹¹

De acuerdo con los académicos, hay un amplio consenso en la literatura de que la participación es, por lo menos en parte, un hábito que se adquiere gradualmente. Las personas aprenden, o no, el hábito de votar según sus experiencias durante las primeras elecciones en las que fueron elegibles para votar (Franklin et al. 2004). La lógica detrás

11 Otros académicos argumentan que una parte de la relación edad-participación es habitual; la otra está relacionada con las bases sociales de la participación electoral. Aunque reconozco que dilucidar estas dos explicaciones causales, tanto en términos teóricos como empíricos es de suma importancia, elegí enfatizar el último por razones de disponibilidad de datos.

de este argumento es que el historial de votación de un individuo es un poderoso indicador de su comportamiento futuro. Brody y Sniderman (1977) han reportado que el comportamiento de votación en el pasado puede predecir los resultados de votación actuales, si se controlan las características a nivel individual y el involucramiento psicológico en la política. A pesar de que podemos encontrar diferentes terminologías en las fuentes bibliográficas para caracterizar el voto como un hábito (“consuetudinario”, “fuerza del hábito”, “inercia”, “voto casual”, “votante circunstancial”), hay un acuerdo general de que el comportamiento de votar es un hábito (Plutzer 2002: 42).

En concreto, votar en una elección aumenta las probabilidades de que una persona se presente en las urnas en el futuro. En decir, “si dos personas tienen las mismas características, pero una decide votar y la otra no, estas decisiones afectarán sus probabilidades de votar en elecciones futuras” (Denny y Doyle 2009: 18).¹²

De este modo, el modelo del hábito explica que la participación electoral depende del comportamiento previo. En resumen, se ha planteado que el hábito tiene un peso importante en la participación electoral. Aunque esta hipótesis es conocida, sorprende que haya poca evidencia empírica sobre la conexión entre los comportamientos previos, los cambios en el ciclo de vida y las acciones futuras. Estudios recientes sugieren que cuando las personas se abstienen de votar, su inclinación futura de votación disminuye; cuando votan tienen mayores probabilidades de votar de nuevo (Coppock y Green 2013).

Como algunos académicos han explicado de manera sucinta “los seres humanos somos criaturas de hábitos” (Danner et al. 2008: 245). Sin hábitos, “las personas se guiarían solo por planes, por guías conscientes y estarían monitoreando cada acción” (Neal et al. 2006: 198). Una teoría bien desarrollada de psicología social, con una gran cantidad de evidencia empírica, da una definición específica de “hábito” (Wood y Neal 2007, Aldrich et al. 2011).¹³ Esta teoría considera la formación de un hábito como una

12 Recientemente *Electoral Studies* publicó los resultados de un simposio sobre nuevos enfoques en la edad, efectos del período y cohorte (ver volumen 33, 2014).

13 Estas teorías “ofrecen una base teórica sofisticada para comprender que la acción de votar es un hábito. Las respuestas automáticas se activan rápidamente en la memoria por señales asociadas, a menudo sin intención o deliberación” (Aldrich et al. 2011).

consecuencia de un proceso repetitivo.¹⁴ “La repetición de un comportamiento en un contexto consistente activa de forma progresiva una respuesta automática en la cual se realiza el comportamiento cuando se presenta la situación” (Lally et al. 2010: 998).¹⁵ De acuerdo con Meredith (2009), votar puede alterar las orientaciones psicológicas para favorecer una participación en el futuro.

En la tradición del comportamiento político, el hábito siempre se ha comparado con la frecuencia del comportamiento (Hull 1943, Hull 1951, Verplanken 2006).¹⁶ Esta teoría “sugiere que los hábitos son guiones automáticos realizados en respuesta a las circunstancias específicas que se monitorean por subsistemas emocionales inconscientes para determinar su compatibilidad con los objetivos” (Aldrich et al. 2011:539). En resumen, cuando se realiza un comportamiento varias veces se convierte en un hábito guiado por procesos cognitivos automatizados, en lugar de ser precedido por procesos de decisión elaborados (Aarts et al. 1998).¹⁷ Para Okada (2013) las memorias relevantes de participación la promueven en las siguientes elecciones. Dicho esto, la hipótesis tradicional dice que las personas que votaron en las últimas elecciones tienen más probabilidades de votar en las siguientes.¹⁸

14 Lo que es más factible es que el comportamiento se vuelve automático después de varias repeticiones, y repeticiones adicionales ya no aumentan la automaticidad. Para más detalles véase Danner et al. (2008).
15 Para Danner et al. (2008: 245-246) “las personas pueden realizar comportamientos basados en objetivos sin una intención explícita porque el comportamiento está directamente conectado al contexto como resultado de haber realizado de forma frecuente y consistente ese comportamiento en el pasado”. De hecho, Triandis (1980) planteó la hipótesis de que cuando el mismo comportamiento se realiza con más frecuencia en el pasado y aumenta la fuerza del hábito, este cada vez se realiza menos por la intención de realizar ese comportamiento. De esta manera, los hábitos son automáticos hasta el punto en que el comportamiento ya no se predice (o guía) por las intenciones. Entre más fuerte sea el hábito, más débil es la relación de intención-comportamiento.

16 Los primeros trabajos de Hull (1943, 1951) sugieren que la relación entre la repetición y la fuerza del hábito sigue una curva asintótica en la cual la automaticidad aumenta de forma estable –pero en menor magnitud con cada repetición– hasta que esta alcanza una asíntota (planicie).

17 Para Aarts et al. (1998) “cuando la misma decisión se toma una y otra vez en el pasado bajo circunstancias similares para lograr un objetivo en particular, uno ya no necesita evaluar las actitudes, controlar el comportamiento y formular una intención consciente al momento de actuar.”

18 Smith y Sylverster (2013) demostraron que las personas con una alta tendencia a votar (los habituales) tienen más probabilidades de convertirse en votantes por correo permanentes. Además, Collins et al. (2009) desarrollaron un modelo dinámico formal de votación en el que el comportamiento de los votantes en una elección depende únicamente de si estos votaron en la elección anterior y de si su partido ganó.

Este marco puede explicar la razón por la cual se dice que uno de los determinantes básicos sociodemográficos –la edad– casi siempre tiene un efecto positivo en las probabilidades de votar (véase capítulo 2). Esto sugiere que las personas cambian con el tiempo y que sus probabilidades de votar aumentan a medida que envejecen. Sin embargo, la historia del hábito es un poco diferente. A medida que la votación se refuerza con el tiempo, los ciudadanos de mayor edad han tenido la oportunidad de votar en más elecciones y de desarrollar este hábito. Esta perspectiva es consistente con otros estudios de hábitos de participación.¹⁹ Como Plutzer (2002: 43) dijo, “votar probablemente produce un refuerzo positivo de amigos, familiares y colegas del trabajo”. Para Dinas y Franklin (2013: 3) “un hábito es un recurso disponible al que no le importan los antecedentes demográficos, siempre y cuando este haya sido creado por comportamientos pasados”.

Así como sucede con el caso de la identificación con un partido político²⁰ (Shachar 2003), se espera que las personas de mayor edad muestren conductas de votación más fuertes que los votantes jóvenes. Esta suposición se basa en el hecho de que haber votado en el pasado aumenta la disposición de la persona de hacerlo de nuevo. Esto captura la idea de que el sentido de votar de las personas crece con el tiempo. Las personas de mayor edad tuvieron la oportunidad de participar en más elecciones y por eso han desarrollado el hábito. Los ciudadanos más jóvenes todavía no han desarrollado dicho hábito, pero las personas de edad madura y los adultos mayores sí lo han podido hacer (Plutzer 2002, Gimpel et al. 2004). Sin embargo, “no es el envejecer lo que aumenta nuestras probabilidades de votar, sino los cambios en el ciclo de vida los que afectan las razones, las oportunidades y los recursos necesarios para participar” (Czesnik et al. 2013). Es por esto por lo que la explicación del ciclo de vida argumenta que a medida que una persona joven envejece, esta adquiere más experiencias en el proceso electoral y político. La razón de este efecto es que las personas jóvenes no tienen los recursos que las personas mayores han acumulado con el tiempo (Quintelier 2007).

19 Gerber y Coppock (2013) demuestran que la fuerza y la persistencia de los hábitos de votación varían por contexto electoral y por los atributos de los votantes.

20 De hecho, Richardson (1986) notó la existencia de votantes habituales que votaban de forma consistente por el mismo partido.

El punto de vista convencional en el comportamiento político sugiere que si las personas votaron antes, es más probable que lo hagan de nuevo en el futuro. Lo que es crítico en este argumento es la idea de que las primeras experiencias políticas determinan el comportamiento político de las personas en el futuro. De hecho, los académicos dicen que votar en las primeras tres elecciones a partir del momento en que la persona es elegible para votar, aumenta de forma sustancial las probabilidades de que esa persona se convierta en un votante habitual en las siguientes elecciones (Franklin 2004, Bhatti et al. 2012). Entonces, los votantes primerizos pueden decidir votar (y de esta manera quizá unirse a los votantes habituales) o abstenerse (y convertirse en abstencionistas habituales) (Czesnik et al. 2013).

En este capítulo no disputo esta aseveración general, sino que refino el argumento de una manera importante: comprender que la primera votación, al principio del ciclo de vida de la persona, requiere un marco teórico más preciso. Propongo la teoría de que votar una vez aumenta las posibilidades de votar una segunda vez, pero que votar dos veces aumenta aún más las probabilidades de votar tres veces, y así sucesivamente. Las primeras elecciones en las que una persona puede votar se consideran un “ritual de iniciación de votación”.²¹ La nueva suposición en mi teoría es que, tras varios episodios de votación, el hábito se crea y permanece en el tiempo. Por ello, las experiencias políticas tempranas afectan las conductas electorales en el futuro (Zuckerman 2005, Meredith 2009, Tóka 2009). Esto nos lleva a preguntarnos por qué las personas mayores que socializaron en etapas de una alta participación de votantes siguen votando y por qué las cohortes más jóvenes no desarrollan el hábito de votar. Encontrar explicaciones para este fenómeno es precisamente el propósito de este capítulo. Pongo a prueba esta teoría con las siguientes hipótesis:

Hipótesis 4

El hábito, medido por el rezago de la participación en la elección previa, aumentará las probabilidades de la participación electoral en las elecciones actuales.

21 Esta noción a veces se le ha denominado un impulso primerizo (Konzelmann et al. 2012) o la moda de la primera vez (Bhatti et al. 2012). La idea es que la recompensa psicológica es importante la primera vez que una persona es elegible para votar (Tóka 2009). También, el votar por primera vez puede ser considerado un acto social notable (Zuckermann 2005).

Hipótesis 5

El efecto del hábito en la participación será más bajo en las primeras elecciones después de que los ciudadanos empiezan a votar.

En este capítulo se argumenta que esta teoría es mejor y más exacta para explicar las tendencias de votación de las personas con el tiempo, que si solo dijéramos que son necesarias tres rondas electorales para desarrollar un hábito de votación, como han dicho algunos académicos. Ambas hipótesis sugieren –algo que todavía no ha sido desarrollado por completo– una premisa clave en esta contribución: la idea de que las personas mayores que socializaron durante épocas con un alto número de votantes siguen votando y que las cohortes jóvenes no desarrollan el hábito de votar.

Como se ha explicado en estudios anteriores, las primeras experiencias de votación dejan una gran “huella” en el comportamiento político de las personas. Algunos incluso dicen que los primeros siete años con episodios de votación en la vida de una persona son los más relevantes para el comportamiento de votación (Highton y Wolfinger 2001). Mi teoría se basa en esto, pero va más allá de esa lógica al argumentar que votar en $t-1$ no convierte a las personas en votantes “habituales” sino que los convierte en votantes “recurrentes” (si votan de nuevo). En contraste, el giro de mi teoría expone que los hábitos se infieren por el hecho de que las probabilidades de votar aumentarán gradualmente con el tiempo. Por esta razón los hábitos se forman gradualmente para la tercera elección, si las personas votaron en su primera elección. Esta adición importante a las teorías de participación política es significativo al analizar en este sentido los patrones electorales entre las personas y, se vuelve más relevante cuando se estudian los votantes primerizos.

Esta teoría es consistente con los estudios disponibles. Por ejemplo, hay una hipótesis que argumenta que las experiencias políticas a temprana edad afectan las conductas de votación en el futuro (Meredith 2009). También, Gorécki (2013) muestra evidencia que respalda la idea de la formación de hábitos en las primeras elecciones en la vida de una persona. Condon y Holleque (2013) postularon que las personas que eligen participar a temprana edad tienen más probabilidades de participar a lo largo de su vida. Para Melton (2014), uno solo puede detectar la presencia de un hábito al estimar dos variables latentes: las probabilidades iniciales y recientes de votar de una persona.

Hasta el momento, solo he discutido los factores teóricos –el primer voto y votaciones anteriores– que activan el hábito de votar. Sin embargo, se sabe que otros cambios en el ciclo de vida pueden perturbar, en lugar de promover, el desarrollo de hábitos. En el siguiente apartado discuto sobre los efectos del cambio de domicilio, uno de los factores clásicos que desactivan la persistencia de participación de una persona, sus implicaciones en el caso de Costa Rica y sus efectos en los cambios en la participación electoral en el tiempo.

Reubicación y hábitos de votación

Otros académicos definen los hábitos como asociaciones cognitivas entre respuestas repetidas y características estables del contexto.²² Entonces, los hábitos se desarrollan al repetir comportamientos de forma satisfactoria en contextos estables, en el sentido de que estos son guiados por procesos relativamente automáticos que involucran poca reflexión (Wood et al. 2002). Dado que el contexto sigue siendo estable y la respuesta es satisfactoria, estas asociaciones luego adquieren un grado de automaticidad (Verplanken 2006). Los hábitos se forman “cuando se utiliza el mismo comportamiento con frecuencia y de forma consistente en un contexto similar por el mismo propósito” (Danner et al. 2008: 261).

Desde un punto de vista psicológico, varios estudios han encontrado que las características contextuales tienen un efecto causal para activar el hábito. Con base en la teoría de la automaticidad de los hábitos, el “contexto se define como un grupo de acciones, señales, eventos y personas previas que se asocian con la repetición regular de la acción” (Wood et al. 2005: 542). En particular, el hábito se ve interrumpido por cambios en los contextos del desempeño (Aldrich et al. 2011).

22 Otros han explorado hasta qué punto los hábitos son reforzados por los objetivos. En concreto, los objetivos pueden: (a) dirigir los hábitos al motivar la repetición que da lugar a la formación de hábitos y al promover la exposición a señales que activan hábitos, (b) se pueden inferir de los hábitos e (c) interactuar con los hábitos de manera que refuercen las asociaciones aprendidas de hábitos (para más detalles véase Wood y Neal 2007).

Al mismo tiempo, el factor clave para que se dé un comportamiento con hábito es con un contexto estable de estímulo, y el hábito de hecho se ha definido como la tendencia de repetir comportamientos pasados en un contexto estable. Por otro lado “cuando los comportamientos no se han aprendido bien o cuando estos se realizan en contextos inusuales o difíciles, es necesario tomar decisiones conscientes para iniciar y realizar el comportamiento” (Ouellette y Wood 1998: 56).

En el campo del comportamiento político muchos académicos han argumentado que votar es un hábito. Como han dicho los académicos²³ en el caso específico de los votantes “todos empiezan con un hábito sin fuerza. El hecho de votar, así como cualquier otra respuesta, se automatiza por medio de la repetición de comportamientos. Sin embargo, la repetición es insuficiente para desarrollar un hábito fuerte. Los hábitos se forman con la repetición de una respuesta en el mismo contexto, o uno muy similar” (Aldrich et al. 2011: 536). La consistencia “se refiere a la estabilidad del contexto en el cual el comportamiento se ha realizado en el pasado” (Danner et al. 2008: 261).

Entonces, el hecho de que las personas sean sensibles a cambios en este contexto permite comprender su importancia para que surjan los hábitos. Bajo estas circunstancias, “el contexto se asocia fuertemente y de forma exclusiva a la representación mental del comportamiento y, por ende, puede causar que se dé ese comportamiento directamente sin una intención consciente” (Danner et al. 2008: 247). De hecho, reconocer que el contexto es importante para establecer hábitos (Ouellette y Wood 1998, Wood et al. 2005) ha llevado a plantear que cualquier medida de hábito debe reflejar el punto donde el comportamiento se realiza tanto en su frecuencia como en la ocurrencia de éste en un contexto estable. Cuando las personas toman decisiones, lo hacen en contextos específicos. Se ha demostrado que los estímulos en el entorno activan contenido en la memoria y hacen que las ideas relacionadas estén más accesibles incluso aunque la persona no sea consciente (Berger et al. 2008).

23 En particular, estos exploran empíricamente si el salir a votar refleja dos estilos de toma de decisión. Algunas personas deciden votar según la definición generalmente utilizada, como el resultado de una deliberación o una reflexión consciente de los factores relevantes. Otros ciudadanos deciden votar como resultado de lo que se entiende teóricamente en la psicología social como una respuesta habitual, y responden automáticamente a señales bastante diferentes (Aldrich et al. 2011).

La principal diferencia entre votar y otros comportamientos es, sin embargo, que “el contexto no es fijo, y por esto debemos tomar en consideración no solo la repetición de ese comportamiento sino también si esas repeticiones se realizan en contextos similares (Aldrich et al. 2011: 536). Para otros académicos “cuando cambian los contextos usuales, los hábitos no se pueden activar con estímulos recurrentes, y el desempeño se interrumpe. Los hábitos solo sobreviven cuando los aspectos del contexto del desempeño no cambian. Esto quiere decir que los hábitos surgen cuando se realizan en ubicaciones específicas, en momentos específicos, de maneras específicas y con, o sin, ciertos patrones de interacción”. Es decir, los hábitos dependen del contexto (Wood et al. 2005: 918).

Esta suposición implica que la alteración del contexto por medio de distintas fuentes va a interrumpir el ciclo del hábito. En otras palabras, los cambios estructurales en el ciclo de vida del individuo pueden tener la capacidad de interrumpir el contexto en el cual se da el hábito de votar. Sin embargo, solo algunos cambios en las circunstancias deberían de ocasionar esos cambios en el comportamiento habitual (Wood et al. 2005). El contexto personal (ubicación) lo abordo en este capítulo y el contexto político lo abordaré en capítulos posteriores.

Los académicos han atribuido al cambio de domicilio los efectos negativos relacionados a la participación política (Millbrath y Goel 1977). Esta literatura ha demostrado que aquellos que se mudan tienden a votar menos y, que las probabilidades de desarrollar algún tipo de actividad política aumentan con la duración de la residencia (Magre et al. 2014). De acuerdo con Highton y Wolfinger (2001: 204) “no hay duda de que las personas de cualquier edad que cambian de residencia tienen menos probabilidades de votar”. Squire, Wolfinger, y Glass (1987: 45) encontraron que “la participación en los Estados Unidos aumentaría nueve puntos porcentuales si se eliminan los efectos de las mudanzas”. Además, Alford y Lee (1968) reportaron datos que muestran que ese cambio de domicilio por sí solo es responsable de un 31% de variación en los votos en unas muestras de las municipalidades de los EE. UU.

Dos de las teorías principales explican los mecanismos que hacen que una mudanza afecte la participación. Algunos expertos argumentan que el cambio de domicilio tiene un impacto negativo principalmente por la necesidad de volver a registrarse, y no tanto

por ruptura de los lazos sociales (Highton 2000).²⁴ Por esta razón, los ciudadanos que se acaban de mudar son menos propensos a votar por el aumento en los costos de votación y otros costos administrativos relacionados, como conocer la ubicación de la nueva estación de votación, los candidatos y los temas importantes a nivel local (Dowding et al. 2012), así como el tiempo requerido para votar y el costo de viajar a las urnas (Bhatti 2012). Bhatti (2012) utilizó los datos de las elecciones locales danesas y encontró una fuerte relación negativa entre la distancia a urnas y el número de votantes, con una clara disminución para las distancias más largas.

Al mismo tiempo, otros argumentan que “el cambio de domicilio está asociado a un menor número de votos por el hecho de que estas personas tienen menos apegos a su nueva comunidad” (Denny y Doyle 2009: 26). Entonces, los recién mudados no tienen las conexiones sociales que, como se ha teorizado generalmente, reducen los costos de votar y crean una fuerte unión con su comunidad (Dowding et al. 2012, Boulianne y Brailey 2014). Al mismo tiempo, la comunidad local se considera un sistema complejo de redes de amistad y de familiaridad, así como un sistema de lazos de relaciones formales e informales basados en la vida familiar y en los procesos de socialización continuos (Kasarda y Janowitz 1974). Básicamente, los vecindarios con una vida política activa producen ciudadanos políticamente activos (Cho et al. 2006). Para Verba y Nie (1972: 145) “los ciudadanos que han vivido menos tiempo en la comunidad, en general, son menos activos políticamente”. El entorno de vecindario es una fuente clave de recursos políticos relevantes que ofrecen condiciones en las que la información política se puede compartir y donde los residentes se pueden involucrar en la actividad política (Gay 2011). Para otros, “votar está inherentemente asociado a la geografía social, lo que afecta e influencia la fuerza de las comunidades que ofrecen el contexto para la

24 Vonnahme (2012) analiza el efecto de las fechas límite de registro de votantes en la participación electoral y cómo este número depende del contexto social de los votantes. Su argumento es que las fechas límite de registro tienen efectos directos e indirectos en las votaciones. En concreto, las fechas límite de registro más cortas aumentan directamente los votos al reducir los costos de votación, creando un segundo efecto indirecto por medio de redes sociales, a medida que los votos se pasan de persona a persona en las votaciones. En concreto, las fechas límite de registro más cortas aumentan directamente los votos al reducir los costos de votación, creando un segundo efecto indirecto por medio de redes sociales, a medida que los votos se pasan de persona a persona.

participación electoral” (Estrada-Correa y Johnson 2012). En resumen, la literatura especializada sugiere que mudarse a menudo es parte del ciclo de la vida²⁵ y, sin tomar en cuenta cómo afecta el cambio de domicilio en las votaciones, queda claro que la estabilidad residencial facilita los hábitos de votación.

Al analizar los datos de la historia de votación de los participantes adultos en una lotería que le ofreció a los participantes la oportunidad de mudarse de viviendas públicas en vecindarios de alto nivel de pobreza a apartamentos privados en comunidades de baja pobreza diseñadas por el Programa *Moving to Opportunity for Fair Housing Demonstration Program* (MTO) en los Estados Unidos, Gay (2001: 148) explica que “los participantes que ‘ganaron’ la lotería —es decir, los adultos a cuyas familias les dieron al azahar un cupón de vivienda para mudarse a un vecindario con baja pobreza— votaron menos en las siguientes elecciones nacionales”.

Aldrich et al. (2011: 542) argumentan con respecto al voto, que el contexto se ve altamente afectado cuando las personas se mudan a un nuevo lugar. “Como sucede con todas las alteraciones del contexto, las características que dieron lugar a las votaciones por hábito en la ubicación antigua se rompen y se deben restablecer en la nueva ubicación antes de que se pueda restablecer un fuerte hábito de votación nuevo. En otras palabras, las personas que se acaban de mudar no pueden ir a votar con una respuesta por hábito. Aquellos que no se han mudado puede que estén votando por señales recurrentes que activan la respuesta del hábito”.²⁶ Como Rosenstone y Hansen (1993: 157) argumentan, las personas que se mudan “deben restablecerse políticamente”.

Magre et al. (2014) opinan que conectarse política y socialmente con una nueva comunidad puede tomar años. Alford y Lee (1968) concluyeron que un alto nivel de movilidad en la población es sinónimo de grandes grupos de “residentes que han perdido sus lazos a grupos sociales y redes políticas que han sido sus canales de comunicación de estímulos políticos hasta el momento”.

25 Las personas se mudan por muchas razones. Algunas de estas razones son impuestas, y otras no (Gay 2011).

26 Para estos autores, una vez que el votante se muda, el contexto se interrumpe lo suficiente como para que cualquier hábito existente ya no cuente y el votante ya no puede decidir ir a votar con las señales contextuales que estimulaban su hábito. El requisito de reflexionar de forma consciente sobre el proceso de votar siempre regresa a una respuesta consciente, deliberada y no basada en hábitos.

Para Plutzer (2002: 44) el cambio de domicilio puede interrumpir temporalmente el patrón regular de los votantes. Como sucede con otros factores disruptivos, “el cambio de domicilio es principalmente un factor que afecta a los votantes habituales”. En resumen, los costos administrativos y sociales de mudarse pueden ser suficientes para interrumpir el hábito de votar de las personas que cambian de domicilio (Gay 2011).

Bajo la luz de estas suposiciones teóricas, es razonable revisar si el cambio de domicilio tiene un impacto en las tendencias de votación que evitan que los votantes desarrollen un hábito. Mi supuesto se basa en la lógica de que las acciones que no son hábitos no se ven interrumpidas por los cambios de contexto. Esta es la hipótesis que defiendo más adelante. Una investigación que ha durado varios años, basada principalmente en los Estados Unidos y otras democracias consolidadas, explica las tasas de participación electoral en términos del impacto negativo del cambio de domicilio. Aunque la literatura ofrece evidencia convincente que demuestra que en promedio las personas que se mudan tienden a votar menos que los que no se mudan, sorprende saber que ha habido unas cuantas contribuciones que estudian los efectos de la reubicación sobre los hábitos de las personas. Aquí argumento que los efectos de los hábitos disminuirían después de un cambio de domicilio. En esencia, esta es la contribución novedosa de este capítulo.

Entonces, mi teoría de la interacción entre un cambio de domicilio y los hábitos de votación establece que solo aquellos ciudadanos que votan a menudo y que no se han mudado entre elecciones desarrollarán un fuerte hábito de votar. Es por esto por lo que predigo que las personas que se mudan no desarrollarán hábitos de votación, y lo opuesto sucederá con las personas que no se mudan. En acuerdo con Aldrich et al. (2011), argumento que el mejor indicador de hábitos fuertes es la conjunción de respuestas repetidas y de contextos estables. Para que los comportamientos se puedan realizar en una variedad de contextos, la frecuencia de los comportamientos pasados por sí sola no predijo directamente las conductas futuras, sino que solo lo hizo cuando las personas habían realizado los comportamientos en contextos estables (Danner et al. 2008).

Al mismo tiempo, como argumentan Wood et al. (2005) la interrupción de los hábitos con un cambio de contexto debería emerger en una interacción de doble vía, de manera tal que los votantes puedan continuar realizando sus hábitos solo si las circunstancias no

cambian. Si mi teoría es correcta, las probabilidades de que una persona vote no es una simple manifestación del comportamiento de votar como un hábito. También podría reflejar la influencia de cambios contextuales que afectan la decisión de votar. De hecho, sugiero que la evidencia empírica del papel principal del cambio de domicilio en la activación de los votos por hábito ofrecería la base de una mejor interpretación de las dinámicas de las votaciones. Analizo este supuesto por medio de esta hipótesis evaluable:

Hipótesis 6

El efecto del hábito (rezago en la participación) en la participación de los votantes disminuirá después de un cambio de domicilio.

La reubicación en una perspectiva más amplia: la movilidad en otros contextos

Históricamente las migraciones (internas o internacionales) han sido una fuerza de impacto en los asentamientos humanos, sus actividades económicas, los mercados laborales y en la disponibilidad –y provisión– de bienes públicos. Para las personas, las familias y los hogares, la movilidad ofrece un mecanismo para lograr sueños y responder a las oportunidades (Bell y Muhidin 2009). La gran mayoría de estos flujos de migración se dan dentro de los mismos países. Los académicos estiman que un 12% de la población global en 2005 –aproximadamente 760 millones de personas– todavía vivían en su país de origen, pero en una región distinta a la de su nacimiento (Bell y Charles-Edwards 2013), superando el 3% de personas alrededor del mundo que se consideran inmigrantes internacionales (Groppo 2014).

A pesar del aumento en la relevancia de los flujos de migración con el tiempo y entre países, las comparaciones transnacionales de migraciones internas siguen siendo un campo de investigación subdesarrollado. A diferencia de otros eventos demográficos, como lo son un nacimiento o una muerte, la migración es un proceso repetitivo que involucra un cambio en la distancia y duración (Bell y Muhidin 2009). La escasez de datos confiables alrededor del mundo sobre inmigrantes internos y la falta de medidas transnacionales dificultan calcular la migración interna desde una perspectiva comparativa. Tres factores son responsables de este fenómeno, de acuerdo con Bell y

Charles-Edwards (2013). Primero, argumentan que hay diferencias importantes en los tipos de datos recolectados entre los países, lo que se atribuye en parte a la ausencia de normas estadísticas internacionales para medir la migración interna. Segundo, mencionan que hay varios impedimentos para comparar los datos de migración interna recolectados de distintas fuentes. El principal sería determinar si la migración se mide como una transición fija, como un evento, como la última mudanza, o a lo largo de la vida. Además de las diferencias en los tipos de datos de migración recolectados por los censos, los registros y las encuestas, las comparaciones transnacionales de migración interna se vuelven más difíciles por las diferencias en la cobertura de la población, en la comparabilidad temporal de las estadísticas, en la calidad de los datos y en el marco espacial sobre el cual se mide la migración, –es decir, el número de zonas en las que los países se dividen.

A pesar de la escasez de datos disponibles, el interés en las comparaciones transnacionales de migración interna ha sido obvio y ha tomado varias formas (Bell y Muhidin 2009). Con el tiempo se han hecho esfuerzos para realizar comparaciones internacionales y medir el flujo de migración. En la década de 1970 las Naciones Unidas hizo un llamado a estandarizar los datos de migración internos. El primer intento por establecer un inventario global nació tras una encuesta de las Naciones Unidas publicada en 1978 (Naciones Unidas 1978), que identificaba 121 países que recolectaban datos de migración internos. Más tarde, Nam et al. (1990) presentaron las fuentes de los datos de migración, los patrones de movimiento, la selectividad, las causas y consecuencias de la migración en 21 países alrededor del mundo. Se realizaron esfuerzos similares en 28 países europeos (Rees et al. 1996, Rees y Kupiszewski 1999). Otros estudios han enfatizado las comparaciones entre países (Long 1991), la distancia de migración (Long et al. 1988), las estructuras de edad (Castro y Rogers 1981), y otras características demográficas (Long 1992). Más recientemente, el Informe Anual de las Naciones Unidas de 1999 (2000) estudió directamente documentos a nivel de país para comparar las tendencias de migración internas y las tendencias entre 15 países en África, Asia y América Latina. También Bell (2005) preparó un nuevo inventario basado en 191 estados miembros de las Naciones Unidas. Además, la CEPAL publicó (2008) otro grupo de comparaciones transnacionales de migración interna para los 23 países de América Latina y el Caribe, donde se actualizaron los datos que antes había recolectado Vignoli

(2004). También hay estudios especializados que comparan aspectos específicos de la migración interna, como la contraurbanización (Champion 1989), migración de retorno (Newbold y Bell 2001) y el proceso de los jóvenes adultos de dejar la casa de los padres (Holdsworth 2000).

Los datos de las encuestas y de los censos²⁷ han tenido dos enfoques en común para calcular cuántas personas se reubican entre países y con el paso del tiempo. Los académicos por lo general definen a los inmigrantes de dos maneras: a) eligiendo unidades geográficas para precisar el posible origen y las ubicaciones de destino o b) estableciendo el período de tiempo en el cual las personas deben moverse entre el origen y el destino (Molloy et al. 2011). Aunque hay un gran consenso sobre cómo definir a los inmigrantes, las estimaciones de inmigrantes difieren por las fuentes, los métodos de cálculo y los años.

En la mayoría de los conjuntos de datos de uso público, la migración generalmente se puede observar a lo largo de la vida de una persona o en un período de tiempo reciente, generalmente preguntando a las personas si se reubicaron en el último año o durante los últimos cinco años.²⁸ Por ejemplo, al preguntar a 236.865 adultos en 139 países (lo que representa un 97% de los adultos del mundo) entre los años 2011 y 2012 si se habían mudado a otra ciudad o área dentro de sus países, Gallup estimó que un 8% de los adultos se habían mudado dentro de sus países en los últimos cinco años (Esipova et al. 2013). La desventaja de este método es que a menudo, solo se observan los puntos finales de estos períodos de tiempo. Entonces las personas que se han mudado muchas veces en ese período no se van a distinguir de las personas que se han mudado solo una vez (Molloy et al. 2011: 5).

27 Los registros de población y las colecciones administrativas también son fuentes prominentes de datos en Europa.

28 Los intervalos de un año y de cinco años son los más comunes, pero otros intervalos de transición también se utilizan. Los datos de los intervalos de cinco años son especialmente prominentes en América Latina y Oceanía, mientras que los datos más recientes de las mudanzas son comunes en África y Asia.

Al analizar los datos de los censos, los académicos también exploraron las distintas estrategias metodológicas para calcular cuántas personas “viven en sus países de nacimiento, pero afuera de su región de nacimiento”. Las comparaciones alrededor del mundo sobre las migraciones internas son relativamente recientes y han sido difíciles de lograr debido a las limitaciones de datos anteriormente mencionadas. La mayoría de los estudios de migración conectan los datos, a lo mucho, hasta 1990. A pesar de eso, en los últimos quince años se han hecho varios esfuerzos para compilar los datos generalizados (esfuerzos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo o el Proyecto IMAGE) y desarrollan nuevas maneras de medir los flujos de migración desde una perspectiva comparativa.²⁹ En la mayoría de las medidas, la impresión dominante de los datos es una tendencia a una disminución alrededor del mundo cuando se comparan los flujos de migración medidos en secuencia en las rondas de 1990, 2000 y 2010 de los censos disponibles. En resumen, las intensidades estables o en disminución se observaron en gran parte del mundo, incluyendo América Latina y el Caribe y Australia; Canadá y los Estados Unidos (Bell y Charles-Edwards 2013). En el caso de América Latina, la migración urbana-urbana ha aumentado de forma estable desde la década de 1980 (Organización Internacional para las Migraciones 2008).

Aunque la mayoría de las personas que se mudan lo hacen en busca de mejores ingresos, hay otras razones por las que las personas se mudan. La literatura sobre los motivos de la migración interna (Lall et al. 2006) menciona servicios públicos insuficientes, como salud o educación o conflictos como otras fuerzas de importancia. Sin embargo, las decisiones de los inmigrantes pueden estar influenciadas por el tipo de migración (Grosso 2014). Los estudios de migración internos han ofrecido evidencia irrefutable donde se demuestra que la reubicación ha redistribuido una gran parte de la población nacional entre las regiones principales. Se ha establecido que la población que más tiende a mudarse son los adultos jóvenes, esto coincide con la edad, pero aumenta con la educación y entre las personas con grandes habilidades. También, el perfil de edad de migración es sumamente consistente en distintos niveles de escala espacial dentro de los países individuales.

29 Los académicos utilizaron distintas medidas de migración que están relacionadas en funcionalidad: *Crude Migration Intensity*, *Migration Effectiveness Index* y *Aggregate Net Migration Rate* (véase Bell y Charles-Edwards 2013 para los detalles metodológicos).

La migración doméstica tiene implicaciones en la política. Robinson y Noriega (2010) analizaron la migración de los votantes como una fuente de realineamiento político y el aumento del Partido Democrático en Arizona, Colorado, Idaho, Montana, Nevada, Nuevo México, Utah y Wyoming. También, las investigaciones entre varios modelos de gobiernos locales muestran una mayor cantidad de municipalidades con altas tasas de crecimiento reciente en la población, lo que revela niveles más bajo de votantes en estas municipalidades comparadas con aquellas con un menor crecimiento o uno negativo (Kasperson 1969, Magre et al. 2014). Estrada-Correa y Johnson (2012) encontraron que las áreas que experimentaron niveles más altos de ejecución hipotecaria tenían niveles de votación más bajos. Estos estudios concluyeron que las personas que viven en comunidades con tasas altas de ejecución hipotecaria tienen menos probabilidades de votar que las personas que viven en comunidades más estables.

Movilidad residencial en Costa Rica

A diferencia de otros países, los costarricenses no se cambian de domicilio tanto como las personas en otras sociedades por dos razones, una geográfica y otra cultural. Primero, el país es considerablemente más pequeño (51.000 km²) que otras naciones. Por lo tanto, las razones típicas por las que las personas se mudan, como casarse, un nuevo trabajo o para estudiar en la universidad, no necesariamente los obligan a abandonar su vecindario y buscar uno completamente nuevo. Las distancias no son tan determinantes como lo son en los países grandes. Por lo tanto, para algunas personas el costo de mudarse es más alto y prefieren viajar distancias relativamente más largas para ir a la escuela o al trabajo y regresar a casa más tarde al final del día. En segundo lugar, incluso después de mudarse a una nueva comunidad, los votantes pueden optar por mantener su antigua residencia electoral sin importar dónde vivan ahora y en realidad, no siempre actualizan su dirección solo por razones electorales. Muchos de ellos prefieren mantenerse en el antiguo distrito electoral para preservar la tradición cultural de las familias extensas de ir todos juntos a las urnas. El día de las elecciones, los miembros de la familia (abuelos, tíos, tías, madres, padres y sus descendientes, primos, etc.) se reúnen

en su distrito electoral, van a la mesa de votación en grupo y votan por su candidato o partido preferido. Esta tradición crea incentivos para no cambiar su residencia electoral independientemente de cuántos kilómetros tengan que recorrer.

La combinación de estos dos aspectos puede llevar a alguien a simplemente subestimar la influencia de la movilidad residencial en la participación electoral. De hecho, parece que bajo las condiciones mencionadas anteriormente, los efectos de los cambios residenciales serían marginales o incluso irrelevantes para explicar el comportamiento de la participación electoral. Sin embargo, en este capítulo propongo que la inestabilidad residencial tiene efectos perjudiciales en la participación electoral. Al respecto, planteo que cuando el contexto cambia, los votantes no habituales se verán menos afectados, no obstante, las tendencias de los votantes habituales se verán afectadas. Concretamente, la reubicación aumenta el costo de votar porque implica que las personas necesitan invertir más tiempo y obtener más conocimientos sobre la ubicación del nuevo centro de votación, buscar y participar en nuevas redes sociales y entender la política local.

Utilizando los datos disponibles de los censos, Barquero y Molina (2012) estiman que el 10% de la población costarricense se mudó entre 2006 y 2011. Otro estudio disponible calculó que el 8% de las personas cambiaron su domicilio entre 1968 y 1973 y el 5.3% lo hicieron entre 1995 y 2000 (Gómez y Madrigal [sin fecha]). Ambas estimaciones se basan en dos preguntas³⁰ del censo que se encuentran disponibles desde 1973 a nivel provincial: a) ¿a dónde vive? y, b) ¿a dónde vivía hace cinco años? (véase tabla 3.1). Como podemos ver, el porcentaje de inmigrantes internos varía según el período de tiempo y su promedio es de alrededor del 8%. La implicación de esto es que estas tendencias de reubicación en sí mismas no pueden explicar completamente la disminución en la participación electoral a lo largo del tiempo.

30 Este procedimiento no puede capturar reubicaciones que ocurren entre los censos de población. Solo compara dónde viven las personas en la actualidad y dónde vivían cinco años antes de que se realice el censo. Si las personas viven en provincias diferentes a aquellas en las que solían vivir, se les califica de “inmigrantes”.

**Tabla 3.1: Inmigrantes internos (%) en Costa Rica a lo largo del tiempo
utilizando datos del censo**

Período	Inmigrantes internos (%)
1968 - 1973	8,1
1973 - 1984	No disponible
1995 - 2000	5,3
2006 - 2011	10

Fuente: Gómez y Madrigal (sin fecha) para los últimos tres períodos y Barquero y Molina (2012) para el último período.

Además, las contribuciones mencionadas anteriormente describen los cambios en los flujos de los inmigrantes a lo largo del tiempo y sus implicaciones. Los autores desarrollan el argumento de que Costa Rica siguió la misma tendencia observada en otros países de América Latina y ofrecen, sin duda, evidencia de una disminución progresiva en los flujos de migración rural-urbana y, al mismo tiempo, el incremento de las tendencias urbanas-urbanas, que eventualmente tienen un impacto menor en las tendencias de voto. Mencionan el crecimiento de las áreas metropolitanas y los cambios en el estilo de desarrollo como las dos razones principales por las que vemos las nuevas tendencias. Por lo tanto, los flujos de inmigración actuales están impulsados por preferencias de reubicación residencial en lugar de razones de búsqueda de empleo (Barquero y Molina 2012).

Gómez y Madrigal ([sin fecha]) muestran que durante 1892 y 1927 los inmigrantes internos se trasladaron de las áreas adyacentes al Valle Central (llamadas “Resto del Valle Central”) a Guanacaste, Puntarenas y Limón, las provincias periféricas. Estas tendencias se relacionaron con el desarrollo de actividades económicas como las plantaciones de banano y café, la ganadería y la producción de leche. En las siguientes tres décadas (1927-1950), los movimientos ocurren nuevamente desde las áreas adyacentes al Valle Central hacia las regiones del Sur y del Norte. Durante este período de tiempo, las plantaciones de banano se trasladaron desde el Caribe a la región del Pacífico Sur y hubo una extensión de la frontera agrícola. Además, el área metropolitana de San José todavía

atraía a muchos inmigrantes internos. Entre 1950 y 1973, la inmigración siguió el patrón ya descrito: los individuos que provenían de las áreas adyacentes del Valle Central migraron principalmente a las regiones Norte y Sur.

Los datos del censo revelaron un giro en la inmigración interna a partir de 1973, debido a su debilitamiento gradual acompañado por un cambio de direcciones (Gómez y Madrigal [sin fecha]). Las áreas adyacentes al Valle Central (ahora llamadas “ciudades intermedias”) se convirtieron en puntos importantes para atraer a más migrantes en lugar de perder población, lo cual era su papel tradicional. Estas tendencias contribuyeron al crecimiento de Heredia, Cartago y, en menor medida, de Alajuela (las otras provincias del Valle Central) y, en consecuencia, los inmigrantes comienzan a abandonar las provincias periféricas.

En resumen, la comparación de las tasas revela menos dinamismo en los flujos de inmigración interna a lo largo del tiempo, atribuido principalmente a un cambio significativo de sus direcciones: menos prevalentes de lo rural a lo urbano y un movimiento urbano-urbano más activo, principalmente de los centros urbanos a las áreas periféricas urbanas. Las transformaciones que hemos visto en las actividades económicas, que evolucionaron de una economía basada en la agricultura a una orientada a los servicios, complementadas con las diferentes preferencias residenciales de los individuos, han impulsado este fenómeno. Más adelante en este capítulo discutiré las implicaciones de estas tendencias en la participación política.

Según los datos del panel de votantes de Costa Rica 1994-2010, el porcentaje de votantes que se trasladan entre las elecciones ha disminuido con el tiempo. En promedio, el 15% de los votantes elegibles se ha trasladado a nuevos distritos en las últimas cinco elecciones presidenciales. Para calcular el porcentaje de votantes que se reubican, comparo los distritos utilizando el número de identificación del distrito, dónde estaban registrados para votar en el *tiempo t* (1994, por ejemplo) y en el *tiempo t+1* (1998). Todas las personas que aparecieron registradas en un distrito diferente en el momento *t+1* se consideraron votantes reubicados.

El porcentaje de votantes que se reubicaron es ligeramente superior a la tasa estimada utilizando los datos del censo. Puede haber muchas razones del por qué sucede. Una, puede ser que los datos del censo excluyeron a las personas extranjeras que emigraron al país, mientras que los datos del panel de votantes incluyen a los residentes extranjeros que se nacionalizaron y se convirtieron en votantes elegibles a través de procesos legales. Otra razón es que la propensión a inmigrar aumenta en momentos específicos del ciclo de vida y está determinada por la edad, especialmente durante la edad adulta. El panel que uso en este capítulo, por naturaleza, captura una proporción significativa de individuos con una tendencia a inmigrar alta o superior a la media.

Tabla 3.2: Votantes que se reubicaron entre períodos de elección en Costa Rica

Reubicados	Elección				Total
	1998	2002	2006	2010	
No	2.015.030	2.161.923	2.462.237	2.694.817	9.334.007
Porcentaje	83,25	83,14	86,82	86,91	85,18
Sí	405.371	438.513	373.944	406.002	1.623.830
Porcentaje	16,75	16,86	13,18	13,09	14,82
Total	2.420.401	2.600.436	2.836.181	3.100.819	10.957.837

Las características sociodemográficas de los migrantes internos de la población votante en Costa Rica son consistentes con los datos disponibles en todo el mundo: son predominantemente hombres y personas jóvenes. Entre los que emigran hay más hombres que mujeres: el 16% de los votantes masculinos se reubicaron entre las elecciones, mientras que el 14% de las mujeres votantes hicieron lo mismo. Además, entre los votantes que no se reubicaron entre las elecciones, el 51% son mujeres y el 49% son hombres. En contraste, al considerar solo a los votantes que se trasladaron (se cambió de domicilio electoral = 1) entre un par de elecciones, el 53% eran hombres y el 47% mujeres. La edad promedio es de 40 años y 43 para los que no se mudan. Por último, de los que permanecen en el mismo lugar, el 89% votó todo el tiempo que pudieron votar (variando de 1 a 5 elecciones) y el 11% nunca votó entre 1994 y 2010.

Descripción de datos y modelos de referencia

Existen tres factores predictivos clave para evaluar cómo la participación en la primera elección para la cual un ciudadano es elegible, afecta la participación de los votantes en el futuro y su contribución a la formación de la habituación. En primer lugar, analizo la *participación electoral* como variable dependiente tanto como predictor independiente utilizando valores con rezago ($t-1$). En segundo lugar, examino si los votantes se trasladan y su impacto en la participación política. Finalmente, estudio hasta qué punto el desarrollo de la habituación está impulsado por lo que hicieron los votantes cuando fueron elegibles para votar por primera vez. Al medir la *primera participación electoral* estimo el número de años desde que un individuo emitió su primer voto. Este indicador se usa en la estimación de modelos de votación habituales (véase más abajo para la especificación del modelo) para la subpoblación de votantes que ingresan al electorado en 1994, 1998, 2002 y 2006.

Para hacerlo, uso dos conjuntos de datos de participación política diferentes (para una descripción completa de los datos, consulte el capítulo 1). La primera es la versión completa del panel de individuos con derecho a votar en Costa Rica en cinco de las elecciones presidenciales más recientes de 1994, 1998, 2002, 2006 y 2010. La segunda es una versión reducida del panel anterior e incluye solo individuos que comenzaron a votar en 1994 y después: aquellos nacidos entre 1973 y 1987. En otras palabras, ambos conjuntos de datos comparten exactamente las mismas variables, pero difieren en cuanto al número de observaciones. De hecho, el segundo conjunto de datos es un subconjunto del primero. Los datos provienen de la base de datos de participación oficial recopilada por el Tribunal Supremo de Elecciones después de cada elección nacional.

Luego realizo un análisis longitudinal utilizando un modelo de regresión con una variable dependiente dicotómica: participación en las elecciones en un tiempo (t). Además, se incluye dicha variable con rezago de una elección ($t-1$) dentro del conjunto de variables independientes. Este modelo asume que Y (variable dependiente) en el momento t es una función de Y_{t-1} junto con las otras X s por dos razones. Primero, sostengo que los efectos distribuidos del rezago de X se capturan como un efecto Y_{t-1} y segundo, la variable con rezago se utiliza además para controlar por las variables omitidas. Este método

es una forma muy común de modelar la dependencia temporal en los análisis longitudinales. Se le ha llamado *State Dependence Model*, ya que el valor actual de Y depende de su estado anterior y los estados futuros de Y dependen de los actuales.

Se ejecutaron dos modelos econométricos diferentes: el primero aditivo y el segundo interactivo. El primero incluye indicadores de efectos individuales. El último contiene los indicadores de efecto único combinados con dos interacciones (*participación t-1 * reubicado* y *participación t-1 * primera participación*) (*participación t-1 * reubicado* y *participación t-1 * primera participación*) para examinar si las personas que participan en las primeras elecciones a las que tenían derecho, y no se reubican, desarrollarán hábitos de votar antes que los que no se presentaron a las urnas.

Especificación de los modelos

Modelo aditivo:

$$\Pr(\text{participación}_{it}=1 \mid \mathbf{x}_{it}) = \beta_1 + \beta_2 \text{participación con rezago}_{it-1} + \beta_3 \text{femenino}_{it} + \beta_4 \text{edad}_{it} + \beta_5 \text{edad al cuadrado}_{it} + \beta_6 \text{reubicado}_{it} + u_i + \varepsilon_{it}$$

Modelo interactivo:

$$\Pr(\text{participación}_{it=1} \mid \mathbf{x}_{it}) = \beta_1 + \beta_2 \text{participación con rezago}_{it-1} + \beta_3 \text{femenino}_{it} + \beta_4 \text{edad}_{it} + \beta_5 \text{edad al cuadrado}_{it} + \beta_6 \text{reubicado}_{it} + \beta_7 \text{participación con rezago}_{it-1} * \text{edad}_{it} + \beta_8 \text{participación con rezago}_{it-1} * \text{reubicado}_{it} + u_i + \varepsilon_{it}$$

Análisis multivariado y resultados

La tabla 3.3 describe los resultados de los modelos de regresiones de la participación en diferentes conjuntos de variables. El primer modelo es la versión aditiva del análisis que incluye los principales indicadores: voto anterior, primer voto y movilidad residencial.

El segundo modelo es el interactivo. Este incluye dos interacciones para analizar bajo qué circunstancias, el primer voto y la movilidad residencial, son mediadores de los efectos del voto anterior en la participación política.

Tabla 3.3: Modelos de reubicación y votación habitual

	Aditivo	Interactivo
	b/se	b/se
Participación con rezago	1.222* (0.002)	1.111* (0.006)
Femenino	0.311* (0.002)	0.307* (0.002)
Edad del votante	0,064* (0.000)	0.058* (0.000)
Edad^2	-0.001* (0.000)	-0.001* (0.000)
Reubicado	-0.055* (0.003)	0.330* (0.004)
Interacciones		
Participación con rezago x Edad		0.006* (0.000)
Participación con rezago x Reubicado		-0.704* (0.005)
Constante	-1.367* (0.008)	-1.265* (0.009)
Insig2u		
Constante	0.396* (0.003)	0.337* (0.004)
Wald Chi-squared	356483	379876
Prob > chi2	0.000	0.000
Número de grupos	3.114.665	3.114.665
Número de casos	10.872.888	10.872.888

* p<0,001

Una primera interpretación de los resultados aporta evidencias para corroborar las expectativas iniciales. Primero, en el modelo aditivo, el voto anterior³¹ y la edad se relacionan positivamente con la participación. Al mismo tiempo las mujeres estarían más inclinadas a votar que los hombres. Usando el primer modelo como base (versión aditiva) podemos describir los hallazgos. Específicamente, el coeficiente para la variable de participación electoral con rezago es 1.222, lo cual significa que hay un incremento de 1.22 en las probabilidades de votar en el futuro entre los individuos que acudieron a las urnas en la elección anterior.

También se espera un incremento de 0.311 en las probabilidades de participar de las mujeres vis-à-vis con los hombres. Además, por cada año en la edad de los votantes se esperaría un 0.06 de incremento en las probabilidades de sufragar. Además, la dirección del efecto de la variable edad del votante elevada al cuadrado confirma la noción, totalmente aceptada, que la relación entre la participación y edad es curvilínea (una U inversa) demostrando que la participación política se incrementa con la edad hasta un punto de inflexión que vuelve la relación negativa.

Finalmente, el traslado de domicilio disminuye las probabilidades de concurrir a las urnas en -0.055. De esta manera la movilidad residencial se asocia negativamente con la participación, lo que sugiere que, al contrario de la creencia popular, la movilidad residencial puede alterar la inercia de los que no votan.³² Los hallazgos de las interacciones del Modelo 2 son tratadas más adelante en el capítulo.

Después de ver los resultados, se podría argumentar que los efectos mostrados en la tabla 3.3 son artefactos de la medida de la participación electoral con rezago que uso en este capítulo. Por consiguiente, esta posibilidad presenta una seria preocupación

31 El análisis en este capítulo consideró solo las condiciones bajo las cuales la votación habitual tiene lugar en las elecciones nacionales. Esto no excluye la posibilidad de que los votantes muestren el mismo patrón de comportamiento en diferentes niveles electorales. Esto es relevante en el caso costarricense debido a que las elecciones municipales no son simultáneas con las contiendas presidenciales y legislativas.

32 Este hallazgo proporciona alguna evidencia para explorar hasta qué punto se puede decir que los no votantes han estado en un estado de comportamiento “repetitivo”. Sin embargo, este problema está más allá del objetivo de este libro.

metodológica: el valor del rezago de la participación, uno de los pronosticadores clave en este análisis, podría captar toda clase de efectos de variables no observadas que son constantes en el tiempo. Estas críticas plantean puntos válidos con respecto a la interpretación sustantiva de estos resultados. El uso de una subpoblación de votantes en la siguiente sección me permitirá examinarlo en detalle y; lo que es más importante y novedosa contribución de este capítulo, me permitirá probar si el surgimiento de la votación habitual se produce en la tercera elección si las personas comenzaron a votar en la primera cuando fueron elegibles para hacerlo.

El método que exploro aquí es analizar solo a aquellos individuos elegibles para votar por primera vez en 1994 (la primera observación temporal en el conjunto de datos).³³ El uso de esta subpoblación, como prueba de confianza en los resultados, me permite primero estudiar el comportamiento de los individuos que nunca han votado antes y, en segundo lugar, desligar dos efectos tradicionalmente vistos como uno solo: el efecto de la participación previa y cómo los hábitos se originan en los nuevos votantes. En resumen, al modelar la habituación electoral en una población que ingresó a la política electoral al mismo tiempo, mi expectativa es estimar con precisión la edad en la que emitir un voto en una elección anterior desencadena el desarrollo del voto habitual en el futuro.

El voto habitual, postulado por los académicos, se da cuando una serie de condiciones ocurren. Este capítulo sugiere una forma en la cual los hábitos se dan en los votantes nuevos: la probabilidad de voto se hace acumulativamente más grande con el tiempo si los individuos sufragaron a una edad temprana. Para ponerlo a prueba usé un pronosticador nuevo llamado *Primera Participación*, una variable continua que mide el número de años desde el primer voto de un individuo. De esta manera, si una persona votó por primera vez en 1994, la *primera participación* de voto es: $2006-1994 = 12$ años. Los valores para la *primera participación* de voto son 4, 8 y 12 años. El primer voto es el elemento clave en esta teoría dado el hecho de que puede desencadenar futuros votos y progresivamente activar un componente habitual en la conducta política de los in-

33 Para los efectos de este análisis, consideré solo a los votantes que pudieron votar por primera vez en las siguientes elecciones: 1994, 1998, 2002 y 2006. Por lo tanto, las personas elegibles para votar por primera vez en 2010 fueron excluidas.

individuos. Si mis presunciones teóricas son correctas, la interacción de la *participación electoral con rezago*_(t-1) * *primera participación* debe estar positiva y significativamente relacionada con la participación electoral. De esta forma la probabilidad de voto de los individuos se incrementará con el tiempo. Además, también examino el supuesto que postula que el voto en la elección anterior no lleva a la habituación si el individuo se traslada de domicilio usando la interacción *participación electoral con rezago*_(t-1) * *movilidad residencial*.

Especificación de los modelos

Modelo aditivo:

$$\Pr(\text{participación}_{it}=1 | x_{it}) = \beta_1 + \beta_2 \text{participación con rezago}_{it-1} + \beta_3 \text{femenino}_{it} + \beta_4 \text{edad}_{it} + \beta_5 \text{edad al cuadrado}_{it} + \beta_6 \text{reubicado}_{it} + \beta_7 \text{primera participación}_{it} + u_i + \varepsilon_{it}$$

Modelo interactivo:

$$\Pr(\text{participación}_{it}=1 | x_{it}) = \beta_1 + \beta_2 \text{participación con rezago}_{it-1} + \beta_3 \text{femenino}_{it} + \beta_4 \text{edad}_{it} + \beta_5 \text{edad al cuadrado}_{it} + \beta_6 \text{reubicado}_{it} + \beta_7 \text{primera participación}_{it} + \beta_8 \text{participación con rezago}_{it-1} * \text{reubicado}_{it} + \beta_9 \text{participación con rezago}_{it-1} * \text{primera participación}_{it} + u_i + \varepsilon_{it}$$

Tabla 3.4: Modelos de reubicación y voto habitual con votantes por primera vez en 1994

	Aditivo	Interactivo
	b/se	b/se
Participación con rezago	0.636*	0.296*
	(0.006)	(0.010)
Edad del votante	0.096*	0.121*
	(0.007)	(0.007)
Edad^2	-0.005*	-0.006*
	(0.000)	(.000)
Reubicado	-0.142*	0.286*
	(0.006)	(0.009)
Femenino	0.455*	0.439*
	(0.006)	(0.006)
Primera participación	0.494*	0.426*
	(0.001)	(0.001)
Interacciones		
Participación con rezago x Primera participación		0.085*
		(0.001)
Participación con rezago x Reubicado		-0.750*
		(0.012)
Constante	-1.194*	-1.376*
	(0.104)	(0.103)
<hr/>		
Insig2u		
Constante	0.894*	0.760*
	(0.007)	(0.008)
<hr/>		
Wald Chi-squared	289571	304806
Prob > chi2	0.000	0,000
Número de grupos	740.372	740.372
Número de casos	2.244.998	2.244.998

* p<0,001

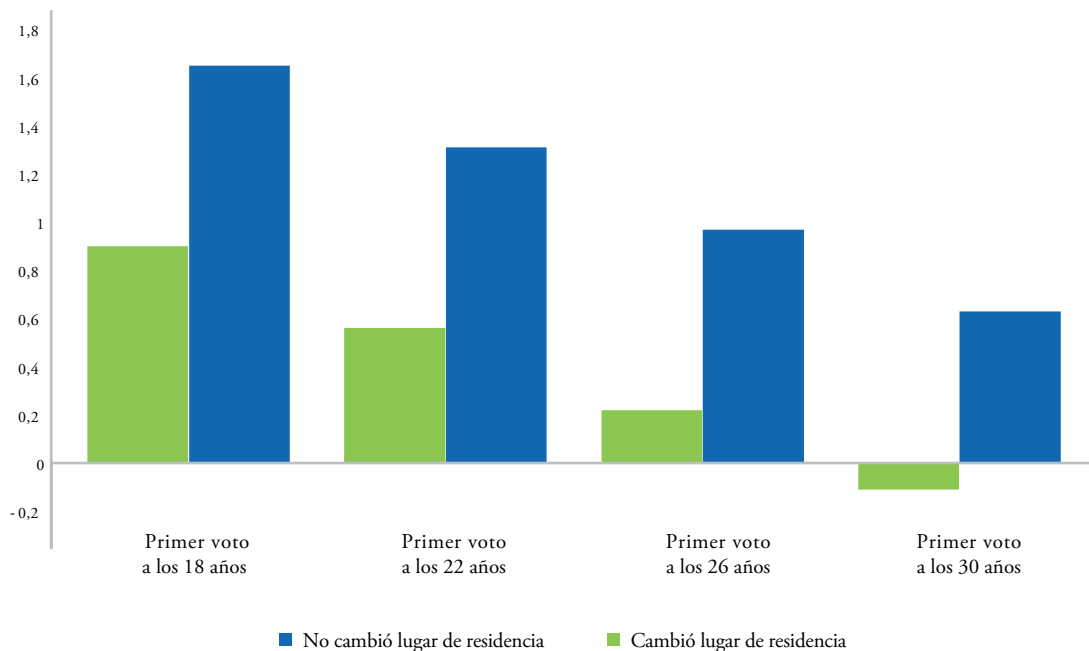
Como podemos ver en la tabla 3.4 el efecto de la participación electoral con rezago ($t-1$) en la participación electoral es positiva y estadísticamente significativa.³⁴ Esto respalda mi teoría causal original, no obstante, en esta sección abordo tres advertencias para interpretar los números de manera correcta. Primero este coeficiente no tiene significado verdadero y no es posible interpretarlo debido al hecho de que aparece en los modelos relacionado con otros indicadores independientes. Segundo, los dos indicadores clave: la *primera participación electoral* y la interacción *Participación con rezago ($t-1$)*primera participación electoral* son positivos y asociados significativamente con la participación, lo cual sugiere que entre mayor sea el número de años desde que la persona votó por primera vez, mayor será la probabilidad de voto en el futuro. Tercero, el coeficiente siempre es positivo pero creciente, lo cual indica que hay una verdadera habituación: votar una vez hace que haya más posibilidad de votar por segunda vez, pero votar dos veces hace que haya más posibilidad de votar por tercera vez, etc.

Para interpretar los efectos sustantivos y el significado de las covariables en mis modelos, incluidas estas tendencias que acabo de mencionar, realicé dos análisis. Primero, estimo los efectos condicionales de las covariables en la participación electoral condicionada por la votación previa, la interacción entre la participación con rezago y la movilidad residencial, y la participación con rezago y la primera participación de los individuos. Curiosamente, si un individuo promedio *no se reubicó* entre las elecciones, los coeficientes condicionales de la participación $t-1$ siempre son positivos y más grandes si comenzaron a votar a los 18 años (1.65), pero más pequeños si comenzaron a votar cuando tenían 30 años (0,63). Esto puede interpretarse como el efecto de la votación previa en la participación electoral posterior mediada por la primera participación de los individuos. En contraste, en el caso de un individuo promedio que *sí se reubicó* entre las elecciones, los efectos condicionales de votar en $t-1$ son positivos, pero más pequeños si votaron por primera vez a los 26 años de edad o menos, pero se vuelven negativos si votaron por primera vez a los 30 años.

³⁴ Las otras variables exhiben la misma dirección y magnitudes similares si se contrastan con los resultados de los modelos en la tabla 3.4.

La figura 3.1 provee una fuerte evidencia que apoya la idea de que todos los coeficientes (con la excepción de uno que es muy pequeño y probablemente irrelevante en términos de resultados esenciales) muestran que si una persona votó en la última elección hay más posibilidades que voten en la próxima. Este efecto es mayor para los que votaron en la primera oportunidad que tuvieron derechos de hacerlo y decrece si votan por primera vez de manera más tardía. Este supuesto se basa en la idea de que el sentido del voto crece con el tiempo (Bhatti et al. 2012, Alfaro-Redondo 2014).

Figura 3.1: Coeficientes de efectos condicionales de participación con rezago (t-1) a diferentes valores de primera participación y reubicación

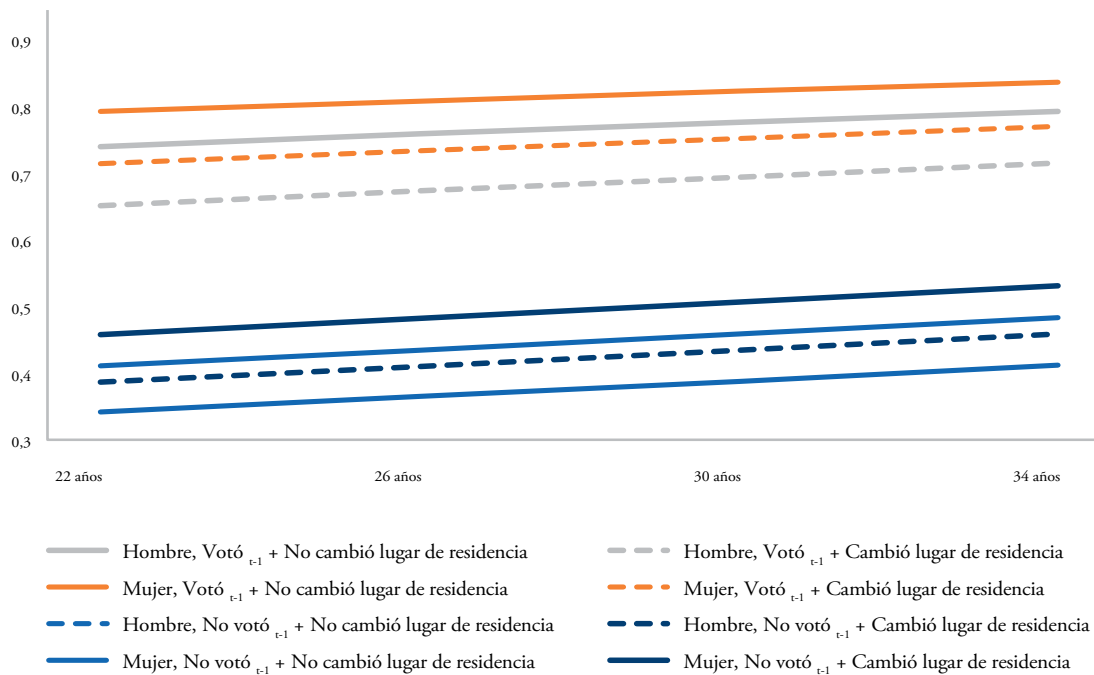


El segundo procedimiento que hice para la interpretación sustantiva de los resultados de este capítulo fue la estimación de las probabilidades para $Y=1$. Las principales variables para la simulación son: sexo femenino, edad, participación con rezago (t-1) y reubicación. Estimé las probabilidades usando ocho combinaciones para los votantes en cuatro edades: 22, 26, 30 y 34 años.

1. Masculino + participación con rezago $_{(t-1)}$ + sin reubicación
2. Masculino + participación con rezago $_{(t-1)}$ + reubicación
3. Femenino + participación con rezago $_{(t-1)}$ + sin reubicación
4. Femenino + participación con rezago $_{(t-1)}$ + reubicación
5. Masculino + sin participación con rezago $_{(t-1)}$ + sin reubicación
6. Masculino + sin participación con rezago $_{(t-1)}$ + reubicación
7. Femenino + sin participación con rezago $_{(t-1)}$ + sin reubicación
8. Femenino + sin participación con rezago $_{(t-1)}$ + reubicación

Todas las demás variables se mantuvieron en sus niveles promedios. Los resultados sugieren que las probabilidades predichas de mujeres y hombres que votaron en la elección anterior y no se reubicaron son más altas que aquellas que votaron, pero se mudaron. Si examinamos de manera concreta dos hombres de 26 años de edad, ambos votaron en el momento $t-1$, la probabilidad de votar del que no se reubicó es igual a 0.76 y disminuirá a 0.67 si se reubicó. Entre dos mujeres con el mismo perfil (26 años de edad), las probabilidades previstas de la brecha de participación siguen la misma tendencia (0.81 si no se reubicaron y 0.73 si lo hicieron). Las probabilidades para aquellos que no se presentaron en las urnas son, como se esperaba, mucho más bajas. La principal diferencia es que la probabilidad de votar en el futuro para hombres y mujeres es mayor si se mudan.

Figura 3.2: Probabilidades de participación mediadas por la primera participación y reubicación



Para interpretar los efectos sustanciales y la importancia práctica de las covariables en estos modelos, además de los resultados descritos más arriba, se calcularon las probabilidades de $Y=1$ basadas en el modelo interactivo que contiene las variables clave para diferentes valores en los perfiles relevantes de los votantes. Como ya mencioné en la sección metodológica de este libro, el uso de los atributos de los votantes para la interpretación de los resultados tiene un propósito clave: me permite poner los hallazgos de cada capítulo, y en este caso en particular la estimación de las probabilidades de futuras participaciones electorales, con respecto a votantes reales y sus contextos.

En el capítulo anterior comencé con los cálculos de las probabilidades de voto empleando atributos demográficos bastante simples (género y edad) que se pueden considerar fundamentales. En cada capítulo agrego rasgos pertinentes a estos atributos fundamentales, lo que significa que construiré un perfil más sofisticado de los votantes a través del documento. En los últimos capítulos, esos perfiles, reflejarán los atributos de los

votantes reales en una gran gama de aspectos. En esta sección, la estimación e interpretación de las probabilidades de participación electoral incluyen además de la variación de género y edad, características como movilidad residencial, conductas previas de voto y primera participación electoral.

Como se muestra claramente en la tabla 3.5 las mujeres tienen una mayor disposición a votar que los hombres a través de diferentes edades y otras características de conducta electoral. Como se esperaba los individuos que votaron en el pasado muestran mayor probabilidad de votar en el futuro. Aún más importante, entre los individuos que votaron en la elección anterior ($t-1$) y no se reubicaron, son más propensos a votar en el futuro. Si examinamos específicamente dos mujeres (de 26 años), una votó y la otra no, su probabilidad de voto en las próximas elecciones es 35 puntos porcentuales más bajas para la que no asistió a votar.

De igual manera, si observamos a dos individuos con 30 años, que votaron en la misma elección, la probabilidad pronosticada de sufragar en la próxima es 23 puntos porcentuales más alta si comenzaron a votar cuando tenían 18 años versus una persona que comenzó a votar a los 26 años (“primer voto tardío”).

En suma, la evidencia corrobora que los efectos del voto habitual en futuras votaciones varían dependiendo de dos cosas: el voto previo y cuan temprano (o tarde) comenzaron a votar. También, los datos confirman los efectos disruptivos de la movilidad residencial y también proveen apoyo para la premisa teórica que sugiere que la reubicación afecta a los votantes de formas diferentes. Tal y como ha sido planteado en estudios previos, la reubicación tiene la capacidad de alterar el contexto en el cual los hábitos de participación electoral se presentan. Estos resultados corroboran que aun las personas que votaron en el pasado, pero que cambiaron de domicilio, tienen menos posibilidad de participar en el futuro que los que se presentaron en las urnas sin cambiar de domicilio.

Tabla 3.5: Probabilidades de participación electoral futura en diferentes perfiles de votantes

Atributos / Edad del votante	Masculino			Femenino		
	22	26	30	22	26	30
Voto t_{-1}	0,73	0,75	0,77	0,78	0,80	0,81
Voto t_{-1} + sin reubicación	0,73	0,75	0,77	0,78	0,80	0,82
Voted t_{-1} + reubicación	0,71	0,73	0,75	0,76	0,78	0,80
Voto t_{-1} + sin reubicación + primer voto a los 18	0,85	0,90	0,91	0,88	0,92	0,93
Voto t_{-1} + sin reubicación + primer voto a los 22	<i>ilógico</i>	0,76	0,84	<i>ilógico</i>	0,81	0,87
Voto t_{-1} + sin reubicación + primer voto a los 26	<i>ilógico</i>	<i>ilógico</i>	0,64	<i>ilógico</i>	<i>ilógico</i>	0,70
Voto t_{-1} + reubicación + primer voto a los 18	0,84	0,89	0,90	0,87	0,92	0,92
Voto t_{-1} + reubicación + primer voto a los 22	<i>ilógico</i>	0,75	0,83	<i>ilógico</i>	0,80	0,87
Voto t_{-1} + reubicación + primer voto a los 26	<i>ilógico</i>	<i>ilógico</i>	0,63	<i>ilógico</i>	<i>ilógico</i>	0,69
Sin voto t_{-1}	0,35	0,38	0,40	0,42	0,45	0,47
Sin voto t_{-1} + sin reubicación	<i>ilógico</i>	0,38	0,40	0,43	0,45	0,48
Sin voto t_{-1} + reubicación	<i>ilógico</i>	0,35	0,38	0,40	0,42	0,45
Sin voto t_{-1} + sin reubicación + primer voto a los 18	<i>ilógico</i>	0,64	0,63	0,87	0,71	0,69
Sin voto t_{-1} + sin reubicación + primer voto a los 22	<i>ilógico</i>	<i>ilógico</i>	0,51	<i>ilógico</i>	0,79	0,58
Sin voto t_{-1} + sin reubicación + primer voto a los 26	<i>ilógico</i>	<i>ilógico</i>	0,62	<i>ilógico</i>	<i>ilógico</i>	0,68
Sin voto t_{-1} + reubicación + primer voto a los 18	<i>ilógico</i>	0,63	0,62	<i>ilógico</i>	0,69	0,68
Sin voto t_{-1} + reubicación + primer voto a los 22	<i>ilógico</i>	<i>ilógico</i>	0,49	<i>ilógico</i>	<i>ilógico</i>	0,56
Sin voto t_{-1} + reubicación + primer voto a los 26	<i>ilógico</i>	<i>ilógico</i>	0,60	<i>ilógico</i>	<i>ilógico</i>	0,67

Conclusiones

Este capítulo aporta sólida evidencia acerca de los factores desencadenantes y alteradores del voto como un hábito. La opinión convencional sugiere que todos los votantes desarrollarán hábitos electorales en función del tiempo, lo que significa que, si alguien votó en la elección anterior, su probabilidad de participar en la segunda o tercera contienda electoral debe ser mayor. En consecuencia, los estudios previos afirman que las primeras experiencias de participación dejan una “huella” en el comportamiento político de los individuos a largo plazo, pero hay poca evidencia sobre los factores que impulsan el comportamiento de los individuos durante ese período decisivo. Muchas de las respuestas disponibles sugieren que la primera elección lleva a los individuos irremediamente en dos direcciones: habituación o alienación. Del mismo modo, hay evidencia que muestra que los cambios en el ciclo de vida afectan a los votantes de manera homogénea, ignorando la posibilidad de que esos factores influyan en diferentes votantes en magnitudes o velocidades diferentes.

Este capítulo tenía dos propósitos teóricos y empíricos fundamentales. Primero, mostrar que la probabilidad de voto a futuro se hace más grande gradualmente si alguien comenzó a votar a una temprana edad y votó en la elección anterior. Segundo, poniendo a prueba el supuesto que el efecto de la reubicación impacta de diferentes maneras a los votantes. En el último supuesto, demuestro que la habituación ocurre gradualmente si los individuos comenzaron a votar a una edad temprana en sus vidas y se refuerza con el voto previo.

En el último supuesto, relacionado con la reubicación como uno de los principales inhibidores del desarrollo habitual del voto, encontré que aún bajo condiciones favorables, por ejemplo: países pequeños donde las distancias en general no son determinantes, la ocurrencia de participación anterior no conlleva necesariamente a la habituación si existe reubicación. En suma, una de las razones por las cuales algunos votantes desarrollan habituación y otros no, en parte, es porque la movilidad residencial interrumpe las conexiones sociales de los individuos, limitándolos al tratar de construir nuevas redes personales en su nuevo lugar de residencia con costos más altos de información.

En relación con las implicaciones de estos hallazgos en el “mundo real”, sostengo que la formación, desarrollo y consolidación del voto habitual podría ser un factor crucial en la reactivación de la participación política en democracias establecidas que han experimentado una marcada disminución en la participación política. Aun en contextos de alta participación política de los ciudadanos, los hábitos electorales podrían ser beneficiosos para sostener e incrementar esta tendencia. Además, si las nuevas generaciones de electores no se presentan a votar de la misma forma que lo hicieron sus padres y abuelos, o si retrasan su primer voto más que la norma, estarán incorporándose a la participación electoral a una edad más avanzada, sintiéndose alienados de la arena política o menos capaces de influenciar las decisiones públicas. En el peor de los casos, el patrón anterior podría provocar que la apatía hacia la política se extienda durante toda su vida.

Si quisiéramos entender las implicaciones de la disminución de la participación política en contextos democráticos, primero tendríamos que comprender las condiciones bajo las cuales el voto habitual ocurre. Investigaciones posteriores deberían de examinar si los hallazgos a los que se les hace énfasis en esta investigación se mantienen en condiciones similares. La teoría y los métodos de este capítulo son pertinentes para los investigadores interesados en estudiar las dinámicas de la participación política en por lo menos dos áreas. Este estudio contribuye a los abordajes de la psicología política que han conceptualizado hábitos como acciones repetitivas y sugieren que pueden ser afectados por cambios en el contexto en el cual dichas acciones son realizadas. También, este capítulo deja abierta la posibilidad de más estudios que examinan los efectos de reubicación en la participación política.

Finalmente, este capítulo ha demostrado la existencia de una relación entre exposición temprana al voto, cambios en los ciclos de vida, y futuras ocurrencias de participación, pero no ha mostrado evidencia, aún, con respecto al rol que juegan los padres y las parejas en la decisión de voto como ha sido postulado por las teorías de socialización política. Este será el objetivo de los próximos dos capítulos.

Capítulo 4

DE TAL PALO, TAL ASTILLA: LA HERENCIA DE LOS PADRES EN EL VOTO

¿Influyen los padres en el voto de sus hijos? ¿Hay evidencia de que la influencia de los padres en la participación electoral cambia con el tiempo? ¿Cuál miembro de la familia ejerce mayor influencia en la conducta política de los hijos, el padre o la madre? Seis historias personales revelan el papel decisivo de las conexiones familiares en la conducta política.

El padre de Carmen le enseñó la importancia de la participación electoral. Su padre siempre votó, su madre nunca lo hizo y su hermana mayor tampoco. A pesar de haber crecido con su mamá, al final siguió el camino político de su papá. Actualmente Carmen le transmite a su hija la importancia de votar.

El abuelo de Raúl fue gobernador de provincia y tuvo una relación cercana con José Francisco Orlich y Daniel Oduber (liberacionistas, expresidentes de la República). Su abuela era muy activa en la dirigencia del partido. En su casa se organizaba la sede del partido el día de las elecciones. Otros miembros cercanos de su familia eran maestros y formaban parte activa de las organizaciones locales. Raúl fue presidente estudiantil tanto en la escuela como en el colegio y se involucró en política primero como “guía electoral” (los jóvenes ubicados en las afueras de los recintos electorales para ayudar a los votantes a llegar a las urnas), más adelante fue escalando posiciones en la dirigencia local. En la campaña electoral de 1994 estuvo a cargo de movilizar el distrito con mayor población de su cantón y se lanzó para diputado ocho años más tarde, y conquistó el puesto.

El padre de Vanessa fue miembro activo del Partido Liberación Nacional (PLN). Fue adoctrinado en “La Lucha” un pueblo pequeño donde se fundó el partido. El PLN lo desilusionó y se hizo comunista. Cuando su padre cambió de partido, los familiares cercanos lo tacharon de traidor. Vanessa y su hermano decidieron unirse a la juventud comunista en la que se involucraron activamente. Todo lo contrario a la apatía política mostrada por su madre. En el lugar donde residía, la participación política era intensa.

El abuelo de Juana era el dirigente principal de un partido en la comunidad. En la casa de sus abuelos se preparaba la logística de las elecciones con mucha antelación. Se hablaba con la gente, se organizaban reuniones, se preparaban las banderas y el resto de la propaganda. Creció viendo a los que apoyaban el partido PUSC –llamados “maria-chis”– reunidos para propósitos electorales. Cuando su abuelo murió se distanciaron de la tradición electoral. Ahora solo va a votar. Sin embargo, para ella “no votar es como cometer un crimen”.

La madre de Ramón era una liberacionista fiel (seguidora del PLN), nunca votó por ningún otro partido en su vida. Su tía (la gemela de su mamá) apoyaba al partido opositor. Eran rivales y fuertes adversarias en la política. Ramón pasaba las vacaciones con su tía, lo que lo exponía a las diferentes ideologías partidarias y según él, su mamá y su tía apoyaban a sus partidos de una forma irracional. Su mamá iba a los mítines con banderas y vivían cerca del centro de transporte del PLN. Muy temprano, el día de las elecciones los votantes llegaban al centro de transporte para que les asignaran un bus que los trasladaría a diferentes partes del país. Se acuerda de las banderas en los techos de las casas y la influencia de los partidos políticos en las elecciones de la asociación de estudiantes en la Universidad de Costa Rica o en el Colegio de Abogados. Raúl me contó una anécdota personal: “una vez uno de los candidatos visitó mi pueblo y mi hijo estaba jugando con una bandera que alguien le había regalado. Mi mamá estaba muy molesta por que ella iba con el otro partido. Mi mamá se enfermó cuando su partido perdió las elecciones”. También dijo: “En esa época la gente se peleaba, defendiendo sus candidatos. Ya no se ve eso. Ahora los políticos convencen y movilizan menos gente”.

Por otra parte, la abuela de Elisa siempre le contaba como le gustaba lo que escuchaba de política y como le hubiera gustado tener la oportunidad de votar, pero nunca pudo. Su mamá pudo votar y le contó sus experiencias en las elecciones. Para cuando

tenía siete u ocho años su mamá la llevó a los mítines en San José en buses llenos de gente cantando, gritando y con banderas del partido. Como dice Elisa, los niños de su edad que participaban en la política muy temprano como “guías electorales” después se unían a la juventud del partido. Así también comenzó ella. Iba a las urnas electorales con su mamá varias veces y la esperaba afuera.

Se acuerda de su abuelita y su mamá alistándose para ir a emitir el voto, con la única idea de impedir al partido opositor ganar las elecciones. Votaban y se quedaban afuera de la escuela, regresaban a la casa y volvían a la escuela cuando se acercaban las seis de la tarde para escuchar los reportes de los resultados. En su barrio se preparaba un ataúd con la bandera y los colores del partido derrotado y se recorría el pueblo durante la noche con el ataúd. El día de las elecciones lo recuerda como una fecha muy alegre. La familia de Elisa ejerció una influencia muy poderosa en su vida, ya que le “transmitieron valores cívicos y sentí la gran responsabilidad de votar”. Ha tenido diferentes cargos, como miembro del concejo municipal y líder local del partido. Nunca pensó en no emitir su voto y siempre ha votado por el mismo partido. No puede apoyar a otro partido que no sea el PLN. Su yerno es muy activo en la política y se lanzó para alcalde municipal.

Todas estas historias reflejan, en diferentes formas, el rol determinante de los padres y la influencia que ejercen en la conducta política de sus hijos. Este capítulo toma en cuenta los mecanismos por los cuales los votantes adoptan, o no, los hábitos de los padres y madres al votar. Dicho de otra manera, argumento que entre más alto el nivel de participación de los padres en la política mejor será la predicción de la participación electoral entre sus hijos. Por más de cincuenta años, las explicaciones teóricas de la conducta de los hijos han hecho énfasis en la influencia fundamental de la familia a la hora de moldear el comportamiento político de los individuos. Por lo tanto, la idea de que las redes familiares desempeñan un papel central en la explicación del voto de los individuos ciertamente no es algo nuevo. No obstante, es importante especificar cómo y por qué la influencia de los padres es importante como motivo de participación, así como analizar su evolución en el largo plazo.

Específicamente, este capítulo plantea que entre los votantes que entran al electorado al mismo tiempo, se puede ver la gran influencia que los padres tienen a la hora de su

primera participación electoral. Ese impacto, sin embargo, decrece en elecciones posteriores. Es decir, se examina hasta qué punto la participación de los votantes podría haber sido predecible dado el comportamiento electoral de sus padres en las mismas elecciones. El siguiente capítulo es una extensión de este argumento, pero estudia, además, el rol de los cónyuges en la participación electoral.

El análisis muestra que los padres políticamente activos incrementan las posibilidades que los hijos voten. No obstante, la intensidad de la influencia de los padres varía con el tiempo: hay mayor influencia en la primera elección estudiada, pero menor en las siguientes. Además, las madres –no los padres– son los que ejercen mayor influencia como agentes de socialización política al interior de la familia. El nivel más alto de participación electoral en las mujeres hace que las que son madres tengan una situación más favorable para influir en sus hijos. Finalmente, cuando se separa a padres y madres, la conducta de las madres impacta más y por más tiempo que la de los padres.

La creencia tradicional de socialización política se basa, profundamente, en la idea de que los padres transmiten directamente a sus hijos la mayor parte de sus opiniones políticas o creencias (Hyman 1959, Davies 1965, Niemi y Sobieszek 1977). La socialización política fue dominada por enfoques de los modelos de transmisión intergeneracionales hasta mediados de los años ochenta (Jennings et al. 2009). Esta literatura argumenta que los hijos tienden a imitar los valores políticos y sociales de sus padres. Los revisionistas han señalado varias limitaciones metodológicas (Dennis 1968, Jennings y Niemi 1968) y malentendidos en cuanto a la “correspondencia” entre las conductas de dos generaciones emparentadas (Connell 1972, Merelman 1980, Niemi 1995). A pesar de las preocupaciones metodológicas, los estudios empíricos han demostrado que el impacto de la influencia de los padres en el desarrollo de valores políticos en los hijos pareciera convincente (Dalhouse y Frideres 1996, Sapiro 2004).

Si los modelos de transmisión directa son correctos, se podría concluir que aquellos individuos nacidos en familias muy politizadas, según argumentan las teorías, podrían emitir el voto en una proporción similar a la de sus padres. Por más de tres décadas, entre 1958 y 1994, los niveles de participación en Costa Rica se mantuvieron invariables en un nivel muy alto: más del 80% del electorado solía ejercer su voto el día de las

elecciones. Basado en este prolongado patrón, las teorías fácilmente predecirían que los individuos sociabilizados durante este tiempo habrían aprendido y reproducido los niveles políticos de activismo casi mecánicamente. La teoría que sugiere que el ambiente familiar influye positivamente en la participación de los adultos jóvenes podría probarse en el caso de Costa Rica, un país donde los jóvenes suelen vivir durante un período muy largo con su familia.

La investigación principal de este capítulo aborda varias interrogantes clave: primero, ¿hay evidencia de que la participación del votante está influenciada por lo que hicieron sus padres? Si es así, ¿están los hijos de padres que habitualmente emiten su voto más inclinados a votar? Segundo, ¿juegan las madres un papel más preponderante en el proceso de socialización política que los padres? Y finalmente, ¿el efecto de la participación electoral de los padres decrece con el tiempo en la conducta de voto de los hijos?

Recientemente, ha ocurrido una renovación en el interés en los campos de la conducta política respecto de los efectos de las redes de contacto personales en la participación electoral. En uno de los trabajos clásicos los investigadores argumentan que “la influencia personal puede llevar a las urnas los votos que de otro modo no se emitirían o se emitirían para los oponentes” (Lazarsfeld et al. 1968: 157). Básicamente es de conocimiento general que las circunstancias sociales inmediatas en las vidas de las personas, influyen en lo que creen y hacen con respecto a la política (Huckfeldt 1979).

Después de alejarse de la lógica social de la política por un tiempo, los investigadores han hecho un mayor énfasis en la importancia del contexto social para el análisis de las preferencias políticas, escogencias y conducta (Zuckerman 2005). Es decir, los investigadores argumentan que las preferencias electorales son un producto de las actitudes personales y el círculo social (Beck et al., 2002: 57). Concretamente, diferentes estudios han demostrado que la participación electoral se encuentra altamente correlacionada entre amigos, familiares y compañeros de trabajo aun cuando se controla por condiciones socioeconómicas (Kenny 1993, Fowler 2005). De hecho, algunos autores desarrollaron un modelo de ocurrencia de voto que sugiere que la decisión de una persona de emitir el voto puede afectar la decisión de otras personas (Fowler 2005: 272). Le llaman a este efecto “cascada en la participación”.

La política es una actividad social incrustada dentro de los patrones estructurados de la interacción social. De este modo, la conducta política puede ser comprendida en términos de individuos enlazados y situados dentro de redes, grupos, y otras formaciones sociales que en buena medida determinan las oportunidades para el intercambio de información política importante (Huckfeldt y Sprague 1987).

Como lo expuso Huckfeldt et al. (1993; 365) “cada ciudadano se halla en el centro de una experiencia social producida por una serie de ambientes que se cruzan, se traslapan y son multicapas, y que potencialmente tiene consecuencias importantes para la política porque cada una sirve para modificar y desviar las oportunidades y las restricciones que circunscriben las interacciones sociales, que sirven como vehículo para la transmisión de la información y orientación política”. Para Zuckerman (2005), cuando las personas deciden, toman en cuenta el conocimiento, valores y expectativas de su cónyuge, padres, hijos, amigos, y compañeros de trabajo y otros alrededor que importan en sus vidas.

Los investigadores sostienen que los votantes se ven afectados por los individuos con los cuales comparten su tiempo y tienen discusiones políticas (Cho et al. 2006). Para Mutz (2002: 839) un ambiente de participación social conlleva a una mayor participación y el mecanismo asumido para explicar ese efecto es, que entre más interactúan las personas entre ellos en un contexto social, más normas de participación serán transmitidas, y más gente será reclutada a la actividad política.

En este capítulo hago énfasis en el modo como se comportan los individuos en redes interpersonales y como su conducta puede influenciar a otros. Para que eso ocurra, mis datos capturan en su totalidad la conducta de voto en las redes familiares. De este modo no tengo que preocuparme que los individuos distorsionen y reporten de manera errónea la participación electoral o los efectos parciales de deseabilidad social. Así examino las medidas objetivas de participación política para la “triada” (madre, padre, e hijos) dentro de las redes familiares.

Aquí reafirmo la importancia del contexto social para el análisis de las conductas políticas de los individuos, al examinar los efectos duraderos de las experiencias formativas tempranas en la conducta de los adultos. Básicamente, teorizo que los miembros de la

familia tienen una gran influencia en los prospectos de la participación política individual. A pesar de que anticipo que los miembros más jóvenes de una familia imitarán lo que hagan los mayores, esta influencia cambia con el paso del tiempo. En las primeras experiencias de participación espero encontrar más influencia de los padres, que, sin embargo, comienza a declinar significativa y constantemente a través del tiempo sin importar a cual progenitor nos referimos. Además, complemento esta propuesta dinámica al puntualizar que las madres son agentes más influyentes en el proceso de socialización política que los padres.

El análisis consiste en cinco secciones incluyendo esta introducción. En la segunda se aporta el marco teórico para explorar los efectos de los padres en la conducta de ocurrencia de voto de los individuos y sus patrones. La tercera sección provee una descripción completa de la información y los modelos estadísticos empleados. Luego, en la cuarta sección, pongo a prueba la hipótesis usando un análisis multivariado. Finalmente, en la quinta sección abordo las implicaciones prácticas y teóricas de mis hallazgos.

Efectos de los padres en la política electoral

Aunque estudios recientes han sugerido que los votantes heredan, en lugar de conocer, las tendencias de participación a través de la transmisión genética de padres a hijos (Fowler et al. 2008, Fowler y Dawes 2008), una gran tradición de estudios demuestra que las tendencias de participación de los individuos se relacionan fuertemente con el comportamiento electoral de su entorno social (Campbell et al. 1960, Lazarsfeld et al. 1968, Zuckerman 2005). Para los investigadores, “las actividades participativas no son actos solitarios de individuos atomizados que actúan en un vacío social y, por lo tanto, no pueden explicarse completamente a través del estudio de los efectos de los atributos demográficos y socioeconómicos de los votantes, o sus actitudes, creencias, valores y normas” (Schmitt-Beck y Mackenrodt 2010: 392). Además, Zuckerman (2005) sostiene que las decisiones electorales no se toman de forma aislada, sino por individuos en el contexto social del hogar. En resumen, muchos estudios han documentado una

asociación poderosa entre los individuos y los miembros de las redes sociales a las que pertenecen, con respecto a sus tasas de participación electoral (Beck y Jennings 1982, Cutts y Fieldhouse 2009, Fieldhouse y Cutts 2012).

Investigaciones anteriores han demostrado que “las personas que viven juntas no solo votan juntas, sino que también cambian sus votos juntas” (Johnston et al. 2005). Este efecto, afirman otros, puede ser más pronunciado entre los miembros del electorado que viven con un grupo familiar como los cónyuges, los hijos o los padres (Fieldhouse y Cutts 2012). Para los académicos, “las teorías de votación contextual sostienen que las personas siguen patrones similares de comportamiento político cuando viven cerca, interactúan, comparten experiencias cotidianas y pertenecen a las mismas redes sociales” (Fieldhouse y Cutts 2012: 856). La participación en las elecciones, por lo tanto, tiende a ser una actividad conjunta del hogar, ya que los miembros votan o se quedan en casa como una unidad (Glaser 1959). Otros argumentan que “la conciencia y la participación no comenzaron solo, o inmediatamente, cuando uno alcanza la edad adulta” (Niemi y Hepburn, 1995). Por lo tanto, identificar cómo se aprenden y revisan los valores políticos a lo largo del ciclo de vida ha sido una de las principales preocupaciones de los estudios del comportamiento político (Dalton 1980).

A fines de la década de 1950, Hyman (1959) introdujo por primera vez el concepto de *socialización política* como un proceso poderoso que moldea el comportamiento político de los individuos. Desde entonces, la investigación sobre la socialización se ha centrado principalmente en el aprendizaje de valores políticos básicos, la forma en que se transfieren entre generaciones y el motivo por el cual dichos valores pueden tener una importancia duradera a lo largo de la vida del niño (Weissberg 1974, Inglehart 1977). Una noción clave en esta literatura es el “principio primario”³⁵ un concepto que abarca tres supuestos controversiales³⁶ con respecto a las implicaciones a largo plazo de este proceso. Searing et al. (1976) resumen estos supuestos de la siguiente manera: “Prime-

35 Otros discuten el “principio de estructuración”, lo que significa que las orientaciones básicas adquiridas durante la infancia estructuran el aprendizaje posterior de creencias de temas específicos (Searing, Schwartz et al. 1973).

36 Para más detalles véase Niemi y Hepburn (1995)

ro, las orientaciones políticas se aprenden durante la infancia; segundo, el aprendizaje de la infancia da forma a cualquier modificación posterior. Finalmente, las orientaciones políticas fundamentales tienden a perdurar durante toda la vida”. En resumen, el objetivo principal de la investigación de la socialización política es investigar el desarrollo de actitudes que moldean el comportamiento político adulto (Searing et al. 1976).

La premisa central de la investigación de la socialización política³⁷ es que la formación preadulta afecta las actitudes y conductas políticas de los adultos (Beck y Jennings 1982). Para Niemi y Hepburn (1995), el comportamiento político de los individuos, o al menos las actitudes subyacentes a tal comportamiento, parecía comenzar antes de la edad adulta formal. Según ellos, en la búsqueda de los antecedentes del comportamiento político, parecía obvio que había que comenzar la búsqueda en la adolescencia o incluso en la infancia. Un punto importante en esta literatura es la teoría que sugiere que para comprender los patrones de participación de los votantes debemos examinar si sus padres votaron en el pasado (Bhatti y Hansen 2012).³⁸ Para Cesarini et al. (2014) uno de los hechos empíricos más sólidos en la literatura de la ciencia política es que los niños se parecen a sus padres a lo largo de una serie de comportamientos y actitudes políticas. Es decir, los padres desempeñan un papel importante en la explicación del comportamiento político de los jóvenes (Nieuwbeerta y Wittebrood 1995, Flanagan et al. 1998, Flanagan y Sherrod 1998, Verba et al. 2005, Jennings et al. 2009, Coffé y Voorpostel 2010, Voorpostel y Coffé 2014).

Durante su período de socialización, los niños tienen pocas fuentes alternativas de aprendizaje además de sus padres (Dawson y Prewitt 1968, Beck 1977, Dalton 1980). Además, como sugiere Davies (1965), la dependencia casi completa del niño de los padres para proveer sus necesidades básicas ofrece pocas oportunidades de resistencia a las

37 Los defensores del desarrollo cognitivo criticaron duramente los estudios de socialización política por no reconocer que los individuos desempeñan un papel activo en la configuración del curso de su aprendizaje político, a veces hasta el punto de rechazar lo que se está enseñando (para más detalles, consulte: Conover, 1991).

38 Para Settle, Bond et al. (2011) el inconveniente de la literatura sobre socialización es ignorar el papel potencial de las redes sociales de los adolescentes. Para ellos, según nuestra comprensión de la importancia de las influencias de las redes sociales en el comportamiento político de los adultos, parece probable que las actitudes dentro de las redes sociales de adolescentes también puedan tener un efecto.

presiones de los padres. Además, “se dice que el niño refleja a sus padres en una amplia variedad de valores sociales y políticos” (Tedin, 1974: 1579). Esta influencia sugiere que “la familia tiene un efecto generalizado en los pensamientos y acciones posteriores a la infancia de un individuo” (Dalton 1980: 421).

Una gran cantidad de evidencia ha demostrado una fuerte asociación entre los padres y los valores políticos de los hijos (Jennings y Niemi 1968, Jennings y Niemi 1975, Jennings et al. 2009, Cesarini et al. 2014). Como se ha dicho, “cuando los descendientes han adoptado las predisposiciones políticas de sus padres, este legado es evidente a lo largo de sus trayectorias de vida” (Dinas 2014: 399).

Los estudios pioneros del comportamiento en la política estadounidense atribuyeron una influencia política significativa a la familia (Berelson et al. 1954, Campbell et al. 1960). Esta noción dominó la literatura de socialización temprana (Greenstein 1965, Hess y Torney-Purta 1967, Dennis y Easton 1969, Sances 2013).³⁹ Por ejemplo, Glaser (1959) muestra que los movilizados de votos más influyentes son el resto de las personas en la familia del votante. La evaluación más directa de la influencia de la socialización de la familia proviene de un estudio realizado por Jennings y Niemi (1968, 1974). Al entrevistar por separado a una muestra nacional de estudiantes del último año de secundaria y sus padres, estos investigadores pudieron evaluar directamente la relación entre padres e hijos y determinar el alcance de la transferencia de valor intergeneracional. Sus hallazgos fueron respaldados por una serie de otras comparaciones entre padres e hijos más adelante (Tedin 1974, Niemi et al. 1978, Jennings et al. 1979). En general, estas contribuciones revelan que existe un alto grado de transmisión del comportamiento político entre los padres y sus hijos adultos (Jennings et al. 2009, Fieldhouse and Cutts 2012, Bhatti et al. 2014).

Los académicos han identificado vías directas e indirectas a través de las cuales los padres transfieren los valores políticos a sus hijos (Cesarini et al. 2014). Esto último

39 En las primeras contribuciones hubo un debate sobre los determinantes de la socialización política. Levin (1961) y Clark (1973) señalaron la estructura familiar como los factores centrales; otros (Connell 1972) pensaron que las escuelas y los medios de comunicación habían suplantado a la familia y la habían relegado a un papel marginal en la socialización política.

sucede cuando los padres transmiten características sociales a sus descendientes. El camino directo típico, se da mediante la imitación y la educación, y se ha calificado como la forma de transmisión del *aprendizaje social* (Hess y Torney-Purta 1967, Sances 2013). El aprendizaje social sostiene que “los jóvenes aprenden de sus padres sobre el mundo, cómo encajan en él y cómo deben comportarse en él” (Voorpostel y Coffé 2014:3) véase también: (Jennings y Niemi 1968, Dalton 1980, Plutzer 2002, Verba et al. 2005, Jennings et al. 2009). Dicho de otra manera, los padres introducen al niño en el mundo de la política transmitiendo sus propias preferencias, creencias y opiniones. En resumen, el camino del *aprendizaje social* postula que “la adquisición temprana de las características de los padres determina la naturaleza subsiguiente del desarrollo político adulto” (Dinas 2014: 400).

En la literatura inicial, algunos académicos argumentan que las orientaciones ya se han adquirido para cuando los niños terminan el octavo grado, y que poco después se producen pequeños cambios (Searing et al. 1973). Más específicamente, Davies (1965) sugiere que la socialización política comienza aproximadamente a la edad de tres años y básicamente se completa ya para los trece años.

Sandell y Plutzer (2005: 137) argumentan que la transmisión directa se produce a través de una discusión explícita de política y asuntos públicos, aumentada por la presencia de miembros adultos de la familia (véase también: Straits 1991). La evidencia empírica disponible sugiere que las discusiones de los padres sobre temas sociales y políticos fomentan la participación de los jóvenes marginados en la acción social y la participación política (Diemer y Li 2011, Diemer 2012). En consecuencia, los padres brindan socialización política al analizar eventos sociales y políticos con sus hijos (Pacheco 2008).

Además, la actividad política de los padres puede afectar las opiniones de los niños sobre la política y, en consecuencia, su participación. Por ejemplo, en su estudio, Dinas (2014) examina como la politización de los padres puede dejar un efecto duradero en los registros de votación de los hijos. Los padres establecen ejemplo con su propio comportamiento que es muy probable que sean replicados por sus hijos cuando tengan la oportunidad. Al hacerlo, los padres envían fuertes señales de que ser activo en política es algo valioso (Bengtson et al. 2002, Voorpostel y Coffé 2014). Hess y Torney-Purta

(1967) sugieren que los jóvenes se identifican con padres políticamente activos que sirven como modelos positivos. De acuerdo con este argumento, otros postulan que los padres transfieren sus hábitos de participación a la generación más joven, ya que “constituyen los principales modelos a seguir de los jóvenes” (Bhatti y Hansen 2012: 385), un supuesto teórico apoyado por los resultados de Plutzer (2002) quien descubrió que el mayor efecto entre un rango de variables paternas en la participación de votantes, por primera vez, es la participación paterna.

En otras palabras, otra posible fuente de influencia política de los padres es su propia participación política. A través del mecanismo de la imitación, los hijos de los activistas pueden adoptar una postura activista también (Beck y Jennings, 1982). A través de diversas manifestaciones de aprendizaje observacional, los padres transmiten sus puntos de vista políticos a sus hijos (Dinas 2014). Básicamente, “los padres comprometidos tienden a criar niños comprometidos” (Andolina et al. 2003: 279). Al estudiar los efectos de la separación de los padres en el comportamiento de los votantes, Voorpostel y Coffé (2014) demuestran que los adultos jóvenes con padres separados tienen menos probabilidades de tener un “modelo de conducta” de los padres cuando se trata del compromiso público, principalmente porque los padres separados no se involucran en la vida pública tanto como los padres casados.

En resumen, los padres transmiten normas de participación política a sus hijos (Jennings y Niemi 1981, Plutzer 2002, Jennings et al. 2009). De acuerdo con esta lógica, se inculca un sentido de deber cívico en los niños a temprana edad (Loewen y Dawes 2012). Otros han demostrado que la participación política de los padres es un poderoso predictor de la participación de los hijos, especialmente en la primera elección para la cual son elegibles (Plutzer 2002). De acuerdo con ello, “los padres socializan a sus hijos para que sean ciudadanos y actores políticos” (Diemer 2012).⁴⁰ Igualmente, Verba et al. (2005: 95) mostraron que una forma indirecta, a través de la educación superior de

⁴⁰ Las primeras investigaciones sobre socialización sugirieron una correspondencia importante entre padres e hijos en el partidismo (Dalton, 1980). Los estudios de Jennings y Niemi también informaron un alto grado de coherencia partidista entre padres e hijos (1968, 1974).

los padres, aumenta la probabilidad de participación política posterior de los hijos, no solo proporciona un entorno político más rico en el hogar, sino que también mejora los logros educativos que, a su vez, están directamente relacionados con la participación.

En el mismo sentido, los efectos de los padres sobre la participación de los votantes “pueden tener una influencia más inmediata en sus descendientes, al ser su principal influencia social debido a que comparten el hogar” (Bhatti y Hansen 2012). Al compartir el hogar, los votantes se exponen a diferentes tipos de efectos en relación con la decisión de votar de los demás. Algunos de estos efectos tienen lugar en el contexto inmediato de una elección (a corto plazo). Por ejemplo, cuando los miembros de la misma familia se enfrentan con respecto a ir a las urnas o no. Además de los efectos a corto plazo, las discusiones diarias y los intercambios acerca de las decisiones de los políticos y las cuestiones políticas, se puede hablar de un “ciclo de influencia” a largo plazo que afecta el interés político de los individuos y su disposición para votar en el futuro. O sea, “a medida que los individuos viven juntos, pueden llegar a ser cada vez más similares” (Bhatti y Hansen 2013).⁴¹

Otros argumentan que, en contraste, los individuos dependen de las conexiones directas de los miembros de su familia y del hogar para procesar grandes cantidades de información acerca de la campaña electoral, que en ocasiones puede ser muy sofisticada (Klofstad 2007). Por lo tanto, “al decidir si votar o no, los ciudadanos estarán más influenciados por los argumentos y el comportamiento de sus amigos y familiares que por la información de las campañas, que tienden a ser más impersonales” (Bhatti et al. 2014). Otra fuente importante de influencia es la cultural. En consecuencia, generalmente los individuos votan juntos en los mismos colegios electorales que otros miembros de la familia y del hogar (Fieldhouse y Cutts 2012). Por lo tanto, “vivir como un adulto joven en el hogar de los padres puede ser importante simplemente porque votar es a menudo un acto social en el que las familias van juntas a las urnas” (Tuorto 2014: 196). Esta circunstancia puede persuadir a las personas para que se comporten de tal

⁴¹ Recientemente varios estudios empíricos han encontrado grandes efectos en el hogar basados principalmente en datos de corte transversal (Fieldhouse y Cutts 2009, Fieldhouse y Cutts 2012, Bhatti y Hansen 2012).

manera que les permita evitar ser confrontados con sus familiares. Por lo tanto, si otros miembros del hogar votan, puede ser difícil para ellos quedarse en casa. Muchos estudios también sugieren que las relaciones cercanas, especialmente entre cónyuges y entre padres e hijos, dan forma a la formación de opiniones políticas (Buton et al. 2012).

Independientemente de las razones, lo cierto es que cuando los padres no acuden a las urnas, la posibilidad de que los votantes más jóvenes desarrollen la habituación, que significa que las personas que votan en el pasado tienen más probabilidades de emitir su voto en el futuro, se deberían ver disminuidas. Como se indica en otra parte, “en última instancia, esto debería reducir, la participación de los votantes jóvenes” (Sandell y Plutzer 2005).

En este capítulo, sostengo que los miembros más jóvenes del electorado son los más susceptibles a la influencia de los otros familiares del hogar, especialmente los que viven con sus padres. Según Dinas (2014), la socialización familiar deja una influencia a largo plazo en las perspectivas políticas de los hijos. Ese supuesto es consistente con estudios previos que sugieren que, si el hogar es un contexto importante para los votantes en general, es probable que sea especialmente importante para los votantes primerizos que aún están aprendiendo sus valores y normas políticas y cívicas de sus padres (Niemi y Hepburn 1995, Gimpel et al. 2003). Tuorto (2014) señala el hecho de que una persona joven que vota por primera vez no tiene experiencia política previa en la cual basarse. La adopción partidista por parte de los niños se refiere a menudo como un claro ejemplo de la influencia de los padres. Los académicos han demostrado que los padres dan forma al desarrollo de las identidades partidistas de sus hijos mucho antes de que alcancen la edad de votar (Wolak 2009). Argumentan que los niños adquieren de sus padres etiquetas políticas que los guían a encontrar su camino dentro de un mundo político complicado sobre el cual tienen información incompleta e inexacta (Ventura 2001). De la misma manera en que los niños heredan la identificación del partido, se puede argumentar que los padres transfieren los patrones de comportamiento de voto a sus hijos, un supuesto que se puede evaluar al observar las exposiciones de los individuos en su primera participación. Como Fieldhouse y Cutts (2012) han dicho, a la edad de 18 años, muchos votantes nuevos todavía viven con sus padres y también demostraron que la decisión de votar de los jóvenes primerizos depende en gran medida de la participación de los otros en su familia.

Si bien la influencia más fuerte en el comportamiento de participación parece ocurrir dentro del entorno familiar, existen razones para creer que los efectos de los padres no se mantienen constantes a lo largo del tiempo (Vollebergh et al. 2001). Algunos teóricos resaltan la estabilidad de los efectos parentales que implican que existe una similitud intergeneracional importante a lo largo del curso de la vida. Otros destacan la flexibilidad y el cambio en las relaciones entre padres e hijos en diferentes etapas del curso de la vida (Glass et al. 1986). La pregunta relevante se convierte en: ¿qué sucede cuando un adolescente pasa de la infancia a convertirse en un adulto político? Como se sugirió antes, cuando los niños se convierten en ciudadanos adultos, sus orientaciones obviamente se desarrollan y cambian (Searing et al. 1976). Para Glass et al. (1986), las similitudes en el comportamiento de padres e hijos disminuyen en la adultez a medida que disminuye la intensidad del contacto entre padres e hijos.

Erikson (1993) señala que los niños en la adolescencia tardía pueden compartir algunos de los estados adultos que tienen sus padres y pueden estar enfrentando las tareas de desarrollo de independencia y diferenciación de los padres. La adopción de roles adultos es “probable que reemplace la influencia directa de los padres en la modificación de las actitudes sociales” (Glass et al. 1986). Al analizar la persistencia de las orientaciones políticas de los individuos a lo largo de la vida, Sears y Levy (2003: 78-79) elaboran cuatro modelos distintos del ciclo de vida político.

El primero, modelo de persistencia, enfatiza que los preadultos persisten a lo largo de la vida. El segundo modelo llamado de años influenciados, estipula que las actitudes son particularmente susceptibles de influir en la adolescencia tardía y la edad adulta temprana, pero tienden a persistir a partir de entonces. El tercero denominado apertura de por vida, sugiere que los individuos permanecen abiertos a las influencias a lo largo de la vida.

El modelo final, llamado modelo de ciclo de vida, se basa en la idea de que las personas se sienten atraídas por ciertas actitudes en etapas específicas de la vida. En general, la suposición implícita en estos modelos es que las orientaciones políticas están expuestas a fuerzas de formación en diferentes momentos. Para Jennings (2007: 38-39), “la co-

rrespondencia padre-hijo está en su punto más alto antes de que el joven salga de casa, disminuye sustancialmente a medida que el joven avanza hacia la edad adulta y luego se nivela”.

En ese sentido, dos preguntas sobresalientes siguen sin respuesta: ¿qué tan duraderas son las influencias de los padres? y, dos: ¿hay diferencias en el impacto de los padres entre los votantes masculinos y femeninos? Este capítulo tiene como objetivo proporcionar respuestas a ambos enigmas sobre la persistencia de la participación de los individuos. Al comienzo de las experiencias de participación, justo después de alcanzar la elegibilidad, uno puede ver la mayor influencia de los padres en el comportamiento de voto de los hijos. Progresivamente, los efectos de los padres comienzan a disminuir a medida que son reemplazados gradualmente por el impacto de otros agentes de socialización como amigos, cónyuges o compañeros de trabajo que sustituyen a los padres como parte de las transiciones del ciclo de vida de los individuos. Estos cambios implican la reconfiguración y la recomposición de las redes sociales de influencia y pueden ser influyentes para la participación.

Por ejemplo, “cuando los adultos jóvenes se van de casa, la influencia de los fuertes hábitos de votación de sus padres disminuye, mientras que los patrones de votación más débiles entre sus pares tienen un mayor impacto” (Bhatti y Hansen 2012). Esto significa que, “cuando un adulto joven abandona el nido, la influencia de los padres disminuye a favor de otras redes sociales, que en general, para las generaciones más jóvenes actuales, votan menos que sus padres. Es más probable que los efectos de “presión cruzada” produzcan una baja participación o una orientación de conducta política inconstante” (Tuorto 2014: 194).

Además de reestructurar los lazos sociales en la edad adulta temprana, como se muestra en el capítulo anterior, la activación de la habituación de los votantes se produce después de la tercera elección que alguien tiene derecho a votar. Una situación de la vida real puede ser útil para comprender las circunstancias bajo las cuales los jóvenes votantes toman su destino electoral en sus propias manos. El desapego gradual de la influencia de los padres y la adopción de sus propios patrones de votación se asemejan

a la forma en que los niños aprenden a andar en bicicleta. En sus primeros intentos necesitan instrucciones básicas y orientación de sus padres. Después de practicar varias veces, los niños se sienten bien preparados para hacerlo, dejando atrás la ayuda de sus padres. Dinas (2014) afirma que la influencia de los padres disminuye a medida que los hijos acumulan experiencia con la política.

No hay duda de que los padres moldean el comportamiento de sus hijos a través de mecanismos directos e indirectos que prácticamente no tienen competidores durante un período de tiempo largo e importante. Dado ese hecho irrefutable, uno puede anticipar que los padres influyen fuertemente en el comportamiento de los votantes. Durante la socialización política, la intensidad de la influencia de los padres no permanece constante, varía con el tiempo. Sostengo que, si examinamos un segmento del electorado que ingresa a la política al mismo tiempo, espero encontrar que, al comienzo de la participación, la influencia es mayor y disminuye a medida que el tiempo evoluciona. Este supuesto teórico intuitivo se basa en la relación generalmente estrecha entre los padres y los hijos. En términos de este estudio, esto significa que cuando observamos a un votante en su primera elección a la cual es elegible, la influencia de los padres debe ser mayor que cuando vemos al mismo votante cuatro elecciones más tarde. Por lo tanto, gradualmente, el impacto de los padres disminuye y el comportamiento de voto de los hijos no se parece al de sus padres. Así, teorizo que:

Hipótesis 7

Tener padres que se presentan a las urnas hará que las personas tengan más probabilidades de votar.

Hipótesis 8

El efecto de la participación de los padres en la probabilidad de votar de los individuos disminuye con el tiempo.

Aunque el argumento anterior reafirma el papel determinante de la socialización política en el comportamiento futuro de los individuos, no dice nada sobre la contribución de cada padre al modelar el comportamiento político de los niños. Se sabe menos sobre el

impacto individual de la madre y el padre. En otras palabras, ¿hay roles e influencias diferenciadas entre los padres costarricenses en la socialización política?, ¿qué sucede en circunstancias en las que el padre y la madre difieren en términos de habituación electoral?

En cuanto a la transmisión de las preferencias partidistas, Jennings y Langton (1969)⁴² sugieren que el padre desempeña el papel político dominante. Los revisionistas han puesto en duda esta afirmación. Por ejemplo, al estudiar la similitud intergeneracional en varias orientaciones y conductas religiosas y políticas, Acock y Bengtson (1978: 528-529) mostraron que “si uno de los padres debe ser usado para representar la influencia familiar en la socialización de las orientaciones del niño, en la mayoría de los casos debería ser la madre”. Aunque el padre se convierte en la figura de autoridad prototípica (Lane 1959, Davies 1965), y que los hombres suelen estar más interesados y más involucrados en la política que sus esposas (Kubota y Ward 1970), los académicos han atribuido este resultado al hecho de que la madre normalmente tiene una mayor frecuencia de interacción con sus hijos (Acock y Bengtson 1978, Neundorf et al. 2013).

En el ámbito de las elecciones partidistas, Zuckerman et al. (2007) sostienen que “los padres influyen en sus esposas, pero generalmente no en sus hijos”. Además, la madre se ha mantenido como la principal fuente para satisfacer las necesidades básicas de los niños. En resumen, pruebo si la falta de evidencia del argumento del “predominio del padre” (Maccoby et al. 1954, Rabinowitz 1969) es válida para el caso de Costa Rica. Dicho esto, teorizo que los efectos de la participación de la madre serán mayores entre los votantes por primera vez, tanto hombres como mujeres, en comparación con los efectos del padre. Por lo tanto, si los padres están transfiriendo las orientaciones políticas a sus hijos, tal como lo postulan las teorías de socialización, espero encontrar que, dentro de los hogares de Costa Rica, las madres moldean las tendencias futuras de participación de los votantes sin importar su género. Examinó este supuesto teórico utilizando la siguiente hipótesis:

⁴² Otros académicos no reportaron evidencia estadística de que el padre de un sexo tenga mayor influencia en la identificación partidista del niño que el padre del otro sexo (Kritzer 1984).

Hipótesis 9

La influencia de la participación de las madres en el comportamiento de voto de los individuos es mayor tanto para las hijas como para los hijos, que los efectos de los padres.

Las primeras experiencias de los niños en la política

Antes de analizar en detalle las tendencias de participación electoral de padres e hijos, en esta sección del capítulo describo dos aspectos directamente relacionados con los hallazgos que mostraré y discutiré más adelante. El primero son las oportunidades que se les dan a los niños y adolescentes, durante su etapa preadulta, de experimentar con la política tanto en las campañas en las escuelas y colegios como en las campañas electorales del país. El segundo punto son las tendencias y la participación electoral de los padres entre 1994-2010, en esta sección hago un énfasis en el número de contiendas electorales en las que los padres estaban registrados para votar y, aún más importante, cuántas veces asistieron o se abstuvieron de ir a las urnas.

Creecer en una democracia

Costa Rica tiene la historia de democracia más longeva de la región de América Latina debido a su gran tradición de contiendas electorales libres y justas. Después de cuatro décadas de reportar altos niveles de participación política (80% del electorado, para estándares internacionales) esta tendencia empezó a disminuir a finales de la década de 1990. En las últimas elecciones nacionales solamente un 69% de la población salió a votar. Este cambio tan abrupto en la participación electoral constituyó una señal de alerta para varios académicos, autoridades electorales, partidos políticos y periodistas. En respuesta, una de las reacciones naturales fue analizar en detalle cómo es que los niños y los adolescentes, como futuros miembros del electorado, interactuaban con el régimen político y su apego a los valores democráticos clave.

Tradicionalmente, los niños y adolescentes en Costa Rica tienen tres oportunidades principales para involucrarse en la política y experimentar de cerca en qué consiste esta

participación en términos prácticos, algo que claramente tiene un impacto en su comportamiento de votación en el futuro cercano. En el caso de los niños entre las edades de 3 y 12 años, muchas organizaciones públicas y privadas organizan “elecciones infantiles” en diferentes sitios alrededor del país o en el exterior durante el día de las votaciones. Durante estas votaciones se simula el entorno real en el que se dan las contiendas electorales nacionales. Esto quiere decir que las personas deben identificar la estación de votación infantil más cercana (abiertas de 9 a. m. a 4 p. m.), hacer la fila vistiendo las camisetas con los colores de su partido, esperar su turno, mostrar una identificación, recibir su papeleta y elegir a su candidato preferido. El centro de votación infantil más popular es el Museo de los Niños. El resultado de las “elecciones infantiles” se da a conocer después de que el Tribunal Supremo de Elecciones revela el primer conteo de las votaciones nacionales. Lo que resulta interesante es que los resultados de estas votaciones se asemejan bastante a las votaciones nacionales. Entonces, como popularmente siempre se dice los niños “no mienten”.

La segunda experiencia sucede varias semanas antes de las votaciones, cuando los partidos políticos reclutan adolescentes para ser parte de la “maquinaria del partido” el día de las votaciones y en todos los distritos. Estos niños y adolescentes desempeñan un papel importante, deben guiar a los votantes cuando llegan a los centros de votación ubicados, generalmente, en las escuelas y colegios. Como parte de la tradición de ese día, se visten con camisetas y gorras coloridas u otra propaganda diseñada para identificarlos como seguidores de un partido o un candidato. Afuera de los centros de votación esperan a los votantes y les ofrecen ayuda para encontrarlos en la lista de votantes elegibles y luego los acompañan a la junta electoral que les corresponde, especialmente en aquellos lugares donde se ubican muchas urnas de votación.

La última experiencia que los niños y adolescentes tienen con la política sucede en sus aulas durante el proceso de educación formal. Como parte del currículo de educación cívica todas las escuelas primarias o colegios realizan votaciones para elegir tres distintos tipos de “gobiernos estudiantiles” (siete puestos disponibles en cada uno) en el cual todos los estudiantes matriculados pueden votar: *representantes del aula* (el puesto más importante es el del presidente), *asamblea de representantes* (un cuerpo integrado por todos los presidentes de las aulas y liderados por un directorio ejecutivo), y el *comité ejecutivo*. Todos los puestos se asignan alternando entre hombres y mujeres.

También, hay un *Tribunal Electoral Estudiantil* encargado de administrar las votaciones, incluye contar los votos y juramentar a las nuevas autoridades. Los partidos y los candidatos se deben registrar y deben presentar una plataforma de gobierno (complementado con el estatuto del partido y con las firmas de un 10% de los estudiantes). El Ministerio de Educación define una semana nacional para las votaciones estudiantiles y las reglas que apliquen. En general, estas oportunidades contribuyen a la politización de votantes futuros, ya que ofrece experiencias reales con la política que buscan reforzar valores democráticos y la importancia de la participación política para la supervivencia de la democracia. La limitación más grave de esta última experiencia es que los niños y adolescentes que no están matriculados en el sistema de educación formal quedan excluidos de estas prácticas democráticas tempranas.

¿Los padres de los votantes primerizos también son votantes habituales?

El argumento teórico central de este capítulo es que los nuevos votantes son altamente influenciados por lo que sus padres hicieron en las elecciones anteriores. Otros estudios previos han demostrado que el comportamiento de votación de los padres y sus hijos es muy similar, en especial durante sus primeras participaciones electorales. En las últimas secciones de este capítulo utilizo un panel de votantes primerizos para analizar en detalle si este supuesto de socialización política es válida en el caso de Costa Rica. Para hacerlo, primero es necesario determinar si los padres de los nuevos votantes sufragaron en el pasado y qué tan a menudo lo hicieron. Esta información es relevante para este capítulo porque, si los datos muestran que los padres votaron muy a menudo en el pasado, se puede esperar una mayor influencia en el comportamiento político de los hijos. En contraste, si los padres tenían patrones de participación electoral irregulares, se podría especular que los niños y adolescentes reproduzcan estas tendencias de “rebote” en el futuro.

La Tabla 4.1 muestra que un 44% de las madres, un 37% de los padres y un 45% de todas las personas estudiadas votaron en todas las elecciones que pudieron. En palabras simples, votaron en cuatro de cuatro o cinco de cinco contiendas electorales. Además, si consideramos a las madres o padres que faltaron a una elección ese porcentaje aumenta

a dos tercios de las madres (66%), 59% de los padres y 58% de los votantes. En la parte más baja de la escala, solamente un 4% de las madres, un 5% de los padres y un 11% de las personas nunca han votado en ninguna elección durante el periodo que analicé.

Tabla 4.1: Número de veces que las madres, los padres y los individuos votaron. 1994-2010

Cuántas veces votaron	Madre		Padre		Individuos	
	Frecuencia	Porcentaje	Frecuencia	Porcentaje	Frecuencia	Porcentaje
Ninguna	146.890	4,19	140.005	5,33	2.093.981	11,39
1 de 5 elecciones	194.980	5,56	211.280	8,04	756.504	4,11
1 de 4	18.100	0,52	11.110	0,42	244.328	1,33
1 de 3	2.120	0,06	1.240	0,05	310.863	1,69
2 de 5	305.725	8,71	297.900	11,33	1.080.363	5,88
2 de 4 o 1 de 2	22.405	0,64	11.530	0,44	869.146	4,73
3 de 5	474.355	13,52	404.875	15,4	1.555.549	8,46
2 de 3	1.785	0,05	980	0,04	420.650	2,29
3 de 4	29.465	0,84	10.665	0,41	418.755	2,28
4 de 5	773.055	22,03	570.200	21,69	2.427.633	13,20
Las cinco elecciones	1.540.865	43,9	969.270	36,87	8.208.618	44,65

Para recapitular, una gran mayoría de los padres votaron en el pasado. Gran parte de ellos se pueden considerar votantes habituales de acuerdo con la terminología utilizada en el capítulo anterior. Estas son las circunstancias de comportamiento político bajo las cuales los nuevos votantes fueron socializados. Al saber esto, el próximo paso es analizar si los niños adoptan, o si no logran replicar, las tendencias de votación de sus padres y, ése es precisamente el objetivo de las siguientes secciones.

Descripción de datos y modelos estadísticos

Analizar la influencia de los padres en el comportamiento de votación de los individuos es posible al utilizar dos grupos de datos de participación electoral distintos (para conocer una descripción completa de los datos véase el capítulo 1). El primero es la versión completa del panel de individuos con derecho al voto en Costa Rica en cinco de las elecciones presidenciales más recientes 1994, 1998, 2002, 2006 y 2010 (triada de dos generaciones distintas de votantes). La inclusión de los padres es la que hace que este grupo de datos sea tan valioso para estudiar la socialización política. El segundo grupo de datos es la subpoblación de nuevos votantes desde 1994 en adelante, y la de sus padres también. Ambos grupos de datos comparten las mismas variables, pero difieren en el número de observaciones. También utilicé distintos modelos para los votantes masculinos y femeninos. Una de las ventajas de los datos que utilicé es la posibilidad de dividir la información de varias maneras sin preocuparme por la reducción en el número de observaciones. En este capítulo aprovecho al máximo esa oportunidad de una forma inteligente que me permite capturar la influencia de los padres sobre la participación electoral de sus hijos con el pasar del tiempo.

Estimar la relación causal entre las decisiones consecutivas de votación ha demostrado ser intrínsecamente difícil para los científicos sociales. Los estudios y las encuestas longitudinales, que son los dos enfoques metodológicos más comunes, dependen casi por completo de medidas autoreportadas de participación electoral que dan reportes erróneos o que inflan las tasas de votación. A pesar de las innegables contribuciones metodológicas y teóricas de ambos enfoques metodológicos, sufren de lo que Hill y Hurley (1984) llamaron “no votantes, disfrazados de votantes”, un problema importante que causa la inflación de los cálculos de participación electoral, y crea preocupaciones válidas en el campo. Si se considera, por ejemplo, el estudio pionero de Jennings y Niemi (1968) en el cual los datos vienen de una muestra representativa nacional de estudiantes de último año de colegio en los Estados Unidos y sus padres. Otros utilizan la información sobre la participación electoral de distintas fuentes como registros gubernamentales (Bhatti y Hansen 2012); registros de gobiernos locales de 44 de las 98 municipalidades en Dinamarca (Bhatti y Hansen 2013); firmas de votantes de una estación de votación en Francia (Buton et al. 2012); registros de adopción en Suecia

(Cesarini et al. 2014); una muestra de 2.044 individuos elegidos de una población de 840.000 miembros de un plan de salud de un área en Los Ángeles (Glass et al. 1986) o rendimientos electorales de la Elección General Británica (Fieldhouse y Cutts 2012). La disponibilidad de datos de comportamiento electoral validados ha sido el reto más importante para estas contribuciones. Por esta razón, un panel de datos a nivel individual que incluya el comportamiento de votación actual para todos los votantes superaría estas limitaciones y ofrecería conocimientos causales para explicar la dinámica de la participación electoral.

Para ambos, padres e hijos, los datos de participación electoral son el comportamiento de votación actual, lo que quiere decir que puedo estimar los efectos con información relacionada con lo que ambos realmente hicieron, no lo que ellos, o alguien más, reportó que supuestamente hicieron. Mis datos son mejores y más aptos para analizar la dinámica de las tendencias de votación a largo plazo porque tengo información de todos los votantes y sus familiares (progenitores para el propósito de este capítulo), así como información que explica cómo se han comportado todos en las elecciones nacionales contemporáneas –para elegir el presidente, los diputados y los representantes de 81 gobiernos locales incluyendo los alcaldes– en dieciséis años.

Para propósitos de análisis de los patrones de participación electoral de los padres-hijos, combiné información de dos grupos de datos distintos disponibles. Primero combiné a los votantes y a sus padres utilizando sus números de cédula, un número universal y único de nueve dígitos utilizado para propósitos de identificación. El *Registro Nacional* asigna el número de identificación (en adelante la cédula) a todas las personas basado en la provincia en la que nacieron. Tan pronto como una persona cumple los 18 años, la edad legal para empezar a votar, automáticamente aparecen en la lista nacional de votantes elegibles y el Registro Civil emite una cédula de identidad completamente gratis. Esta cédula de identidad incluye información personal y sociodemográfica (como una fotografía, firma, fecha de nacimiento, lugar de residencia y un código de barras que almacena otra información como el nombre de los padres), también es el único documento oficial reconocido como prueba de identidad. Es obligatorio que el Estado ofrezca a los ciudadanos una cédula de identidad para ejercer el voto, válida por diez años (artículo 95 de la Constitución).

Utilicé además del *Registro Nacional*, un conjunto de datos del *Registro de Nacimientos* que contiene información sobre 5.400.129 personas que incluye los nombres de los padres, el género, su cédula de identidad, fecha de nacimiento de los hijos, lugar (hospital) y, el nombre de los hijos, su género, número de cédula y nacionalidad, para unificar a los individuos con sus padres para generar un número de casos importante (véase tabla 4.1). Más adelante combiné este grupo de datos con otro que incluía el comportamiento político de los votantes. Al final construí una base de datos que incluía la participación electoral de los votantes y sus padres. La información clave para unir a los padres y los votantes es la cédula de identidad. Si tomamos en consideración una población votante de aproximadamente 2 millones de votantes por elección, el número de conexiones de padre-hijo en mi red de datos es apropiado para inferir los efectos de los padres.

Tabla 4.2: Votantes y padres identificados en la red de datos

Categoría	Casos
Votantes y madres identificados en el grupo de datos	974.332
Votantes y padres identificados en el grupo de datos	772.829

Aunque todos los individuos parecieran estar registrados al menos bajo el nombre de uno de los padres (ya sea el padre o la madre) la falta de su cédula de identidad no permite en algunos casos encontrar más información sobre los padres además de sus nombres. Son muchas y diversas las razones y en esta sección describo en detalle las principales.

Primero, la implementación nacional de la cédula empezó a mediados de la década de 1950 y varias décadas después ya se utilizaba en todo el territorio nacional. En términos prácticos, esto quiere decir que a pesar de que las personas conocían su cédula de identidad, no se utilizaba masivamente con ella y las instituciones públicas no requirieron su uso hasta la década de 1980.

Segundo, aunque hoy en día las personas se registran inmediatamente después de nacer en los hospitales, la situación era bastante diferente antes. Los votantes que nacieron en sus casas en la primera mitad del siglo XX –o en un lugar que no fuera un hospital, algo que sucedía a menudo en el pasado– debían ser registrados por sus padres o familiares por medio de las autoridades locales. En el caso de algunas de estas personas tuve acceso a los nombres de sus padres, pero no a su número de identidad.

En otros casos, solo encontré la información sobre uno de los padres (madre o padre), pero no de los dos. En los casos en los que faltaba la información del padre, era común para muchos niños estar registrados únicamente bajo los nombres de la madre porque el padre biológico se rehusaba a reconocerlos. La “Ley de Paternidad Responsable” aprobada en 2001 introdujo reglas más estrictas, como pruebas de paternidad diseñadas para reconocer y registrar a los niños nacidos fuera del matrimonio u otras relaciones informales. Veremos el efecto de esta legislación en los votantes primerizos en el 2020 y el 2022 (Bolaños y Montenegro 2007).

También, si el padre no reconoce al niño, tiene seis meses para oficializarlo, de lo contrario aparecerá bajo el apellido de la madre.⁴³ Si no hay un padre, la madre será el único adulto presente para influir en el voto de esta persona.

En otros casos, esa información faltante sobre los padres se debe al procedimiento administrativo de registro. En estos casos la persona que registró al niño, ya sea el padre, la madre o un familiar, no incluyó la información o incluyó solo parte de la información de la pareja o cónyuge.

Un ejemplo personal ilustra mejor esta situación. Yo tengo tres hermanos menores. En mi caso, aparezco registrado bajo el nombre de mi madre, su cédula de identidad y el nombre de mi padre. Mis dos hermanos menores están registrados bajo el nombre de mi padre, su cédula de identidad y el nombre de mi madre. El hermano que me sigue

⁴³ Los nombres convencionales en Costa Rica son: *nombre + segundo nombre (a veces más de uno) + primer apellido del padre + primer apellido de la madre.*

aparece relacionado únicamente a los nombres de mis padres, pero no hay cédulas de identidad ligadas. Ejemplos como este hay miles en la base de datos. En mi caso sí sé quiénes son mis familiares, de lo contrario sería complicado reconstruir nuestro árbol genealógico sin la información faltante.

Otra razón por la que puede faltar la información del padre o de la madre podría ser porque uno de ellos, o ambos, no sean ciudadanos costarricenses. Entonces, aunque aparecen sus nombres, sus cédulas de identidad en la base serán sus números de pasaporte o de residentes. Al respecto, si uno o ambos padres cumplen con los requisitos para convertirse en ciudadanos, la legislación establece que es posible que un ciudadano costarricense naturalizado no aparezca en la lista de votantes hasta doce meses después de obtener su certificado de naturalización (artículo 94 de la Constitución). Nuevamente, este factor podría, en parte, ser la razón de la información faltante.

Finalmente, antes de la era del internet y de los documentos en línea, el formulario de registro lo completaban los padres (o alguien más) manualmente. Entonces el proceso era más vulnerable a errores y no había mecanismos para controlar y completar la información parcial proporcionada por el informante.

Si por alguna razón la información de la cédula de identidad de la persona no está disponible, la única manera de identificar la triada de padres-hijo sería por medio de los nombres de los padres. Sin embargo, esto no solo toma mucho tiempo y es costoso, sino que también es problemático porque muchas personas en Costa Rica, al igual que en otras partes del mundo, tienen los mismos nombres y apellidos, pero distintos números de identidad. Puedo ilustrar la complejidad de esto con el siguiente ejemplo. Por ejemplo, si utilizo el nombre de mi abuela paterna, María Rodríguez Zárate, un nombre muy común en el país (especialmente la combinación del primer nombre y el primer apellido), para realizar una búsqueda en línea en el registro civil (disponible en www.tse.go.cr) encuentro cuatro personas (una murió en 1997) con ese mismo nombre. También, si buscamos su nombre en otra página web que compila la lista de nombre de todos los costarricenses nacidos entre 1900 y 2014 (<http://www.ameliarueda.com/especiales/nombres/>) el día que nació mi abuela nacieron otras 11 personas con el

nombre *María*, 179 en el mes de octubre (su mes de nacimiento) y 2.280 ese mismo año. La combinación de su nombre y primer apellido (clasificado como el #1 en Costa Rica con más repeticiones) aparece 7.249 veces en los últimos 114 años.

Los datos del comportamiento de votación de los individuos y sus padres provienen de la base de datos de participación electoral oficial del Tribunal Supremo de Elecciones después de cada votación nacional. Como se explicó en el capítulo anterior, el análisis longitudinal es el principal método empírico. *La participación electoral* se analiza tanto como una dependiente variable como un indicador que incluye valores de participación con rezago. En este capítulo utilicé un modelo variable dependiente con rezago (dicotómico). El análisis empírico involucra cuatro grupos de modelos: *Aditivo*, *Interactivo*, solo *Hombres* y solo *Mujeres*.

Para capturar los efectos de los padres sobre los hijos utilizo cuatro variables: *solo votaron las madres* (codificado como 1 si solo la madre se identificó en el grupo de datos y votó; y 0, si es lo contrario), *solo el padre votó* (codificado como 1 si solo el padre se identificó en el grupo de datos y votó; y 0, si es lo contrario), *ambos padres votaron* (codificado como 1 si ambos padres se identificaron en el grupo de datos y votaron; y 0, si es lo contrario) y *ningún padre identificado* (codificado como 1 si ninguno de los padres se identificó en el grupo de datos y 0, si es lo contrario). Este último grupo es la categoría de referencia en este capítulo. La participación electoral de los padres se codifica de la misma manera en todas las elecciones. Finalmente, es importante recordar que, a pesar de que no hay ninguna razón para suponer que la influencia fluye solo de los padres hacia los hijos (Zuckerman et al. 2007) este capítulo presta atención especial al comportamiento de votación entre los miembros jóvenes del electorado, un subgrupo de la población con derecho al voto que entra a la política con una alta influencia de los padres y que no ejerce el mismo impacto sobre sus padres. El efecto recíproco se ha visto que ocurre a medida que los hijos crecen (Zuckerman et al. 2007). Es por esto que elijo teorizar que en las primeras exposiciones de participación, los padres afectan el comportamiento de votación de los hijos y los hijos no tienen un impacto en el comportamiento de los padres.

Para capturar la dinámica de las influencias parentales utilizo una variable llamada *Tiempo desde la elegibilidad* que se refiere a un indicador continuo que mide el número de años desde que una persona tuvo el derecho a votar por primera vez. Los valores varían entre 0 y 12 años. Las elecciones cubiertas en el análisis van desde 1994 hasta 2010. Los modelos son los siguientes:

Especificación del modelo:

Modelo aditivo

$$\Pr(\text{participación electoral}_{it}=1 | x_{it}) = \beta_1 + \beta_2 \text{participación electoral con rezago}_{it-1} + \beta_3 \text{mujer}_{it} + \beta_4 \text{edad}_{it} + \beta_5 \text{mudanza}_{it} + \beta_6 \text{tiempo desde elegibilidad } t_{it} + \beta_7 \text{solo la madre vota}_{it} + \beta_8 \text{solo el padre vota}_{it} + \beta_9 \text{ambos padres votan}_{it} + \beta_{10} \text{padres sin registro completo}_{it} + u_i + \varepsilon_{it}$$

Modelo interactivo:

$$\Pr(\text{participación electoral}_{it}=1 | x_{it}) = \beta_1 + \beta_2 \text{participación electoral con rezago}_{it-1} + \beta_3 \text{mujer}_{it} + \beta_4 \text{edad}_{it} + \beta_5 \text{mudanza}_{it} + \beta_6 \text{tiempo desde elegibilidad } t_{it} + \beta_7 \text{solo la madre vota}_{it} + \beta_8 \text{solo el padre vota}_{it} + \beta_9 \text{ambos padres votan}_{it} + \beta_{10} \text{padres sin registro completo}_{it} + \beta_{11} \text{tiempo desde elegibilidad}_{it} * \text{solo la madre vota}_{it} + \beta_{12} \text{tiempo desde elegibilidad}_{it} * \text{solo el padre vota}_{it} + \beta_{13} \text{tiempo desde elegibilidad}_{it} * \text{ambos padres votan}_{it} + u_i + \varepsilon_{it}$$

Análisis multivariado y hallazgos importantes

En el primer grupo de modelos, que presento en esta sección, estimo los efectos de los padres sobre el comportamiento de votación de sus hijos para el caso de todos los votantes en el panel electoral por medio de dos mecanismos: primero, utilizo la fecha de nacimiento y la edad de cada votante para calcular cuándo fueron elegibles para votar la primera vez. Por ejemplo, si una persona nació en 1945, sé que fue elegible para votar desde 1966 en adelante. Este simple método me permite determinar cuántos años

han pasado desde que la persona entró al electorado. Segundo, al analizar el comportamiento de votación de los padres, disponible en la base de datos del panel, estimé sus efectos en el universo de votantes. La desventaja de este procedimiento es que el panel no incluye el comportamiento de votación de todos los padres para cada votante. Para superar esta limitante, más adelante, en esta sección del capítulo, utilizo modelos similares solo para los votantes que entraron a la política al mismo tiempo.

La tabla 4.3 muestra los resultados de aplicar modelos de regresión para explicar la participación electoral en distintos grupos de variables. El modelo 1 incluye todos los votantes en la base de datos y los indicadores de los efectos de los padres: *solo la madre votó*, *solo el padre votó*, *ambos votaron* y *ningún padre identificado*. En contraste, el Modelo 2 es interactivo. Este incluye tres interacciones para analizar si los padres tienen una influencia sobre el comportamiento de votación de los hijos y para determinar si esos efectos cambian con el tiempo.

Cuando se evalúa la evolución del comportamiento de los padres sobre la participación electoral de los votantes, las variables más importantes son las interacciones entre el tiempo desde que es elegible, entendido como el tiempo desde que es elegible la primera vez en las elecciones analizadas y el comportamiento de los padres (*solo la madre votó*, *solo el padre votó*, o *ambos votaron*). La tabla 4.3 incluye estos tres indicadores adicionales. Si mi argumento teórico es correcto, estos indicadores clave deben estar relacionados de forma negativa y significativa con la participación electoral, lo que demostraría que los efectos del padre y de la madre en la participación electoral de los votantes disminuyen de elección a elección.

Tabla 4.23: Efectos de los padres en los modelos de participación de los votantes

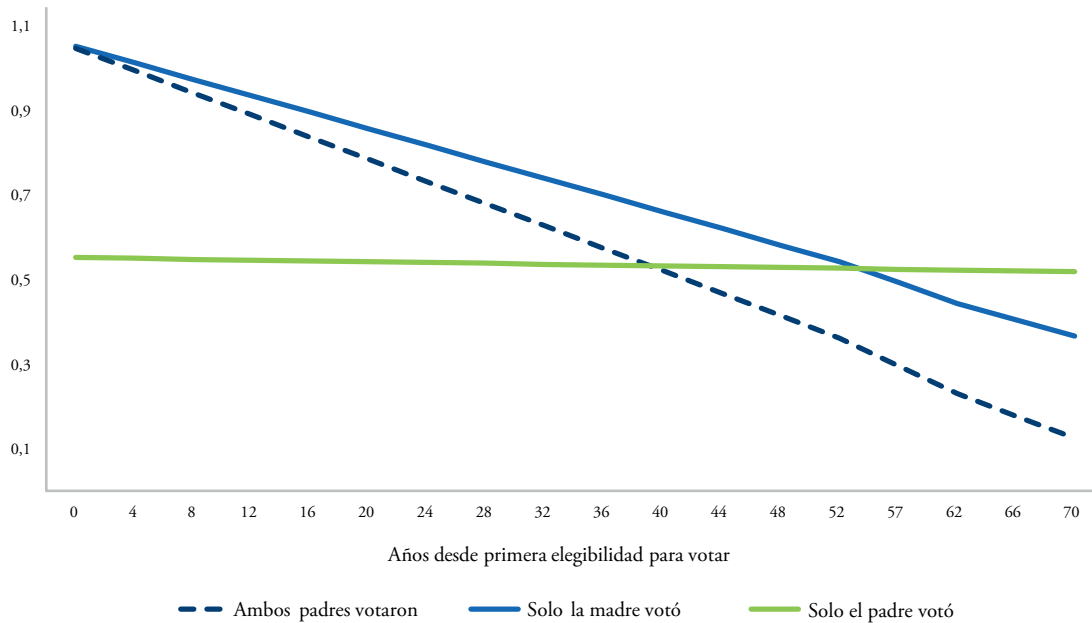
	Aditivo b/se	Interactivo b/se	Hombre b/se	Mujer b/se
Rezago participación electoral	1.239* (0.002)	1.238* (0.002)	1.218* (0.003)	1.256* (0.004)
Mudanza	-0.045* (0.003)	-0.044* (0.003)	-0.060* (0.003)	-0.028* (0.004)
Mujer	0.311* (0.002)	0.311* (0.002)		
Edad votante	0.074* (0.000)	0.074* (0.000)	0.053* (0.001)	0.093* (0.001)
Edad al cuadrado	-0.001* (0.000)	-0.001* (0.000)	-0.000* (0.000)	-0.001* (0.000)
Solo la madre votó	0.930* (0.006)	1.071* (0.010)	0.949* (0.014)	1.205* (0.015)
Solo el padre votó	0.541* (0.006)	0.576* (0.011)	0.548* (0.015)	0.602* (0.016)
Ambos padres votaron	0.970* (0.017)	1.057* (0.027)	0.918* (0.037)	1.204* (0.039)
Tiempo desde elegibilidad (TSE)	-0.010* (0.000)	-0.010* (0.000)	-0.004* (0.000)	-0.016* (0.000)
Interacciones				
TSE x Solo la madre votó		-0.011* (0.001)	-0.010* (0.001)	-0.012* (0.001)
TSE x Solo el padre votó		-0.002* (0.001)	-0.002 (0.001)	0.003* (0.001)
TSE x Ambos padres votaron		-0.014* (0.004)	-0.005 (0.005)	0.023* (0.005)
Constante	-2.048* (0.009)	-2.070* (0.009)	-1.721* (0.013)	-2.073* (0.013)
Insig2u	0.372* (0.003)	0.374* (0.003)	0.378 (0.005)	0.362* (0.005)
Sigma u	1.205* (0.002)	1.205* (0.002)	1.208* (0.003)	1.198* (0.003)
Rho	0.306 (0.001)	0.306* (0.001)	0.307* (0.001)	0.304* (0.001)
Wald Chi-al cuadrado	396387	396714	190812	180617
Prob > chi2	0.000	0.000	0.000	0.000
Número de casos	10.872.871	10.872.871	5.402.791	5.470.080

* p<0.001

En primera instancia, los resultados arriba mencionados muestran que tener padres que votan incrementa las posibilidades de que los hijos voten también. Si ambos padre y madre fueron a las urnas el efecto no es más alto que si solo la madre votó. Además, una persona en la categoría de “padres desconocidos” tiende a votar más que aquellas personas con *al menos un padre conocido, pero ninguno votó* (categoría de referencia). Los otros indicadores independientes se encuentran en las direcciones esperadas. Estos hallazgos confirman que la madre y el padre (en el modelo aditivo) tienen un impacto positivo en el comportamiento de votación de los votantes y revela una tendencia decreciente (de acuerdo con el modelo interactivo) en la evolución de la influencia de los padres con el tiempo. Para los votantes más jóvenes, los efectos parentales son multiplicativos, no solo aditivos.

Lo que resulta interesante es que la interacción entre el tiempo y la participación electoral de los padres no es significativa, lo que quiere decir que el efecto del padre no cambia entre elecciones. Como podemos observar en el gráfico 4.2 la influencia de los padres disminuye a medida que el tiempo desde que se es elegible aumenta. El efecto de que *ambos padres hayan votado* disminuye mucho más rápido, se hace menor con el tiempo, pero sus efectos permanecen significativos hasta que los votantes llegan incluso a los 100 años. En el caso de la influencia de la madre, el efecto disminuye también, pero es significativo sin importar el tiempo desde la primera elección. Lo que esto nos dice es que la socialización tiene efectos duraderos en el comportamiento político de los votantes.

Figura 4.1: Coeficientes condicionales para la participación electoral de los votantes con base en el comportamiento de votación de los padres y el tiempo desde que son elegibles la primera vez



Además de los cálculos de los efectos aditivos e interactivos en los modelos 3 y 4, separé los datos de hombres y mujeres para analizar si las madres tienen una mayor influencia que los padres en el comportamiento electoral de los hijos. Además, cuando estimé los modelos separados para hombres y mujeres, la tabla de regresión abajo indica que el comportamiento de las madres tiene un impacto en las hijas y los hijos que es mucho más fuerte que el de los padres, lo que respalda empíricamente mi tercera hipótesis.

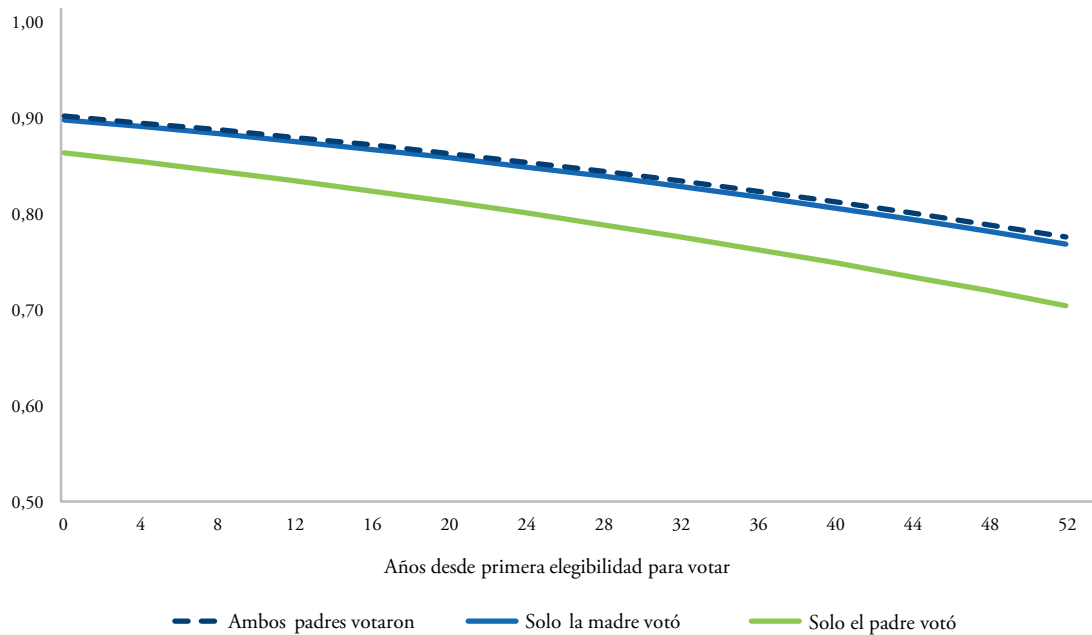
Para facilitar la interpretación de los resultados de este capítulo, estimé las probabilidades de participación electoral de los individuos. De la misma manera que lo hice en otros capítulos, aquí estimé las probabilidades de participación con base en el modelo interactivo con variables clave en distintos valores para perfiles de votantes relevantes. El objetivo de este procedimiento es facilitar la interpretación de los efectos importantes y de la significancia de la práctica de las covariables en los modelos. Básicamente, pretendo presentar los hallazgos de este capítulo en términos de votantes reales y sus contextos de red familiar. En esta sección, el cálculo y la interpretación de las probabili-

dades incluyen, además de la variación clásica de género y edad, características como el comportamiento de votación de las madres y los padres y el tiempo desde que votaron por primera vez.

Como se evidencia en la figura 4.2, hay algunas diferencias en las probabilidades de votar de los ciudadanos, que dependen de lo que sus padres hicieron. Globalmente, las probabilidades de votar muestran una tendencia a disminuir con el tiempo. Entre más años pasan desde que una persona obtiene el derecho al voto, menos probable es que vote, no importa lo que sus padres hicieron al momento de votar. En particular, si observamos un votante cuya madre se presentó a las urnas el mismo año que se volvió elegible, sus probabilidades de votar son iguales a 0,90. Sus probabilidades de votar disminuyen a 0,81 cuarenta años después de que obtuvo el derecho al voto por primera vez si su madre también votó.

En general, la evidencia proporcionada confirma que no se puede negar el papel determinante que tienen los padres en el proceso de socialización política. Sin embargo, la influencia de los padres disminuye con el tiempo: es más alta al principio de las experiencias de participación electoral, y más baja posteriormente. Este patrón coincide temporalmente con esta influencia, y es consistente con la historia de activación de la votación habitual que propuse en el capítulo anterior. Por ende, cuando el efecto de los padres disminuye es precisamente el momento en el que las votaciones anteriores activan ese hábito. En términos prácticos esto quiere decir que los efectos de los padres que analicé en este capítulo y el desarrollo de la votación habitual que estudié en el capítulo anterior se complementan y refuerzan el uno al otro. Entonces, esto puede explicar por qué vemos la votación habitual hasta después de varias contiendas electorales. Además, los datos corroboran que tener padres activos políticamente hace una gran diferencia en los patrones de participación electoral de las personas.

Figura 4.2: Probabilidades de votar con base en los patrones de votación de los padres



Aunque estos resultados son consistentes con mis expectativas teóricas y ciertamente expanden nuestro conocimiento sobre cómo la socialización política da forma al comportamiento electoral de los ciudadanos, en las circunstancias en las que falta información que no me permite conectar muchos votantes con sus padres, la posibilidad de que el grupo de variables dicotómicas que utilicé en los modelos no sean excluyentes entre sí plantea limitaciones importantes. Si las dudas resultan ser razonables, esto puede cuestionar la validez de estos hallazgos. En contraste, si las preocupaciones resultan ser inexactas, esto ofrecerá evidencia que respalda lo que he teorizado en este capítulo.

Para abordar estas preocupaciones dividí la base de datos de votantes, que utilicé en todos los capítulos, para analizar si los hallazgos que he presentado siguen siendo válidos cuando se toman en consideración solo aquellos casos en los que se logró identificar a la madre y al padre. El número de casos de este subgrupo es considerablemente más pequeño en comparación con los casos en los subgrupos en los que solo se identificó o a la madre o al padre. Los resultados se resumen en la tabla 4.4.

La inspección visual de la tabla sugiere claramente que estos hallazgos son muy similares tanto en magnitud como en dirección, a aquellos incluidos en la tabla 4.3. Por esta razón puedo decir con toda confianza que los hallazgos que sugieren que los efectos de la socialización política disminuyen con el tiempo siguen siendo relevantes incluso si solo vemos los casos en los que pude identificar completamente a los votantes y sus padres. En otras palabras, mis hallazgos superaron una prueba más de confiabilidad y consistencia.

Tabla 4.4: Efectos de los padres en los modelos de participación de los votantes si se lograron identificar la madre y el padre

	Aditivo b/se	Interactivo b/se
Rezago participación electoral	1.702* (0.020)	1.668* (0.020)
Mudanza	-0.210* (0.027)	-0.208* (0.028)
Mujer	0.608* (0.019)	0.609* (0.020)
Edad votantes	-0.033* (0.015)	0.013 (0.015)
Edad al cuadrado	0.001* (0.000)	0.000* (0.000)
Solo la madre votó	1.453* (0.031)	1.856* (0.044)
Solo el padre votó	0.705* (0.033)	0.930* (0.050)
Ambos padres votaron	1.985* (0.027)	2.495* (0.041)
Tiempo desde elegibilidad (TSE)	-0.046* (0.004)	-0.002* (0.005)
Interacciones		
TSE x Solo la madre votó		-0.052* (0.005)
TSE x Solo el padre votó		-0.028* (0.006)
TSE x Ambos padres votaron		-0.073* (0.005)
Constante	-1.567* (0.238)	-2.515* (0.246)
Insig2u	0.007 (0.009)	0.051* (0.009)
Wald Chi-cuadrado	17166	17333
Prob > chi2	0.000	0.000
Número de casos	81.299	81.299

* p<0.001

Conclusiones

Entre todos los casos de reducción de la participación electoral alrededor del mundo, Costa Rica es un país que plantea un rompecabezas interesante. Por más de tres décadas, entre 1958 y 1994 los niveles de participación política permanecieron casi invariables, y en un nivel muy alto: más del 80% del electorado se presentó a las urnas el día de las elecciones. Por lo tanto, se podría predecir fácilmente que los individuos que durante este periodo de tiempo fueron socializados, aprendieron y más adelante reprodujeron el alto activismo político de sus padres, casi mecánicamente. No obstante, los patrones de participación de voto en el país en las últimas cinco elecciones no encajan muy bien en esta historia, en vista de que los porcentajes de concurrencia a las urnas han caído alrededor del 65%. Dicho esto, uno puede preguntarse: ¿qué nos puede decir la transmisión del comportamiento de voto entre padres e hijos sobre los cambios en la participación en una democracia consolidada? En el presente capítulo estudié el impacto de la conducta de los padres en la manera en que los hijos se comportan en los comicios. Como era de esperar, dicho análisis muestra que los votantes que tienen padres activos políticamente son más propensos a sufragar. Además, la evidencia confirma que la intensidad de la influencia de los padres varía en el tiempo. Usando la fecha desde que fueron elegibles por primera vez para votar, demuestro que el efecto que ejercen los progenitores es más fuerte cuando los votantes se encuentran en las etapas iniciales de su experiencia como votantes y disminuye al encontrarse ante nuevas oportunidades de ejercer el voto.

En las últimas dos décadas se ha visto en Costa Rica una reducción drástica en la participación y las tendencias que hemos visto podrían tener grandes consecuencias en el futuro. Sabemos que los índices de participación han caído para todas las edades. También sabemos, como queda evidenciado aquí, que los progenitores tienen una gran influencia a la hora de moldear la conducta política de sus hijos. La combinación de estas dos características puede traer malas noticias para la democracia más estable de Latinoamérica. Bajo estas condiciones, una parte importante de los miembros mayores del electorado están en la actualidad socializando y transmitiendo este nivel más bajo de participación a sus hijos, quienes, a través de la cadena intergeneracional, transmitirán estos índices que aprendieron y adoptaron, a una tercera generación y así sucesivamen-

te. En otras palabras, algunos progenitores no están estimulando a sus hijos en la intención de voto a largo plazo, pues verdaderamente, están bajando su nivel de participación política y haciendo descender el de sus hijos y eventualmente, la intención de voto de sus nietos. Los resultados de este capítulo pueden elucidar y proveer explicaciones más completas de los factores asociados con estos cambios notables en la conducta de voto de los individuos y las dinámicas de la conducta política de los progenitores y la evolución de esta influencia a través del tiempo.

Las circunstancias relacionadas con una menor participación electoral pueden causar un efecto duradero en la conducta política de los individuos, alejando a los votantes desencantados del sistema político. Especialmente para los votantes más jóvenes, lo anterior puede tener impactos dramáticos en el apoyo y la sostenibilidad del sistema político a largo plazo. El peor de los casos sería aquel en el que los individuos expresen apatía hacia la política por el resto de sus vidas, provocando una baja participación electoral que se “congelaría” por décadas. Por lo tanto, si queremos comprender las implicaciones de dicha baja en las democracias maduras, primero debemos comprender las condiciones bajo la cuales dichos cambios ocurren y determinar el impacto que estas puedan causar en generaciones futuras de votantes.

Además de mostrar que la influencia de los progenitores sobre sus hijos en la conducta de voto cambia con el paso del tiempo, la evidencia presentada en este capítulo muestra que en el contexto de Costa Rica las madres ejercen más influencia como agentes de socialización que los padres. Esto es un hallazgo muy interesante desde un punto de vista comparativo, particularmente si consideramos que en muchas democracias alrededor del mundo, la participación electoral de las mujeres es más baja que la de los hombres. El hecho de que las mujeres tengan índices más altos de participación que los hombres, las coloca en una posición ventajosa para formar la conducta de sus hijos. Esto es exactamente lo que encontré. Otro hallazgo relevante es que la conducta de las madres impacta el comportamiento de las hijas e hijos en mayor medida que la de los padres. De esta forma las madres son los agentes socializadores dominantes. La fuerte conexión biológica entre madres e hijos combinada con una más alta frecuencia de interacciones con los hijos a través de la vida, las pone en una posición privilegiada con respecto a los padres, a la hora de moldear la conducta política de los individuos, particularmente en etapas tempranas de la exposición a los comicios.

Zuckerman, Dasovic et al. (2007: 138) resumen el papel decisivo de las madres cuando dicen “las mujeres se sitúan en el centro político de las relaciones sociales de las casas y las familias. Siempre influyen en la escogencia electoral de sus hijos y esposos; los esposos siempre ejercen una influencia en el voto de sus esposas, y los hijos tienen más posibilidades de influenciar el voto de sus madres que el de sus padres”. En términos prácticos, esto significa que, si queremos impactar la participación electoral de los votantes en el futuro, primero necesitamos estudiar la conducta de las madres a la hora de emitir el voto.

En suma, considerando que todas las variables se mantengan constantes, tener progenitores políticamente activos es trascendental. Estos hallazgos sugieren que lo que hacen los padres (o no hacen según sea el caso) es relevante en la conducta de los hijos en el futuro. En conjunto, si observamos el patrón de la participación electoral de los votantes en las últimas cinco elecciones en Costa Rica, lo que vemos es que la magnitud de la influencia de los progenitores es más significativa al principio, pero disminuye cuatro elecciones más tarde. Básicamente esto quiere decir que las tendencias de participación electoral serán muy influenciadas por la conducta de voto de los padres hasta cierto punto, en el cual las nuevas fuerzas podrían reemplazar y hasta superar los efectos de los progenitores. En elecciones posteriores, los patrones de participación electoral de los individuos ya no serán similares a los de sus progenitores, sino tal vez similares a los patrones de voto de otros individuos. Dado el hecho de que los progenitores no son la única fuente que ejerce una influencia sobre la conducta de voto, un aspecto preponderante en la influencia de las redes de parentesco permanece sin probarse en este libro: la influencia de los cónyuges en la conducta electoral, que es precisamente el objetivo del próximo capítulo.

Capítulo 5

DOS SE VUELVEN UNO...

LA INFLUENCIA DE LOS CÓNYUGES AL VOTAR

¿Cuánta influencia se le puede atribuir a los cónyuges en la conducta de voto de los individuos? ¿Se influyen los cónyuges el uno al otro para tener más participación política? En un contexto en el que cada vez menos personas se acercan a las urnas, con el paso del tiempo la influencia de los cónyuges puede ser crucial para movilizar votantes a pesar de que la tendencia es que las personas se casen menos. Las historias personales de Ana y Lucía pueden ayudarnos a ilustrar la relevante influencia de los cónyuges en los patrones de voto. Ana creció en “La Lucha”, un lugar icónico para el Partido Liberación Nacional. Pepe Figueres, el líder más destacado del partido, murió en esa época. Ella fue a su entierro con el resto de sus compañeros de colegio. Su mamá era una liberacionista devota. Siempre pensó en la importancia de valorar a los diferentes candidatos antes de ir a las urnas. También ha cuestionado la adherencia a ciegas de su mamá al partido. Su mamá vota por el PLN por tradición, por este motivo han tenido roces. Ana no votó en la primera elección a la que tenía oportunidad. En la segunda votó por que su cónyuge la persuadió de hacerlo. Asistió a las urnas con la familia de su esposo. Siempre ha votado con su esposo, él la motiva a hacerlo; no iría a las salas de votación sola. Ha pensado en no votar más, pero no quiere desperdiciar el voto...

Los primeros años después de casarse, Lucía votó por el PLN, influenciada por la presión de sus hermanos y padres, militantes activos del PLN. En la familia de su esposo siempre fueron “mariachis” (miembros del Partido Unidad Social Cristiana, partido de

la oposición). Con el paso del tiempo cambió su adhesión política influenciada por su esposo y comenzó a votar por el PUSC. Su hermana se enojó mucho con ella. Los familiares de su esposo trabajan para el gobierno y la Asamblea Legislativa. Al principio Lucía y su cónyuge tenían sus propias preferencias políticas que no eran las mismas, pero con el tiempo su esposo la convenció de votar por el PUSC. Un día de elecciones, Lucía se acuerda que tuvo que ponerle a sus hijos vestimentas con los colores del PUSC y fueron a las votaciones con su padre, ella todavía pertenecía al PLN. Años después fueron juntos a votar. Nunca pensó en abstenerse. No es seguidora del PLN desde entonces.

El efecto de los cónyuges en las decisiones políticas de los individuos ha captado la atención de los investigadores y expertos desde mediados de los años 50. Contribuciones más tempranas comenzaron a comparar y correlacionar los índices de participación electoral entre personas solteras y casadas a través de procesos electorales en los Estados Unidos. Los aportes llegaron a la misma conclusión: las personas casadas tenían más probabilidades de votar que aquellas no casadas (Milbrath y Goel 1977: 115-116). Estos primeros esfuerzos coincidieron temporalmente con otros similares que se referían a la influencia de los progenitores en las decisiones de intención de voto de los individuos. No obstante, en marcado contraste con lo anterior, existe poco consenso académico entre los investigadores, en la literatura existente, sobre por qué los cónyuges impactan la predisposición de los votantes a presentarse ante las urnas.

El enfoque de esta literatura ha transitado gradualmente de examinar si las esposas afectan a los esposos o viceversa, a hacer énfasis en las razones por qué, y las circunstancias bajo las cuales los cónyuges tienen una conducta similar. Específicamente existen dos teorías para explicar las similitudes en la conducta de voto de los cónyuges. La primera plantea que la similitud en los cónyuges ocurre en función del tiempo. Concretamente, los individuos se casan y se marca el comienzo de una larga cadena (interrumpida a veces por el divorcio o la viudez) de interdependencia e influencia mutua. En esta teoría ha sido prevalente la identificación de quién influye a quién y qué lo explica. Por ejemplo, algunos estudios muestran que los esposos ejercen una influencia mayor versus la injerencia de las esposas, mientras que otros han demostrado que el impacto de las esposas es mayor que el de los esposos. Otra tendencia es el análisis de la influencia mutua más allá del caso de los Estados Unidos.

La segunda teoría, denominada el enfoque de “la escogencia de pareja”, promovido más que todo por estudios biológicos y psicológicos, establece que lo que importa no es la influencia que los cónyuges ejercen a través del tiempo, sino, su punto de partida. La lógica detrás de este marco de referencia es la idea de que cuando se busca un compañero de vida los individuos escogen a aquellos que tienen orientaciones y preferencias políticas similares. Un número importante de contribuciones han probado que la similitud política de los cónyuges se impulsa por la selección del compañero.

En general, no hay consenso en la literatura que aborda la similitud política entre cónyuges y sus implicaciones a la hora de votar. Algunos atribuyen esta situación a una mutua influencia entre ellos. La presunción clave bajo esta línea de razonamiento es que las similitudes con los cónyuges crecen con el tiempo. En contraste a esta teoría, algunos críticos han expresado dudas en estos hallazgos, planteando que la escogencia de pareja, en lugar de la influencia mutua, es el factor principal que lleva a la similitud en los cónyuges. Los revisionistas sugieren que la correspondencia inicial entre esposos no deja espacio para otras fuerzas. Por lo tanto, no es que las parejas lleguen a ser más similares en la política con el paso del tiempo, si no que ya eran parecidas desde el principio.

Además de la falta de consenso teórico, hay un desacuerdo con respecto a la solución metodológica del componente endógeno de la relación entre cónyuges con referencia a la conducta de participación electoral. Estos dos aspectos, el teórico y el metodológico, son cruciales para el propósito de este capítulo. Los defensores de ambas teorías, influencia mutua de los cónyuges y la selección de pareja, postulan mecanismos causales rivales para explicar la decisión en la intención de voto de los individuos el día de las elecciones. Por consiguiente, la disputa entre los investigadores con respecto a cuál teoría explica mejor la influencia del cónyuge en el voto aún no está resuelta. Tomando lo anterior en consideración, el argumento sobre la influencia recíproca sugiere una convergencia con el paso del tiempo, un factor clave a través de los capítulos de este libro, mientras que el argumento sobre selección de pareja no lo hace. De esta manera, propongo la teoría de que, después de controlar por endogeneidad, la influencia de los cónyuges en la participación electoral es una cuestión de tiempo.

Sin importar cuál teoría, ya sea individual o combinada, proporcione explicaciones más sólidas para la cuestión de la influencia del cónyuge, ciertamente tienen algo en común. Debido a la influencia recíproca estas teorías se pueden considerar como dos fuentes diferentes de endogeneidad, que los académicos sostienen que existe, al estimar la influencia de los cónyuges en los patrones de participación de los individuos. En el caso del marco de interdependencia de los cónyuges, parece razonable determinar la ocurrencia de efectos recíprocos entre ellos. Mientras que, en el caso de la selección de pareja, se puede atribuir la presencia de endogeneidad a las variables omitidas que afectan simultáneamente a ambos cónyuges, como el interés en la política o la identificación con el partido en las especificaciones de los modelos. Independientemente de la(s) fuente(s) de la endogeneidad, la conclusión es que no puedo ignorar su presencia y, lo que es más importante, sus implicaciones.

Además de poner a prueba la teoría de los efectos recíprocos, este capítulo también contribuye a la discusión metodológica sobre el problema de endogeneidad y las alternativas para resolverlo. Aquí, evalúo una de esas alternativas y discuto los principales hallazgos. Al respecto, planteo las siguientes preguntas de investigación en este capítulo. Primero, ¿hay evidencia de que los cónyuges influyen en las decisiones de participación de los votantes? Si la respuesta es afirmativa, pregunto: ¿cómo podemos descartar la posibilidad de que los resultados sean artefactos de estimaciones sesgadas? En tercer lugar, ¿cómo podemos resolver el problema de endogeneidad en la relación entre votantes y cónyuges con respecto a la participación política? y finalmente, ¿la participación de los cónyuges sigue afectando el comportamiento de voto de los individuos después de controlar el sesgo de endogeneidad?

Los datos sociodemográficos disponibles por el Instituto Nacional de Estadística y Censos en Costa Rica muestran una disminución en la tasa de matrimonios durante las últimas seis décadas. En 1951, la tasa de matrimonio por 1.000 personas era de 7.50, cuando la población era de 897.630. En 2014, sesenta y tres años más tarde, esa tasa se redujo a 5.43 con una población de 4.773.129. Por lo tanto, aunque el número de matrimonios ha aumentado de 6.000 en la década de 1950 a 25.900 en 2014, hoy en día menos personas se casan en comparación con una o dos generaciones atrás. Además, cuando analizamos las tasas de participación de los votantes casados y no casados, la

información oficial disponible confirma los hallazgos de otros estudios realizados en diferentes entornos que dicen que las personas casadas votan a tasas más altas que las personas solteras, divorciadas o viudas. La información mencionada reporta una tendencia a la baja en todas las categorías de estado civil. En el caso de las personas casadas, la tasa de participación promedio durante las cuatro elecciones anteriores al punto de inflexión (1998) fue del 84% de todo el electorado. La tasa para las cuatro elecciones después de la primera caída fue del 73.5%, diez puntos porcentuales más baja. La combinación de estas dos tendencias puede tener efectos perjudiciales sobre las tendencias futuras de participación política. A pesar de que no hay razones válidas para especular que la influencia de los cónyuges en el comportamiento político de los votantes cambiará de positivo a negativo en el futuro cercano, si menos personas se casan y votan a tasas más bajas, la influencia de los cónyuges puede seguir siendo positiva, pero lo suficientemente pequeña como para sacar a más votantes de las urnas.

Este capítulo está dividido en cuatro secciones. En la primera, resumo dos teorías propuestas por los académicos para explicar los efectos de los cónyuges en el comportamiento de voto de los individuos. El segundo describe completamente los datos y los modelos que estimo. La siguiente sección está dedicada a analizar los resultados y discutir la interpretación sustantiva de los hallazgos. En la quinta y última sección, explico las implicaciones de los hallazgos y su amplio significado para la literatura sobre el comportamiento político.

Literatura especializada

En una de sus contribuciones, Jennings y Stoker (2001) se preguntaron ¿qué tanta influencia del cónyuge se puede observar? y la respuesta sencilla es: ¡mucho! Como indicaron los académicos, la similitud entre las personas que viven juntas es inevitable y se ha observado a lo largo de la historia (Nickerson 2008). Varias décadas antes, otros académicos señalaron que una pareja casada rara vez tiene opiniones políticas diferentes (Miller 1970). La pareja en un matrimonio se caracteriza en gran medida por tener orientaciones políticas similares (Niemi et al. 1977). La similitud entre un esposo y su

esposa no solo sucede en la política, otros han argumentado que las parejas se asemejan en aspectos que van desde características físicas, experiencias de vida y aspectos mentales y sociales (Alford et al. 2011).

A finales de la década de 1950 y a mediados de la década de 1960 los científicos empezaron a estudiar los efectos del estado civil sobre la participación política (Glaser 1959, Milbrath 1965) en la época en la que otros estaban estudiando el impacto que tenían los padres sobre el comportamiento de votación de las personas. Desde entonces, los científicos políticos han prestado más atención a la integración de los votantes, en ciertos contextos sociales y políticos (Magalhaes 2007). La importancia que se atribuye a los factores contextuales en esa literatura ha sido fundamental para comprender quién influye e intercede en las decisiones de participación electoral de los votantes y, también es relevante para propósitos de este capítulo si queremos analizar las implicaciones del hecho de que “la participación electoral de una pareja generalmente es una acción en conjunto” (Glaser 1959: 563).

Los estudios anteriores han demostrado que las personas casadas tienen relativamente mayores probabilidades de participar en el sistema político (Olsen 1972, Welch 1977, Weisberg 1987). Las parejas casadas tienden a votar o a abstenerse juntos (Straits 1990, Stoker y Jennings 1995). Kenny (1993) resalta que la participación política de un individuo se ve afectada por la tendencia de participación política de personas importantes, particularmente si esa persona es un esposo o esposa. Stoker y Jennings (1995) observaron que una vez que la persona contrae matrimonio, su nivel de participación política puede cambiar, especialmente si la pareja tenía una vida política activa antes del matrimonio. Esto sugiere que algo en el matrimonio cambia el contexto en como las personas se comportan en la política (Osborn y Morehouse 2011).

Al analizar una amplia muestra de países desde una perspectiva comparativa, Lipset (1963: 184) concluyó que “las personas casadas representan un grupo de ‘participación electoral más alto’ y las personas solteras representan un grupo de ‘participación electoral más bajo’”. La evidencia global disponible revela que las personas casadas tienen tasas de participación electoral más altas que las personas solteras (Wolfinger y Rosentone 1980, Weisberg 1987, Strate et al. 1989, Miller y Shanks 1996, Timpone 1998,

Plutzer 2002, Plutzer y Wiefek 2006). Otros han observado que las personas casadas tienen tasas de participación electoral un poco más altas que las personas solteras, pero estos últimos tienden a participar en más actividades que solo el acto de votar (Kingston y Finkel 1987). Wolfinger y Wolfinger (2008) encontraron que las personas casadas tienen el nivel de participación electoral más alto entre todos los tipos de familia. Además, se ha demostrado que la participación electoral de los ciudadanos casados aumenta más rápido que la participación electoral de los ciudadanos solteros a medida que envejecen (Wolfinger y Rosenstone 1980, Stoker y Jennings 1995). Al mismo tiempo, los estudios longitudinales han encontrado que las personas casadas, con el tiempo, tienden a tener opiniones más similares (Jennings y Stoker 2001, Zuckerman et al. 2005).

Aunque la política no está necesariamente de primera en la lista de conversaciones de las parejas, cuando las personas hablan del tema generalmente lo hacen con su pareja. Ciertamente, el cónyuge tiende a ser la principal pareja de discusión de temas generales (Marsden 1987) y particularmente sobre política (Beck 1991). De hecho, Huckfeldt y Sprague (1995) consideran que la pareja tiene tres veces más influencia que otras relaciones. Zuckerman et al. (2007: 75) concluyen que “la frecuencia de las discusiones políticas con un cónyuge aumenta la participación electoral de los votantes”. En línea con este argumento, el hogar ofrece ventajas únicas en términos de facilitar a las parejas discusiones y convergencia en temas políticos: interacciones diarias, alto nivel de discusión y persuasión, familiaridad, respeto, confianza entre parejas (Nickerson 2008).

De acuerdo con los académicos, el matrimonio da lugar a dos alternativas en cuanto a la participación política. Primero, crea nuevas oportunidades para que los esposos y las esposas aprendan de y tengan una influencia el uno en el otro. Segundo, también crea una relación de interdependencia entre los esposos y las esposas que se extiende durante el tiempo del matrimonio (Stoker y Jennings 1995). En las palabras de Stoker y Jennings (1995) “el matrimonio no solo es un punto clave de transición en la historia de vida personal del adulto joven, sino que también es un punto clave de transición política”. Para Plutzer y Wiefek (2006) el estado civil se interpreta como un indicador de transición de vida que puede determinar la adquisición de una “competencia cívica” para el ciudadano.

Si la participación electoral es una acción conjunta, como indicó Glaser (1959), las decisiones de participación electoral de dos personas que aportan sus propias tendencias de participación indicarían que el aumento o la disminución en los niveles de participación dependen del grado de compromiso político de la nueva pareja (Stoker y Jennings 1995). Entonces, tal vez “las personas con motivación política inspirarían a sus parejas menos motivadas a votar” (Harder y Krosnick 2008: 535). Al mismo tiempo, un cónyuge con un mayor interés político también puede motivar a su pareja a presentarse en las urnas (Kern 2010). En las palabras de Schimmack y Lucas (2010), “las similitudes de una pareja en teoría son más importantes porque las parejas comparten muchos factores del entorno, pero no están relacionados genéticamente”. Entonces, la similitud entre cónyuges puede revelar como el entorno tiene una influencia sobre la participación electoral.

Dicho lo anterior, surge una pregunta clave: ¿por qué las parejas se comportan de forma similar en las urnas? Las investigaciones iniciales sugieren que “las personas que viven juntas, votan juntas” (Cutts y Fieldhouse 2009). Los primeros estudios enfatizaron el rol del hogar como el lugar ideal para adquirir y reproducir patrones de votación (Bere-lson et al. 1954, Glaser 1959, Jennings y Niemi 1968). Distintas teorías han sugerido varias explicaciones de por qué las personas influyen en el comportamiento de votación de sus parejas. Por ejemplo, algunos han atribuido las diferencias en la participación electoral de las parejas casadas, y de otras personas, al aislamiento de las redes personales y nacionales. Para ellos, las personas solteras “generalmente viven solas y, por ende, no cuentan con la presencia de otra persona que los pueda persuadir o recordarles votar, y tampoco tienen con quien discutir asuntos políticos en general” (Alt et al. 1977). Para otros, es posible que la similitud en comportamientos políticos en los hogares, con dos votantes, se deba a las innumerables experiencias compartidas y no tanto a la influencia interpersonal (Nickerson 2008).

Para algunos expertos la correlación entre actitudes y acciones entre parejas puede ser el resultado de una selección cuidadosa y no de la influencia interpersonal. Entonces, las parejas tienden a pensar de forma similar debido al proceso de selección que los hizo unirse en primer lugar (Jennings y Stoker 2001). Estos estudios sugieren que la similitud política de las parejas se deriva en parte de la elección inicial de la pareja y no de la

persuasión y la adaptación a lo largo de la relación. Los académicos sugieren que esta similitud existe desde antes del matrimonio (Feng y Baker 1994, Watson et al. 2004) y la duración del matrimonio aparentemente tiene poco efecto en las similitudes entre la pareja (Caspi y Herbener 1993, Mascie-Taylor 1989, Zietsch et al. 2011). Como indicaron Jennings y Stoker (2001: 4) “el emparejamiento selectivo basado en factores relacionados con la política inevitablemente producirá algunas congruencias iniciales y preparará el camino para un crecimiento futuro”. En otras palabras, los votantes más consistentes tienen mayores probabilidades de casarse y, sus parejas con comportamientos de votación similares pueden haber tenido comportamientos políticos similares antes de la boda (Alford et al. 2011). Si este fuera el caso, la implicación práctica es que el alto nivel de similitud inicial no deja mucho espacio para que se dé una asimilación (Alford et al. 2011). Esta teoría tiene una limitación seria para el propósito de este estudio, adopta una perspectiva estática sobre el comportamiento político que ignora la posibilidad de cambios en el comportamiento de votación de las personas con el pasar del tiempo, una idea clave a lo largo de toda esta contribución. Este obstáculo compromete su aplicabilidad en este estudio.

Por el contrario, para otras personas el efecto del matrimonio sobre la participación electoral se puede dar por medio del mecanismo de influencia mutua. La influencia interpersonal ocurre cuando dos asociados refuerzan de forma recíproca la participación electoral el uno del otro (Bélanger y Eagles 2007, Fosco et al. 2011). Específicamente, tener a una persona con quién votar aumenta las probabilidades de votar (Cutts y Fieldhouse 2009). La investigación reveló que los votantes se ven más influenciados por sus parejas que por cualquier otra persona (Harrop et al. 1991). Para Stoker y Jennings (1995: 425) “la influencia de la pareja se da a medida que el matrimonio altera el entorno de aprendizaje de los individuos. Las interacciones diarias de una pareja activan un proceso de aprendizaje que reduce sus diferencias cuando se trata de creencias y predisposiciones que mantienen o debilitan la participación electoral”. De acuerdo con Kingston y Finkel (1987) las tasas más altas de participación electoral de las personas casadas pueden reflejar influencias interpersonales dentro de la familia que pueden motivar a ciudadanos que de lo contrario no estarían anuentes a asistir a las urnas. En resumen, las similitudes entre una pareja se deben en gran parte a la influencia interpersonal (Cutts y Fieldhouse 2009). La motivación de un cónyuge puede ser suficiente para que

la pareja asista a las urnas (Bélanger y Eagles 2007). En resumen, si la pareja muestra un patrón de votación estable, podría hacer que el otro miembro de la pareja también lo haga (Denny y Doyle 2009). Analizo este supuesto teórico de influencia mutua por medio de la siguiente hipótesis:

Hipótesis 10

El cónyuge que vota ejerce una influencia recíproca que aumenta la participación electoral de los votantes con el tiempo.

En este capítulo analizo la relación entre cónyuges con respecto a las decisiones de participación electoral y sus repercusiones en las últimas elecciones presidenciales en Costa Rica. Sin lugar a dudas, el análisis de los efectos conjuntos de los individuos en cualquier estudio de participación política siempre encuentra desafíos y escepticismo. La posibilidad de generar cálculos sesgados es una preocupación de gran importancia y sobre todo, muy válida entre los expertos en esta materia. En otras palabras, la “cura puede ser peor que la enfermedad” si no se aborda el problema de endogeneidad de forma apropiada. Aquí analizo la influencia de la pareja en la participación electoral asumiendo que en los procesos generadores de datos hay dos fuentes distintas de endogeneidad.

La primera, respaldada en este capítulo, es el sesgo introducido cuando la dirección de la influencia causal no se puede identificar. Casi siempre los miembros de una pareja experimentan eventos juntos y están expuestos a estímulos de una manera que es muy difícil de separar el uno del otro. Aunque ha habido intentos de hacerlo (Dirk De Graaf y Heath 1992), los efectos que no son repetitivos claramente introducen complicaciones y mayores complejidades. Si el cónyuge influye en el voto, como se ha indicado, se podría argumentar que esa influencia aumentaría con el tiempo. Entonces, el análisis de esta primera fuente de endogeneidad está conectada con el enfoque que depende del supuesto de que la dirección de la interferencia causal no se puede identificar con total claridad.

La segunda fuente es la endogeneidad producto de variables omitidas en los análisis y modelos econométricos. En este caso, es posible que los factores que no se observan sean la fuerza motivadora de las similitudes del comportamiento de votación entre

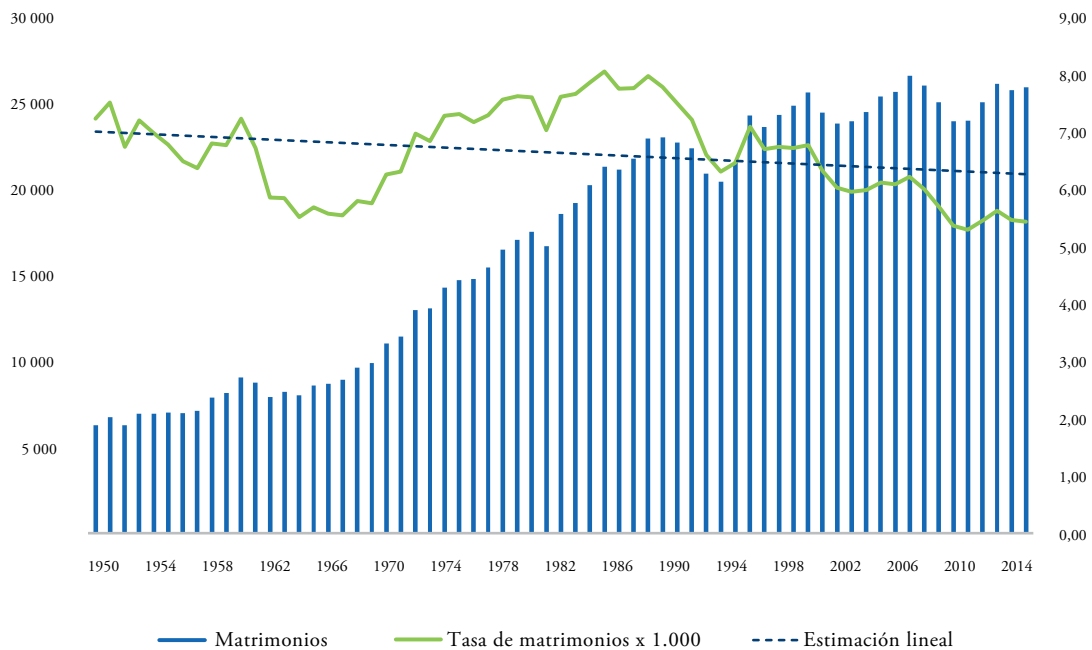
esposo y esposa. Por ende, en lugar de atribuir la similitud entre cónyuges a aspectos como la congruencia y asimilación, podríamos argumentar que las personas se comportan de forma similar en las urnas porque, por ejemplo, es posible que aquellos con un alto interés en política se estén casando con parejas que comparten un interés similar o mayor en la política. Podemos extender esta lógica a otro detonante común de los modelos de participación política: las preferencias de partido político de los individuos. En otras palabras, no es que el esposo (o la esposa) vote por un partido o candidato en particular porque su pareja lo convenció de hacerlo a lo largo del matrimonio, o porque su pareja le dé señales cognitivas (a pesar de que puede ocurrir y ha ocurrido), sino porque cuando se conocieron ya tenían esas preferencias partidarias y las trajeron consigo al matrimonio. Aunque no tiene sentido decir que la gente elige a sus parejas únicamente por sus preferencias políticas, la política puede ser una de las cualidades, entre muchas otras y claramente no la más importante, que las personas utilizan para elegir a su pareja.

Desafortunadamente, en el grupo de datos que utilicé, no puedo observar la identificación partidaria de las parejas o su interés en la política. Por esta razón considero que ambos aspectos como una fuente inobservable de endogeneidad. Es obvio que ahora este análisis está conectado al enfoque de selección de pareja para explicar la influencia del cónyuge en las decisiones de participación electoral del votante.

Esta contribución pone atención en particular a tres aspectos principales. Primero, pretendo mostrar que el efecto de la pareja en el comportamiento de participación electoral del votante es endógeno y, por ende, necesita algún tipo de corrección. Esto no es nuevo para los científicos políticos empíricos. Los académicos lo han argumentado antes. El punto principal aquí es que la decisión del cónyuge de salir a votar no se puede asumir simplemente como exógena a las elecciones de participación de los individuos. Lo segundo que busco es implementar un procedimiento metodológico, de varias alternativas existentes, para solucionar el problema de endogeneidad. Y el último objetivo de este capítulo será demostrar que, aún después de controlar la endogeneidad, las parejas todavía tendrán una influencia positiva en el comportamiento electoral. Aplico un análisis de función de control para modelar la relación entre cónyuges y así explicar el comportamiento político de las personas.

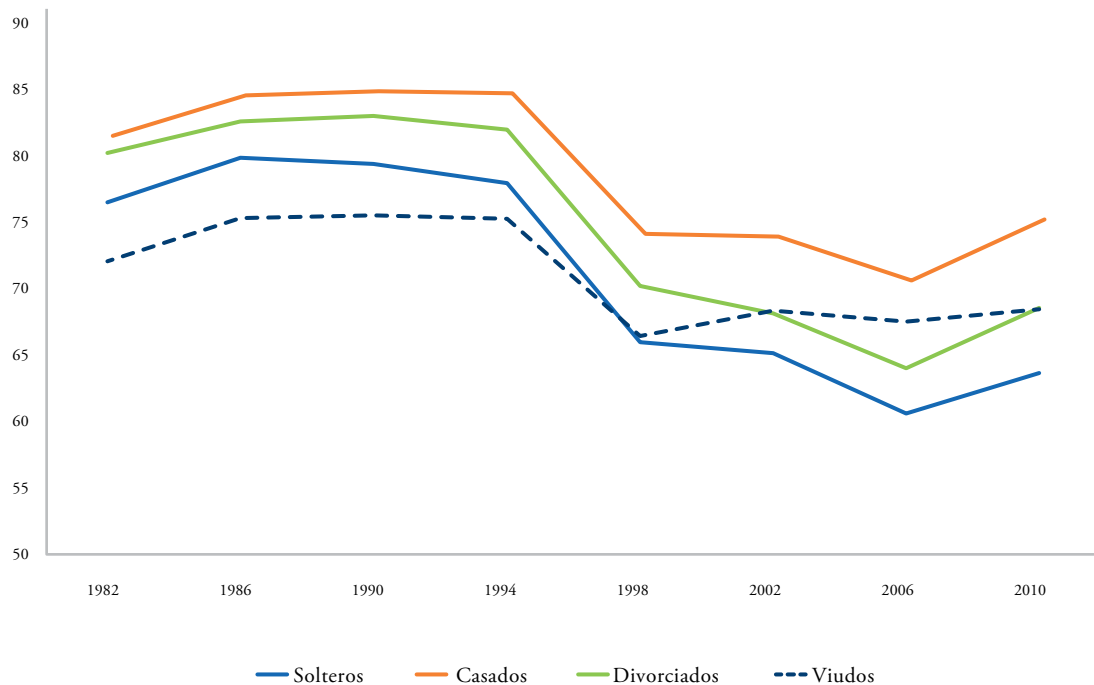
En la primera parte de esta sección ofrezco algunas estadísticas descriptivas sobre el impacto de una pareja en el comportamiento de votación de los individuos. Estas tendencias ilustran las tasas de matrimonio en Costa Rica en las últimas seis décadas, las tasas agregadas de participación electoral por estado civil en las últimas dos décadas y el número de veces que los votantes casados han votado a nivel individual. Lo primero que abordo es la tendencia de tasas de matrimonio entre 1950 y 2014 (el último año disponible). El gráfico 5.1 revela el patrón en aumento del número absoluto de matrimonios hasta mediados de la década de 1990 y su estabilización posterior. Sin embargo, cuando vemos la tasa de matrimonios por cada 1.000 personas, la impresión que nos queda es que es evidente la disminución de esta tasa desde mediados de la década de 1980. La tasa de matrimonio disminuyó de 8.05 por cada 1.000 personas en 1985 a 5.43 en 2014.

Figura 5.1: Número absoluto de matrimonios y su tasa por cada 1.000 personas en Costa Rica. 1950-2014



Cuando observamos las tasas agregadas de participación electoral, por estado civil de todo el electorado, queda claro que las personas casadas tienen una ventaja en términos de participación política. Los datos confirman que las tasas de participación electoral de las personas casadas están por encima de cualquier otro estado civil. En todos los grupos las tasas de participación electoral han disminuido diez puntos porcentuales en promedio en veintiocho años. En 2010 los votantes solteros eran el grupo con la participación electoral más baja de todas las categorías. Resulta interesante que los grupos de personas divorciadas y viudas se presentaron a las urnas con una tasa similar de participación. Nuevamente, el cambio en la participación electoral que ocurrió principalmente en 1998 no fue causada exclusivamente por un solo grupo o pocos grupos, por el contrario, afectó a todos los grupos presentes. La reducción más pronunciada ocurrió entre los votantes solteros (figura 5.2).

Figura 5.2: Tasas de participación electoral por grupos de estado civil, 1982-2010



Descripción de datos y especificación del modelo

En esta sección se aporta la descripción de datos y la especificación de modelos para analizar la influencia del cónyuge en las decisiones de participación electoral de los individuos. Las características únicas del panel de votantes que utilicé me permiten examinar el universo de cónyuges en el electorado, incluyendo aquellos que estaban casados antes, se divorciaron y se casaron de nuevo con una pareja distinta en el período de tiempo estudiado.

Fue posible estudiar la influencia del cónyuge en los patrones de participación electoral de los votantes al unir el universo de votantes con derecho al voto en todas las elecciones en el período 1994-2010, con el grupo de datos del Registro Nacional de Estado Civil. El Registro Nacional de Costa Rica centraliza los procesos de recolección, procesamiento, limpieza y actualización del estado civil de los ciudadanos para toda la población. Al mismo tiempo, es obligatorio para todas las personas casadas, divorciadas y viudas registrar su condición para poder validar su situación. Esto quiere decir que este grupo de datos es exhaustivo en términos del reporte del estado civil. Para agosto de 2014 este grupo de datos contaba con información del estado civil de 1.630.484 costarricenses. El grupo de datos del estado civil mencionado incluye el nombre completo del cónyuge, su número de cédula, la fecha y el lugar del evento, los nombres de sus padres, el estado civil de ambos miembros de la pareja, el tipo de relación (matrimonio, divorcio, viudez, separación judicial, reconciliación judicial y anulación de matrimonio) y el tipo de matrimonio (civil o católico). La información crucial para unir a los cónyuges y a los votantes es el número de cédula universal del ciudadano.

Los individuos pueden tener más de un cónyuge a lo largo de su vida. Lo mismo aplica para los divorcios. El grupo de datos captura todos los casos en los cuales los individuos pasaron de un estado civil al otro, por ejemplo, cuando las personas se divorcian después de estar casadas, o viceversa, o cuando una persona divorciada contrae matrimonio de nuevo. Entonces, los cónyuges pueden aparecer relacionados a distintos votantes si han tenido más de una pareja a lo largo de sus vidas.

Dado que la endogeneidad puede inhibir el uso de regresión para hacer inferencias causales sobre los efectos de X sobre Y, hay diagnósticos y correcciones disponibles. En concreto, en este capítulo calculo los modelos con un análisis de función de control. En el resto del capítulo discuto en detalle el origen de la endogeneidad en la relación de votante-cónyuge, el enfoque que utilizo, y si los resultados son positivos después de abordar el problema. Los modelos de “cálculos sesgados” son los siguientes:

Especificación del modelo

Modelo 1: Cálculo con sesgos

$$\Pr(\text{participación electoral}_{it}=1 | x_{it}) = \beta_1 + \beta_2 \text{participación electoral con rezago}_{it-1} + \beta_3 \text{mujer}_{it} + \beta_4 \text{edad}_{it} + \beta_5 \text{mudanza}_{it} + \beta_6 \text{tiempo desde votación } t_{it} + \beta_7 \text{solo madre vota}_{it} + \beta_8 \text{solo padre vota}_{it} + \beta_9 \text{ambos padres votan}_{it} + \beta_{10} \text{ningún padre conocido}_{it} + \beta_{11} \text{participación electoral esposa} + \beta_{12} \text{participación electoral esposo} + \beta_{13} \text{participación electoral con rezago}_{it-1} * \text{edad}_{it} + \beta_{14} \text{participación electoral con rezago}_{it-1} * \text{mudanza}_{it} + \beta_{15} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{solo madre vota}_{it} + \beta_{16} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{solo padre vota}_{it} + \beta_{17} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{ambos padres votan}_{it} + u_i + \varepsilon_{it}$$

Modelo 2: Cálculo con sesgos

$$\Pr(\text{participación electoral}_{it}=1 | x_{it}) = \beta_1 + \beta_2 \text{participación electoral con rezago}_{it-1} + \beta_3 \text{mujer}_{it} + \beta_4 \text{edad}_{it} + \beta_5 \text{mudanza}_{it} + \beta_6 \text{tiempo desde votación } t_{it} + \beta_7 \text{solo madre vota}_{it} + \beta_8 \text{solo padre vota}_{it} + \beta_9 \text{ambos padres votan}_{it} + \beta_{10} \text{ningún padre conocido}_{it} + \beta_{11} \text{participación electoral cónyuge} + \beta_{12} \text{participación electoral con rezago}_{it-1} * \text{edad}_{it} + \beta_{13} \text{participación electoral con rezago}_{it-1} * \text{mudanza}_{it} + \beta_{14} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{solo madre vota}_{it} + \beta_{15} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{solo padre vota}_{it} + \beta_{16} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{ambos padres votan}_{it} + u_i + \varepsilon_{it}$$

Principales hallazgos

En esta sección discuto los resultados de los modelos de influencia en la participación electoral por parte del cónyuge con cálculos sesgados. Seguidamente ofreceré algunas correcciones del modelo arriba mencionado y mostraré como los resultados iniciales se mantienen positivos aún después de tomar en cuenta los problemas endógenos. Finalmente discutiré los resultados de la versión revisada de los cálculos con un control de endogeneidad.

La tabla 5.2 muestra el modelo donde se revierte la participación electoral de los votantes con distintas variables explicativas, algunos de ellos se discutieron en capítulos previos. Hay dos hallazgos importantes en esta tabla. Primero, la participación del esposo y de la esposa se asocia de forma positiva y significativa con la participación electoral de los votantes. Esto quiere decir que los votantes con un cónyuge que vota tienen mayor probabilidad de sufragar ellos también.

El segundo hallazgo importante es que los coeficientes de esposa y esposo son muy similares el uno al otro. Por esta razón se podría argumentar que, en lugar de analizar los efectos del cónyuge por separado, sería más adecuado utilizar un modelo con los dos efectos para la influencia del cónyuge en lugar de un modelo con un único indicador. Con base en lo que encontré en la tabla 5.1, en los modelos siguientes utilicé un indicador combinado (participación electoral del esposo o esposa) para capturar mejor los efectos del cónyuge (véase segunda columna en la tabla 5.2).

Tabla 5.1: Modelo con cálculos sesgados

	Sesgo 1 b/se	Sesgo 2 b/se
Rezago participación electoral	0.972* (0.006)	0.972* (0.006)
Mujer	0.355* (0.003)	0.354* (0.003)
Edad votante	0.042* (0.000)	0.042* (0.000)
Edad^2	-0.000* (0.000)	-0.000* (0.000)
Mudanza	0.326* (0.004)	0.326* (0.004)
Casado	-0.049* (0.003)	-0.048* (0.003)
Cohorte más joven	0.178* (0.004)	0.178* (0.004)
Tiempo desde elegibilidad (TSE)	-0.005* (0.000)	-0.005* (0.000)
Solo la madre votó	1.132* (0.010)	1.132* (0.010)
Solo el padre votó	0.620* (0.011)	0.620* (0.011)
Ambos padres votaron	1.217* (0.027)	1.217* (0.027)
Ningún padre conocido	0.500* (0.004)	0.500* (0.004)
Participación electoral esposa	1.251* (0.003)	
Participación electoral esposo	1.247* (0.003)	
Cónyuge votó		1.249* (0.002)

Continúa

Interacciones

Rezago participación electoral x Edad	0.009*	0.009*
	(0.000)	(0.000)
Rezago participación electoral x Mudanza	-0.706*	-0.706*
	(0.005)	(0.005)
TSE x Solo la madre votó	-0.019*	-0.019*
	(0.001)	(0.001)
TSE x Solo el padre votó	-0.006*	-0.006*
	(0.001)	(0.001)
TSE x Ambos padres votaron	-0.026*	-0.026*
	(0.004)	(0.004)
Constante	-1.976*	-1.976*
	(0.013)	(0.013)
Constante	0.308*	0.308*
	(0.004)	(0.004)
Wald Chi-cuadrado	862942	862898
Prob > chi2	0.000	0.000
Número de casos	10.872.871	10.872.871

* p<0.001

Aunque este hallazgo es consistente con la literatura que muestra que el cónyuge tiene un papel importante a la hora de dar forma al comportamiento político del votante, la especificación del modelo que utilizo es claramente problemático. La razón es simple: los modelos en la tabla 5.2 ignoran la presencia de la endogeneidad y dan lugar a cálculos sesgados. Una de las suposiciones clave de los análisis de regresión es la independencia de X y ε (el término de error). La violación de este supuesto indica que hay endogeneidad en el modelo y, este es extremadamente común en las investigaciones científicas políticas empíricas. La endogeneidad puede ocurrir cuando Y causa X , usualmente llamado “causalidad inversa” además de que X causa Y . En concreto, se puede identificar fácilmente en este capítulo que hay efectos recíprocos de la participación electoral del cónyuge a la participación electoral del votante, y esos efectos se dan alrededor del periodo de observación.

Asimismo, otra fuente común de endogeneidad es la omisión de variables explicativas importantes en los modelos. Una amplia cantidad de literatura sugiere que los cónyuges

se comportan de forma similar no porque se influyeran mutuamente con el tiempo, sino porque cuando buscan una pareja eligen una que tenga valores y preferencias similares. Esto se llama selección de una pareja (Alford et al. 2011). Para este capítulo, la selección de una pareja implica que las personas con un alto interés en la política buscarían a alguien que tenga intereses similares y por ende muestre un comportamiento de participación electoral análogo.

Lo mismo sucede con la afiliación a un partido. Si los cónyuges comparten la misma afiliación a un partido estos tendrían un mayor incentivo de presentarse a las urnas. Desafortunadamente no puedo medir en el grupo de datos las variables latentes como el interés en la política o la identificación con un partido, ya que en la terminología de endogeneidad se llaman *inobservables*. La omisión de estos factores, como la afiliación a un partido, puede estar relacionada con la *participación electoral del cónyuge* y, por ende, el *comportamiento de votación del cónyuge* y el término de error estarían relacionados. Bajo estas circunstancias, el cálculo de β estaría sesgado y sería inconsistente. El cálculo incluirá los efectos correlacionados de participación electoral del cónyuge sobre el comportamiento de votación de las personas por medio de sus relaciones y el interés en la política y en la afiliación a un partido, sobrestimando su verdadero efecto.

Independientemente del origen de los sesgos en los cálculos entre los esposos y las esposas sobre las tendencias de participación electoral, necesitamos una manera de lidiar con las variables explicativas endógenas. En este capítulo implemento un *modelo de función de control*. La endogeneidad da lugar a un término de error relacionado a X que produce cálculos sesgados e inconsistentes. Entonces, X es una función de ε . Pero, la ecuación que predice Y asume que Y y ε no están relacionados. En circunstancias de endogeneidad no podemos utilizar técnicas estándar. En cambio, debemos tener un Z que solo esté relacionado con Y de forma indirecta por medio de X. Esto generalmente se llama la condición de “exogeneidad”. Entonces, Z no está relacionado con ε no solo porque es exógeno, también es una variable exógena que elegí a propósito sabiendo que no está relacionado a Y. Las otras variables exógenas en el modelo estarían relacionadas con ε si las excluyéramos del modelo, porque sabemos la causa de Y. Pero, en este caso la edad del cónyuge (Z) causa una participación electoral del individuo (Y) solo por medio de las probabilidades de votar del cónyuge (X). La identificación del modelo

también requiere que haya al menos tantos elementos excluidos como variables independientes endógenas en el modelo principal.

Una buena variable instrumental debe satisfacer dos condiciones. Primero, Z no causa Y , solo por medio de X , Z no está relacionado con ε . La segunda condición es que Z debe ser un buen indicador de X . La lógica del análisis de variables instrumentales es la siguiente: dada la variable X que tiene problemas de endogeneidad en una ecuación con alguna variable Y dependiente, encontramos alguna variable Z *exógena* que produce un cambio en Y por medio de un mecanismo solo del efecto mediador de X . Como Z es exógeno y no tiene un efecto directo sobre Y , cualquier cambio en Y que sea producto de cambios en Z *debe atribuirse a X* y no debe estar relacionado con la parte endógena problemática de la relación X - Y . Entonces, la variable instrumental nos da cambios en X *causados de forma exógena*. En concreto, la variable instrumental produce cálculos coeficientes consistentes del efecto de la variable independiente endógena sobre la variable dependiente.

Dado que revisé la endogeneidad presente en la relación votante-cónyuge, una buena alternativa es el *enfoque de función de control*. Bajo circunstancias de endogeneidad, los cálculos de coeficiente están sesgados y cualquier intento de inferir una relación causal entre la participación electoral del cónyuge con la del votante sería inválido. La lógica de este enfoque se da al incorporar “regresores adicionales para romper la correlación entre las variables explicativas endógenas y las inobservables que afectan Y ” (Wooldridge 2010: 126). Este método es particularmente útil en modelos no lineales con variables explicativas endógenas.

El enfoque incluye variables instrumentales en la especificación del modelo durante la primera etapa para capturar toda la endogeneidad relacionada con los efectos recíprocos y con los factores inobservados que no son completamente independientes de las variables endógenas. El problema del cálculo surge cuando el indicador endógeno se debe revertir en el instrumento y en las otras variables exógenas porque el término de error en este modelo no es independiente del indicador endógeno, según se ha postulado en muchas de las técnicas de cálculo estándar. El propósito de la corrección de la función de control es crear una variable, es decir, los residuos de la primera etapa, los cuales ha-

rían que esa endogeneidad desaparezca. Por ende, los residuos se vuelven otra variable explicativa en la ecuación y se denomina *calculador de la función de control*. Después, la modificación restante en la variable endógena será independiente del término de error y los enfoques de cálculo estándar nuevamente serán consistentes. Lo importante es que el término de error en la segunda etapa no esté correlacionado con los indicadores endógenos, exógenos y los residuos.

Habiendo dicho esto, el argumento clave de este capítulo es que la edad del cónyuge está correlacionada con la *participación electoral del cónyuge*, pero no está correlacionada a la variable dependiente, la *participación electoral del votante*, de otra manera que no sea la correlación con la *participación electoral del cónyuge*. Entonces, la edad del cónyuge es un instrumento apropiado para corregir el sesgo por endogeneidad. El modelo se calcula en dos pasos (función de control de dos etapas, 2SCF). Primero, la variable endógena, el *voto del cónyuge*, se corre un modelo de regresión logística usando otras variables explicativas y el instrumento: la *edad del cónyuge*. Segundo, después los residuos de desviación se calculan y para finalizar, se utilizan para calcular la función de control. La inclusión de los residuos controla la endogeneidad del voto del cónyuge en el modelo de interés principal (Wooldridge 2010). La especificación del modelo es la siguiente:

Especificación del modelo:

Primera etapa

$$\Pr(\text{participación electoral cónyuge}_{it}=1 | x_{it}) = \beta_1 + \beta_2 \text{participación electoral con rezago}_{it-1} + \beta_3 \text{mujer}_{it} + \beta_4 \text{edad}_{it} + \beta_5 \text{mudanza}_{it} + \beta_6 \text{tiempo desde votación } t_{it} + \beta_7 \text{solo madre vota}_{it} + \beta_8 \text{solo padre vota}_{it} + \beta_9 \text{ambos padres votan}_{it} + \beta_{10} \text{ningún padre conocido}_{it} + Z_{11} \text{edad cónyuge}_{it} + \beta_{12} \text{participación electoral con rezago}_{it-1} * \text{edad}_{it} + \beta_{13} \text{participación electoral con rezago}_{it-1} * \text{mudanza}_{it} + \beta_{14} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{solo madre vota}_{it} + \beta_{15} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{solo padre vota}_{it} + \beta_{16} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{ambos padres votaron}_{it} + \varepsilon_{it}$$

Modelo 1 segunda etapa:

$$\Pr(\text{participación electoral}_{it}=1 | x_{it}) = \beta_1 + \beta_2 \text{participación electoral con rezago}_{it-1} + \beta_3 \text{mujer}_{it} + \beta_4 \text{edad}_{it} + \beta_5 \text{mudanza}_{it} + \beta_6 \text{tiempo desde votación } t_{it} + \beta_7 \text{solo madre vota}_{it} + \beta_8 \text{solo padre vota}_{it} + \beta_9 \text{ambos padres votan}_{it} + \beta_{10} \text{ningún padre conocido}_{it} + \beta_{11} \text{participación electoral cónyuge} + \beta_{12} \text{participación electoral con rezago}_{it-1} * \text{edad}_{it} + \beta_{13} \text{participación electoral con rezago}_{it-1} * \text{mudanza}_{it} + \beta_{14} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{solo madre vota}_{it} + \beta_{15} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{solo padre vota}_{it} + \beta_{16} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{ambos padres votan}_{it} + \varepsilon_{it}$$

Modelo 2 segunda etapa:

$$\Pr(\text{participación electoral}_{it}=1 | x_{it}) = \beta_1 + \beta_2 \text{participación electoral con rezago}_{it-1} + \beta_3 \text{mujer}_{it} + \beta_4 \text{edad}_{it} + \beta_5 \text{mudanza}_{it} + \beta_6 \text{tiempo desde votación } t_{it} + \beta_7 \text{solo madre vota}_{it} + \beta_8 \text{solo padre vota}_{it} + \beta_9 \text{ambos padres votan}_{it} + \beta_{10} \text{ningún padre conocido}_{it} + \beta_{11} \text{participación electoral cónyuge} + \beta_{12} \text{participación electoral con rezago}_{it-1} * \text{edad}_{it} + \beta_{13} \text{participación electoral con rezago}_{it-1} * \text{mudanza}_{it} + \beta_{14} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{solo madre vota}_{it} + \beta_{15} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{solo padre vota}_{it} + \beta_{16} \text{tiempo desde elegible}_{it} * \text{ambos padres votan}_{it} + \varepsilon_{it} + \hat{u}_i$$

La tabla 5.2 ofrece los resultados de la primera etapa del análisis de la función de control. En este modelo, el cónyuge votó se regresa utilizando la lógica de regresión sobre las variables explicativas de los votantes y el instrumento: edad del cónyuge. Este modelo tuvo dos propósitos. Primero, evaluar si el instrumento es un buen indicador de X en su etapa inicial. El segundo estimar los residuos que se incluirían en el modelo de segunda etapa.

Tabla 5.2: Modelo primera etapa

	Primera etapa b/se
Rezago participación electoral	0.577* (0.006)
Mujer	-0.391* (0.003)
Edad votante	-0.050* (0.000)
Edad^2	-0.000* (0.000)
Mudanza	0.081* (0.004)
Edad cónyuge	0.109* (0.000)
Casado	0.587* (0.003)
Cohorte más joven	-0.083* (0.003)
Tiempo desde elegibilidad (TSE)	-0.007* (0.000)
Solo la madre votó	0.051* (0.009)
Solo el padre votó	-0.083* (0.010)
Ambos padres votaron	-0.210* (0.024)
Ningún padre conocido	0.282* (0.003)

Continúa

Interacciones	
Rezago participación electoral x Edad	0.006* (0.000)
Rezago participación electoral x Mudanza	-0.138* (0.005)
TSE x Solo la madre votó	0.017* (0.001)
TSE x Solo el padre votó	0.013* (0.001)
TSE x Ambos padres votaron	0.023* (0.003)
Constante	-1.488* (0.012)
<hr/>	
Prob > chi2	0.000
Número de casos	10.880.746
<hr/>	
* p<0.001	

El modelo anterior claramente sugiere que el uso de las variables instrumentales y el análisis de la función de control es una buena alternativa para calcular los efectos bajo la presencia de relaciones endógenas, como aquellas entre los patrones de participación electoral de los individuos y sus cónyuges. Nuevamente, si no solucionamos el problema de endogeneidad entonces esto causará una infravaloración de los efectos. Los resultados de la segunda etapa del modelo de la función de control aparecen en la tabla 5.3. En la primera columna están los coeficientes del modelo de los efectos de la *participación electoral del cónyuge sobre el comportamiento del votante* sin incluir la desviación de los residuos para solucionar el problema de endogeneidad. Este último es el modelo de referencia en este capítulo. En la segunda columna se encuentra el modelo utilizado para abordar el problema de endogeneidad. Si el enfoque metodológico que utilizo es apropiado debe haber una diferencia entre los coeficientes de la participación electoral del cónyuge entre las columnas 1 y 2.

Tabla 5.3: Modelo segunda etapa

	Endógeno b/se	Exógeno b/se
Rezago participación electoral	0.972* (0.006)	0.869* (0.006)
Mujer	0.354* (0.003)	0.431* (0.003)
Edad votante	0.042* (0.000)	0.042* (0.000)
Edad^2	-0.000* (0.000)	-0.000* (0.000)
Mudanza	0.326* (0.004)	0.355* (0.004)
Casado	-0.048* (0.003)	0.051* (0.003)
Cohorte más joven	0.178* (0.004)	0.139* (0.004)
Tiempo desde elegibilidad (TSE)	-0.005* (0.000)	-0.003* (0.000)
Solo la madre votó	1.132* (0.010)	0.998* (0.010)
Solo el padre votó	0.620* (0.011)	0.614* (0.011)
Ambos padres votaron	1.217* (0.027)	1.207* (0.027)
Ningún padre conocido	0.500* (0.004)	0.443* (0.004)
Cónyuge votó	1.249* (0.002)	1.339* (0.002)
Interacciones		
Rezago participación electoral x Edad	0.009* (0.000)	0.010* (0.000)
Rezago participación electoral x Mudanza	-0.706* (0.005)	-0.686* (0.005)
TSE x Solo la madre votó	-0.019* (0.001)	-0.011* (0.001)
TSE x Solo el padre votó	-0.006* (0.001)	-0.005* (0.001)
TSE x Ambos padres votaron	-0.026* (0.004)	-0.023* (0.004)

Continúa

Residual		-0.021*
		(0.000)
Constante	-1.976*	-2.103*
	(0.013)	(0.013)
Constante	0.308*	0.305*
	(0.004)	(0.004)
Wald Chi-cuadrado	862898	879884
Prob > chi2	0.000	0.000
Número de casos	10.872.871	10.872.871

* p<0.001

La tabla anterior muestra que cuando controlo por endogeneidad, el coeficiente de participación electoral de los cónyuges es más alto que el coeficiente del modelo de cálculos sesgados. Esto implica que si no se logra solucionar la endogeneidad de los modelos de participación electoral de los votantes, los investigadores entonces obtendrían una subestimación del efecto. En resumen, los cónyuges sí tienen una influencia positiva en el comportamiento de participación electoral de los votantes, es decir tener un cónyuge que es activo políticamente hace que los votantes sean más propensos a votar, así como tener una pareja que no se presenta a las urnas afecta al votante de la misma manera; sin embargo, el sesgo de endogeneidad infla ese efecto de forma artificial. En este caso, la dirección del efecto sí cambia, pero su magnitud lo hace de forma significativa.

Estos hallazgos sugieren que el uso de variables instrumentales y un análisis de función de control aportan una buena solución al problema de la endogeneidad. En general, estos hallazgos ofrecen evidencia consistente que después de controlar el sesgo de endogeneidad, causado ya sea por efectos recíprocos o variables omitidas, el comportamiento político de los cónyuges igual tiene una influencia positiva en la participación electoral de los votantes.

La importancia de estos hallazgos se puede interpretar mejor al estimar las probabilidades de votación de los individuos con base en lo que hicieron sus cónyuges. La tabla 5.4 resume estas probabilidades con las distintas edades y géneros de los votantes. El hallazgo principal es la brecha en las probabilidades de participación electoral entre los *votantes casados y el voto del cónyuge*, a las de los *casados en los que el cónyuge no votó*, o

con aquellos *no casados*. En concreto, entre los votantes con edad de 25 años, hay una brecha de 23 puntos porcentuales en las probabilidades entre aquellos casados con parejas políticamente activas y los casados, pero con una pareja más apática. Entre los individuos de 65 años, la diferencia es igual a 11 puntos porcentuales.

Tabla 5.4: Probabilidades predichas de participación electoral de los votantes con base en el comportamiento político de la pareja

Características	Edad votante								
	18	20	25	35	45	55	65	75	85
Casado pero pareja no votó	0,45	0,46	0,50	0,57	0,63	0,71	0,79	0,81	0,85
Casado y la pareja votó	0,69	0,71	0,73	0,79	0,84	0,87	0,90	0,92	0,94

Conclusiones

Se ha llegado a concluir, en gran parte por diferentes teorías en una amplia gama de disciplinas, que los cónyuges no solo se vuelven y se ven parecidos, sino que también se comportan de la misma manera. Además, es casi un hecho universal que las personas casadas votan a tasas más altas que las solteras. La noción generalizada en la literatura sobre la transmisión de valores y comportamientos políticos de los cónyuges postula que el comportamiento político de los esposos y esposas, aunque diferente al principio, converge y se convierten en uno hasta que otro evento de vida frene ese patrón y emerja uno nuevo.

Los académicos han postulado teorías que compiten entre sí para explicar si las tendencias de participación de los cónyuges afectan el comportamiento electoral de sus parejas, sin embargo, existe un desacuerdo sobre los factores que impulsan esa relación. Por ejemplo, algunos sugieren que la influencia del cónyuge es una cuestión de tiempo. Estas teorías se basan en una historia común: los individuos conocen a alguien, se hacen amigos, se enamoran, luego se casan y terminan viéndose y comportándose de manera

muy similar el resto de sus vidas. En el ámbito político, es posible que algunos de ellos no hayan concurrido nunca a las urnas antes de casarse. Sin embargo, hay algo acerca de compartir su vida con otra persona, especialmente si esa persona tiene predisposiciones altas de sufragar, lo que tiene el potencial de cambiar la forma en que se comportan en la política. Concretamente, la persona que solía tener menos probabilidades de votar recibe la influencia del otro más activo, lo que disminuye la propensión a abstenerse y aumenta las posibilidades de emitir un voto.

Aunque esta historia de vida de como los cónyuges afectan el comportamiento electoral de sus parejas tiene sentido y podría explicar las experiencias personales de muchos votantes, otros académicos han criticado estas teorías por ignorar el punto de que la *elección de pareja*, en lugar de la influencia teorizada con el pasar del tiempo, es el factor clave para explicar por qué las personas casadas votan a tasas más altas que las solteras. En consecuencia, al seleccionar parejas, los votantes habituales eligen a los votantes frecuentes como cónyuges. Por lo tanto, la participación política parece ser un factor implícito en los atributos de los compañeros. De hecho, varios estudios han proporcionado apoyo empírico para estas teorías.

La teoría de la elección de pareja tiene un serio inconveniente: implica una perspectiva estable e ignora la posibilidad de cambios en la participación de los cónyuges. A lo largo de todos los capítulos anteriores he analizado la transformación del comportamiento electoral de los individuos a medida que el tiempo evoluciona. Dicho esto, en este capítulo apoyé las teorías de la influencia mutua con respecto a la influencia de la participación del esposo y la esposa. Aunque esta teoría pretende captar el componente dinámico de la participación, tiene una condición singular: una relación endógena entre el comportamiento de voto de los cónyuges y la participación de los votantes.

En este capítulo demostré empíricamente que la participación política de los individuos y sus cónyuges es endógena. Por lo tanto, el principal desafío fue identificar una forma metodológica de abordar el problema de la endogeneidad. Este análisis revela dos hallazgos importantes. Primero, muestra que entre más alta la tasa de participación de los cónyuges, mayor es el nivel de participación de los votantes. En segundo lugar, y lo más importante, este hallazgo se mantiene después de controlar la endogeneidad. En

resumen, el adagio popular que dice que al casarse “dos se convierten en uno” se ajusta muy bien a la política electoral. No obstante, si no hubiera tenido en cuenta la posible endogeneidad en esta relación, la estimación del efecto sesgado podría haber sido más pequeña que el tamaño de la imparcial.

Además del hallazgo principal mencionado, este capítulo confirma el hecho indiscutible de que las personas casadas votan a tasas más altas que las no casadas, a pesar de la reducción de la participación documentada en capítulos anteriores. Asimismo, un número significativo de cónyuges se presentan en las urnas en todas las elecciones que han sido elegibles para hacerlo. Sin embargo, a pesar de eso, los votantes casados actuales están votando a tasas más bajas de lo que solían hacerlo en el pasado, comportamiento que sigue la misma tendencia de todo el electorado. Esto no significa necesariamente que las personas casadas dejarán de votar en un futuro próximo. Todavía tienen los incentivos para participar en la política que otros podrían no tener. No obstante, como en el caso de los padres analizado en el capítulo anterior, los patrones de comportamiento político que van a transmitir a sus parejas, o los que van a copiar de ellos, son los que se votan a tasas más bajas de hace veinte años. En caso de que esta tendencia continúe la trayectoria descrita, puede empujar la tendencia de las parejas casadas incluso más abajo en la escala de participación que la que vemos hoy en día.

En cuanto a las implicaciones normativas de estos hallazgos, sostengo que aunque se pueden imaginar algunas campañas para persuadir a los votantes mayores para que voten y que se puedan implementar algunas políticas públicas, lo cierto es que difícilmente cambiarán la situación que hoy vemos. Los votantes mayores seguirán comportándose como lo hacen, independientemente de cualquier cambio o reforma electoral que incluya cambios drásticos, como considerar la introducción de la votación obligatoria. Bajo las circunstancias actuales de reducción de la participación, la mejor estrategia será invertir los recursos y las energías movilizándolo a las generaciones más jóvenes de votantes, incluidos aquellos que están cerca de lograr la elegibilidad o los que se unirán al electorado en el futuro. La razón principal es práctica: las conductas de los votantes más jóvenes aún no están habituadas, por lo tanto, existe cierto margen para cambiarlas con mayores posibilidades de esperar mejores rendimientos. Entonces, cuando les llegue el momento de ser esposos y padres, la participación estará en la lista de valores políticos que transmitirán a las nuevas generaciones.

Capítulo 6

PARTICIPACIÓN ELECTORAL EN AMBIENTES (DES)POLARIZADOS

En la familia de Óscar era muy común las conversaciones de política. Sus padres se referían frecuentemente a la rivalidad entre “calderonistas y liberacionistas” (seguidores del PUSC y PLN). Su papá era un ferviente liberacionista; cuando el PLN perdía una elección no comía, ni salía por dos semanas para evitar que los oponentes lo molestaran. Era un “fanático apasionado” del partido. Como lo menciona Óscar “cuando uno ve esa clase de conducta de niño, se piensa que es una tradición familiar que se debe seguir y repetir”. Su papá preparaba guaro de contrabando, invitaba a todos los liberacionistas a votar y les proporcionaba suficiente comida y licor. En la noche del día de las elecciones escuchaban los resultados preliminares en la radio, su papá le pedía que llevara un recuento de los resultados durante la noche y cuando los resultados no se mostraban muy claros a favor del PLN, se desesperaba. Su padre formaba parte de las bases del partido en su localidad y si ganaba era premiado con un trabajo de policía en su comunidad a pesar de que no sabía ni usar un arma. En la universidad, Óscar obtuvo más conocimiento de política a pesar de que seguía influenciado por el tradicionalismo político, ahora acepta que era difícil alejarse.

En 1978 Óscar quería votar en contra del PLN, pero su papá y su tío le cambiaron a propósito el lugar de votación por uno más alejado, sin su consentimiento. De esta manera, no pudo votar por el candidato de su preferencia y que ellos odiaban. “No me hubieran dejado votar por un candidato de un partido diferente. No era permitido renunciar al partido, se consideraba una traición a la patria, una herejía, digno de un

muchacho malo al que no se le debería considerar como hijo”. Ser comunista en esas épocas era considerado lo peor. Era muy difícil para él porque ya había comenzado a pensar y analizar de una forma diferente a sus familiares. Quería alejarse del tradicionalismo. Óscar se sentía más atraído hacia los partidos socialistas que a los principios del PLN, así que se dio cuenta de que debía abandonar el partido. Como resultado, tuvo serios problemas con su papá y se volvieron enemigos debido a su decisión. Según Óscar, su papá pensó “en qué cabeza cabe que pagué la educación de mi hijo y ahora me traiciona”. Para su padre, José Figueres Ferrer, el líder principal del PLN, era un Dios, su ídolo. Óscar nunca pensó en abstenerse de votar y cree que la competencia electoral y las peleas de partido son todavía mecanismos para alcanzar buenos resultados, beneficios colectivos y expectativas.

¿Por qué estaban los familiares de Óscar tan opuestos a sus deseos de comportamiento político? ¿Por qué decide abandonar el partido al que había pertenecido? La historia de Óscar refleja las tensiones individuales que se experimentan cuando la competencia electoral no está polarizada y la identificación con un partido no es tan determinante en la intención de voto como lo era antes. El propósito de este capítulo es proveer una nueva explicación del por qué los índices de participación electoral cambian a través del tiempo e identificar factores macro que contribuyan a la comprensión de estas tendencias a largo plazo.

Este capítulo se propone contestar tres preguntas principales. Primera: ¿entrar a un electorado en un ambiente polarizado afecta la participación electoral? Segunda: ¿cómo reaccionan los votantes, a través del tiempo, a los cambios en el nivel de polarización? Y tercera: ¿cómo puede el caso de Costa Rica dar luz a tendencias similares en otros lugares?

Entre los casos a nivel mundial, Costa Rica es un buen laboratorio para estudiar las fluctuaciones en la intención de voto. Durante las tres décadas entre 1958 y 1994, los índices promedio de participación política permanecieron altos en una perspectiva comparable. Siguiendo esa tendencia, fácilmente se podría predecir que los individuos socializados durante este periodo de tiempo deberían replicar, automáticamente, el nivel alto de activismo político de sus padres y abuelos, sin embargo, los patrones de participación política desde 1998 no calzan bien en esta historia.

Aquí postulo que la identidad partidaria hace que la gente se acerque a las urnas porque son leales al partido en un contexto de conflicto, que produce fuertes motivaciones, pero es activada selectivamente, es decir, solo se hace presente en un contexto de “amenaza” o deliberación polarizada. Por lo tanto, la probabilidad de votar depende del nivel de polarización en el momento de comenzar a votar. De este modo entre más alta la polarización, mayor será la motivación de participar. Fundamentalmente, si los electores inician su participación electoral durante momentos de alta polarización y la ésta se mantiene, uno esperaría que acudieran a sufragar cada vez que tengan la oportunidad de hacerlo. No obstante, si llegan a alcanzar la edad de votar en un periodo de fuerte división política y este nivel de polarización empieza a disminuir con el paso del tiempo, los votantes van a mostrar altas tasas de participación en sus etapas iniciales de exposición, lo cual posteriormente estará seguido por una tendencia al declive. Por lo tanto, votantes comprometidos comienzan a mostrar menos compromiso con las elecciones.

Ahora, si los votantes llegan a ser miembros del electorado cuando la deliberación no es polarizada, su predisposición a votar es considerablemente más pequeña y permanecerá en un nivel bajo a través del tiempo a menos que la polarización incremente de nuevo. En suma, entre más polarizada la deliberación será más fácil para los ciudadanos emitir su voto, pero, si la polarización baja, la intención de voto también disminuye.

Este capítulo cumple un objetivo central en este libro. Su misión es aportar un argumento teórico y una explicación de los cambios en la participación electoral que va más allá de los aspectos estrictamente individuales. La narrativa estipula que la participación electoral disminuye si la polarización, cuando los votantes se incorporan al electorado, decrece con el tiempo. Una deliberación polarizada en las primeras exposiciones electorales, impulsa y moviliza a los votantes a acudir a las urnas.

Usualmente, una deliberación pública polarizada se produce por una profunda división política en la sociedad de la cual emergen fuertes divisiones partidarias. La lógica de mi argumento se basa en la presunción de que los individuos se incorporan al electorado en circunstancias que desencadenan diferentes niveles de polarización, a veces bajos, a veces altos. De ahí que, algunos votantes se integran a la política cuando las preferencias son tan opuestas que la identificación con un partido será un componente

importante de su autoidentidad. Otros se incorporan cuando las posiciones de los partidos son tan similares que a los individuos les cuesta más tomar una decisión de votar por un partido o por el otro.

Siempre que la polarización en la deliberación siga siendo determinante en la cotidianidad de los ciudadanos, la participación política se mantendrá alta. No obstante, si los votantes adquieren elegibilidad en deliberaciones menos polarizadas, los incentivos para presentarse a las urnas van a ser más reducidos en comparación con el pasado. Bajo estas circunstancias políticas, la identidad política se hace más débil y la identidad partidaria no es un factor que defina las decisiones de voto como antes. La intención de voto no cambia drásticamente a corto plazo porque el componente cívico de la identidad política atenúa la caída, pero puede que ocurra a largo plazo.

En la primera sección del capítulo discuto las contribuciones teóricas más importantes para comprender el papel de la identidad política a la hora de explicar la participación electoral. La segunda sección presenta la contribución empírica y teórica de este capítulo. En las siguientes secciones describo con amplitud la información y la metodología implementada en este planteamiento. En las últimas secciones analizo el significado de los resultados empíricos con una perspectiva más amplia y sus implicaciones.

Las conclusiones de este capítulo sugieren que cuando la polarización de la deliberación se encuentra en su punto más bajo, el activismo de los votantes en las mesas electorales no alcanzará sus niveles anteriores a menos que nuevos votantes entren al padrón electoral en un nuevo episodio de polarización.

Macro explicaciones sobre los cambios en la participación electoral

Para comprender las relaciones entre individuos y grupos, (Tajfel 1974, Tajfel 1982), la principal teoría socio-psicológica llamada “Teoría de la identidad social” sugiere que las personas “se esfuerzan por lograr o mantener una identidad social positiva, lo que sube

su autoestima y, esta identidad positiva es producto principalmente de las comparaciones favorables que se pueden hacer entre las personas del grupo y los grupos externos relevantes” (Brown 2000: 747) (véase también: Deaux 1993, Huddy 2001). Entonces, la *identidad social* se define como “esa parte de la autopercepción del individuo que es producto de la pertenencia a un grupo social (o grupos sociales), junto con la importancia emocional apegada a esa pertenencia” (Tajfel 1974: 69).

Una identidad social se define generalmente como la conciencia de pertenencia objetiva de la persona a un grupo con un sentido psicológico de apego (Tajfel 1981). Ser parte de un grupo social o de un colectivo ofrece una base importante para autodefinirse. Esta teoría plantea que las personas tratan de maximizar las diferencias entre el grupo interno (el grupo al que uno pertenece psicológicamente) y el grupo externo (grupo que psicológicamente es de oposición relevante) y, por ende se perciben diferencias más grandes, que las que realmente existen, entre el grupo al que se pertenece y el grupo externo y, muestran favoritismo hacia los miembros del grupo interno (Tajfel y Turner 1986).

Adicionalmente, Brewer (1991) considera que la vida en grupo se caracteriza por dos necesidades que compiten entre sí: la necesidad de pertenecer a un grupo y la necesidad de diferenciarse a sí mismo de los demás. Esa necesidad de una distinción positiva impulsa la identidad social (Tajfel 1974, Huddy 2001). En consecuencia, uno se define como un miembro de un grupo interno particular y no de un grupo externo (Deaux 1993). La teoría de la identidad social es esencialmente “una teoría de diferenciación de grupo que establece cómo los miembros de un grupo pueden hacer que sus grupos internos sean diferentes, y cuando sea posible, que estos sean mejores que los grupos externos” (Brown 2000: 757). De acuerdo con este enfoque, cuando las membresías a un grupo están enmarcadas con comparaciones con otros grupos, se puede considerar que el comportamiento dentro del grupo y hacia los miembros de los grupos externos se estimula por el valor y el significado que el grupo ofrece a la identidad social de sus miembros y a la pertenencia autopercebida a un grupo en particular (Abrams 2015). Entonces, la identificación con un grupo involucra un sentido subjetivo de membresía y puede tomar distintas formas, incluyendo la identidad social (Huddy 2013). Además de las características que las personas utilizan para describirse como individuos únicos, también se ubican en el contexto social por medio de sus categorías sociales (género, padres, demócrata) (Deaux et al. 1995).

En la teoría de la identidad social, la diferenciación entre grupos se da en dos formas principales: el favoritismo por el grupo interno y la derogación del grupo externo (Brewer y Brown 1998). El favoritismo por el grupo interno se refiere, en palabras sencillas, a la tendencia de los miembros de un grupo de exagerar mentalmente y sobresaltar las calidades favorables del grupo interno relevante al que ellos consideran que pertenecen. En contraste la derogación del grupo externo relevante, es la exageración de las características negativas, lo que hace que su grupo interno parezca superior. El resultado neto de cualquiera de los dos procesos es una mayor diferenciación del grupo (Huddy y Khatib 2007).

Siguiendo esa misma lógica, otros argumentan que una identidad política es una “identidad social con importancia política o que se ha convertido en política por medio del surgimiento de normas de grupo explícitamente políticas en las opiniones y acciones de los miembros” (Huddy 2013: 742). Generalmente esto implica una identidad como parte de un grupo con normas relacionadas a las creencias políticas compartidas, y la posición “correcta” del grupo sobre un candidato o partido político, un tema político o un curso de acciones políticas (Campbell et al. 1960).

En el ámbito de la política competitiva Green et al. (2004) sugiere que el apego a un partido es una identidad social, de igual manera que lo es el apego a la religión o a una etnia. En cuanto a otras identidades sociales, los autores argumentan que la afiliación partidaria inspira una lealtad duradera que no se ve afectada por las opiniones políticas cambiantes. Se dice que los miembros de un partido político generalmente le son fieles a ese partido, aun frente a creencias conflictivas. Esto implica que este sentido de identidad partidaria permanece estable después de episodios de desaprobación de las prácticas o de un mal desempeño por parte del partido. Resulta interesante que aun cuando un partidario vota por un candidato de otro partido este continúa identificándose con el partido político original.

Como explica Tajfel (1974: 66) “para que los miembros de un grupo interno puedan odiar o sentir desagrado por un grupo externo, o discriminar a este grupo, primero deben haber adquirido un sentido de pertenencia a un grupo que claramente es distinto del que odian, no les gusta o discriminan. Gran parte de la literatura atribuye la

adquisición de este sentido de pertenencia a la existencia de grupos externos que se perciben como amenazas, enemigos en común etc. La existencia o la fuerza del grupo interno entonces se considera un fenómeno producto de las relaciones entre los grupos internos y externos”.

De acuerdo con Greene (2002), pocos cuestionarían la idea de que la identificación con un partido político representa una instancia del concepto social-psicológico de la identificación con un grupo. Se ha cuestionado muy poco la definición clásica de identificación partidaria como un apego afectivo a un grupo importante (Greene 1999). Además, la conceptualización original de Campbell et al. (1960) de una identificación partidaria en *The American Voter* explica que las personas consideran que los partidos políticos son un grupo de referencia social importante con el cual se identifican.

Además, las investigaciones posteriores enfatizan el poder de las identidades para dar lugar a resultados políticos (Conover 1984) y los factores que promueven el desarrollo de identidades sociales fuertes. Por ejemplo, los expertos han demostrado que la membresía a un grupo obtiene contenido político por medio de normas y creencias que los conectan con actitudes y acciones políticas específicas. Como se ha observado, algunos grupos, de acuerdo con el partidismo y las ideologías, son inherentemente políticos y se garantiza que generarán cohesión política entre las personas que se identifican con fuerza con ellos (Huddy 2013). Otros también han demostrado que la acción política es más común entre personas que se identifican fuertemente con el grupo. En concreto, los partidarios fuertes tienen mayores probabilidades que los partidarios débiles de donar dinero o de ofrecerse como voluntarios para trabajar para un candidato o partido político, o de haber participado en otras actividades políticas (Fowler y Kam 2007, Huddy et al. 2010).

Los partidarios fuertes también sienten emociones más positivas que los partidarios débiles cuando ven un mensaje esperanzador sobre la victoria electoral futura (Mason 2011). Sidanius et al. (2008) encontraron que los estudiantes de UCLA que se identificaban fuertemente con su grupo étnico (caucásico, afroamericano, latino, asiático) tenían una mayor probabilidad de votar por un miembro de su grupo y de participar en demostraciones o de firmar una petición en nombre de una causa relacionada a su

grupo. En el contexto de los EE. UU. la población que tiene una identificación fuerte tiene mayores probabilidades que los que tienen una identificación débil de adherirse a las normas cívicas y salir a votar (Huddy y Khatib 2007).

Hay un consenso que indica que la cohesión política gira en torno a una identidad social. De hecho, algunos académicos han aplicado la identidad social al estudio de los partidos políticos en otros contextos. Por ejemplo, Kelly (1989) encontró bastante evidencia para explicar la identidad social de los partidarios en Gran Bretaña. De igual manera Abrams (1994) y Abrams y Emler (1992) encontraron evidencia significativa para interpretar la identidad social con base en las lealtades a partidos políticos en Escocia. Duck et al. (1995) identificaron los efectos de una identidad social política en la percepción de grupos internos y externos de partidarios en Australia. En general, estos estudios demuestran con claridad la utilidad de la teoría de identidad social para comprender el partidismo en contextos disimilares.

Los hallazgos de las investigaciones ofrecen bastante evidencia empírica sobre como pertenecer a un grupo en particular puede generar conflictos entre grupos y sus consecuencias, pero no explican en detalle el desarrollo de las identidades. Esta es una omisión importante para los investigadores del comportamiento político que se interesan no solo en lo que sucede una vez que se evidencian las distinciones de los grupos, sino también en el desarrollo de las identidades, especialmente las identidades fuertes que perduran a lo largo de situaciones y con el tiempo (Huddy 2001: 137).

Se han realizado investigaciones recientes sobre los factores que promueven el desarrollo de identidades sociales fuertes. Los análisis han señalado la existencia de una amenaza como uno de los factores fundamentales en el desarrollo de una perspectiva política cohesiva y una identidad de grupo fuerte. La idea de una amenaza es relevante porque puede fortalecer la unidad en el grupo interno, además de exacerbar las hostilidades con respecto al grupo externo (Huddy 2013). Una amenaza externa aumenta la solidaridad dentro de un grupo y los une más en proporción directa al grado de la amenaza (Coser 1956, LeVine y Campbell 1972). La amenaza puede tener sus efectos más fuertes sobre aquellos que ya tienen una identidad grupal muy definida, como se observó en la investigación de Ethier y Deaux (1994). En general, las amenazas directas a una persona también pueden intensificar el apego y la identidad del grupo (Huddy 2013).

Para Stein (1976: 165) “el conflicto externo aumenta la cohesión interna bajo ciertas condiciones. El conflicto externo debe involucrar alguna amenaza, afectar al grupo entero y todos sus miembros de igual manera y sin discriminaciones”. Cuando el estatus de un grupo es bajo o se encuentra amenazado los miembros tienen varias opciones: salirse del grupo, redefinir el estado de una manera más positiva, o enfrentarlo de forma directa (Tajfel y Turner 1979). Las personas que sienten una identificación fuerte con un grupo se ven más afectadas por la posición de su grupo y tienen menos probabilidades de abandonar su membresía frente a una amenaza intragrupal (Ethier y Deaux 1994, Huddy 2001). Entonces tienen una mayor motivación que las personas con una identificación débil para ver a su grupo desde una perspectiva positiva, y lo ven más fuerte que el grupo opuesto.

Otros académicos han teorizado que la polarización puede convertirse en una amenaza a la identidad social e impulsa una acción política. Huddy et al. (2010:5) creen que “la polarización de los partidarios no es algo que sucede principalmente por una defensa vehemente de los principios ideológicos, sino que se deriva del estatus de un grupo bajo amenaza y la competencia entre partidos”. Entonces, la polarización de los partidarios probablemente es más un producto de las identidades políticas que una defensa de una ideología o una posición sobre un problema en particular. Esto quiere decir que la participación no es simplemente una reflexión de las condiciones sociales que las personas viven.

Si la experiencia está politizada por medio de la conciencia grupal puede motivar de forma indirecta la acción política (Burke y Stets 2009, Huddy 2013). Lupu (2015) ha demostrado que los ciudadanos en los sistemas polarizados también perciben que sus partidos están más polarizados y, esta percepción aumenta las probabilidades de que las personas se vuelvan partidarias, así se fortalece lo que el autor llama “marcas de partido”. Según el autor, a lo largo de sus vidas, los votantes desarrollan percepciones de identidades partidarias por medio de sus propias observaciones del partido y sus comportamientos. Esta marca tiene un papel importante en el desarrollo de las identidades políticas de las personas.

Si pensamos en la afiliación partidaria como una identidad social, la mayor polarización entre los partidos políticos permite a los ciudadanos distinguir mejor sus categorías. Para la mayoría de las personas, tener una preferencia clara por un partido va de la mano con una actitud negativa hacia la oposición. Un partidismo más fuerte da lugar a un proceso más exagerado de selección y de distorsión perceptual (Greene 1999). Carmines y Stimson (1989) demostraron que cuando los partidos políticos están de acuerdo sobre las políticas, estos se vuelven irrelevantes para los ciudadanos. Pero cuando los partidos están en desacuerdo, el conflicto entre partidarios se vuelve más acalorado y los partidos parecieran ser más importantes.

Entonces, cuando los partidos convergen, se diluyen sus marcas y se vuelve más difícil para los votantes distinguir entre ellos, y los apegos partidarios se debilitan (Lupu 2013). En consecuencia, la polarización está correlacionada con un aumento en la participación electoral de los votantes y una votación ideológica más consistente (Van der Eijk et al. 2005, Dalton 2008, Lachat 2008). En términos generales, un sistema altamente polarizado posiblemente produce opciones de partido claras, estimula la participación, afecta la representación y tiene una competencia partidaria más intensa. También dice que “la participación electoral de los votantes pareciera estar fuertemente relacionada con la polarización del sistema de partidos” (Dalton 2008: 916). Varios estudios empíricos han demostrado que un sistema partidario fraccionado, así como otras características institucionales, están relacionados con los niveles agregados de participación electoral en las votaciones (Powell 1982, Jackman y Miller 1995, Blais y Dobrzynska 1998, Norris 2004).

Aunque casi siempre se asume que las identidades son bastante estables, se dan cambios importantes, y se ven precipitados por alteraciones en el entorno externo. Los eventos políticos dramáticos pueden producir un aumento repentino en la importancia y/o distinción de un grupo, lo que impulsaría un aumento de las identificaciones con el grupo (Conover 1984). El cambio de identidad se da cuando los significados de dicha identificación cambian con el tiempo. En la teoría de la identidad se asume que el cambio de identidad es continuo pero muy gradual (Burke y Stets 2009). Puede que las personas no consideren que sus identidades cambien de un día para otro, de una semana a la otra, o de un mes al otro. La diferencia se puede observar solo cuando se toma en consideración

un periodo de tiempo más largo. Los cambios en una situación pueden causar una discrepancia entre las definiciones de identidad y las definiciones que esa persona percibe de sí misma en la situación. Si los cambios de situación persisten y las definiciones que las personas se autoatribuyen en ciertas situaciones no se pueden ajustar a la identidad bajo la cual estos se definen, sus definiciones de identidad pueden cambiar lentamente. Desde una perspectiva de identidad social, los eventos externos importantes concentran la atención de las personas en un contraste entre sus propios grupos o categorías sociales y el grupo o categoría que representa la oposición (Turner et al. 1987).

En resumen, la presencia de una identidad política fuerte aumenta el involucramiento político. En consecuencia, una identidad vigorosa aumenta el interés y la participación política, incluyendo la participación electoral.

Polarización y participación electoral

En los capítulos anteriores los hallazgos apuntan a los microfundamentos de la participación electoral de los votantes en una democracia estable. En el Capítulo 2 confirmé los hallazgos conocidos sobre la participación política de los votantes: la edad aumenta las tasas de participación electoral; cohortes de personas de mayor edad se presentan a las urnas con mayor frecuencia que las generaciones más jóvenes, los votantes casados muestran tasas de participación más altas que los solteros. En el Capítulo 3 demostré que la probabilidad de votar en el futuro aumenta de forma gradual si la persona empieza a votar joven y si votó en las elecciones anteriores. En el Capítulo 4 estudié el impacto del comportamiento de los padres sobre los patrones de votación de los hijos. Como es de esperar, el análisis muestra que los votantes que tienen padres políticamente activos tienen mayores probabilidades de presentarse a las urnas. Además, la evidencia confirma que la intensidad de la influencia parental varía con el tiempo: los efectos de los padres son mayores cuando los electores están en las etapas iniciales de votación y disminuyen a medida que se presentan nuevas oportunidades de votar. Finalmente, en el Capítulo 5 demostré que después de solucionar el problema de endogeneidad, entre más altas sean las tasas de participación electoral del cónyuge más altos son los niveles de participación de los votantes.

En este capítulo argumento que los atributos a nivel individual y los procesos de socialización política explican de forma parcial la participación electoral de los votantes. Aunque los hallazgos de los capítulos anteriores aportan a nuestro conocimiento sobre las tendencias de participación electoral de los votantes, puede que no expliquen en detalle el declive de la participación electoral con el tiempo.

La historia causal de este capítulo demuestra que llegar a la edad elegible para votar durante un periodo de deliberación polarizada, es el principal determinante de los cambios en el comportamiento de votación de las personas a largo plazo. Una competencia polarizada de identidades políticas motiva a los votantes a asistir a las urnas. Cuando la polarización disminuye los votantes se desactivan y las tasas de participación electoral permanecerán bajas a menos de que se dé un nuevo episodio de polarización.

Entonces, los episodios de deliberación polarizada estructuran la competencia entre los partidos al establecer fuertes incentivos para movilizar a los votantes a las urnas a medida que surgen nuevas identidades políticas fuertes. La identidad política, generalmente definida por los académicos como la “conciencia de la membresía objetiva a un grupo y un sentido psicológico de apego” (Tajfel 1981), surge como resultado de un macroevento político que da lugar a un episodio de polarización de la deliberación, lo que a su vez provoca una fuerte división política en la sociedad bajo la cual surge un nuevo clivaje político. Si las personas alcanzan la edad elegible para votar durante un periodo de deliberación polarizado las identidades se activan y se van a movilizar con fuerza. La participación electoral seguirá siendo alta siempre y cuando esas identidades políticas y sus narrativas sean un punto importante en las mentes de los votantes. Pero, están menos comprometidos con el sufragio si alcanzan la edad elegible durante contiendas electorales con menores niveles de polarización.

En este capítulo teorizo que la identidad partidaria (del grupo) que hace que las personas salgan a votar porque son leales al partido en un contexto de conflicto, produce una motivación más fuerte, pero se activa de forma selectiva y solo funciona en un contexto de “amenaza” o de deliberación polarizada. Sin embargo, estos incentivos pueden cambiar con el tiempo, ya que pueden aumentar o disminuir bajo ciertas circunstancias que afectan la participación electoral. Básicamente, entre más polarizada sea la deliberación

cuando los individuos ingresan al mundo de la política, más motivados se sentirán de ir a las urnas. A pesar del hecho de que una extrema polarización puede desestabilizar la democracia (Mainwaring y Pérez-Liñán 2005), bajo ciertas circunstancias puede ser beneficioso para la movilización de los votantes. En concreto, un entorno de competencia polarizada hace que las diferencias entre los partidos sean más marcadas y motiva a los votantes a basar sus decisiones electorales en las identidades, los problemas y los resultados (Dalton 2008; Carlin et al. 2015). Por esta razón las identidades politizadas que destacan en contextos polarizados para dar forma al comportamiento político de los votantes, disparan tasas de participación electoral más altas. Entonces, la forma como las élites estructuran la deliberación con posiciones polarizadas, en lugar de tomar posiciones ambiguas sobre los problemas, puede dar forma a los votantes al determinar lo sencillo que es encontrar un partido que refleje sus intereses (Carlin et al. 2015).

La lógica detrás de este argumento se basa en la idea de que las personas que llegan a su edad adulta en momentos críticos de la historia que definen las lealtades políticas, participan más en la política electoral que las personas que alcanzan la madurez en momentos históricos más ordinarios (Rosenstone y Hansen 1993).

La expectativa teórica de una deliberación polarizada es muy directa: a medida que los partidos se diferencian, las personas deberían poder compararlos y reconocer cuál tiene una mejor posición para representarlos y, por ende, por cuál tienen un mayor interés en votar. Entonces, la movilización de los votantes es más alta cuando la competencia electoral está estructurada por un alto grado de deliberación polarizada. Aquí argumento que la probabilidad de participación electoral es una función del nivel de polarización cuando las personas están socializadas. La historia es la siguiente: el nivel de polarización cuando las personas están socializadas (constante sobre el resto de la vida de las personas) determina el nivel de entrada de participación electoral del votante. Este mecanismo sugiere que, si la contienda electoral está menos polarizada, el nivel de entrada de participación electoral del votante disminuye. Una parte de esos individuos con una identidad partidaria robusta se desmoviliza si los niveles de polarización disminuyen en el futuro. Además, las personas que entran a la política electoral en una era de menor deliberación polarizada tienen mayores probabilidades de adoptar una identidad débil y, en consecuencia, tienen menores probabilidades de votar.

Aunque algunos académicos sugieren que la polarización desmotiva a los votantes y disminuye la participación electoral (Fiorina et al. 2005), estudios anteriores han recolectado bastante evidencia que demuestra que la polarización energiza a los votantes y estimula la participación (Downs 1957). Por ejemplo, al estudiar las elecciones presidenciales de los Estados Unidos, los académicos atribuyeron el aumento en la participación electoral –de un 54% de la población elegible en 2000 a un 61% en 2004– a la figura de George Bush, uno de los candidatos presidenciales más controversial en la historia política reciente de los EE. UU. (Abramowitz y Stone 2006, Abramowitz y Saunders 2008, Abramowitz 2010).

Otros argumentan que la polarización aumenta la importancia de la identificación partidaria (Schmitt y Holmberg 1995, Berglund et al. 2005). Los efectos de la polarización pueden tener un efecto duradero en el comportamiento de votación de las personas debido al impacto a largo plazo de la socialización. La premisa central de las investigaciones de socialización política es que la formación previa a la adultez afecta las actitudes y el comportamiento político de los adultos (Beck y Jennings 1982). Esta influencia sugiere que “la familia tiene un efecto dominante en los pensamientos y las acciones de una persona después de la niñez” (Dalton 1980: 421). Como se ha indicado, “cuando los hijos han adoptado las predisposiciones políticas de sus padres, este legado es evidente a lo largo de sus vidas” (Dinas 2014: 399).

Si la primera experiencia de un votante en las urnas sucede en circunstancias de una deliberación altamente polarizada y de identidades políticas fuertes, tiene altas probabilidades de desarrollar hábitos de votación duraderos. Sin embargo, si sus experiencias iniciales suceden en un contexto menos polarizado que no facilita las condiciones para que se formen identificaciones partidarias duraderas, es muy probable que experimenten una menor probabilidad de votar. Estos adoptan y reproducen una identidad partidaria que ya se ha erosionado y demuestra no ser suficiente para movilizarlos, aunque muchos se presentan a las urnas por un deber cívico. Pongo a prueba esta teoría con la siguiente hipótesis:

Hipótesis 11

El nivel de polarización cuando las personas se socializan determina el nivel de entrada de participación electoral de los votantes. Entre más alta sea la polarización cuando los votantes entran al electorado, más altas sus probabilidades de votar.

En su importante contribución, Lipset y Rokkan (1967) explican que los conflictos se traducen a los sistemas de partidos. Para estos autores los conflictos y las controversias pueden surgir de una gran variedad de relaciones en la estructura social, pero solo algunas tienden a polarizar la política. La fórmula original de la teoría de división social de los sistemas partidarios propone que las divisiones que suceden por razones sociales, como la clase, la religión, la etnia, la región y la ubicación rural o urbana son las fuerzas que impulsan la aparición de una división en un momento crítico y crean las condiciones necesarias para que cristalicen partidos políticos. Entonces, esta teoría considera que los sistemas partidarios son principalmente expresiones de distintas divisiones sociales (Torcal y Mainwaring 2003).

La deliberación polarizada, el factor clave en esta historia, crea las condiciones para activar identidades partidarias fuertes que estimulan la movilización de los votantes a las urnas. Por esta razón las personas votan más en un contexto de polarización. Al mismo tiempo, si la polarización disminuye, las personas votan menos. De acuerdo con los analistas, se deben cumplir dos condiciones para que la opinión pública se polarice. Primero, la razón del desacuerdo debe ser muy grande. Segundo, el público debe estar muy dividido (Fiorina y Abrams 2010).

Abramowitz y Saunders (2008) sugieren que entre más grandes sean las diferencias que los votantes perciben entre los candidatos y los partidos, más grande es su interés en el resultado y están más involucrados. Además, Hetherington ha demostrado que a pesar de todas las preocupaciones sobre una participación electoral baja, los votantes en los EE. UU. han empezado a participar más, no menos, en esta era polarizada. En las elecciones de 2004 la mayoría de las medidas de participación e involucramiento político mejoraron. Por ejemplo, las tasas de participación electoral fueron las más altas que en cualquier otra elección presidencial desde 1968. El autor concluye diciendo que “la polarización ha estimulado la participación a un nivel de masas” (Hetherington 2008).

Hay aquí al menos dos implicaciones observables. Primero, los votantes que tradicionalmente tenían menor motivación se van a activar y, segundo los partidarios fuertes deberían votar más en respuesta al entorno polarizado.

En resumen, “en lugar de desmotivar a los votantes, los datos sugieren que la intensa polarización del electorado aumenta el involucramiento público y estimula la participación” (Abramowitz y Saunders 2008). Entonces, entre esos votantes que experimentaron o socializaron durante una época de polarización crítica se da un efecto que hace que el votante tenga mayores probabilidades de votar. Este efecto cambia cuando la polarización cambia y, aún más importante, disminuye cuando la polarización disminuye, lo que reduce los incentivos para participar.

A diferencia de los miembros del electorado de mayor edad que viven el episodio de polarización, yo teorizo que entre las personas que entran a la política electoral durante un periodo sin competencia divisiva, el efecto de la polarización que hace que las personas salgan a votar está ausente y la falta de incentivos asociados con este efecto desmoviliza a los ciudadanos a largo plazo. También es posible que no desarrollen hábitos en una circunstancia de tasas bajas de participación electoral o, aún peor, que nunca cultiven el hábito de votar. En resumen, las identidades partidarias desaparecen con el tiempo si no hay polarización. En otras palabras, si deseamos comprender cómo cada cohorte de votantes construye los hábitos, necesitamos ver el nivel de polarización que existe en el momento en el que se vuelven elegibles.

Si sabemos que la polarización es relevante en la participación política y que la socialización prolonga sus efectos con el tiempo, nos podríamos preguntar por qué las personas salen a votar cuando no hay polarización o cuando la socialización no transmite estos valores. En estas circunstancias los votantes están movilizados no por identidades políticas sino por otra motivación, en concreto, por el deseo de cumplir con el deber cívico (Blais 2000).

El instinto cívico de la persona es el apego psicológico instrumental a las normas y a los valores que se atribuyen a la democracia y a la competencia electoral por medio del reconocimiento del derecho al voto como un deber cívico personal. Bajo la influencia de la identidad cívica (nacional) las personas salen a votar porque son leales a la sociedad

en general. Entonces, siempre y cuando los votantes continúen demostrando un fuerte compromiso a las reglas democráticas y a las instituciones esta identidad permanecerá constante a largo plazo. Si la política es estable y muchos votantes todavía prefieren la democracia, la mayoría de ellos van a votar por mandato cívico, lo que establece un umbral de participación electoral y funciona como una reserva de movilización electoral incluso en circunstancias de identidades partidarias débiles. Sin embargo, el compromiso de las personas con la democracia también puede cambiar con el tiempo. Aun cuando las actitudes de las personas hacia la democracia cambien lentamente y de forma menos abrupta, tienen el potencial de tener un impacto en la disposición de las personas de salir a votar.

De acuerdo con Blais y Achen (2010) la norma ética que establece que los ciudadanos tienen el deber de votar es ampliamente respaldada y adoptada por los ciudadanos. Los académicos han observado por bastante tiempo que “entre más fuerte sea el sentimiento de obligación de la persona hacia ejercer su deber cívico, más probabilidades hay de que esta persona sea políticamente activa” (Campbell et al. 1954). Al mismo tiempo, en una contribución clásica Riker y Ordeshook (1968) incluyeron un término D en su cálculo de votación, un término que captura el sentimiento positivo que el votante experimenta al cumplir con su deber cívico, no importa si hay alguna otra consecuencia asociada a este acto.

Considero el deber cívico de la persona como un factor constante en los modelos de este capítulo por tres razones principales. Primero, los datos de la opinión pública compilados por el Proyecto de Opinión Pública de América Latina (Alfaro-Redondo et al. 2015) han demostrado que los costarricenses, a lo largo del tiempo siempre han tenido una alta preferencia por la democracia. Segundo, en mi teoría no hay un argumento particular sobre la participación electoral como un deber cívico. Y, finalmente, medir el deber cívico de los votantes ha comprobado ser una tarea muy compleja.

Como se ha evidenciado, la calidad de la deliberación es crucial para comprender la evolución de las tasas de participación electoral con el tiempo. Este factor puede ayudarnos a explicar por qué los incentivos que tienen las personas para ir a las urnas varían dependiendo del nivel de polarización presente en el momento en el que se vuelven elegibles.

Antecedentes históricos del estudio de caso

En la siguiente sección describo lo que sucede con la participación electoral cuando se observa un momento crítico de deliberación polarizada seguido de políticas más “cívicas” que despolarizan el proceso a lo largo de varias décadas. El año 1948 marcó el inicio de una nueva era política en Costa Rica. La amplia coalición triple entre la Iglesia Católica, el Partido Comunista y el Partido Republicano facilitó las condiciones para la aprobación de una ambiciosa agenda social progresista a principios de la década de 1940, la cual garantizaba derechos al trabajador y creaba un estado de bienestar.

Después de un proceso electoral muy polémico, plagado de irregularidades y violencia, en febrero de 1948 el Tribunal de Elecciones declaró que el candidato de la oposición Otilio Ulate, del Partido Unión Nacional, había sido electo presidente. La coalición, liderada por Rafael Ángel Calderón Guardia, alegó que la oposición había cometido fraude y solicitó al congreso invalidar los resultados y llevar a cabo una nueva votación. El voto de la Asamblea Nacional, dominada por fuerzas progobierno, al anular los resultados precipitó una guerra civil que tuvo implicaciones políticas muy grandes. Un ejército rebelde, comandado por José “Pepe” Figueres se levantó contra el gobierno y lo venció. Un gobierno civil y una junta civil, liderados por Figueres, estuvieron a cargo durante un año y medio. La junta abolió el ejército y en 1949 una Asamblea Constitucional preparó una nueva constitución.

Los eventos de la década de 1940 no solo prepararon las condiciones para que surgieran dos fuerzas políticas (ganadores vs. perdedores), pero aún más importante, destruyeron al partido principal y sus identidades, que hasta ese momento era el Partido Republicano. Esto abrió la competencia política a muchos partidos y figuras políticas. Uno de los lados, el victorioso y emergente Partido Liberación Nacional (PLN) se organizó y estructuró más rápido. Entonces, los ganadores de la guerra civil impusieron una identidad rápidamente.

Del otro lado había una gran cantidad de fuerzas (Ulatismo, Calderonismo, comunistas) que solo tenían una cosa en común: eran “antiliberationistas”. Todas estas fuerzas luchaban entre sí para convertirse en el contrincante del PLN. Fue una competencia lar-

ga, pero el “Calderonismo” fue lo suficientemente astuto como para crear la identidad de la oposición, a pesar de haber perdido el conflicto unos años antes. La coalición entre los “Calderonistas” y los comunistas se terminó por la decisión del primero de apoyar la invasión de Anastasio Somoza (el presidente de Nicaragua) a Costa Rica en 1955 –la cual nunca sucedió– como una manera de recuperar el poder. Al mismo tiempo, los comunistas se percataron que “Pepe” Figueres decidió blindar y no rechazar las reformas sociales y terminaron apoyando su proyecto político. Algunos de los comunistas que lo apoyaban migraron al PLN, mientras que los otros fueron perseguidos, reprimidos y exiliados. El Partido Comunista Costarricense permaneció proscrito hasta 1974, lo que causó que el partido prácticamente se deshiciera, pero enfocó su permanencia en dos puntos: el sindicato de trabajadores bananeros y las asociaciones progresistas locales.

En general, entre 1948 y 1980 hubo una gran competencia por crear identidades políticas de postguerra. Por un lado, el PLN fue el primer caso exitoso, pero del otro lado los partidos de oposición luchaban entre sí. Desde la década de 1950 y hasta mediados de 1960, la hegemonía del PLN fue inmensa: controlaba el poder Ejecutivo, el Legislativo (aun cuando perdieron la presidencia) y el Judicial.

Durante las décadas de 1950, 1960 y 1970 algunos eventos reforzaron la narrativa de las identidades que promovían la participación electoral: la invasión de Somoza en 1955; el regreso de Calderón Guardia del exilio en 1958; la victoria electoral del Partido Unión Nacional y la alternancia del poder en 1958; el triunfo de la oposición nuevamente en 1966 en la contienda electoral más cerrada de la historia de Costa Rica; la rebelión interna del PLN en 1968 y la reelección de Pepe Figueres en 1970. Todos estos episodios les recordaron a los votantes su identidad y contribuyeron a su movilización. Es lo que se conoce como reforzadores de identidades políticas.

En el proceso de construir una oposición hubo ganadores y perdedores. Por ejemplo, Otilio Ulate (el antiguo presidente 1949-1953) fue el último político liberal que trató de consolidar un partido, pero fracasó. El “Calderonismo” fue la identidad que triunfó sobre las demás. Tras lograr un nivel básico de organización partidaria, llegaron a un acuerdo con el PLN en 1982 que institucionalizó la competencia. Estos le ganaron a todas las otras fuerzas que se pudieron haber consolidado. Los votantes se habían energizado y movilizado como resultado de las rivalidades entre los “liberacionistas” y los “calderonistas”.

En la década de 1980 la competencia por identidades y la competencia entre partidos se estabilizó, la polarización disminuyó en intensidad y el conflicto y la separación original y sus efectos quedaron en el pasado. Además, en esta década otro macroevento moderó la influencia de la división política de 1940. La crisis económica dio una nueva forma al contexto local (los índices de pobreza se duplicaron y el tipo de cambio aumentó vertiginosamente) lo que eclipsó las narrativas de las identidades políticas que surgieron en la década de 1940.

Los partidos políticos respondieron con la implementación de políticas de shock e introdujeron fuertes ajustes. Los partidos empezaron a migrar hacia el centro y los votantes tuvieron grandes problemas para diferenciar qué defendía y definía a cada partido. En consecuencia, cuando los partidos convergían la competencia tenía menos peso y los incentivos para votar disminuyeron. Como sugiere Robert (2013), la experiencia en América Latina sugiere que aun cuando los regímenes democráticos son razonablemente estables, la dependencia económica y la vulnerabilidad a los shocks económicos exógenos pueden generar formas de incertidumbre política que son altamente disruptivas para los sistemas partidarios. En particular, la incertidumbre sobre qué harían los partidos en los cargos públicos puede inhibir la creación o la reproducción de lealtades en el electorado hacia una marca en particular. En algunos países como Costa Rica, Robert argumenta que los momentos críticos como la década de 1980 desalinearon los sistemas partidarios al generar incertidumbre sobre el compromiso programático de los partidos. Esta incertidumbre erosionó las conexiones programáticas entre partidos y votantes y permitió que el desacuerdo se convirtiera en formas antisistema de protesta social y política. El desalineamiento y el realineamiento entonces generan un legado de mayor volatilidad electoral y el voto generalizado cambia de los partidos tradicionales a partidos o movimientos políticos nuevos. Entonces, las nuevas generaciones se movilizan a las urnas más por otros factores y menos por la división crítica de 1948. Los votantes de mayor edad se desmovilizaron de forma lenta y, a medida que pasa el tiempo estos votan menos y menos.

Desde la década de 1980 ha habido varios episodios históricos con el potencial de repolarizar la deliberación y la competencia política como los conflictos en Centroamérica, el deterioro de las condiciones macroeconómicas a mediados de 1980, las huelgas de los

sindicatos de maestros a mediados de 1990, la disputa sobre la privatización de las telecomunicaciones a inicios del 2000, el surgimiento de nuevos partidos como el Partido Acción Ciudadana en 2002, la erosión del sistema bipartidista a mediados del 2000, o la negociación del Tratado de Libre Comercio en 2007. Aun cuando estos eventos polarizaron la deliberación en diferentes momentos todos tenían algo en común: ninguno de estos episodios polarizantes pudieron forjar una división que se convirtiera en identidades políticas fuertes y duraderas. Todas fallaron. A pesar de esto, los políticos hacen énfasis en las divisiones políticas durante las elecciones. Los políticos a propósito aumentan las diferencias entre los candidatos y los partidos para inducir al voto.

En resumen, en el caso de Costa Rica la guerra civil de 1948 y otros episodios de violencia política de la década de 1950 crearon divisiones políticas profundas que crearon un nuevo clivaje representado por el Partido Liberación Nacional (PLN) por un lado, y varios partidos del otro lado, compitiendo entre sí para convertirse en su oponente. El PLN logró con éxito dar forma a la identidad de los votantes en un periodo de tiempo corto. Entre los rivales del PLN tomó un poco más de tiempo para que los Social Cristianos desplazaran a las antiguas y nuevas fuerzas políticas y poder así ocupar una posición estratégica. El Partido Comunista, un actor clave durante la década de 1940, estuvo prescrito hasta mediados de 1970 y sus seguidores se desmovilizaron. Durante las décadas de 1950, 1960 y a principios de 1970 la decisión de votar estuvo altamente influenciada por las identidades creadas a partir de la división política de 1940. Los ciudadanos eran partidarios leales sí o sí, entonces tenían grandes incentivos para presentarse a las urnas. Para muchos votantes, y por varias elecciones, la participación electoral fue un tema exclusivamente de identidad partidaria. Más adelante, las identidades antiguas empezaron a desaparecer y la participación electoral empezó a disminuir.

En este capítulo teorizo sobre cómo una deliberación polarizada activa las identidades políticas y aumenta la participación electoral. Este proceso implica la ocurrencia de un macroevento divisivo en el cual surgen identidades que estructuran una división política y la competencia entre partidos. Siempre que estas identidades y sus narrativas impulsen el comportamiento político de los votantes, las tasas de participación electoral permanecerán altas. Sin embargo, cuando la competencia política se despolariza y una vez que las identidades políticas fuertes sean menos importantes para muchos votantes,

los incentivos por participar en la política disminuyen y las tasas de participación electoral disminuyen también a largo plazo. Ese legado de comportamiento sigue presente hasta que ocurra un nuevo episodio de polarización.

Medidas de deliberación y especificación de modelos

Medir el impacto de una deliberación política polarizada en la participación electoral es difícil, sobre todo por la poca evidencia empírica sistemática, rigurosa y comparable que hay disponible. En este capítulo argumento que la deliberación es una buena medida para estudiar los efectos de la polarización ya que se refiere a un “proceso cognitivo en el cual el individuo forma, altera o refuerza sus opiniones a medida que pone peso a la evidencia y a los argumentos desde varios puntos de vista” (Lindeman 2002: 199) por medio de un intercambio de razones (Habermas 1984, Habermas 1996) para cualquier problema público o cívico (Gastil y Dillard 1999a, 1999b). Un individuo defiende un punto de vista al proporcionar razones mientras que otros cuestionan la utilidad de ese punto al reflexionar sobre la evidencia a favor y en contra de varios puntos de vista (Ryfe 2005).

Los académicos argumentan que la deliberación política tiene beneficios, como por ejemplo opiniones informadas y reflexivas, una mayor eficacia política y finalmente un aumento en la frecuencia de la acción política (Fishkin 1991, Mathews 1994, Cohen, Pearce y Littlejohn 1997, Gastil y Dillard 1999a, 1999b, Gutmann y Thompson 2009). A pesar de esto, los hallazgos empíricos relacionados a las implicaciones de la deliberación en la sociedad se han mezclado (Ryfe 2005, Nir 2011). Por un lado, algunos autores han cuestionado los efectos positivos de la deliberación. Por ejemplo, Button y Mattson (1999) argumentan que la deliberación es un proceso complicado marcado por el conflicto, las orientaciones distintas y la desigualdad política. Hendricks (2002) menciona las tensiones entre la democracia deliberativa y el pluralismo de los grupos de interés. Holt (1999) cuestiona si la deliberación tiene consecuencias prácticas no deseadas. Utilizando la tolerancia como ejemplo, Kuklinski et al. (1993) cuestionan la visión común que sugiere que la deliberación produce mejores opciones políticas.

Por otro lado, los defensores argumentan que la deliberación da lugar a ciudadanos más involucrados en la política, con más fe en los valores democráticos, y que perciben que su sistema político es más legítimo y tienen una vida cívica más saludable (Mendelberg 2002). La teoría de la democracia deliberativa propone que la discusión cívica da lugar a un mayor involucramiento en los asuntos públicos (Gastil et al. 2002). Entonces, la deliberación puede producir ciudadanos más sofisticados, tolerantes y participativos (Luskin y Fishkin 1998, Gastil y Dillard 1999a, Fung 2001, Fung y Wright 2001, Sulkin y Simon 2001, Gastil et al. 2002, Walsh 2004).

Por ejemplo, Gastil y Dillard (1999) han demostrado que las discusiones deliberativas de asuntos políticos pueden aumentar la sofisticación del juicio político de los individuos. Para Sulkin y Simon (2001) la deliberación da lugar a decisiones que los participantes consideran más justas y legítimas. De manera similar, otros creen que la participación en la deliberación pública mejora la autonomía de los ciudadanos, promueve una mente abierta y fomenta los valores democráticos al mismo tiempo que estabiliza el sistema político y libera la tensión entre los segmentos insatisfechos de la sociedad (Barber 1984, Manin et al. 1987, Greenawalt 1989). Además, los académicos han demostrado que la deliberación sí mejora el conocimiento y la participación (Luskin y Fishkin 1998, Gastil y Dillard 1999, Kim et al. 1999).

En general, el uso de la deliberación como medida depende de este supuesto: en una era polarizada los ciudadanos justifican activamente sus puntos de vista (incluso ante sí mismos) o los defienden contra los cuestionamientos (incluso los propios) (Gundersen 1995: 199) lo que motiva a los votantes a presentarse a las urnas y, en general, a involucrarse más en la política. En resumen, el discurso público y la deliberación pueden motivar el compromiso con el proceso electoral (Jacobs et al. 2009).

En el capítulo se mide la deliberación utilizando un indicador del proyecto *Varieties of Democracy* llamado *Respeto a los contraargumentos* (*Respect of Counterarguments, v2dl-countr*). Este indicador es uno de los componentes del índice de democracia deliberativa. El proyecto V-Dem ha definido el principio de deliberación, de entre otros seis, como un grupo de principios que representan el significado de democracia. Estos argumentan que la deliberación recoge los valores fundamentales que deben informar las decisiones

políticas en búsqueda de bienes públicos por medio de un proceso caracterizado por un diálogo respetuoso y razonable en todos los niveles, y no por apelaciones emocionales, apegos solidarios, intereses parroquiales, o coerción (Coppedge et al. 2016).

Según este principio, la democracia requiere más que un grupo de preferencias existentes. Por ende, se concentra en el proceso por el cual el sistema gubernamental toma las decisiones. El proceso deliberativo es aquel en el que el razonamiento público que busca el bien común motiva las decisiones políticas. También debería haber un diálogo de respeto en todos los niveles entre los participantes informados y competentes que están abiertos a ser persuadidos (Cryzek 2010). “El objetivo clave es la transformación de preferencias privadas por medio de un proceso de deliberación hacia posiciones que pueden soportar el escrutinio y el cuestionamiento público” (Held 2006: 237).

La pregunta del indicador es la siguiente:

Cuando se está considerando un cambio de política importante, ¿hasta qué punto las élites políticas aceptan y respetan los contraargumentos?

Respuestas:

0: Los contraargumentos no se permiten, y si se articulan son castigados.

1: Se permiten contraargumentos al menos en algunas partes, pero casi siempre se ignoran.

2: Las élites tienden a reconocer los contraargumentos pero luego los degradan explícitamente al hacer comentarios negativos sobre los mismos o sobre las personas o los grupos que los proponen.

3: Las élites tienden a reconocer los contraargumentos sin hacer comentarios ni positivos ni negativos sobre ellos.

4: Las élites tienden a reconocer los contraargumentos y los valoran explícitamente, aun cuando al final los rechacen casi por completo.

5: Las élites casi siempre reconocen los contraargumentos y los valoran explícitamente, y con frecuencia también los aceptan y cambian su posición.

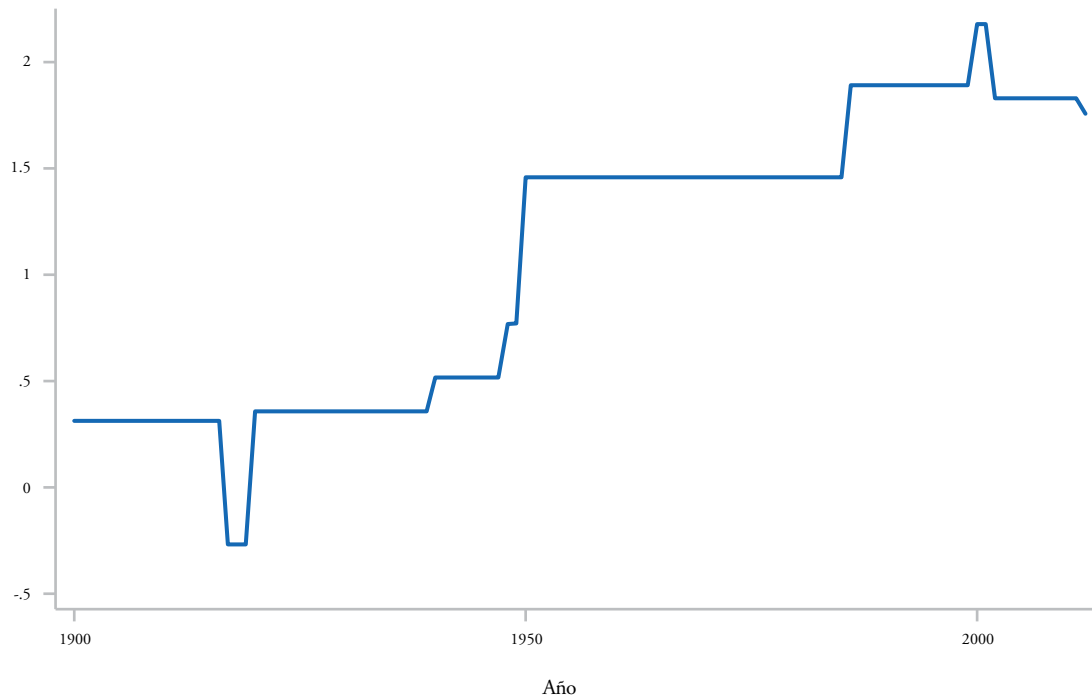
La escala de la variable original es ordinal. Sin embargo, el V-Dem transforma el indicador a un intervalo con el modelo de medición que utiliza el enfoque Bayesiano en modelos de teoría de respuesta al ítem como un método de agrupación de codificadores cruzados. Debido a que el indicador V-Dem que utilizo para medir la deliberación depende de la opinión de expertos del país, surgen problemas de confiabilidad y sesgos. Estos utilizan las técnicas de modelado de la teoría Bayesiana de respuesta de ítems (IRT, por sus siglas en inglés) para calcular las características latentes de políticas de su colección de calificaciones de expertos para cada pregunta ordinal. Específicamente, ajustan modelos IRT ordinales a cada una de sus preguntas ordinales.

En su explicación metodológica del proceso de construcción del indicador se menciona que “estos modelos logran tres objetivos. Primero, trabajan tratando las calificaciones ordinales de los codificadores como reflexiones imperfectas de los conceptos latentes a nivel de intervalo. Segundo, los modelos IRT permiten la posibilidad de que los codificadores tengan distintos umbrales para sus calificaciones (p. ej. el *un poco* de un codificador puede caer sobre un casi de otro codificador en la escala latente), que calculen esos umbrales a partir de patrones de datos y que ajusten los cálculos de características latentes como corresponda. Entonces, nos permiten corregir este sesgo que podría ser muy grave. Finalmente, los modelos IRT asumen que la confiabilidad de los codificadores varía, lo que produce cálculos de precisión y se utilizan estos cálculos –en combinación con la cantidad de datos disponibles y el punto hasta el cual los codificadores están de acuerdo– para cuantificar la confianza en las calificaciones reportadas”.

Esta medición se basa en la metodología del proyecto *Varieties of Democracy* que analiza varias percepciones de expertos sobre un gran número de indicadores divididos de una muestra global de países desde 1900. Más concretamente utilizan calificaciones de más de 2.600 académicos y otros expertos sobre 36 indicadores específicos a nivel de país-año para medir las “garantías institucionales” fundamentales en el concepto de “poliarquía” de Robert Dahl. También lanzaron un índice de grupos de los componentes para medir la democracia electoral. En todos los niveles ofrecen tanto los cálculos de puntos como una medición de la incertidumbre. La Figura 6.1 muestra las tendencias de medición de deliberación a largo plazo para mi estudio de caso. El valor medio de

113 observaciones es 1,07 con una desviación estándar de 0,68. El rango varía de -0,27 a 2,18. Como recordatorio, en esta medición, entre más alto sea el valor más respeto hay en el proceso de deliberación.

Figura 6.1: Respeto de los contraargumentos en Costa Rica. 1900-2012



El análisis empírico en este capítulo involucra dos grupos de modelos. El primer modelo no incluye el indicador de deliberación. Este es el modelo combinado de todos los capítulos anteriores. El segundo modelo agrega el indicador clave de este capítulo: el nivel de polarización para el momento en que los votantes ingresan al electorado (la variable de *Varieties of Democracy* llamada *respeto de contraargumentos transformada*). Se llama *respeto a contraargumentos cuando se ingresa al electorado*. Para este indicador clave entre más alto sea el valor de *respeto de contraargumento*, más acuerdo hay y menor es el nivel de polarización. El segundo modelo se estima utilizando la siguiente especificación:

Especificación del modelo:

Variables de nivel individual de tiempo-variación:

$$\text{Prob}(\text{part. electoral}_{ij}=1|\beta_{ij}) = \phi_{ij}$$
$$\log[\phi_{ij}/(1 - \phi_{ij})] = \eta_{ij}$$

$$\eta_{ij} = \beta_{0ij} + \beta_{1ij} * (\text{participación electoral con rezago}_{t-1ij}) + \beta_{2ij} * (\text{edad}_{ij}) + \beta_{3ij} * (\text{edad cuadrado}_{ij}) + \beta_{4ij} * (\text{mudanza}_{ij}) + \beta_{5ij} * (\text{matrimonio}_{ij}) + \beta_{6ij} * (\text{tiempo desde elegibilidad}_{ij}) + \beta_{7ij} * (\text{solo la madre vota}_{ij}) + \beta_{8ij} * (\text{solo el padre vota}_{ij}) + \beta_{9ij} * (\text{ambos padres votan}_{ij}) + \beta_{10ij} * (\text{sin padres conocidos}_{ij}) + \beta_{11ij} * (\text{primera votación}_{ij}) + \beta_{12ij} * (\text{participación electoral con rezago}_{t-1ij} * \text{mudanza}_{ij}) + \beta_{13ij} * (\text{participación electoral con rezago}_{t-1ij} * \text{primera votación}_{ij}) + \beta_{14ij} * (\text{tiempo desde elegibilidad}_{ij} * \text{solo madre vota}_{ij}) + \beta_{15ij} * (\text{tiempo desde elegibilidad}_{ij} * \text{solo el padre vota}_{ij}) + \beta_{16ij} * (\text{tiempo desde elegibilidad}_{ij} * \text{ambos padres votan}_{ij}) + \beta_{17ij} * (\text{participación electoral con rezago}_{t-1ij} * \text{mudanza}_{ij}) + \beta_{18ij} * (\text{participación electoral con rezago}_{t-1ij} * \text{primera votación}_{ij}) + \beta_{19ij} * (\text{part. electoral cónyuge}_{ij}) + e_{ij}$$

Variables de nivel individual de tiempo-constante:

$$\beta_{0ij} = \beta_{00j} + \beta_{01j} * (\text{mujer}_{ij}) + \beta_{02j} * (\text{respeto contraargumentos cuando se ingresa al electorado}_{ij}) + r_{0ij}$$

Hallazgos principales

La tabla 6.1 muestra en la primera columna el modelo de regresión de la participación electoral utilizando distintas variables explicativas. Al estudiar el efecto de la polarización en la participación, el indicador crítico de interés es la medida de deliberación. Como recordatorio, utilicé una medida llamada respeto de contraargumentos en la cual los valores más altos son indicadores de niveles bajos de polarización. Este es el modelo que aparece en la segunda columna. Si mi expectativa teórica es correcta, este indicador clave debe estar relacionado de forma negativa y significativa con la participación de los individuos, lo que demostraría que los votantes tienen menos probabilidades de votar si ingresan al electorado en periodos de menor deliberación polarizada.

Se vuelve evidente que aquellas personas que experimentaron o que fueron socializados durante un episodio de polarización están fuertemente motivadas para acudir a las urnas. En pocas palabras, los votantes se movilizan en gran parte por sus identidades partidarias, como sugieren las teorías de identidades políticas. Su motivación para votar es bastante alta y, permanecerá alta mientras la polarización se mantenga alta. Sin embargo, los datos corroboran que las personas que ingresan a la política electoral en contextos menos polarizados votan con menor frecuencia por la disminución de la polarización.

Dado que la deliberación está menos polarizada una vez que las identidades fuertes empiezan a erosionarse y que la participación entra en una fase de letargo, –caracterizada por un nivel más civilizado de involucramiento político–, en el cual su motivación para participar es mucho más baja, entonces, en este escenario las personas que ingresan al electorado, en un momento de menor respeto a los contraargumentos, suben el nivel de votación y permanece fijo por todo el tiempo que la polarización se mantenga. En consecuencia, llegar a ser elegible en un entorno de despolarización desalienta a los nuevos votantes, lo que baja la tasa de participación electoral entre los nuevos votantes. Este hallazgo también sugiere que en términos de participación electoral de los votantes, el mejor escenario posible será entrar al electorado en una elección polarizada.

Tabla 6.1: Efectos de la deliberación en los modelos de participación electoral

	Modelo 1 b/se	Modelo 2 b/se
Rezago participación electoral	0.236*** (0.009)	0.160*** (0.009)
Mujer	0.316*** (0.004)	0.319*** (0.004)
Edad votante	-0.307*** (0.001)	-0.300*** (0.001)
Edad^2	0.001*** (0.000)	0.001*** (0.000)
Mudanza	0.382* (0.005)	0.385* (0.005)
Casado	-0.160*** (0.004)	-0.152*** (0.004)
Primera participación electoral	0.472*** (0.001)	0.476*** (0.001)
Tiempo desde elegibilidad (TSE)	0.121*** (0.000)	0.102*** (0.000)
Solo la madre vota	1.737*** (0.020)	1.704*** (0.020)
Solo el padre vota	1.524*** (0.019)	1.474*** (0.019)
Ambos padres votaron	2.566*** (0.125)	2.469*** (0.126)
Ningún padre conocido	0.807*** (0.006)	0.781*** (0.006)
Cónyuge votó	1.146*** (0.003)	1.144*** (0.003)
Interacciones		
Rezago participación electoral x Edad	-0.000 (0.000)	0.001*** (0.000)
Rezago participación electoral x Mudanza	-0.756*** (0.007)	-0.754*** (0.007)
Rezago participación electoral x Primera participación electoral	0.102*** (0.001)	0.101*** (0.001)
TSE x Solo la madre votó	-0.065*** (0.001)	-0.063*** (0.001)
TSE x Solo el padre votó	-0.058*** (0.001)	-0.054*** (0.001)
TSE x Ambos padres votaron	-0.092*** (0.008)	-0.088*** (0.008)

Continúa

Respeto contraargumentos (medida deliberación)

Constante	1.973*** (0.015)	4.681*** (0.026)
Insig2u	0.750*** (0.004)	0.756*** (0.004)
Wald Chi-cuadrado	1357289	1356170
Prob > chi2	0.000	0.000
Número de casos	10.872.871	10.872.871

* p<0.001

Al igual que en los capítulos anteriores, para facilidad y para una interpretación sustantiva de los hallazgos, realicé un cálculo de probabilidades de participación electoral de los votantes con variables clave en distintos valores para los perfiles relevantes de los votantes. El objetivo de este procedimiento es facilitar la interpretación de los efectos y de la significancia práctica de las covariables en los modelos. En pocas palabras, la idea es contextualizar los resultados en términos de los votantes reales y sus experiencias personales. En esta sección, el cálculo y la interpretación de las probabilidades de participación electoral incluyen, además de la variación clásica de género y edad, características como el comportamiento de la polarización de la deliberación en el momento en que los votantes ingresaron al electorado.

Según la evidencia, las probabilidades de votar para una persona que ingresó al electorado en tiempos de una mayor polarización son mucho más altas que las probabilidades de esos miembros del electorado que se incorporen cuando la polarización disminuye. En concreto, entre los hombres las probabilidades de ir a las urnas de un individuo elegible en 1936 son de 10 puntos porcentuales más (74% vs. 64%) que los que lo hicieron en 2010. Además, para las mujeres las probabilidades de votar son de 9 puntos porcentuales mayores si ingresaron al electorado en 1953, cuando lograron el derecho al voto, frente a las que se incorporaron al electorado cincuenta y siete años después (2010). En términos de mi teoría estas probabilidades representan el nivel de entrada de participación electoral del votante.

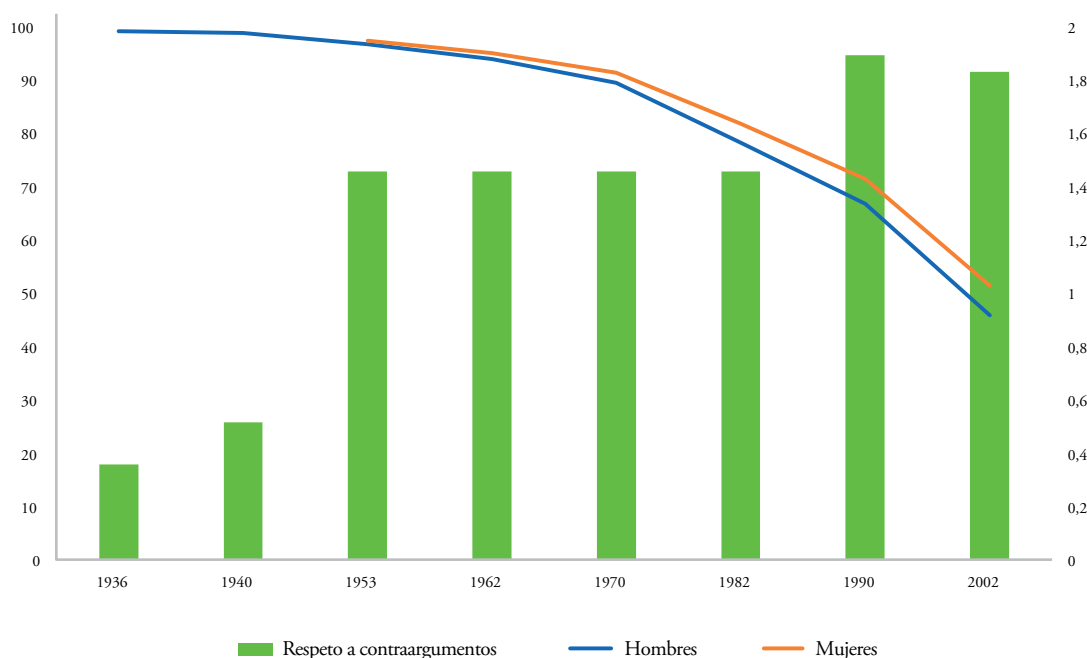
En general, la evidencia de este capítulo confirma el argumento teórico que sugiere que ingresar al electorado durante una época de deliberación política polarizada tiene un

efecto en la participación. Este hallazgo muestra que, siempre y cuando no suceda otra división política profunda, o si la antigua no se reaviva, los incentivos para votar son menores y las tasas de participación permanecen bajas. Si no hay polarización, la ausencia de una “amenaza” desmoviliza a los votantes y los aleja de las urnas, lo que tiene un impacto en las tasas de participación electoral.

En concreto, el tipo de deliberación política es importante para la participación electoral. Cuando las personas se incorporan al electorado durante una época de alta polarización, sus probabilidades de votar son más altas que las de los votantes que ingresan a la política electoral en entornos menos polarizados. En resumen, las personas votan más en un contexto de polarización.

En la Figura 6.1 calculo las probabilidades de votar en cinco de las elecciones presidenciales más recientes, entre 1994 y 2010 para los hombres y las mujeres con base en el momento en el que alcanzaron la edad para elegir. Como podemos ver, hay dos brechas importantes. La primera, y la más relevante para este estudio, es la que se da entre aquellos que alcanzaron la edad de votación durante tiempos de polarización alta y aquellos que lo hicieron en contextos menos polarizados. Por ejemplo, las probabilidades de votar de una persona que ingresó al electorado en 1953, cuatro años después de la guerra civil, son bastante altas (casi =1) mientras que las probabilidades de acudir a las urnas de una persona que se incorporó a la población votante en 2002 son mucho más bajas (menos de 0.5). La segunda es la brecha basada en género. En el primer grupo de cálculos que realicé, las probabilidades de participación electoral de los hombres y las mujeres eran básicamente iguales, había solamente un 1 punto porcentual de diferencia entre ellos hasta 1962. Sin embargo, en aquellos que se volvieron elegibles en las elecciones recientes (1990 y 2002) las probabilidades de votar eran 5 puntos más altas en las mujeres que en los hombres.

Figura 6.2: Probabilidades de votar con base en el género, la elegibilidad y el respeto a contraargumentos



“Divide y votarás...” en perspectiva comparada

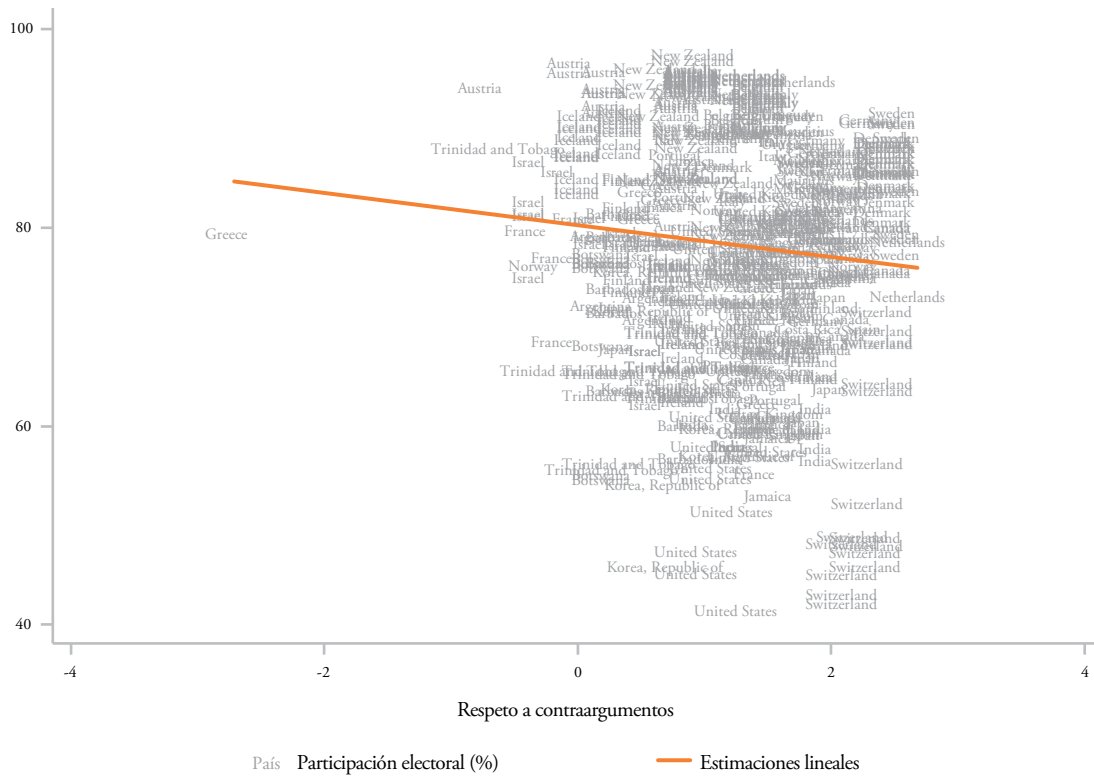
En esta contribución se ha demostrado que los individuos votan con menos frecuencia cuando la polarización es menor. Sin embargo, nos podríamos preguntar hasta qué punto este hallazgo se presenta en otros contextos. Una disminución de 10 puntos porcentuales, como el que se vivió en Costa Rica, no es atípica en perspectiva comparada. En los últimos sesenta años la participación electoral de los votantes ha disminuido en 23 de 36 democracias establecidas alrededor del mundo. Las reducciones en el número de votantes no son triviales en los regímenes democráticos ya que tienen implicaciones graves para la supervivencia y la consolidación de una democracia.

Si bajo circunstancias normales grandes porciones del electorado no se presentan a las urnas, esto podría cuestionar la legitimidad de las nuevas autoridades. Además, los casos en los que el número de individuos que votan es más bajo, puede interpretarse como una demostración del poco compromiso de los votantes con las normas y los valores democráticos. Asimismo, las circunstancias relacionadas al bajo número de votantes pueden causar un efecto duradero en el comportamiento político de los individuos, lo que aleja a los votantes desilusionados del sistema político.

Utilizando el *Voter Turnout Dataset* del Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA; por sus siglas en inglés) con un total de 2.608 observaciones (IDEA, disponible aquí: <http://www.idea.int/vt/viewdata.cfm>) realicé gráficos de los niveles de participación electoral y de la calidad de la deliberación para todas las democracias consolidadas incluidas en el grupo de datos, separando por elecciones presidenciales y parlamentarias, entre los años 1945 y 2015.

Las figuras 6.2 y 6.3 ilustran el potencial comparativo de mi explicación. Cuando las personas ingresan a la política electoral en contextos despolarizados los incentivos para votar son menores que los de las personas que lo hacen en entornos de deliberación polarizada. Este gráfico ilustra dos puntos. Primero, que hay una relación inversa entre el grado de polarización y los niveles de participación electoral y, segundo que la relación mencionada no es exclusiva para los costarricenses. Cuando ponemos en contraste el nivel de participación electoral de Costa Rica con otras democracias maduras con sistemas presidencialistas similares encontré que, a medida que aumenta el respeto por los contraargumentos, es decir mayores niveles de consenso dentro de las élites políticas, el nivel de participación disminuye. Al respecto, encontrar una explicación para las tendencias actuales en el número de votantes en Costa Rica podría contribuir a elucidar cuáles factores impulsan este fenómeno y por qué vemos patrones similares en otros lugares.

Figura 6.4: Participación electoral y respeto por los contraargumentos en las elecciones parlamentarias



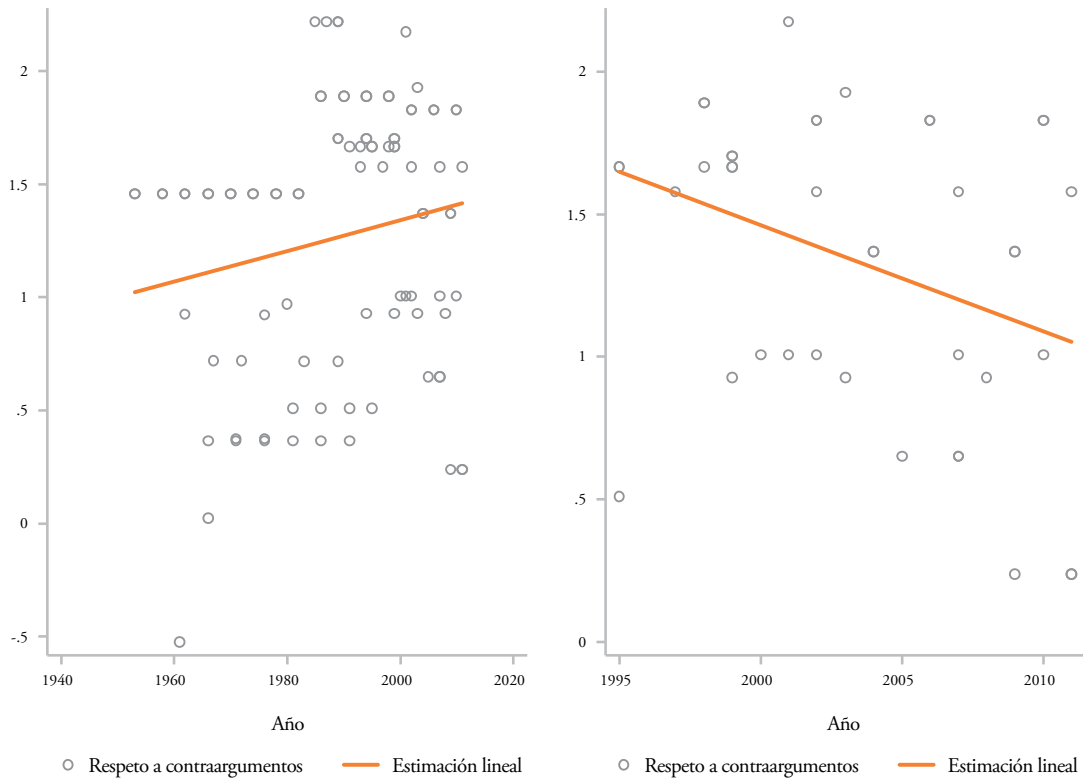
Dicho esto, nos podríamos cuestionar la viabilidad de aplicar los hallazgos de esta contribución en algún otro lugar al decir que son artefactos de la medida de polarización que utilizo. Aquí analizo si este supuesto merece atención.

De hecho, los académicos hace poco desarrollaron algunas medidas de polarización de las élites. Por ejemplo, Singer (2016) al analizar encuestas legislativas de 18 países latinoamericanos encontró que los patrones de votación individuales en los datos de las encuestas confirman la conexión entre la autoubicación de los votantes en la escala de derecha-izquierda y, sus decisiones electorales son más fuertes en los sistemas con partidos polarizados. Desafortunadamente, el hecho de que esta medida no se extiende por un largo periodo de tiempo restringe este ámbito. Solo captura tendencias de quince años. Otros dos aspectos restringen su aplicabilidad en el caso de Costa Rica. Primero,

el país está clasificado entre aquellos con menos diferencias entre los partidos políticos, lo que quiere decir que no hay diferencias entre ellos y, segundo, la medida no muestra variaciones en tres de los cinco periodos analizados (permanece constante), luego hay una gran disminución seguida de un gran aumento en la última observación. Entonces, el patrón de datos es muy irregular. Otras medidas disponibles también están limitadas por el número de países incluidos (Coppedge 1998, 2007) o porque analizan tendencias de polarización ideológica para una sola muestra representativa de países (Kitschelt y Freeze 2010; Zechmeister y Corral 2013).

A pesar de las limitaciones que he mencionado, la contribución de Singer (2016) todavía es útil para el propósito de este capítulo ya que muestra cómo los patrones de polarización que he descrito antes son consistentes con los hallazgos. Singer concluye que los niveles de polarización han aumentado, en promedio, a lo largo del hemisferio en el periodo de 1995-2010. ¿Este resultado contradice mis conclusiones? La respuesta es: no necesariamente, por una razón clave. Este resultado refleja lo que he encontrado para el mismo periodo de tiempo. Sin embargo, la conclusión es diferente cuando analizo un periodo de tiempo más largo. La Figura 6.5 del lado derecho muestra que entre 1995 y 2010 la deliberación política se volvió más polarizada. Pero el lado izquierdo del gráfico no cuenta la misma historia. En este caso, la polarización en la deliberación ha disminuido con el tiempo.

Figura 6.5: Respeto por los contraargumentos en América Latina 1953-2010 y 1995-2010



Dicho esto, ¿hasta qué punto estos resultados se pueden extender a un grupo de casos más amplio? Cuando unimos las tendencias de todas las naciones consideradas libres, a pesar de que no todas están establecidas como democracia, por el Freedom House Index, queda claro que a medida que la polarización disminuye las tasas de participación electoral también disminuyen (Figura 6.5). Además de este escrutinio, las naciones de Europa del Este que lograron la democracia en tiempos recientes son buenas candidatas para cuestionar este supuesto. Los datos de estos países sugieren dos patrones. Primero, las tasas de participación electoral en Europa del Este han imitado la tendencia de disminución con el tiempo que hemos visto en todo el mundo, e incluso la pendiente es más empinada entre ellos que en las democracias maduras mostradas antes. Segundo, la medición del respeto por los contraargumentos, en estos casos, muestra una pequeña

pero inconclusa disminución a largo plazo (Figura 6.6). Aunque el periodo de tiempo que analizo aquí es más corto, podemos identificar patrones similares relacionados con la participación política y la polarización de la deliberación en estas nuevas democracias.

Figura 6.6: Participación electoral y respeto por los contraargumentos en países democráticos libres (Freedom House)

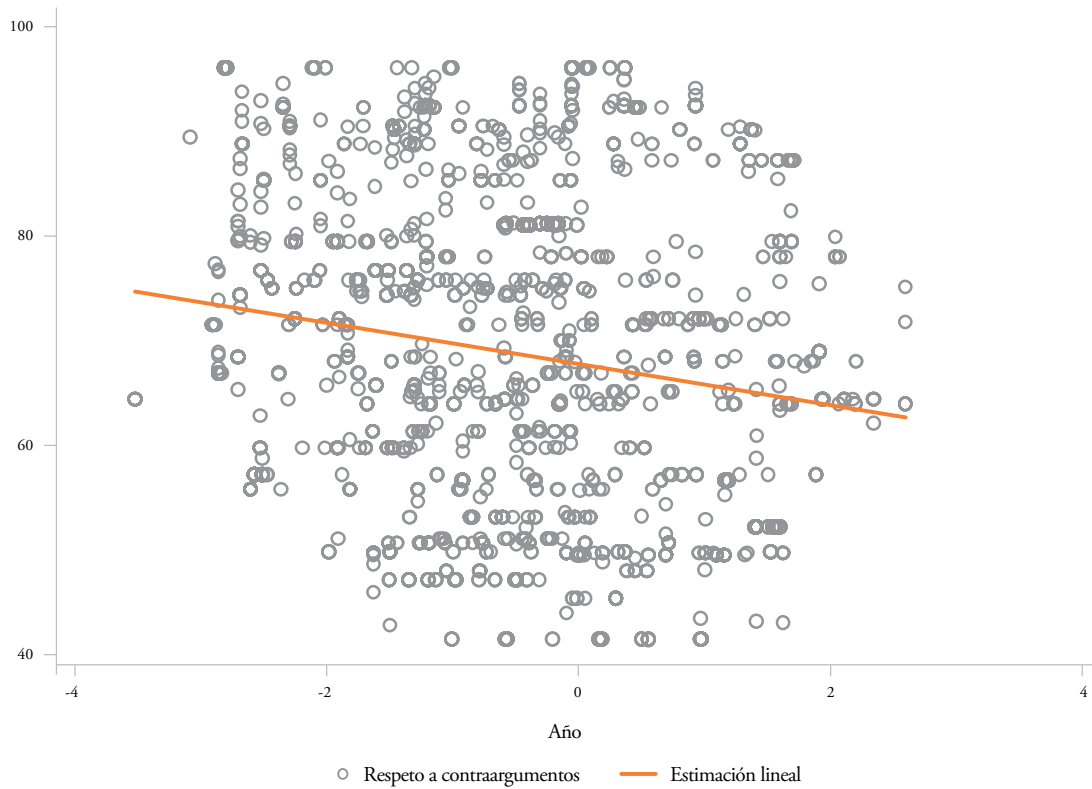
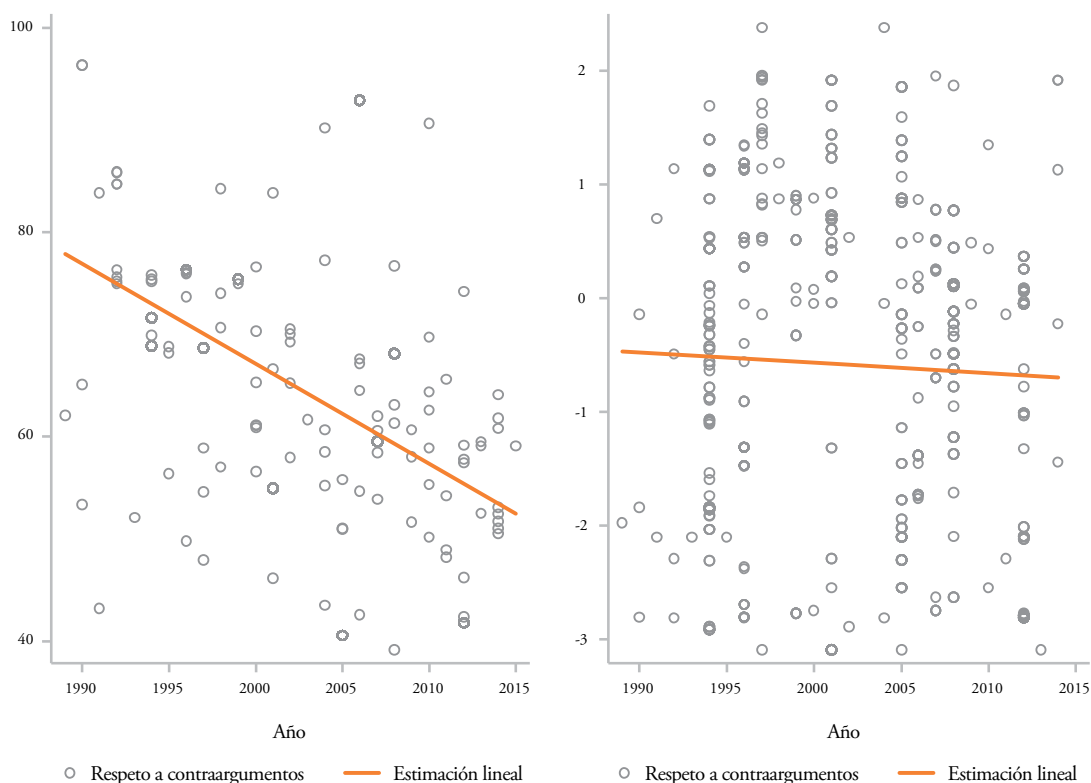


Figura 6.7: Participación electoral y respeto por los contraargumentos en países de Europa del Este



Conclusiones

En la literatura especializada, los malos resultados políticos se atribuyen a menudo, aunque no exclusivamente, a la polarización. El estancamiento político, los rendimientos políticos inadecuados, el extremismo ideológico, los regímenes inestables y los fracasos democráticos, han sido asociados con divisiones entre individuos en sus preferencias o posiciones políticas, sin importar si son políticos o ciudadanos corrientes. En la opinión común, una deliberación polarizada se ha visto tradicionalmente como una fuente de conflicto y con desacuerdos irreconciliables, hasta el punto de que muchos investigadores aconsejan no incurrir en ella. Incluso, en la creencia tradicional, popularmente se dice: divide y vencerás. En suma, la polarización ha sido percibida como una condición indeseable para democracias maduras.

A pesar de la percepción negativa dominante acerca de la deliberación polarizada, en este capítulo demuestro un efecto positivo de la polarización para la convivencia democrática. Sugiero que la polarización es un mecanismo causal clave para estimular la movilización de los votantes a las urnas. Por consiguiente, una deliberación polarizada provoca la participación al facilitar las condiciones indispensables para el surgimiento de identidades partidarias dinámicas entre los votantes que los movilizan y activan hacia las mesas electorales. De esta forma las tasas de participación electoral continuarán siendo altas mientras la competencia electoral se mantenga polarizada. Por lo tanto, el mejor escenario para alentar a los votantes es uno caracterizado por fuertes identidades políticas que surgen en una contienda electoral profundamente dividida.

Sin embargo, los índices de participación electoral son sensibles a los cambios en los niveles de polarización a largo plazo. Más concretamente, los votantes votan menos de lo que solían hacerlo si la competencia de identidades se vuelve menos polarizada. Dicho cambio, no es percibido de inmediato debido a que sigue una secuencia temporal distinta en dos tipos de votantes diferentes. Primero, conforme la polarización empieza a disminuir, la fuerte adhesión al partido empieza a disminuir, empujando lentamente a los votantes habituales fuera de las urnas electorales. Segundo, los votantes que entran a la contienda electoral en un contexto no polarizado, carecen de los incentivos para presentarse a votar que existían en un ambiente electoral dividido. El efecto neto de la combinación de estos dos tipos de votantes, es una reducción en las tasas de participación electoral y como resultado, la competencia electoral entra en una fase de letargo en la cual los votantes exhiben una desmovilización progresiva y si las tasas de participación continúan a la baja, la intención de voto a la baja pudiese congelarse.

Capítulo 7

DIVIDE Y VOTARÁS: TENSOS EQUILIBRIOS EN DEMOCRACIA

Casi dos tercios de las democracias establecidas en el mundo han experimentado una reducción en la participación electoral desde 1945. Bajo condiciones normales, la retirada de las urnas de una parte significativa del electorado debería despertar las alarmas con respecto a la legitimidad de las autoridades electas y sus decisiones. Además, una era de poca participación electoral se puede interpretar como si las adhesiones al sistema político fueran frágiles y vulnerables. También, las circunstancias relacionadas con una baja concurrencia a las urnas pueden causar un efecto de largo plazo en la conducta política de los individuos. En suma, la caída de la participación es muchas veces percibida como una señal de insatisfacción de los votantes o su desconexión con el sistema político. Lo anterior podría tener impactos dramáticos y duraderos en el apoyo y viabilidad de la democracia a largo plazo. En el peor de los escenarios, este legado podría extender la apatía de los individuos hacia la política por el resto de sus vidas, haciendo que la baja participación electoral se pudiese congelar por décadas, por lo tanto, si queremos entender las implicaciones del declive en la asistencia a las urnas en democracias maduras, primero tenemos que comprender las condiciones bajo las cuales estas reducciones ocurren. El objetivo de este trabajo era encontrar respuestas a las preguntas del por qué la participación ha disminuido a través del tiempo. Con esta investigación he tratado de mostrar en primer lugar, por qué la gente cambia los patrones de conducta de voto a largo plazo; y, segundo, cuáles factores impulsan estas tendencias.

El propósito clave de este libro es contribuir a entender por qué vemos cambios en la participación electoral en muchas democracias estables a nivel mundial. Los especialistas han ofrecido diferentes razones del por qué alguna gente va a las urnas mientras otros carecen de incentivos para votar. Sin embargo, pocos esfuerzos han hecho énfasis en las causas por las cuales algunos votantes exhiben persistencia al votar a través del tiempo o en su defecto la falta de persistencia, he ahí el rompecabezas de este libro. Este libro contiene dos grandes partes. En la primera examino en detalle varias explicaciones individuales de las tendencias de participación. En la segunda aporto un argumento teórico acerca de los factores macro que influyen la participación electoral de los ciudadanos.

En el Capítulo 2 analizo la literatura sobre participación electoral y construyo un modelo econométrico base usando los supuestos más comunes y tradicionales en estos estudios. Dada la aceptación casi universal, de los hallazgos que muestran que los atributos sociodemográficos impactan los patrones de voto de los ciudadanos, pareciera normal comenzar por analizar resultados de modelos base o iniciales en el campo (Downs 1957, Finkel 1985, Rosenstone, 1993, Brady et al. 1995, Bratton 1999, Gerber, Green et al. 2008).

La opinión canónica plantea que la participación electoral difiere de acuerdo con el género (Chaney 1979, Desposato y Norrander 2009), incrementa conforme los individuos envejecen (Niel y otros. 1974, Wass 2007) y contraen matrimonio (Straist 1990, Kern 2010, Stoker y Jennings 1995). Los resultados en este capítulo confirman los ya conocidos hallazgos. Además, los datos revelan una reversión en la intención de voto en favor de las mujeres en Costa Rica desde 1990, similar a lo experimentado por otras democracias. En suma, la misión de este Capítulo 2 era establecer la base para un análisis más sofisticado e innovador en los capítulos 3-6.

Los capítulos 3-5 de este libro analizan los microfundamentos de la participación electoral a través del tiempo. En el Capítulo 3 estudio la influencia de uno de los principales detonantes de la participación electoral. Los expertos argumentan que bajo circunstancias normales los individuos desarrollarán un voto habitual como una función del tiempo, lo que básicamente significa que si alguien vota en la elección anterior, sus probabilidades de participación en una segunda o tercera convocatoria deberían ser más

altas *per se*. La lógica de este supuesto sugiere que participar en nuestra primera votación deja una profunda huella en la conducta política de los individuos a largo plazo (Denny y Doyle 2009). A pesar de que hay un gran consenso sobre este tema, hay poca evidencia con respecto a los mecanismos que impulsan la conducta electoral durante un periodo decisivo del voto habitual en el tiempo. La evidencia empírica revela que, si se vota una vez, esa conducta incrementa las probabilidades de votar una segunda, pero si se vota dos veces hay más posibilidades de hacerlo una tercera, y así sucesivamente.

En el Capítulo 4 examino el dilema del por qué los individuos que fueron socializados en un periodo de alta participación electoral, en el cual sus progenitores y familiares estaban activos en política, exhiben niveles más bajos de participación que las generaciones anteriores. El punto de vista tradicional acerca del proceso de socialización política recae, con bastante peso, en la idea de que los padres transmiten directamente a sus hijos la mayor parte de sus puntos de vista políticos o creencias (Hyman 1959, Davies 1965, Neimi y Sobieszck 1977). La literatura argumenta que los hijos tienden a replicar los valores de sus padres en temas sociales y políticos.

El análisis en el capítulo 4 muestra que, como se esperaba, los votantes que tienen padres activos políticamente tienen la tendencia a presentarse a las urnas. No obstante, los resultados confirman que la intensidad de la influencia de los padres varía a través del tiempo. Usando la fecha de elección en la que se es elegible por primera vez, demuestro que los efectos de la influencia de los padres cambian a través de los años. Esta influencia es mayor cuando los ciudadanos tienen sus primeras experiencias como votantes y disminuye conforme nuevas oportunidades de votar van ocurriendo. Bajo estas condiciones, una porción significativa de los miembros mayores del electorado socializan y transmiten a sus hijos, y según la cadena intergeneracional, bajos niveles de participación que son aprendidos y adoptados por una tercera generación, con el riesgo de que estos, a su vez, transmitan dichos patrones a generaciones sucesivas.

De igual manera, la evidencia recopilada en dicho capítulo revela que las madres son los agentes de socialización política más influyentes en Costa Rica. Lo anterior es un hallazgo muy interesante desde una perspectiva comparada, particularmente si consideramos que en muchas democracias alrededor del planeta, la participación electoral

de las mujeres es más baja que la de los hombres. Las mujeres poseen no solamente una posición ventajosa en términos de la conducta de sus hijos, además de que el impacto se presenta en los hijos e hijas en un mayor grado que la influencia de los padres. Una conexión biológica más fuerte con los hijos coloca a las mujeres en una posición de liderazgo vis-à-vis con los hombres al moldear la conducta política de los individuos, particularmente en las etapas tempranas de la participación electoral.

El último capítulo de la trilogía inicial examina uno de los factores individuales poco explorados que incide en la conducta de voto, como es la influencia recíproca de los cónyuges. La creencia popular en la literatura postula que, aunque el comportamiento político de las parejas puede ser diferente al principio, converge y se unifica (Glaser 1959, Milbrath 1965). Al respecto, se han postulado dos teorías contrapuestas para explicar si la tendencia en la participación del cónyuge afecta la conducta electoral del otro cónyuge. Trabajos anteriores argumentan que dicha influencia solo ocurre a través del tiempo. Así que, al parecer, compartir la vida con otra persona, particularmente si dicho individuo muestra una fuerte tendencia a votar, podría cambiar la forma en que se actúa en la política (Cutts y Fieldhouse 2009).

Los revisionistas critican estas teorías argumentando que la escogencia de cónyuge, más que la influencia a través del tiempo de uno de los cónyuges, es el factor clave para explicar por qué los individuos casados muestran una motivación mayor a votar que los solteros (Feng y Baker 1994, Watson et al. 2004). En este libro apoyo las teorías que sugieren que los efectos del matrimonio en la participación electoral ocurren a través del mecanismo de influencia mutua. De esta forma pongo a prueba una manera metodológica de abordar la relación endógena entre la conducta de los cónyuges y la participación electoral. La evidencia muestra que entre más alta la ocurrencia de voto de los cónyuges, mayores serán los niveles de participación electoral, y los hallazgos se mantienen después de controlar y corregir la endogeneidad presente en esa relación. En suma, el adagio popular que dice que “dos se hacen uno” se aplica a la política electoral.

Los capítulos del 3 al 5 innovan con respecto a la compilación y uso de la información en relación con la participación electoral que ha probado ser muy difícil de sistematizar para un país entero. Por ejemplo, en el Capítulo 3 uso dos conjuntos de datos diferen-

tes. El primero es la versión completa del panel de individuos con derecho al voto en Costa Rica en cinco de las más recientes elecciones presidenciales: 1994, 1998, 2002, 2006, y 2010. La segunda es una versión reducida del panel anterior y que incluye solo a las personas que comenzaron a votar al mismo tiempo en 1994 y después, los que nacieron entre 1973 y 1987.

Para el propósito de analizar la relación entre hijos y padres con respecto a los patrones de participación electoral, en el Capítulo 4 combiné información de dos conjuntos de datos diferentes a los cuales tuve acceso. Integré los datos del Registro Civil, que es un conjunto de datos universal de registro de nacimientos con una base de datos que incluye la conducta política de los votantes. De forma similar al estudiar la influencia de los cónyuges en la ocurrencia de voto en el Capítulo 5 fue posible integrar el conjunto de datos del registro de estado civil con el de participación electoral.

En suma, los capítulos 2-5 apuntan a que los microfundamentos de la participación electoral cambian en una democracia estable a través del tiempo. En el Capítulo 2 confirmé los hallazgos que se refieren a la participación electoral de los votantes: la edad aumenta los niveles de ocurrencia de voto; las cohortes con más edad se presentan a las urnas más seguido que las generaciones más jóvenes; los votantes casados muestran tasas de participación más altas que los solteros. En el Capítulo 3 muestro que la probabilidad de votar en el futuro se hace más grande gradualmente si alguien comenzó a votar a una edad temprana y votó en la elección previa. El Capítulo 4 estudia el impacto de la conducta de los padres en la manera que los hijos se acercan a las urnas a votar. Como se esperaba, el análisis muestra que los votantes que tienen padres políticamente activos tienen más probabilidades de acudir a las urnas. Además, la evidencia confirma que la intensidad de la influencia de los padres sobre los hijos cambia con el tiempo: la influencia de los progenitores es mayor cuando los votantes se encuentran en etapas tempranas de su participación electoral y disminuye conforme nuevas oportunidades de votos van apareciendo. Finalmente, en el Capítulo 5 demuestro que después de corregir el problema de la endogeneidad, entre más altos los niveles de la participación electoral de cualquiera de los cónyuges, más altos los niveles de participación electoral del otro u otra.

En el último capítulo de esta sección argumenté que la participación electoral de los votantes a través del tiempo es solo parcialmente explicada por el nivel de atributos de los individuos y el proceso de socialización política. Las conclusiones de los capítulos previos, a pesar de que incrementan nuestro conocimiento con respecto a las tendencias de participación electoral de los votantes, puede que no explique completamente el declive del voto en el largo plazo.

En la segunda parte de este libro voy más allá de un planteamiento puramente individual y propongo una explicación macro de los cambios en la participación electoral. Esto es sin duda el aporte más relevante de esta investigación. La principal contribución teórica es la identificación de los mecanismos causales que explican el efecto de la polarización política en la participación electoral. Mi argumento postula que, una deliberación polarizada, en lugar de desmotivar a los participantes, los anima a acercarse a las urnas. Aunque este supuesto no es enteramente nuevo en la literatura (Hetherington 2008, Abramowitz y Sanders 2008), planteo que no es la polarización en sí misma la que motiva a los individuos, como ha sido sugerido por otros. La competición electoral crea las condiciones para la emergencia de identidades partidarias las cuales son selectivamente activadas a través de una deliberación política dividida.

Una identidad social se define típicamente como estar consciente del objetivo de la membresía en un grupo y su sentido psicológico de conexión (Tajfel 1981). La membresía en grupos sociales o colectividades provee una base importante para la autodefinición. Esta teoría plantea que los individuos tratan de maximizar las diferencias dentro del grupo interno y el grupo externo, de esta forma, perciben más diferencias entre el grupo interno y el grupo externo de las que existen y muestra favoritismo hacia los miembros de su grupo de pertenencia (Tajfel y Turner 1986). El análisis ha apuntado hacia la existencia de una amenaza como uno de los factores fundamentales en el desarrollo de un punto de vista cohesivo en política y una fuerte identidad grupal. Siguiendo esta lógica, la noción de amenaza es relevante porque puede afianzar la unidad del grupo, además de incrementar la hostilidad hacia los que no pertenecen a dicho grupo (Huddy 2013). Es decir, una amenaza externa aumenta la solidaridad dentro del grupo de pertenencia y refuerza los límites de dicho grupo, en proporción directa con el grado de amenaza (Cosser 1956, Le Vine y Campbell 1972).

Los investigadores han teorizado que una deliberación polarizada puede llegar a ser una amenaza a la identidad social y desencadenar acciones políticas. Huddy et al. (2010: 5), creen que “una polarización partidaria no es un artefacto fundamental de la defensa enérgica de principios ideológicos, sino más bien se deriva de la amenaza hacia la condición grupal y hacia la competencia entre grupos”. Carmines y Stimson (1989) muestran que cuando los partidos están de acuerdo con las políticas, se vuelven irrelevantes para los ciudadanos. Pero, cuando no se ponen de acuerdo, el conflicto partidario se intensifica y los partidos políticos parecen ser más importantes. De esta manera, cuando los partidos convergen, y se diluyen sus “marcas” llega a ser más difícil para los votantes distinguirlos, las conexiones partidarias deberían ser más débiles (Lupu 2013). Consecuentemente la polarización se correlaciona con un incremento en la ocurrencia del voto y con más votación ideológicamente consistente (Van der Eijk et al. 2005, Dalton 2008, Lachat 2008).

En términos más amplios, un contexto altamente polarizado se supone que produce una selección partidaria más clara, estimula la participación, incide en la representación y tiene una competencia partidaria más intensa. Los investigadores argumentan que “la participación electoral parece fuertemente relacionada con los sistemas políticos de polarización” (Dalton 2008: 916). En general, una deliberación altamente polarizada desencadena la movilización de los votantes a través del refuerzo de autoidentidades politizadas, como lo demostró la elección presidencial de 2018.

En mi teoría, un episodio electoral en el que la competencia está altamente polarizada es el equivalente a lo que Collier y Collier (1991) llaman coyunturas críticas, definido como un periodo de cambio significativo y que produce diferentes legados. En el caso de Costa Rica la guerra civil de 1948 y sus efectos, que reconfiguró el escenario político y la competencia entre partidos, enlaza muy bien con esta definición de momentos cruciales de la historia. Estos momentos dramáticos en los eventos políticos pueden producir un alza repentina en la prominencia y/o en la peculiaridad de un grupo, de esta forma se alienta un incremento en su identificación (Conover 1984). Así las identidades partidarias son un subproducto de un clivaje, una profunda división política que se forma a través de una serie de pasos intermedios. Esencialmente, estas identidades son la clase de legados que los investigadores de la coyuntura crítica han teorizado (Collier y Collier 1991).

Cuando un clivaje político conlleva a la polarización, energiza y moviliza a los votantes. Después de esto, las narrativas y experiencias personales asociadas a un episodio de polarización actúan como un recordatorio a los votantes acerca de con cuál partido se identifican y quiénes son sus oponentes. Esencialmente, entre más polarizada la deliberación pública, más fácil será para los ciudadanos emitir su voto. La participación electoral es una función del nivel de polarización de la deliberación al momento en el que los votantes se unen al electorado. Si la deliberación cuando los individuos obtienen su derecho al voto está polarizada, los incentivos de los votantes por participar son más altos. Sin embargo, si la deliberación cuando comienzan su participación en política es menos polarizada, las motivaciones para acercarse a las urnas electorales son menores. Como resultado, un importante segmento del electorado vota en tasas menores de lo que lo hicieron en el pasado y los nuevos votantes se integran al ámbito político en tiempos de desmovilización y despolarización.

De aquí que las identidades politizadas que llegan a ser sobresalientes en contextos polarizados para formar la conducta política de los votantes, son el disparador de altos niveles de participación electoral. Bajo estas circunstancias los niveles de participación electoral serán altos en tanto que la competencia del electorado se mantenga sobresaliente en la mente de los votantes. Sin embargo, estas identidades pueden erosionarse o desaparecer alejando a los individuos de las urnas, si no hay otra división política profunda o si la antigua se vuelve simplemente intrascendente. En otras palabras, si no ocurre otro clivaje, los incentivos para la participación electoral disminuyen y las tasas de participación permanecerán bajas. Aunque la disminución gradual de las identidades no constituye necesariamente el final del legado de la coyuntura decisiva, este legado se encuentra en el nivel más bajo; y como resultado de la erosión en la polarización, dicho legado, ya no es tan fuerte ni influyente.

Estas conclusiones contribuyen a explicar por qué a pesar de demostrar signos irrefutables de estabilidad durante periodos largos de tranquilidad, los sistemas partidarios no se “congelan” a la larga en la forma que estaba postulado con anterioridad por Lypset y Rokkan (1967). En contextos electorales despolarizados aun electores habituales podrían no omitir su voto, o decidirse a cambiar su identidad partidaria y apoyar al partido opositor. Y para los que comienzan su vida electoral, sus adhesiones a los partidos

y consecuentemente su disposición a apoyarlos en los comicios va a ser notablemente más débil y podría permanecer sin cambio a largo plazo.

Estos hallazgos son de gran relevancia política. Primero, demuestro que una deliberación polarizada se convierte en un factor clave para la movilización de los votantes. No obstante, dichos incentivos pueden cambiar con el transcurso del tiempo, ya que pueden incrementar o disminuir. Los investigadores han identificado un patrón amplio y preocupante de debilitamiento partidario en las democracias industriales avanzadas lo que produce efectos perjudiciales en la participación electoral.

Segundo, la secuencia temporal de baja en la ocurrencia de voto difiere del declive de la polarización y la identidad partidaria. Si la polarización se debilita, las identidades partidarias se vuelven cada vez menos relevantes para movilizar los votantes. Este cambio no impacta la participación de forma inmediata, sin embargo, una identificación partidaria débil combinada con una competición despolarizada, produce un efecto de rezago en la participación electoral, que empuja las tasas de participación electoral hacia la baja en una o más generaciones posteriores. Como fue expuesto por Dalton y Wattenberg (2000: 263) “el desalineamiento está transformando la relación entre algunos votantes y los partidos políticos. Una relación que había sido vista alguna vez como un elemento esencial en el proceso de la democracia representativa”.

Sustancialmente, una consecuencia práctica de mi explicación expone que hay un tenso y complejo equilibrio entre acuerdo y conflicto en regímenes democráticos con respecto a la participación electoral, como el yin y el yang de la filosofía china. Es decir, demasiado acuerdo social desmotiva y aleja a los individuos de las urnas electorales y vuelve la competencia aburrida e irrelevante, pero, demasiado desacuerdo colectivo podría activar a los votantes de un modo que introduce tensiones y desestabiliza el sistema. De otra forma los votantes entran en un largo letargo que hace que la participación electoral disminuya, a menos que un nuevo episodio de polarización y solidez en la identidad ocurran. Una participación dinámica a la larga requiere un nivel de polarización mínimo en la deliberación pública. El mejor de los escenarios para la concurrencia a las urnas se encuentra en algún lugar entre los dos extremos. A esto le llamo el *dilema de los tenso equilibrios electorales* en los regímenes democráticos.

Finalmente, los hallazgos empíricos y teóricos de este libro dejan aún muchas preguntas sin respuesta. En esta sección propongo algunos caminos para contribuir a la comprensión del por qué la participación electoral cambia con el tiempo.

Se ha dedicado mucho esfuerzo para encontrar una explicación del por qué algunos votan mientras otros prefieren no hacerlo. Una gran cantidad de literatura analiza los principales determinantes de la incidencia de voto. Se encuentran múltiples y diversas teorías a mano, que explican por qué los individuos se presentan a las urnas electorales. La lista es larga y cubre una amplia gama de tradiciones teóricas incluyendo marcos de referencia de economía, institucional, conductiva, biológica, sociológica, antropológica, histórica y psicológica. Menos atención se presta al estudio del por qué los individuos cambian sus patrones de voto durante su vida. La mayor parte del tiempo este tipo de estudios son severamente limitados por la información disponible. No obstante, mucha más información es accesible hoy de la que había en el pasado y se puede analizar otras dimensiones de la participación electoral. Estudiando la dinámica de la incidencia de voto a largo plazo nos permitiría una mejor comprensión de qué motiva los cambios en la disposición de los individuos a votar. En estas páginas he propuesto una serie de factores tanto individuales como macro, pero se necesita mucho más análisis. Además, encontrar mejores explicaciones a los cambios en la participación electoral a través del tiempo es un camino muy interesante por explorar.

Sabemos mucho más acerca de cómo se desarrolla la participación electoral a través del tiempo en democracias establecidas que en las menos consolidadas. Existe un desequilibrio de conocimiento con respecto a este tema. Necesitamos resolver si los hallazgos que muestran que los cambios en el nivel de polarización alteran los movilizados del voto en democracias establecidas y si pueden viajar a otros escenarios, en especial con referencia a democracias menos consolidadas. La disminución en la participación electoral en las últimas siete décadas no es exclusiva de regímenes democráticos establecidos como lo demuestro en el primer capítulo. También la tendencia al descenso no ocurre solamente, o, principalmente con sistemas presidenciales o parlamentarios. De hecho, la tendencia no es intrínseca a sistemas bipartidistas o multipartidistas. Ha ocurrido en todas partes. Tentativamente, el mismo argumento causal identificado en mi teoría podría aplicarse a democracias menos establecidas. Una limitación muy importante que

tenemos que considerar entre estos casos es el número de elecciones libres y limpias a las que se tenga acceso. Sin embargo, el número de democracias a nivel mundial ha incrementado significativamente. Los casos que todavía no se consideran como consolidados al día de hoy podrían lograrlo en algún momento en el futuro y ser buenos candidatos para probar esta teoría.

Por otro lado, buena parte de los factores negativos asociados a los sistemas políticos son con frecuencia atribuidos a la polarización de la sociedad. Estancamiento, inestabilidad y violencia, entre otros, han sido asociados con mayores posiciones irreconciliables entre los actores políticos. Basándome en una de las pocas medidas de deliberación macro disponibles, llamada *respeto de los contraargumentos*, encontré un efecto positivo de la polarización en la política electoral. A pesar de que la medida de *Varieties of Democracy* está basada en la percepción, dado que se basa en códigos de percepción de expertos y podría no tomar en cuenta todos los atributos relacionados con la deliberación, exhibe una tendencia general que es, como un todo, consistente con la evolución observada en el país de eventos y situaciones políticos. En otras palabras, aunque lo anterior no es una medida perfecta, por lo menos captura los atributos mínimos requeridos. Dicho esto, una sugerencia interesante sería diseñar una nueva medida de polarización que nos permita comparar a través del tiempo y entre casos. Esta nueva medida nos daría una mejor idea para estudiar las implicaciones de la polarización en diferentes aspectos incluyendo la incidencia del voto.

El desacuerdo político en los regímenes democráticos es usualmente percibido como una mala condición. Discutir que algún grado de desacuerdo es bueno para las democracias establecidas y es particularmente importante para la participación electoral, es controversial porque un nivel extremo de divergencia puede llevar a un colapso político. No obstante, se pueden identificar algunos beneficios asociados a una deliberación polarizada.

En este libro proveo evidencia con referencia a los efectos positivos de la polarización en la participación electoral, a través de la alteración de los incentivos de los individuos para acercarse a las urnas electorales. Dicho efecto positivo podría no ser el único. Podemos identificar otros efectos beneficiosos. Desde el punto de vista del ciudadano, en contextos polarizados las personas tienen más claro qué es lo que están representando y qué es lo que se quiere.

Desde la perspectiva institucional, los partidos políticos pueden definir sus posiciones políticas y sus intereses de cierta forma que sea más fácil para el electorado identificar las propuestas partidarias y a la vez identificar con cuál ideología se sienten más cercanos los ciudadanos. En contraste, en el contexto en el que las posiciones partidarias son muy similares a los otros partidos, el costo de identificar las diferencias entre partidos e identificar cuál se acerca más a las preferencias del votante, o cual está más lejos de sus preferencias será mucho mayor.

Desde el punto de vista representativo, a pesar de que pueden enfrentarse con más dificultades para construir coaliciones duraderas, un marco polarizado puede ser un mejor escenario para un presidente o un legislador dado que, pueden enmarcar y transmitir conocimiento al público, a priori, y enviar señales muy claras que guiarán la conducta del votante.

Finalmente, la polarización puede incrementar la confianza en el gobierno por dos razones. Primero, en contextos polarizados los individuos se identifican fuertemente con los que están a cargo del gobierno. Segundo, la confianza en el gobierno puede ser más elevada en contextos altamente polarizados debido a que a la hora de escoger a quién apoyar u oponerse, los individuos estarán más seguros de qué esperar de ellos y anticipar sus decisiones.

ANEXOS

Anexo 1

Características personales de los entrevistados

Seudónimo	Género	Edad	Provincia	Tipo de votante
María	Mujer	90	San José	Abstencionista
Juan	Hombre	25	Heredia	New voter in 2010
Carmen	Mujer	37	Puntarenas	Votante habitual
Raúl	Hombre	45	Puntarenas	Votante habitual
Vanessa	Mujer	55	San José	Votante habitual
Juana	Mujer	45	San José	Votante habitual
Ramón	Hombre	70	San José	Abstencionista
Elisa	Mujer	70	Heredia	Votante habitual
Ana	Mujer	35	Cartago	Vota aleatoriamente
Lucía	Mujer	60	Guanacaste	Votante habitual
Alberto	Hombre	80	Heredia	Votante habitual
Julio	Hombre	70	Heredia	Votante habitual
Bernal	Hombre	65	San José	Vota aleatoriamente
John	Hombre	37	Heredia	Vota aleatoriamente
Oscar	Hombre	70	San José	Votante habitual
Ronny	Hombre	50	Cartago	Vota aleatoriamente
Sara	Mujer	30	Cartago	Vota aleatoriamente
Luis	Hombre	55	Puntarenas	Vota aleatoriamente
Carlos	Hombre	37	San José	Vota aleatoriamente

Anexo 2

Cuestionario

1. ¿Creciste en una familia que habla regularmente sobre política? comparten intereses similares en la política; unirse a los partidos políticos o votar cada vez que pueda.
2. ¿Cuándo empezó usted a votar?, ¿Cómo lo recuerda?
3. Háblame de cómo es un día de elecciones para usted, ¿Sigue usted una rutina personal o familiar ese día?, ¿Qué hace usted ese día?, ¿Qué cosas recuerda usted de ese día?
 - a. ¿Recuerda usted si sus padres votaron en el pasado? ¿Los acompañaste a las urnas? ¿Estuvieron de acuerdo en su preferencia por los partidos o candidatos? ¿Siempre votaron? ¿O sólo a veces?
 - b. ¿Crees que tu opinión sobre votar en las elecciones ha cambiado producto de:
 - i. Envejecer
 - ii. Se ha mudado de lugar de residencia (en caso de que lo haya hecho)
 - iii. Casarse (en caso de que lo haya hecho)
 - iv. Que se haya desilusionado de los políticos (en caso de que lo haya hecho)
4. ¿Recuerda si hubo algunos eventos que lo hicieron más o menos interesado en la política? ¿Cuáles? ¿Por qué? ejemplos: combo del ICE, huelga de maestros, negociación del Tratado de Libre Comercio, escándalos de corrupción, etc.

Preguntas para votantes casados:

5. ¿Usted habla con su esposa sobre política?, ¿Con qué frecuencia?
 - a. ¿Tienen su pareja y usted una misma preferencia por partidos o candidatos?
 - b. ¿Recuerda si su pareja y usted han estado de acuerdo en temas controvertidos (negociación del Tratado de Libre Comercio por ejemplo)?
 - c. ¿Su pareja y usted siempre han votado? ¿O sólo a veces?
 - d. ¿Su pareja y usted van a las urnas juntos?

BIBLIOGRAFÍA

- Aarts, H., B. Verplanken y A. van Knippenberg (1998). "Predicting Behavior From Actions in the Past: Repeated Decision Making or a Matter of Habit?" *Journal of Applied Social Psychology* 28(15): 1355-1374.
- Abramowitz, A. I. (2010). *The disappearing center: Engaged citizens, polarization, y American democracy*. New Heaven: Yale University Press.
- Abramowitz, A. I. y K. L. Saunders (2008). "Is polarization a myth." *Journal of Politics* 70(2): 542-555.
- Abramowitz, A. I. y W. J. Stone (2006). "The Bush effect: Polarization, turnout, y activism in the 2004 presidential election." *Presidential Studies Quarterly* 36(2): 141-154.
- Abrams, D. (1994). "Political distinctiveness: An identity optimising approach." *European Journal of Social Psychology* 24(3): 357-365.
- Abrams, D. (2015). *Social Identity y Intergroup relations*. M. S. Mikulincer, Phillip R; Dovidio, John F; Simpson, Jeffrey A. In: *Handbook of Personality y Social Psychology*. Washington: American Psychological Association. (2): 203-228.
- Abrams, D. y N. Emler (1992). "Self-denial as a paradox of political y regional social identity: Findings from a study of 16–y 18–year-olds." *European Journal of Social Psychology* 22(3): 279-295.

- Acock, A. C. y V. L. Bengtson (1978). "On the Relative Influence of Mothers y Fathers: A Covariance Analysis of Political y Religious Socialization." *Journal of Marriage y Family* 40(3): 519-530.
- Aldrich, J., J. Montgomery y W. Wood (2011). "Turnout as a Habit." *Political Behavior* 33(4): 535-563.
- Alfaro-Redondo, R. (2014). "Lifecycle changes y the activation of habitual voting: The case of Costa Rica." *Electoral Studies* 35(0): 188-199.
- Alfaro-Redondo, R., J. Vargas-Cullell y M. Seligson (2015). *Political Culture in Costa Rica: Long-term slide continues in attitudes favoring stable democracy. Perspectivas desde el Barómetro de las Américas: 2015. Insights Series.* Nashville, Vanderbilt University.
- Alford, J. R., P. K. Hatemi, J. R. Hibbing, N. G. Martin y L. J. Eaves (2011). "The politics of mate choice." *The Journal of Politics* 73(02): 362-379.
- Alford, R. R. y E. C. Lee (1968). "Voting turnout in American cities." *American Political Science Review* 62(03): 796-813.
- Alt, J., I. Crewe y T. Fox (1977). *Non-Voting in British General Elections 1966-October 1974.* London: Croom Helm.
- Andersen, K. (1975). *Working women y political participation, 1952-1972.* *American Journal of Political Science*, 439-453.
- Andolina, M. W., K. Jenkins, C. Zukin y S. Keeter (2003). "Habits from home, lessons from school: Influences on youth civic engagement." *Political Science y Politics* 36(02): 275-280.
- Barber, B. (1984). *Strong democracy: Participatory democracy for a new age.* Berkeley: University of California.
- Barquero, J. y W. Molina (2012). *Nuevas tendencias de la migración interna en Costa Rica. Hacia un patrón de migración intrametropolitana en la GAM. 2000-2011. Simposio Costa Rica a la luz del Censo 2011.* San José, Costa Rica., Instituto Nacional de Estadística y Censos: 1-11.

- Beck, P. A. (1977). The role of agents in political socialization. In: Renshon, S. *Handbook of Political Socialization*. New York, Free Press: 115-141.
- Beck, P. A. (1991). "Voters' Intermediation Environments in the 1988 Presidential Contest." *Public Opinion Quarterly* 55(3): 371-394.
- Beck, P. A. y M. K. Jennings (1982). "Pathways to participation." *American Political Science Review* 76(01): 94-108.
- Bélanger, P. y M. Eagles (2007). "Partisan Cross-Pressure y Voter Turnout: The Influence of Micro y Macro Environments." *Social Science Quarterly* 88(3): 850-867.
- Bell, M. y C. Charles-Edwards (2013). *Cross-national comparisons of internal migration an update on global patterns y trends*. New York: United Nations.
- Bell, M. y S. Muhidin (2009). *Cross-national comparisons of internal migration*. Human Development Research Paper. New York: United Nations Development Program.
- Bengtson, V. L., T. J. Biblarz y R. E. Roberts (2002). *How families still matter: A longitudinal study of youth in two generations*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Berelson, B. R., F. L. Paul y a. W. N. McPhee. (1954). *Voting: A study of opinion formation in a presidential campaign*, Chicago: University of Chicago Press.
- Berger, J., M. Meredith y S. C. Wheeler (2008). "Contextual priming: Where people vote affects how they vote." *Proceedings of the National Academy of Sciences* 105(26): 8846-8849.
- Berglund, F., S. Holmberg, H. Schmitt y J. Thomassen (2005). Party identification y party choice. In: J. Thomassen. *The European Voter: a Comparative Study of Modern Democracies*. Oxford, Oxford University Press: 106-124.
- Bhatti, Y. (2012). "Distance y Voting: Evidence from Danish Municipalities." *Scandinavian Political Studies* 35(2): 141-158.
- Bhatti, Y., J. O. Dahlgaard, J. H. Hansen y K. Hansen (2014). How voter mobilization spread in households y families—The use of short text messages on cell phones to boost turnout. APSA 2014 Annual Meeting Paper.

- Bhatti, Y., K. Hansen y H. Wass (2012). Voting for the Very First Time: The Effect of Past Eligibility on Turnout. APSA 2012 Annual Meeting Paper.
- Bhatti, Y. y K. M. Hansen (2012). "Leaving the nest y the social act of voting: turnout among first-time voters." *Journal of Elections, Public Opinion & Parties* 22(4): 380-406.
- Bhatti, Y. y K. M. Hansen (2013). The effect of co-residence on turnout. MPSA Annual Conference 2013.
- Bhatti, Y., K. M. Hansen y H. Wass (2012). "The relationship between age y turnout: a roller-coaster ride." *Electoral Studies* 31(3): 588-593.
- Blais, A. (2000). *To vote or not to vote?: the merits y limits of rational choice theory*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Blais, A. (2006). "What affects voter turnout?" *Annual Review of Political Science* 9(1): 111-125.
- Blais, A. y C. H. Achen (2010). "Taking civic duty seriously: Political theory y voter turnout." Unpublished manuscript.
- Blais, A. y A. Dobrzynska (1998). "Turnout in electoral democracies." *European Journal of Political Research* 33(2): 239.
- Blais, A., E. Gidengil y N. Nevitte (2004). "Where does turnout decline come from?" *European Journal of Political Research* 43(2): 221-236.
- Bolaños, L. y I. Montenaro (2007). "Ley de Paternidad Responsable y Registro Civil." *Revista de Derecho Electoral* (4): 1-25.
- Boulianne, S. y M. Brailey (2014). "Attachment to Community y Civic y Political Engagement: A Case Study of Students." *Canadian Review of Sociology* 51(4): 375-388.
- Brady, H. E., S. Verba y K. L. Schlozman (1995). "Beyond SES: A Resource Model of Political Participation." *American Political Science Review* 89(2): 271-294.
- Bratton, M. (1999). *Political participation in a new democracy: institutional considerations from Zambia*. Glasgow: Centre for the Study of Public Policy, University of Strathclyde.

- Brewer, M. B. (1991). "The social self: On being the same y different at the same time." *Personality y Social Psychology Bulletin* 17(5): 475-482.
- Brewer, M. B. y R. J. Brown (1998). Intergroup relations. In: Gilbert D., y Lindzey G. *The Handbook of Social Psychology*. Boston: McGraw-Hill. 2: 554-594.
- Brody, R. A. y P. M. Sniderman (1977). "From Life Space to Polling Place: The Relevance of Personal Concerns for Voting Behavior." *British Journal of Political Science* 7(03): 337-360.
- Brown, R. (2000). "Social identity theory: Past achievements, current problems y future challenges." *European Journal of Social Psychology* 30(6): 745-778.
- Burke, P. J. y J. E. Stets (2009). *Identity theory*. Cambridge: Oxford University Press.
- Butler, D. y D. E. Stokes (1969). *Political change in Britain; forces shaping electoral choice*. New York: St. Martin's Press.
- Buton, F., C. Lemerrier y N. Mariot (2012). "The household effect on electoral participation. A contextual analysis of voter signatures from a French polling station (1982–2007)." *Electoral Studies* 31(2): 434-447.
- Button, M. y K. Mattson (1999). "Deliberative democracy in practice: Challenges y prospects for civic deliberation." *Polity*: 609-637.
- Campbell, A., P. E. Converse, W. E. Miller y D. E. Stokes (1960). *The American Voter*. New York: Wiley.
- Campbell, A., G. Gurin y W. E. Miller (1954). *The Voter Decides*. Evanston: Row, Peterson.
- Carlin, R., M. Singer y E. Zechmeister (2015). *The Latin American Voter*. Michigan: University of Michigan Press.
- Carmines, E. G. y J. A. Stimson (1989). *Issue evolution: Race y the Transformation of American Politics*. Princeton: Princeton University Press.
- Delli, M. (1986). *Stability y change in American politics: The coming of age of the generation of the 1960s*. New York: New York University Press.

- Carreras, M. (2016). "Compulsory Voting y Political Engagement (Beyond the Ballot Box): A Multilevel Analysis." *Electoral Studies*. In Press.
- Caspi, A., y Herbener, E. S. (1993). Marital assortment y phenotypic convergence: Longitudinal evidence. *Social Biology*, 40(1-2), 48-60.
- Castro, L. J. y A. Rogers (1981). Model migration schedules: a simplified formulation y an alternative parameter estimation method. Laxenburg: International Institute for Applied Systems Analysis.
- Cesarini, D., M. Johannesson y S. Oskarsson (2014). "Pre-birth factors, post-birth factors, y voting: Evidence from Swedish adoption data." *American Political Science Review* 108(01): 71-87.
- Champion, A. G. (1989). *Counterurbanization: the changing pace y nature of population deconcentration*. London: E. Arnold.
- Chaney, E. M. (1979). *Supermadre: Women in Politics in Latin America*. Austin, University of Texas Press.
- Cho, W. K. T., J. G. Gimpel y J. J. Dyck (2006). "Residential concentration, political socialization, y voter turnout." *Journal of Politics* 68(1): 156-167.
- Clarke, J. W. (1973). "Family structure y political socialization among urban black children." *American Journal of Political Science* 17: 302-315.
- Coffé, H. y M. Voorpostel (2010). "Young people, parents y radical right voting. The Case of the Swiss People's Party." *Electoral Studies* 29(3): 435-443.
- Cohen, J. (1997). *Deliberation y Democratic Legitimacy. Deliberative Democracy: Essays on Reason y Politics*. J. R. W. Bohman. Cambridge: MIT Press.
- Collier, R. B. y D. Collier (1991). *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement, y Regime Dynamics in Latin America*. Princeton: Princeton University Press.
- Collins, N. A., S. Kumar y J. Bendor (2009). "The adaptive dynamics of turnout." *The Journal of Politics* 71(2): 457-472.

- Comisión Económica para América, L. (2008). 2007: Panorama social de América Latina. Nueva York: Naciones Unidas.
- Condon, M. y M. Holleque (2013). "Entering Politics: General Self-Efficacy y Voting Behavior Among Young People." *Political Psychology* 34(2): 167-181.
- Connell, R. W. (1972). "Political Socialization in the American Family: The Evidence Re-Examined." *The Public Opinion Quarterly* 36(3): 323-333.
- Conover, P. J. (1984). "The Influence of Group Identifications on Political Perception y Evaluation." *The Journal of Politics* 46(3): 760-785.
- Conover, P. J. (1991). "Political socialization: Where's the politics." In: Crotty, W. *Political science: Looking to the future* (3): 125-152.
- Coppedge, M. (1998). "The dynamic diversity of Latin American party systems". *Party Politics*, 4(4), 547-568.
- Coppedge, M. (2008). "Continuity y change in Latin American party systems". *Taiwan Journal of Democracy*, 3(2), 119-149.
- Coppedge, M., J. Gerring, S. I. Lindberg, J. Teorell, D. Altman, M. Bernhard, M. S. Fish, A. Glynn, A. Hicken y C. H. Knutsen (2016). *Varieties of Democracy: Codebook version 6*. Varieties of Democracy Project: Project Documentation Paper Series.
- Coppedge, M., J. Gerring, S. I. Lindberg, J. Teorell, D. Altman, M. Bernhard, M. S. Fish, A. Glynn, A. Hicken y C. H. Knutsen (2016). *Varieties of Democracy: Dataset version 6*, Varieties of Democracy (V-Dem) Project.
- Coppedge, M., J. Gerring, S. I. Lindberg, J. Teorell, D. Altman, M. Bernhard, M. S. Fish, A. Glynn, A. Hicken y C. H. Knutsen (2016). *Varieties of Democracy: Methodology version 6*. Varieties of Democracy (V-Dem) Project.
- Coppock, A. y D. P. Green (2013). Is voting habit forming? New evidence suggests that habit-formation varies by election type. Annual Meeting of the American Political Science Association.
- Coser, L. A. (1956). *The Functions of Social Conflict*. Glencoe: Free Press.

- Christy, C. A. (1987). *Sex Differences in Political Participation: Processes of Change in Fourteen Nations*. New York: Praeger.
- Cutts, D. y E. Fieldhouse (2009). "What small spatial scales are relevant as electoral contexts for individual voters? The importance of the household on turnout at the 2001 general election." *American Journal of Political Science* 53(3): 726-739.
- Czesnik, M., M. Zerkowska-Balas y M. Kotnarowski (2013). "Voting as a habit in new democracies—Evidence from Poland." *Communist y Post-Communist Studies* 46(1): 95-107.
- Dalhouse, M. y J. Frideres (1996). "Intergenerational Congruency: The Role of the Family in Political Attitudes of Youth." *Journal of Family Issues* 17(2): 227-248.
- Dalton, R. J. (1980). "Reassessing parental socialization: Indicator unreliability versus generational transfer." *American Political Science Review* 74(02): 421-431.
- Dalton, R. J. (2008). "The quantity y the quality of party systems party system polarization, its measurement, y its consequences." *Comparative Political Studies* 41(7): 899-920.
- Danner, U. N., H. Aarts y N. K. de Vries (2008). "Habit vs. intention in the prediction of future behaviour: The role of frequency, context stability y mental accessibility of past behaviour." *British Journal of Social Psychology* 47(2): 245-265.
- Davies, J. C. (1965). "The Family's Role in Political Socialization." *Annals of the American Academy of Political y Social Science* 361: 10-19.
- Davis, J. L. y C. E. Rusbult (2001). "Attitude alignment in close relationships." *Journal of personality y social psychology* 81(1): 65.
- Dawson, R. E. y K. Prewitt (1968). *Political socialization: an analytic study*. Boston, Little, Brown.
- Deaux, K. (1993). "Reconstructing Social Identity." *Personality y Social Psychology Bulletin* 19(1): 4-12.
- Deaux, K., A. Reid, K. Mizrahi y K. A. Ethier (1995). "Parameters of social identity." *Journal of personality y social psychology* 68(2): 280.

- Dennis, J. (1968). "Major problems of political socialization research." *Midwest Journal of Political Science*: 85-114.
- Dennis, J. y D. Easton (1969). *Children in the political system: Origins of political legitimacy*. New York: McGraw-Hill.
- Denny, K. y O. Doyle (2009). "Does Voting History Matter? Analysing Persistence in Turnout." *American Journal of Political Science* 53(1): 17-35.
- Desposato, S., y Norrander, B. (2009). *The Gender Gap in Latin America: Contextual y Individual Influences on Gender y Political Participation*. *British Journal of Political Science*, 39(1): 141-162.
- Diemer, M. A. (2012). "Fostering marginalized youths' political participation: Longitudinal roles of parental political socialization y youth sociopolitical development." *American Journal of Community Psychology* 50(1-2): 246-256.
- Diemer, M. A. y C. H. Li (2011). "Critical consciousness development y political participation among marginalized youth." *Child Development* 82(6): 1815-1833.
- Dinas, E. (2014). *The Long Shadow of Parental Political Socialization on the Development of Political Orientations*. The Forum.
- Dinas, E. y M. Franklin (2013). "The Shadow of the Voting Booth." Paper presented in the 7th General Conference of the European Consortium for Political Research, September 2013, Bordeaux, France.
- Dirk De Graaf, N. y A. Heath (1992). "Husbands' y Wives' Voting Behaviour in Britain: Class-dependent Mutual Influence of Spouses." *Acta Sociologica* 35(4): 311-322.
- Dowding, K., P. John y D. Rubenson (2012). "Geographic Mobility, Social Connections y Voter Turnout." *Journal of Elections, Public Opinion & Parties* 22(2): 109-122.
- Downs, A. (1957). *An Economic Theory of Democracy*. New York: Harper.
- Dryzek, J. S. (2010). *Foundations y frontiers of deliberative governance*. Oxford: Oxford University Press.

- Duck, J. M., M. A. Hogg y D. J. Terry (1995). "Me, us y them: Political identification y the third-person effect in the 1993 Australian federal election." *European Journal of Social Psychology* 25(2): 195-215.
- Erikson, E. H. (1993). *Childhood y society*. New York: WW Norton & Company.
- Esipova, N., A. Pugliese y J. Ray. (2013). "The demographics of global internal migration." Retrieved 03/02/2015, 2015, from <http://www.iom.int/cms/en/sites/iom/home/what-we-do/migration-policy-y-research/migration-policy-1/migration-policy-practice/issues/aprilmay-2013/the-demographics-of-global-inter.html>.
- Estrada-Correa, V. y M. Johnson (2012). "Foreclosure depresses voter turnout: neighborhood disruption y the 2008 presidential election in California." *Social Science Quarterly* 93(3): 559-576.
- Ethier, K. A. y K. Deaux (1994). "Negotiating social identity when contexts change: Maintaining identification y responding to threat." *Journal of Personality y Social Psychology* 67(2): 243.
- Feng, D., y Baker, L. (1994). Spouse similarity in attitudes, personality, y psychological well-being. *Behavior Genetics*, 24(4), 357-364.
- Fieldhouse, E. y D. Cutts (2012). "The companion effect: household y local context y the turnout of young people." *The Journal of Politics* 74(03): 856-869.
- Finkel, S. E. (1985). "Reciprocal Effects of Participation y Political Efficacy: A Panel Analysis." *American Journal of Political Science* 29(4): 891-913.
- Fiorina, M. P. y S. Abrams (2010). "Where's the polarization." In: Niemi, Richard G y Weisberg, Herbert F y Kimball, David C (eds.) *Controversies in voting behavior*. 309-318. Washington: CQ Press.
- Fiorina, M. P., S. J. Abrams y J. Pope (2005). *Culture war?* New York: Pearson Longman.
- Fishkin, J. S. (1991). *Democracy y deliberation: New directions for democratic reform*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Flanagan, C. A., J. M. Bowes, B. Jonsson, B. Csapo y E. Sheblanova (1998). "Ties that bind." *Journal of Social Issues* 54(3): 457-475.

- Flanagan, C. A. y L. R. Sherrod (1998). "Youth political development: An introduction." *Journal of Social Issues* 54(3): 447-456.
- Flickinger, R. S. y D. T. Studlar (1992). "The disappearing voters? Exploring declining turnout in Western European elections." *West European Politics* 15(2): 1-16.
- Fornos, C. A., T. J. Power y J. C. Garand (2004). "Explaining Voter Turnout in Latin America, 1980 to 2000." *Comparative Political Studies* 37(8): 909-940.
- Fosco, C., A. Laruelle y A. Sánchez (2011). "Turnout Intention y Random Social Networks." *Advances in Complex Systems* 14(01): 31-53.
- Fowler, J. (2005). "Turnout in a small world." In: Zuckerman, A. (ed.) *The social logic of politics: personal networks as contexts for political behavior*. Philadelphia: Temple University Press, 269-287.
- Fowler, J. H., L. A. Baker y C. T. Dawes (2008). "Genetic variation in political participation." *American Political Science Review* 102(02): 233-248.
- Fowler, J. H. y C. T. Dawes (2008). "Two genes predict voter turnout." *Journal of Politics* 70(3): 579-594.
- Fowler, J. H. y C. D. Kam (2007). "Beyond the self: Social identity, altruism, y political participation." *Journal of Politics* 69(3): 813-827.
- Franklin, M. N. (1999). "Electoral engineering y cross-national turnout differences: what role for compulsory voting?" *British Journal of Political Science* 29(01): 205-216.
- Franklin, M. N. (2004). *Voter turnout y the dynamics of electoral competition in established democracies since 1945*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Franklin, M. N., P. Lyons y M. Marsh (2004). "Generational Basis of Turnout Decline in Established Democracies." *Acta Politica* 39(2): 115-151.
- Fung, A. (2001). "Accountable Autonomy: Toward Empowered Deliberation in Chicago Schools y Policing." *Politics y Society* 29(1): 73-103.
- Fung, A. y E. O. Wright (2001). "Deepening democracy: innovations in empowered participatory governance." *Politics y Society* 29(1): 5-42.

- Gastil, J., E. P. Deess y P. Weiser (2002). "Civic awakening in the jury room: A test of the connection between jury deliberation y political participation." *Journal of Politics* 64(2): 585-595.
- Gastil, J. y J. P. Dillard (1999a). "The aims, methods, y effects of deliberative civic education through the National Issues Forums." *Communication education* 48(3): 179-192.
- Gastil, J. y J. P. Dillard (1999b). "Increasing political sophistication through public deliberation." *Political Communication* 16(1): 3-23.
- Gay, C. (2011). "Moving to opportunity: The political effects of a housing mobility experiment." *Urban Affairs Review* 48(2): 147-179.
- Gerber, A. S., D. P. Green y C. W. Larimer (2008). "Social pressure y vote turnout: Evidence from a large-scale field experiment." *American Political Science Review* 102(1): 33.
- Gimpel, J. G., J. J. Dyck y D. R. Shaw (2004). "Registrants, voters, y turnout variability across neighborhoods." *Political Behavior* 26(4): 343-375.
- Gimpel, J. G., J. C. Lay y J. E. Schuknecht (2003). *Cultivating democracy: Civic environments y political socialization in America*. Washington: Brookings Institution Press.
- Glaser, W. A. (1959). "The Family y Voting Turnout." *Public Opinion Quarterly* 23(4): 563-570.
- Glass, J., V. L. Bengtson y C. C. Dunham (1986). "Attitude similarity in three-generation families: Socialization, status inheritance, or reciprocal influence?" *American Sociological Review* 51(5): 685-698.
- Gómez, M. y J. Madrigal ([no date]). *Migración Interna en Costa Rica en el período 1927-2000*. San José, Costa Rica., Instituto Nacional de Estadística y Censos: 1-34.
- Górecki, M. A. (2013). "Electoral context, habit-formation y voter turnout: A new analysis." *Electoral studies* 32(1): 140-152.

- Green, D. P., B. Palmquist y E. Schickler (2004). *Partisan hearts y minds: Political parties y the social identities of voters*. New Heaven: Yale University Press.
- Green, D. P. y R. Shachar (2000). "Habit Formation y Political Behaviour: Evidence of Consuetude in Voter Turnout." *British Journal of Political Science* 30(4): 561-573.
- Greenawalt, K. (1989). *Speech, crime, y the uses of language*. Oxford: Oxford University Press.
- Greene, S. (1999). "Understanding party identification: A social identity approach." *Political Psychology* 20(2): 393-403.
- Greene, S. (2002). "The social-psychological measurement of partisanship." *Political Behavior* 24(3): 171-197.
- Greenstein, F. (1965). *Children y Politics*. New Haven: Yale University Press.
- Grosso, V. (2014). "Internal Migration in Developing Countries." Retrieved 02/03/2015, 2015, from http://www.diw.de/de/diw_01.c.471438.de/presse/diw_roundup/internal_migration_in_developing_countries.html.
- Gundersen, A. G. (1995). *The environmental promise of democratic deliberation*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Gutmann, A. y D. Thompson (2009). *Democracy y disagreement*. Cambridge: Harvard University Press.
- Habermas, J. (1984). *The theory of communicative action: Reason y the rationalization of society*. Boston: Beacon Press.
- Habermas, J. (1996). "Between facts y norms: contributions to a discourse theory of law y democracy." Cambridge: MIT Press.
- Harder, J. y J. A. Krosnick (2008). "Why Do People Vote? A Psychological Analysis of the Causes of Voter Turnout." *Journal of Social Issues* 64(3): 525-549.
- Harrop, M., A. Heath y S. Openshaw (1991). "Does neighbourhood influence voting behaviour-y why?" *British Elections y Parties Yearbook* 1(1): 101-120.

- Held, D. (2006). *Models of democracy*. Stanford: Stanford University Press.
- Hendriks, C. (2002). "Institutions of deliberative democratic processes y interest groups: Roles, tensions y incentives." *Australian Journal of Public Administration* 61(1): 64-75.
- Hess, R. D. y J. V. Torney-Purta (1967). *The development of political attitudes in children*. Garden: Doubleday.
- Hetherington, M. J. (2008). "Turned off or turned on? How polarization affects political engagement." In: Nivola, P. S., y Brady, D. W. *Red y blue nation: consequences y correction of America's polarized politics* (2): 1-33. Stanford: Hoover Institution on War, Revolution, y Peace, Stanford University.
- Highton, B. (2000). "Residential Mobility, Community Mobility, y Electoral Participation." *Political Behavior* 22(2): 109-120.
- Highton, B. y R. E. Wolfinger (2001). "The First Seven Years of the Political Life Cycle." *American Journal of Political Science* 45(1): 202-209.
- Hill, K. Q. y P. A. Hurley (1984). "Nonvoters in Voters' Clothing: The Impact of Voting Behavior Misreporting on Voting Behavior Research." *Social Science Quarterly* 65(1): 199-206.
- Hill, L. (2006). "Low Voter Turnout in the United States Is Compulsory Voting a Viable Solution?" *Journal of Theoretical Politics* 18(2): 207-232.
- Hirczy, W. (1994). "The impact of mandatory voting laws on turnout: A quasi-experimental approach." *Electoral Studies* 13(1): 64-76.
- Holdsworth, C. (2000). "Leaving home in Britain y Spain." *European Sociological Review* 16(2): 201-222.
- Holt, L. (1999). "Rationality is still hard work: Some further notes on the disruptive effects of deliberation." *Philosophical Psychology* 12(2): 215-219.
- Huckfeldt, R., E. Plutzer y J. Sprague (1993). "Alternative contexts of political behavior: Churches, neighborhoods, y individuals." *The Journal of Politics* 55(02): 365-381.

- Huckfeldt, R. y J. Sprague (1987). "Networks in context: The social flow of political information." *American Political Science Review* 81(4): 1197-1216.
- Huckfeldt, R. R. (1979). "Political participation y the neighborhood social context." *American Journal of Political Science* 23(3): 579-592.
- Huckfeldt, R. R. y J. D. Sprague (1995). *Citizens, politics y social communication: Information y influence in an election campaign*. New York: Cambridge University Press.
- Huddy, L. (2001). "From social to political identity: A critical examination of social identity theory." *Political Psychology*: 127-156.
- Huddy, L. (2013). *From Group Identity to Political Cohesion y Commitment*. In: Huddy L., D. O. Sears y J. S. Levy. *The Oxford Handbook of Political Psychology*. New York: Oxford University Press.
- Huddy, L. y N. Khatib (2007). "American patriotism, national identity, y political involvement." *American Journal of Political Science* 51(1): 63-77.
- Huddy, L., L. Mason y L. Aarøe (2010). *Measuring partisanship as a social identity, predicting political activism*. Annual Meeting of the International Society for Political Psychology.
- Hull, C. L. (1943). *Principles of Behavior, an Introduction to Behavior Theory*. New York: D. Appleton-Century Co.
- Hull, C. L. (1951). *Essentials of Behavior*. New Haven: Yale University Press.
- Hyman, H. H. (1959). *Political Socialization: A Study in the Psychology of Political Behavior*. Glencoe: Free Press.
- Inglehart, R. (1977). *The Silent Revolution*. Princeton: Princeton University Press.
- Jackman, R. W. y R. A. Miller (1995). "Voter turnout in the industrial democracies during the 1980s." *Comparative Political Studies* 27(4): 467-492.
- Jacobs, L. R., F. L. Cook y M. X. D. Carpini (2009). *Talking together: Public deliberation y political participation in America*. Chicago: University of Chicago Press.

- Jennings, M. K. (2007). Political socialization. *The Oxford Handbook of Political Behavior*. In: Dalton R., Klingeman, Hans-Dieter. New York: Oxford University Press: 29-44.
- Jennings, M. K., K. R. Allerbeck y L. Rosenmayr (1979). Generations y families: General orientations. In: Barnes, S y Kaase, M. (eds.). *Political action: Mass participation in five Western Democracies*. Beverly Hills: Sage Publications. 449-486.
- Jennings, M. K. y K. P. Langton (1969). "Mothers Versus Fathers: The Formation of Political Orientations Among Young Americans." *The Journal of Politics* 31(2): 329-358.
- Jennings, M. K. y R. G. Niemi (1968). "The transmission of political values from parent to child." *The American Political Science Review* 62(1): 169-184.
- Jennings, M. K. y R. G. Niemi (1975). "Continuity y change in political orientations: A longitudinal study of two generations." *American Political Science Review* 69(04): 1316-1335.
- Jennings, M. K. y R. G. Niemi (1981). *Generations y politics: a panel study of young adults y their parents*. Princeton: Princeton University Press.
- Jennings, M. K. y L. Stoker (2001). *Political similarity y influence between Husbands y Wives*. Berkeley: Institute of Governmental Studies, University of California.
- Jennings, M. K., L. Stoker y J. Bowers (2009). "Politics across generations: Family transmission reexamined." *Journal of Politics* 71(3): 782-799.
- Johnston, R., K. Jones, C. Propper, R. Sarker, S. Burgess y A. Bolster (2005). "A missing level in the analyses of British voting behaviour: the household as context as shown by analyses of a 1992–1997 longitudinal survey." *Electoral Studies* 24(2): 201-225.
- Kasarda, J. D. y M. Janowitz (1974). "Community attachment in mass society." *American Sociological Review*: 328-339.
- Kasperson, R. E. (1969). "On suburbia y voting behavior." *Annals of the Association of American Geographers* 59(2): 405-411.

- Kelly, C. (1989). "Political identity y perceived intragroup homogeneity." *British Journal of Social Psychology* 28(3): 239-250.
- Kenny, C. (1993). "The Microenvironment of Political Participation." *American Politics Research* 21(2): 223-238.
- Kern, H. L. (2010). "The political consequences of transitions out of marriage in Great Britain." *Electoral Studies* 29(2): 249-258.
- Kim, J., R. O. Wyatt y E. Katz (1999). "News, talk, opinion, participation: The part played by conversation in deliberative democracy." *Political communication* 16(4): 361-385.
- Kingston, P. W. y S. E. Finkel (1987). "Is There a Marriage Gap in Politics?" *Journal of Marriage y the Family* 49(1): 57-64.
- Kitschelt, H., & Freeze, K. (2010). Programmatic party system structuration: Developing y comparing cross-national y cross-party measures with a new global data set. In APSA Annual Meeting, Washington, DC.
- Klofstad, C. A. (2007). "Talk leads to recruitment how discussions about politics y current events increase civic participation." *Political Research Quarterly* 60(2): 180-191.
- Konzelmann, L., C. Wagner y H. Rattinger (2012). "Turnout in Germany in the course of time: Life cycle y cohort effects on electoral turnout from 1953 to 2049." *Electoral Studies* 31(2): 250-261.
- Kritzer, H. M. (1984). "Mothers y fathers, y girls y boys: socialization in the family revisited." *Political Methodology*: 245-265.
- Kuklinski, J. H., E. Riggle, V. Ottati, N. Schwarz y R. Wyer Jr (1993). Thinking About Political Tolerance, More or Less, with More. In: Marcus, G. (ed.) *Reconsidering the democratic public*. University Park: Pennsylvania State University Press. 225-247.
- Lachat, R. (2008). "The impact of party polarization on ideological voting." *Electoral Studies* 27(4): 687-698.

- Lall, S. V., H. Selod y Z. Shalizi (2006). *Rural-Urban Migration In Developing Countries: A Survey Of Theoretical Predictions y Empirical Findings Policy Research Working Papers*. Washington, DC. USA, World Bank.
- Lally, P., C. H. M. van Jaarsveld, H. W. W. Potts y J. Wardle (2010). "How are habits formed: Modelling habit formation in the real world." *European Journal of Social Psychology* 40(6): 998-1009.
- Lane, R. E. (1959). "Fathers y sons: Foundations of political belief." *American Sociological Review*: 502-511.
- Lazarsfeld, P. F., B. Berelson y H. Gaudet (1968). "The peoples choice: how the voter makes up his mind in a presidential campaign." New York: Columbia University Press.
- Levin, M. (1961). "Social climates y Political Socialization." *Public Opinion Quarterly* 25(4): 596-606.
- LeVine, R. A. y D. T. Campbell (1972). *Ethnocentrism: Theories of conflict, ethnic attitudes, y group behavior*. New York: John Wiley.
- Lewis-Beck, M. S. (2008). *The American Voter Revisited*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Lindeman, M. (2002). "Opinion quality y policy preferences in deliberative research." *Political decision making, deliberation y participation* 6: 195-224.
- Lipset, S. y S. Rokkan (1967). *Party Systems y Voter Alignments: Cross-National Perspectives*. New York, Free Press.
- Lipset, S. (1963). *Political man: The social bases of politics*. New York: Doubleday Garden City.
- Loewen, P. J. y C. T. Dawes (2012). "The heritability of duty y voter turnout." *Political Psychology* 33(3): 363-373.
- Long, L. (1991). "Residential mobility differences among developed countries." *International Regional Science Review* 14(2): 133-147.

- Long, L. (1992). "Changing residence: Comparative perspectives on its relationship to age, sex, y marital status." *Population Studies* 46(1): 141-158.
- Long, L., C. J. Tucker y W. L. Urton (1988). "Migration distances: An international comparison." *Demography* 25(4): 633-640.
- Lupu, N. (2013). "Party brands y partisanship: Theory with evidence from a survey experiment in Argentina." *American Journal of Political Science* 57(1): 49-64.
- Lupu, N. (2015). "Party polarization y mass partisanship: A comparative perspective." *Political Behavior* 37(2): 331-356.
- Luskin, R. C. y J. S. Fishkin (1998). *Deliberative polling, public opinion, y democracy: The case of the national issues convention*. Annual meeting of the American Political Science Association. Boston.
- Lyons, W. y R. Alexander (2000). "A Tale of Two Electorates: Generational Replacement y the Decline of Voting in Presidential Elections." *The Journal of Politics* 62(4): 1014-1034.
- Maccoby, E. E., R. E. Matthews y S. M. Anton (1954). "Youth y Political Change." *The Public Opinion Quarterly* 18(1): 23-39.
- Magalhaes, P. (2007). *Social Micro-Contexts y Electoral Turnout: A Preliminary Exploration of the CNEP Data*. Conference y Workshop of the Comparative National Elections Project, Trieste, Italy.
- Magre, J., J.-J. Vallbé y M. Tomàs (2014). "Moving to suburbia? Effects of residential mobility on community engagement." *Urban Studies* 53(1): 17-39.
- Mainwaring, S., A. Pérez-Liñán. (2005). "Latin American Democratization since 1978: Democratic Transitions, Breakdowns, y Erosions". In: *The third wave of democratization in Latin America: Advances y Setbacks*, edited by Frances Hagopian y Scott Mainwaring. New York: Cambridge University Press.
- Manin, B., E. Stein y J. Mansbridge (1987). "On legitimacy y political deliberation." *Political Theory* 15(3): 338-368.
- Marsden, P. V. (1987). "Core discussion networks of Americans." *American Sociological Review*: (1987): 122-131.

- Mascie-Taylor, C. (1989). Spouse similarity for IQ y personality y convergence. *Behavior Genetics* 19(2): 223-227.
- Mason, L. (2011). Political Identity Alignment y Polarized Behavior. A paper presented at the annual meeting of the International Society for Political Psychology, Istanbul, Turkey.
- Mathews, F. D. (1994). *Politics for people: Finding a responsible public voice*. Chicago: University of Illinois Press.
- Matsusaka, J. G. y F. Palda (1999). "Voter turnout: How much can we explain?" *Public Choice* 98(3): 431-446.
- Melton, J. (2014). "Why Is Voting Habit-Forming?: Evidence From Sweden". Unpublished paper.
- Mendelberg, T. (2002). "The deliberative citizen: Theory y evidence." *Political Decision Making, Deliberation y Participation* 6(1): 151-193.
- Meredith, M. (2009). "Persistence in political participation." *Quarterly Journal of Political Science* 4(3): 187-209.
- Merelman, R. M. (1980). "The family y political socialization: toward a theory of exchange." *The Journal of Politics* 42(02): 461-486.
- International Organization Office of Migration (2008). *World migration 2008: Managing labour mobility in the evolving global economy Vol. 4*. Geneva: Hamersmith Press.
- Milbrath, L. W. (1965). *Political participation; how y why do people get involved in politics?* Chicago: Rand McNally.
- Milbrath, L. W. y M. L. Goel (1977). *Political participation: how y why do people get involved in politics?* Washington: University Press of America.
- Miller, W. E. (1970). The political behavior of the electorate. In: Dreyer, E. y W. A. Rosenbaum (eds.). *Political Opinion y Electoral Behaviour: Essays y Studies*. Belmont: Wadsworth.
- Miller, W. E. (1992). "The Puzzle Transformed: Explaining Declining Turnout." *Political Behavior* 14(1): 1-43.

- Miller, W. E. y J. M. Shanks (1996). *The New American Voter*, Cambridge: Harvard University Press.
- Molloy, R., C. L. Smith y A. K. Wozniak (2011). *Internal migration in the United States*, Washington: National Bureau of Economic Research.
- Mutz, D. C. (2002). "The consequences of cross-cutting networks for political participation." *American Journal of Political Science* 46(4): 838-855.
- Nam, C. B., W. J. Serow y D. F. Sly (1990). *International Handbook on Internal Migration*. New York: Greenwood Press.
- Neal, D. T., W. Wood y J. M. Quinn (2006). "Habits—A Repeat Performance." *Current Directions in Psychological Science* 15(4): 198-202.
- Neundorf, A., K. Smets y G. M. García-Albacete (2013). "Homemade citizens: The development of political interest during adolescence y young adulthood." *Acta Politica* 48(1): 92-116.
- Newbold, K. B. y M. Bell (2001). "Return y onwards migration in Canada y Australia: evidence from fixed interval data." *International Migration Review*. 35(4): 1157-1184.
- Nickerson, D. W. (2008). "Is Voting Contagious? Evidence from Two Field Experiments." *American Political Science Review* 102(1): 49-57.
- Nie, N. H., S. Verba y K. Jae-on (1974). "Political Participation y the Life Cycle." *Comparative Politics* 6(3): 319-340.
- Nie, N. H., S. Verba y J. R. Petrocik (1976). *The changing American voter*. Cambridge: Harvard University Press.
- Niemi, R. G., R. Hedges y M. K. Jennings (1977). "The similarity of husbands' y wives' political views." *American Politics Research* 5(2): 133-148.
- Niemi, R. G. y M. A. Hepburn (1995). "The rebirth of political socialization." *Perspectives on Political Science* 24(1): 7-16.
- Niemi, R. G., R. D. Ross y J. Alexander (1978). "The similarity of political values of parents y college-age youths." *Public Opinion Quarterly* 42(4): 503-520.

- Niemi, R. G. y B. I. Sobieszek (1977). "Political socialization." *Annual Review of Sociology* 3(1): 209-233.
- Niemi, R. G., H. W. Stanley y C. L. Evans (1984). "Age y Turnout Among the Newly Enfranchised: Life Cycle versus Experience Effects." *European Journal of Political Research* 12(4): 371-386.
- Niemi, R. G. H. M. A. (1995). "The rebirth of political socialization." *Perspectives on Political Science* 24(1): 7-16.
- Nieuwbeerta, P. y K. Wittebrood (1995). "Intergenerational transmission of political party preference in the Netherlands." *Social Science Research* 24(3): 243-261.
- Nir, L. (2011). "Disagreement y opposition in social networks: does disagreement discourage turnout?" *Political Studies* 59(3): 674-692.
- Norris, P. (1991). *Gender Differences in Political Participation in Britain: Traditional, Radical y Revisionist Models*. *Government y Opposition*, 26(1), 56-74.
- Norris, P. (2002). *Democratic phoenix: Reinventing political activism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Norris, P. (2004). *Electoral engineering: Voting rules y political behavior*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Okada, Y. (2013). "Do You Remember Whether You Participated in the Past Election?" *Journal of Political Science y Sociology* 18: 1-22.
- Olsen, M. E. (1972). "Social participation y voting turnout: A multivariate analysis." *American Sociological Review*: 317-333.
- Osborn, T. y J. Morehouse Mendez (2011). "Two Become One? Spouses y Agreement in Political Opinions." *American Politics Research* 39(5): 783-803.
- Ouellette, J. A. y W. Wood (1998). "Habit y Intention in Everyday Life: The Multiple Processes by Which Past Behavior Predicts Future Behavior." *Psychological Bulletin* 4(1): 54-74.
- Pacheco, J. S. (2008). "Political socialization in context: The effect of political competition on youth voter turnout." *Political Behavior* 30(4): 415-436.

- Panagopoulos, C. (2008). "The Calculus of Voting in Compulsory Voting Systems." *Political Behavior* 30(4): 455-467.
- Pearce, W. B. y S. W. Littlejohn (1997). *Moral conflict: When social worlds collide*. Oakland: Sage.
- Pérez-Liñán, A. (2001). "Neoinstitutional accounts of voter turnout: moving beyond industrial democracies." *Electoral Studies* 20(2): 281-297.
- Plutzer, E. (2002). "Becoming a Habitual Voter: Inertia, Resources, y Growth in Young Adulthood." *American Political Science Review* 96(01): 41-56.
- Plutzer, E. y N. Wiefek (2006). "Family Transitions, Economic Status, y Voter Turnout Among African-American Inner-City Women." *Social Science Quarterly* 87(3): 658-678.
- Powell, G. B. (1982). *Contemporary democracies: participation, stability, y violence*. Cambridge: Harvard University Press.
- Powell, G. B., Jr. (1986). "American Voter Turnout in Comparative Perspective." *The American Political Science Review* 80(1): 17-43.
- Quintelier, E. (2007). "Differences in political participation between young y old people." *Contemporary Politics* 13(2): 165-180.
- Rabinowitz, S. M. (1969). "Socialization Within the Family: A Reciprocal or Causal Model." Unpublished mimeo, University of Michigan.
- Ramírez, O (ed.) (2010). *Comportamiento del electorado costarricense : elecciones del 2006*. San José: Editorial UCR.
- Raventos-Vorst, C., M. V. Fournier, O. Ramirez, A. L. Gutierrez y J. R. Garcia (2005). *Abstencionistas en Costa Rica: ¿quiénes son y por qué no votan?* San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Rees, P. H. y M. Kupiszewski (1999). *Internal migration y regional population dynamics in Europe : a synthesis*. Strasbourg: Council of Europe Publishing.
- Rees, P. H., M. Kupiszewski, E. Council of y C. European Population (1996). *Internal migration y regional population dynamics: what data are available in the Council of Europe member states?* Leeds, School of Geography, University of Leeds.

- Richardson, B. M. (1986). "Japan's Habitual Voters Partisanship on the Emotional Periphery." *Comparative Political Studies* 19(3): 356-384.
- Riker, W. H. y P. C. Ordeshook (1968). "A Theory of the Calculus of Voting." *American Political Science Review* 62(01): 25-42.
- Roberts, K. M. (2013). "Market reform, programmatic (de) alignment, y party system stability in Latin America". *Comparative Political Studies* 46(11): 1422-1452.
- Robinson, T. y S. Noriega (2010). "Voter migration as a source of electoral change in the Rocky Mountain West." *Political Geography* 29(1): 28-39.
- Rodríguez Vignoli, J., CEPAL (2004). *Migración interna en América Latina y el Caribe: estudio regional del período 1980-2000*. Santiago, Naciones Unidas, CEPAL, CELADE, División de Población de la CEPAL.
- Rogers, T., C. R. Fox y A. S. Gerber (2012). "Rethinking why people vote: Voting as dynamic social expression." *Behavioral Foundations of Policy*: 91-107.
- Rosenstone, S. J. H. J. M. (1993). *Mobilization, participation, y democracy in America*. New York: Maxwell Macmillan.
- Ryfe, D. M. (2005). "Does deliberative democracy work?" *Annual Review Political Science* 8: 49-71.
- Sances, M. W. (2013). "Disenfranchisement Through Divorce? Estimating the Effect of Parental Absence on Voter Turnout." *Political Behavior* 35(1): 199-213.
- Sandell, J. y E. Plutzer (2005). "Families, divorce y voter turnout in the US." *Political Behavior* 27(2): 133-162.
- Sapiro, V. (2004). "Not Your Parents' Political Socialization: Introduction for a New Generation." *Annual Review Political Science* 7: 1-23.
- Schimmack, U. y R. E. Lucas (2010). "Environmental influences on well-being: A dyadic latent panel analysis of spousal similarity." *Social Indicators Research* 98(1): 1-21.
- Schmitt-Beck, R. y C. Mackenrodt (2010). "Social networks y mass media as mobilizers y demobilizers: A study of turnout at a German local election." *Electoral Studies* 29(3): 392-404.

- Schmitt, H. y S. Holmberg (1995). Political parties in decline? In: Klingemann, F. y Fuchs, D. (eds.) *Citizens y the State*. Oxford: Oxford University Press.
- Schlozman, K. L., Burns, N., Verba, S., & Donahue, J. (1995). Gender y citizen participation: Is there a different voice? *American Journal of Political Science*, 267-293.
- Searing, D., G. Wright y G. Rabinowitz (1976). "The primacy principle: Attitude change y political socialization." *British Journal of Political Science* 6(1): 83-113.
- Searing, D. D., J. J. Schwartz y A. E. Lind (1973). "The structuring principle: Political socialization y belief systems." *The American Political Science Review* 67(2): 415-432.
- Sears, D. O. y S. Levy (2003). Childhood y adult political development. In: Berinsky, A., Crenshaw, M., Mendelberg, T., Sears, D. O., Huddy, L., & Jervis, R. *Oxford Handbook of Political Psychology*. New York: Oxford University Press: 60-110.
- Settle, J. E., R. Bond y J. Levitt (2011). "The social origins of adult political behavior." *American Politics Research* 39(2): 239-263.
- Shachar, R. (2003). "Party loyalty as habit formation." *Journal of Applied Econometrics* 18(3): 251-269.
- Sidanius, J., S. Levin, C. Van Laar y D. O. Sears (2008). *The diversity challenge: Social identity y intergroup relations on the college campus*. New York: Russell Sage Foundation.
- Singer, M. (2016). Elite polarization y the electoral impact of left-right placements: Evidence from Latin America, 1995–2009. *Latin American Research Review*, 51(2), 174-194.
- Smith, K. y D. E. Sylvester (2013). "Is it the message or the person? Lessons from a field experiment about who converts to permanent vote by mail." *Election Law Journal* 12(3): 243-260.
- Squire, P., R. E. Wolfinger y D. P. Glass (1987). "Residential mobility y voter turnout." *The American political science review*. 81(1):45-65.

- Stein, A. A. (1976). "Conflict y cohesion a review of the literature." *Journal of Conflict Resolution* 20(1): 143-172.
- Steiner, N. D. (2010). "Economic globalization y voter turnout in established democracies." *Electoral Studies* 29(3): 444-459.
- Stoker, L. y K. Jennings (1995). "Life-cycle transitions y political participation: the case of marriage." *American Political Science Review* 89(2): 421-434.
- Straits, B. C. (1990). "The social context of voter turnout." *Public Opinion Quarterly* 54(1): 64-73.
- Straits, B. C. (1991). "Bringing strong ties back in interpersonal gateways to political information y influence." *Public Opinion Quarterly* 55(3): 432-448.
- Strate, J. M., C. J. Parrish, C. D. Elder y C. Ford (1989). "Life Span Civic Development y Voting Participation." *The American Political Science Review* 83(2): 443-464.
- Stuckey, M. E., Conway, M. M., Steurnagel, G. A., y Ahern, D. W. (1998). *Women y Political Participation: Cultural Change in the Political Arena*. Washington: CQ Press.
- Sulkin, T. y A. F. Simon (2001). "Habermas in the lab: A study of deliberation in an experimental setting." *Political Psychology* 22(4): 809-826.
- Tajfel, H. (1974). "Social identity y intergroup behaviour." *Social Science Information/ sur les sciences sociales*.
- Tajfel, H. (1981). *Human groups y social categories*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tajfel, H. (1982). "Social psychology of intergroup relations." *Annual Review of Psychology* 33(1): 1-39.
- Tajfel, H. y J. Turner (1986). *The Social Identity Theory of Intergroup Behavior*. In: Austin, W. G., y Worchel, S. *Psychology of Intergroup Relations*. Chicago: Nelson-Hall Publishers: 7-24.

- Tajfel, H. y J. C. Turner (1979). "An integrative theory of intergroup conflict." *The social psychology of intergroup relations* 33(47): 74.
- Tedin, K. L. (1974). "The influence of parents on the political attitudes of adolescents." *American Political Science Review* 68(4): 1579-1592.
- Teixeira, R. A. (1987). *Why Americans don't vote : turnout decline in the United States, 1960-1984*. New York: Greenwood Press.
- Timpone, R. J. (1998). "Structure, Behavior, y Voter Turnout in the United States." *The American political science review*. 92(1): 145.
- Tóka, G. (2009). Expressive vs. Instrumental Motivation of Turnout, Partisanship y Political Learning. In: Klingemann, H (ed.) *The Comparative Study of Electoral Systems*. Oxford: Oxford University Press: 186-204.
- Torcal, M. y S. Mainwaring (2003). "The political recrafting of social bases of party competition: Chile, 1973–95." *British Journal of Political Science* 33(01): 55-84.
- Triandis, H. (1980). *Values, attitudes, y interpersonal behavior*. Nebraska Symposium on Motivation. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Tuorto, D. (2014). "Transition to adulthood y turnout. Some unexpected implications from the Italian case." *Società Mutamento Politica* 5(10): 193-216.
- Turner, J. C., M. A. Hogg, P. J. Oakes, S. D. Reicher y M. S. Wetherell (1987). *Rediscovering the social group: A self-categorization theory*. Oxford: Basil Blackwell.
- United Nations. (1978). *Statistics of Internal Migration: a Technical Report*. New York: United Nations.
- United Nations. (2000). *World Population Monitoring 1999: Population Growth, Structure y Distribution*. New York: United Nations.
- Van der Eijk, C., H. Schmitt y T. Binder (2005). Left–right orientations y party choice. In: J. Thomassen, J. (ed.) *The European voter: A comparative study of modern democracies*. Oxford: Oxford University Press: 167-191.

- Vaus, D., y McAllister, I. (1989). The changing politics of women: gender y political alignment in 11 nations. *European Journal of Political Research*, 17(3), 241-262.
- Ventura, R. (2001). "Family political socialization in multiparty systems." *Comparative Political Studies* 34(6): 666-691.
- Verba, S. y N. H. Nie (1972). *Participation in America: political democracy y social equality*. New York: Harper & Row.
- Verba, S., Nie, N. H., & Kim, J. (1979). *Participation y political equality: A seven-nation comparison*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Verba, S., K. Schlozman y N. Burns (2005). Family ties: Understanding the intergenerational transmission of participation. In: Zuckerman, A. *The Social Logic of Politics: Personal Networks as Contexts for Political Behavior*. Philadelphia: Temple University Press. 95-116.
- Verplanken, B. (2006). "Beyond frequency: Habit as mental construct." *British Journal of Social Psychology* 45(3): 639-656.
- Vollebergh, W. A., J. Iedema y Q. A. Raaijmakers (2001). "Intergenerational transmission y the formation of cultural orientations in adolescence y young adulthood." *Journal of Marriage y Family* 63(4): 1185-1198.
- Vonnahme, G. (2012). "Registration Deadlines y Turnout in Context." *Political Behavior* 34(4): 765-779.
- Voorpostel, M. y H. Coffé (2014). "The Effect of Parental Separation on Young Adults' Political y Civic Participation." *Social Indicators Research*: 1-22.
- Walsh, K. C. (2004). *Talking about politics: Informal groups y social identity in American life*. Chicago: University of Chicago Press.
- Wass, H. (2007). "The effects of age, generation y period on turnout in Finland 1975–2003." *Electoral Studies* 26(3): 648-659.
- Watson, D., Klohnen, E. C., Casillas, A., Nus Simms, E., Haig, J., y Berry, D. S. (2004). Match makers y deal breakers: Analyses of assortative mating in newlywed couples. *Journal of personality*, 72(5), 1029-1068.

- Wattenberg, M. (1998). *Turnout Decline in the U.S. y other Advanced Industrial Democracies*. Irvine: University of California Irvine, School of Social Sciences, Center for the Study of Democracy.
- Weisberg, H. F. (1987). "The demographics of a new voting gap marital differences in American voting." *Public Opinion Quarterly* 51(3): 335-343.
- Weissberg, R. (1974). *Political Learning, Political Choice y Democratic Citizenship*, Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Welch, S. (1977). "Women as political animals? A test of some explanations for male-female political participation differences." *American Journal of Political Science*: 711-730.
- Wolak, J. (2009). "Explaining change in party identification in adolescence." *Electoral Studies* 28(4): 573-583.
- Wolfinger, N. H. y R. E. Wolfinger (2008). "Family structure y voter turnout." *Social Forces* 86(4): 1513-1528.
- Wolfinger, R. E. y S. J. Rosenstone (1980). *Who votes?* New Haven: Yale University Press.
- Wood, W. y D. T. Neal (2007). "A New Look at Habits y the Habit-Goal Interface." *Psychological Review* 114(4): 843-863.
- Wood, W., J. M. Quinn y D. A. Kashy (2002). "Habits in everyday life: thought, emotion, y action." *Journal of Personality y Social Psychology* 83(6): 1281.
- Wood, W., L. Tam y M. G. Witt (2005). "Changing circumstances, disrupting habits." *Journal of Personality y Social Psychology* 88(6): 918.
- Wooldridge, J. M. (2010). *Econometric analysis of cross section y panel data*. Massachusetts: MIT Press.
- Zechmeister, E. J., & Corral, M. (2013). Individual y Contextual Constraints on Ideological Labels in Latin America. *Comparative Political Studies*, 46(6), 675-701.
- Zietsch, B. P., Verweij, K. J., Heath, A. C., y Martin, N. G. (2011). Variation in human mate choice: simultaneously investigating heritability, parental influence, sexual imprinting, y assortative mating. *The American Naturalist* 177(5): 605.

- Zuckerman, A. S. (2005). Returning to the social logic of political behavior. In: Zuckerman, A. *The Social Logic of Politics: Personal Networks as Contexts for Political Behavior*. Philadelphia: Temple University Press: 3-20.
- Zuckerman, A. S. (2005). *The Social Logic of Politics: Personal Networks as Contexts for Political Behavior*. Philadelphia: Temple University Press.
- Zuckerman, A. S., J. Dasovic y J. Fitzgerald (2007). *Partisan families: The social logic of bounded partisanship in Germany y Britain*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Zuckerman, A. S., J. Fitzgerald y J. Dasovic (2005). Do couples support the same political parties? Sometimes. In: Zuckerman, A. *The Social Logic of Politics: Personal Networks as Contexts for Political Behavior*. Philadelphia: Temple University Press: 75-94.
- Zuckerman, A. S., L. A. Kotler-Berkowitz y L. A. Swaine (1998). "Anchoring political preferences: The structural bases of stable electoral decisions y political attitudes in Britain." *European Journal of Political Research* 33(3).



“Este libro es, pues, un excelente libro, un testimonio de que la ciencia política en Costa Rica finalmente llega a la madurez y puede hacer contribuciones de peso excepcional a la teoría política y a la investigación comparada.”

Jorge Vargas Cullell



CONSEJO NACIONAL
DE RECTORES



Año de las universidades públicas
por la igualdad de género,
la no violencia y
una sociedad más justa



UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA

ICIEP
Centro de Investigación
y Estudios Políticos

ECP
Escuela de
Ciencias Políticas

ISBN: 978-9930-540-16-9



9 789930 540169